

PASADAS

Fernando Buitrago Morales

FERNANDO BUITRAGO MORALES, quien ha adoptado, por vocación, el género de la literatura folklórica —en la que ha sobresalido como un verdadero maestro— ha publicado ya dos volúmenes, uno en prosa: **LO QUE HE VISTO AL PASAR** (1948) y otro en verso: **CIMARRAS** (1962), en los que, sin aderezos estéticos ni artificios literarios, registra las formas de pensar, de sentir y de hablar de las gentes de nuestras pampas chontaleñas y boaqueñas.

Los trabajos en prosa de Buitrago Morales están llenos de esos giros y modismos, de esas voces arcaizantes y regionales, de ese gran acopio metafórico y refranero usuales en la jerga campesina que él ha captado desde su adolescencia, cuando se adiestraba, al lado de su padre, en las duras faenas de la estancia paterna, el latifundio boaqueño: **CHAYOTEPE**.

Sus trabajos en verso tienen un tono autobiográfico encantador con esa misma lengua rústica, saturada de folklore, que trasciende y purifica el canto, y en los que despliega una verdadera cabalgata de imágenes como que son tomadas de los inmensos murales grabados en su memoria.

Para algunos el estilo de Buitrago Morales resultará cargado de esa lengua coloquial en la que, tanto el autor como los personajes de sus cuentos o "pasadas", se expresan con desaliño heterodoxo, sin corte preceptista. Más ese es, precisamente, el mérito literario de las obras del autor, que con la parodia de la expresión desmañada y bárbara de las gentes que pueblan sus narraciones, se identifica con ellas y en una entrañable unidad se mueven narrativamente.

Lo dice él mismo en el prólogo —Tranquera en pampa— de su primer libro: "Se ha evitado, en lo posible, el hacer literatura y dentro de su organismo brolla, autóctona y atravesada, la jerigonza fuerana y natucha, para hermanar, más naturalmente, el cuerpo de la pasada que se narra, con el alma del ambiente de donde ha sido captada".

REVISTA CONSERVADORA se complace en presentar a sus lectores el libro: **PASADAS**, del escritor de nota, Académico de la Lengua, y prestigio de las letras nacionales, Fernando Buitrago Morales.

PASADAS

Pasada en jerigonza fuerana es la narración de un acontecimiento cierto, adobado, por idiosincracia natucha, con mucho de sobrenatural y de diabólico.

En una anécdota de tal naturaleza se encuentra cuando menos un sesenta por ciento de verdad y cuando el narrador es el propio protagonista y no es exagerado en el peinado el porcentaje de lo auténtico se eleva a mucho más.

En síntesis la pasada es el cuento genuinamente hatero, netamente fuerano y se diferencia del cuento corriente en que es real gran parte del contenido y en que los personajes que figuran en el relato aparecen llevando, sin disimulos de ninguna clase, el nombre propio que gastan en la vida cotidiana, ya sea que la relación los exalte o bien que los rebaje del concepto aparente en que sus conocidos los mantienen.

Cuando la pasada carece de inventivas formas sin duda alguna el cuento histórico y cuando de verdadero sólo lleva los sustantivos de los protagonistas, da vida a la leyenda.

A la relación que por el escenario en que acontece o por su corta dimensión el jincho no puede o no quiere agregarle algo de sobrenatural o de adobo para avivar el relato le dan el nombre de pasadita.

Este libro es un manajo de pasadas con una que otra pasadita arpillada en el tercio para variar el volumen.

FERNANDO BUITRAGO MORALES

Tigüilote

HRA el veinte y dos de Mayo, día de Santa Rita, del año de mil ochocientos noventa y nueve y en plena administración del General Zelaya quien, dicho sea de paso, hasta esta hora no ha sido juzgado con serenidad ni por amigos ni por enemigos.

El invierno había entrado copiosísimo desde el día de La Cruz y la fiesta de la Santa Vencedora de Imposibles se estaba ahogando bajo un diluvio sin nombre en el abejonado y pedregaloso pueblecito de Teustepe, del cual es patrona la famosa intercesora entre Dios y los hombres.

Como a las cuatro de la tarde lograron vadear El Paso de Boaco unos arrieros de ganado que conducían a Tipitapa una partida de novillos de don Mariano Buitrago, de caporal del arreo iba Eugenio Mayorquín, Onofre Malueños era el concierto de compañía y al mismo tiempo hacía de totero y como costilleros peatones figuraban Eusebio Suazo, Simón Sánchez y Gregorio García.

Antes de que el vendaval arreciara habían logrado atravesar El Malacatoya y entrar al poblado desde la albita procedentes de La Joya, don José María Buitrago y su hijo Justo.

La fiesta había estado decaída a pesar de la abundancia de forasteros llegados de Tomatoyita, Cerro de Piedra, Asientoviejo, Boquito, Hacedades, La Cruz, Cusirisna, Potrerillos, San Lencho, Malpaso, Sapuaneca, La Rejoya, Peoresnada, La Concha, Las Canoas y treinta lugares más circunvecinos que a la memoria escapan y que tenían más de un representante en el poblado que estaba ansioso de volcar por la plaza del lugar la alegría de sus vecinos y de sus visitantes sobre todo porque desde hacía tres días el resguardo de hacienda y los chingos de la Comandancia habían abandonado Teustepe con sus jefes respectivos para ir a dar una batida a El Cacao de los Suárez y Cerro de Piedra, de donde habían llegado noticias de que andaban ciertos hombres que tenían deudas sin cancelar con la justicia y estando sin soldados el pueblo no había por qué temer a la chirona aunque la cususa acabara con el equilibrio de los cuerpos y fuera promotora de cañiaderas.

Por la misma causa de estar desprovisto de chingos el pueblito desde el veinte y uno se habían adentrado por la noche ciertos valentones matasietes cuyo oficio era ir a todas las maroliadas de ciertos y determinados santos con que sus devotos celebraban y aún ahora acostumbra celebrar las fechas canónicas que la Iglesia precisa para las fiestas de los Patronos y Patronas que cada prójimo venera

y entroniza a su manera, y cuando ya el siliano estaba rebasado de sus límites la emprendían con sus semejantes a cincha de cutacha limpia o a tajona escuela a brazo abierto, según las circunstancias, dejando malferidos a unos cuantos parranderos, motivos por los cuales vivían en una perpetua juidera de los jueces y de las escoltas los taimados individuos.

La fama de estos brabucones corría de boca en boca y viajaba sin detenerse de comarca en comarca hasta golpear después de un vasto recorrido los oídos de los chingos y de sus comandantes, a veces los mandaban a perseguir, pero como era difícil capturarlos se les dejaba correr mientras su hora se llegaba y por esto la autoridad mantenía sobre ellos una permanente orden de captura, por lo cual siempre vivían a salto de mata y sin residencias fijas listos a aparecer en escenario en el momento menos esperado y cuando no había peligro para que fuesen apresados, así fuere ello en despoblado o en las meras poblaciones huérfanas de soldados por ocuparse la fuerza pública en comisiones especiales que ordenaba de vez en vez la Comandancia General.

Entre estos buscapleitos los había de todas calidades, desde los que apaleaban natuchas en las partes apartadas de los senderos porque no se rendían a sus instintos brutales hasta a los temerarios y peligrosos que arremetían contra las escoltas a las que muchas veces las obligaron a poner pies en polvorosa.

Satisfactorio es confesar que en aquellos tiempos de Zelaya, con todo y su tiranía, la vida humana era respetada y un soldado por muy patasueleante que fuera y muy rematado nápiro sacado de las cañadas de Santa Inés o de las de Güirruca no disparaba nunca contra ningún ciudadano por más que éste irrespetara su autoridad de policía y fuese el irrespetante humilde natucho sacaleño o bien señor de hatos, hatajos y vacadas

Entre los matasiete había uno que era terriblemente temido por todos los comarcanos y teustepeños, hombre que donde se presentaba imponía el silencio, mandaba como en su propia casa y ordenaba lo que mejor se le venía en gana, unos le llamaban Tatote, indudablemente para significar que era el padre de todos los tatas, otros le decían El Corre Escoltas porque en muchas ocasiones se había agarrado con ellas y las había hecho barajustar a su capricho y por fin no faltaban fueranos y prójimos de distintas latitudes que lo tenían bautizado con el remoquete de El Grandote, apodo que le adjudicaron por su desmedida estatura y complexión recia semejante a la de un gigante pichón según decían sus contemporáneos al hablar de él

A esta fiera andando no le faltaba nunca una bella tica especial de tres cuartas de largo sabiamente embrujada por la Necha de Cusirrisna, hechicera cuyo nombre viajó en el hábito de la voz campesina por más de cincuenta años; la cutacha era de puro acero y en la punta de la cacha tenía hecho un hoyo de donde pendía una argolla desahogada de vaqueta especie de Jinetillo manual que sirve al portador para que el arma blanca quede sujeta también de la muñeca una vez puesta la diestra sobre la empuñadura, garantía ésta que los bochincheros juzgan indispensable, pues aunque les golpeen el antebrazo o la mano y por ello suelten involuntariamente la rucana, ésta no cae nunca al suelo sino que les queda colgando del brazo, lo que les permite coger juelgo, rehacerse y tomar el hierro y volver a la carga con solo un pequeño compás de espera mientras las circunstancias les consienten volver asir la tica, ponerse en guardia y tirar a fondo para desmambichar antes de ser desguabilados.

Pues bien, esta rara clase de arma blanca ungida con todos los circunloquios que la hechicería pone en práctica por medio del poder de Satanás, tiene el don especial de avisar a quien la porta si debe empeñar batalla o rehuirla según sea la suerte que ese día tiene quien la usa y el aviso lo da en el preciso momento en que empuñada y lista para tirar la puntada al alzarla quien la maneja y ponerla horizontal al nivel del pecho para zamparla hasta el pegue, en ese instante preciso, tira para atrás la tica haciendo fuerza con la argolla que da vuelta en la muñeca dando tres pequeños jalones seguiditos, los que una vez tirados significan que debe evitar el pleito de cualquier manera y poner pies para su rancho quien la porta, pues si entabla el combate con seguridad lo pierde con peligro de la vida.

La tica de Tatote tenía todas esas cualidades y cien más que la imaginación popular le adjudicaba sin vacilaciones y usaba como complementos de semejante armadura este curioso fabricante de entuertos de chichadas un danto grueso como estaca de carreta y una verga de toro con alma de alambre liso con los cuales acostumbraba pijiar a quien se le venía en gana sobre todo si juzgaba que la víctima era medio malcriadona y hablantina por las espaldas, es decir, bravucona y capaz de todo, pero solamente cuando daban la vuelta o se hallaban ausentes los hombres valientes y pendencieros como los de su talla

De los tirones diabólicos que da la empuñadura galoneada con una argolla de vaqueta que cuelga del mango de la clase de la cutacha descrita han nacido varios dicharachos que sirven a los natuchos para expresar lacónicamente la causa porque un valentón famoso dio la vuelta al comenzar el pleito o puso pies sobre las nalgas después de varias ofensas recibidas sin darse por aludido tan siquiera de ellas; así por ejemplo, después

que han visto largarse a un jincho que ha tenido fama de machetero y audaz, exclaman sin más comentario los fueranos:

—Rompió en panera porque la tica le jalonió la mano; o bien este otro:

—Fulano no ha juido por miedo, lo que pasó es que la cutacha le dio los tres tirones; o bien este tercero:

—Los jalones lo pusieron en estampida.

También usan estos términos para reirse de los cobardes que dan a creer que son hombres y que llegados al punto se escupen el pecho sin dar muestras de ser tales.

Basta, pues de hablar sobre El Corre Escoltas que hay necesidad de recorrer Teustepe en este diluvioso día de Santa Rita de Casia.

Don José María Buitrago y su hijo Justo habían concurrido al pueblo no precisamente por la fiesta sino que para incorporarse allí como jefe don Chema de los arrieros que conducían el ganado de su hermano don Mariano a la Villa, pues don José María era el encargado de vender la partida en Tipitapa si una de las propuestas de los compradores de novillos de tal lugar la juzgaba buena y aceptable y si no pues para disponer que los erales siguiesen para Masaya en donde don Justo Flores debía de expenderlos según las instrucciones de su hermano.

Tan luego Mayorquín entró al poblado para mostrar el pasaporte del arreo a la autoridad respectiva fue columbrado por don José María quien se fue derechito a abordar al caporal a quien le dio instrucciones para que los semovientes fuesen empotrados en un encierro vecino y después de disponer lo conveniente a la dormida le dijo que lo esperaba junto con todos los demás hombres en casa de la Rosa Chavarría que era a donde don Chema se había hospedado

Mayorquín fue a dar las vueltas necesarias para empotramiento y una vez desocupado se dirigió con sus compañeros a la habitación de la Chavarría en donde después de comer y cambiar vestido salió al corredor de la calle que la casa tiene en donde se dedicó a ver caer la lluvia y hablar con el señor Buitrago de las dificultades que les ofrecieron los vados de los ríos que estaban hasta los tapones.

Ya había obscurecido cuando cesó la llovadera, un viento helado y seco sopló del oriente invitando a los fiesteros a tirarse a las calles, varias lámparas tubulares dieron el oro de sus luces colgadas de los quicios de las puertas desgarrando a saltos el falchocote de la tiniebla invernal y una que otra guitarra respunteada por manos anhelosas e inquietas dejaron oír sus notas por los cuatro rumbos cardinales del puebluco

Las casas que enmarcaban la plaza de

Teustepe en la época de esta historia todas tenían corredores a la calle, la mayoría de éstos han desaparecido, pero sobreviven varios que aún brindan al deambulante ciudadano la caricia amodorrante de su sombra refrescadora en los soleados y calcinantes días del verano, lo mismo que su piadosa y caritativa protección cuando los aguaceros del invierno descargan sin piedad sus trillonadas de cántaros de agua.

En el flanco sur y en la esquina sureste vivía la Rosa Chavarría, granadina auténtica, que se había vuelto teustepeña y tenía ya algunos años de trabajar en el lugar, en su residencia posaban ese día don José María Buitrago, su hijo y los arriesros que conducían la partida de novillos a Tipitapa.

La habitación de la Rosa era la más distinguida, confortable y grande del pueblo, pegada a ésta quedaba la casa de una vecina que vendía comida y más en seguida estaba la de la esposa del mayordomo de Santa Rita que llevaba como era natural la batuta de la parranda profana por determinación de la cosíumbre.

Por el vendaval la fiesta había estado triste y los fiesieros fueranos después de cumplir con la asistencia a la función de la Santa no pudieron emplear el tiempo en parrandear y por ello se encontraban inconformes.

Enterada la Mayordoma por sus posantes de la contrariedad que embargaba a la mayoría de ellos, resolvió dar en la noche un tacón de güeso en su casa para que los visitantes se distrajeran y no quedaran descontentos por la melancolía que la lluvia había dado al ambiente con su chischís continuado

Mandó a invitar a las muchachas medio-pelunas del pueblo para la bailadera y éstas y las jinchitas comarcanas pudientes concurren gustosas y dieron frescor y alegría a la tacogüesíadera inesperada.

A las nueve la salita de la casa estaba llena de hembritas churriguerescamente vestidas y el corredor que daba a la plaza se hallaba pleno de machos de toda edad y condición, la música integrada por cuatro guitarras, dos violines y una flauta se encontraba colocada en la esquina sureste de la pieza, los músicos respunteaban los instrumentos y el flautista que hacía de director estaba poniendo en orden la orquesta para romper la tacogüesíadera con el demoníaco Zanate.

Zenón Treminio famoso vaquero, cuyo arte dio a conocer en la hacienda San Pedro ubicada a la vera del Cocibolca cuando esa propiedad perteneció a los Chamorro en sociedad con don Mariano Buitrago, había concurrido al pueblo haciéndole compañía a un sobrino suyo que estaba calenturiando para que buscara medicina a su mal y fuera sobre todo a donde Santa Rita a pedirle la recuperación de

su salud; después que se hubo desocupado y como viejo sirviente que había sido de los Buitrago en San Pedro, Treminio resolvió a visitar a don José María, para que mientras él cumplía con el viejo patrón y yéndolo a saludar, su sobrino, que por su estado necesitaba distracción, se fuera a divertir un poco al tacogüesuno vecino viendo estirar las patas a las chicuelas y oyendo las piezas musicales que por lo alegres, aseguraba Zenón, podían sólo ella aliviar por entero al mayate, berrejo y enclenque calentureador que casi estaba ya en la frontera de la muerte según rezaba la opinión del acongojado lío.

El sobrino de Zenón era por la edad más que un mozalbote un hombre cabal, pues ya pasaba de los veintidós años, pero por su estatura, su cuerpo endeble y su semblante enfermizo semajaba un mocosito revejido al cual de primas a primeras no se le daba ninguna importancia y muchos por su mutismo natural cuando estaba entre extraños no lo tomaban ni en cuenta por juzgarlo todavía completamente chicuelo y al parecer medio lumbo.

El vecindario de Potrerillos que era el lugar en donde a la sazón vivían los Treminio lo había bautizado con el remoquete de Tigüilote por su color materioso, su cara apupujada y su tamaño chiquirrito.

Este remedo de hombre no tenía dos cuartas del botamay al suelo, pero a pesar de su enfermedad, de su deficiencia orgánica y de su aspecto de ídolo sin adorantes, era un tipo muy ágil y de un valor cívico tal que con todo y ser tan desmedrado se sabía imponer en cualquier instante de tal manera que sus vecinos no se atrevían a darle bromas porque sabían lo muy duro que pegaba y cómo se defendía aquel pingojo humano que a los ojos de los que no lo conocían más bien representaba la mueca de un racional que la figura de un hombre verdadero

Es costumbre de los comarcanos salir armados cuando por algún motivo tienen que ir distantes de la casa que les da techo y los que no tienen machete, cutacha o chopo cargan un danto o un palo cualquiera que les pueda servir para defenderse de cualquiera agresión inesperada ya de un humano, de una víbora, de un perro o de cualquiera otro animal montero, Tigüilote, a pesar de que era dueño de una buena cutacha no la usaba nunca cuando se alejaba de su posada, sino que siempre llevaba en la derecha un cabo de fajona de varazón de dos cuartas de largo, grueso como una estaca de zurrón y provisto de una argolla de cuero crudo que pendía del garrote por un hoyo abierto en el madero con un asador caliente y en la cual metía la diestra para que el cabo varazoneño guindara de la muñeca y marchar sin preocuparse de la carga que en un momento dado podía servirle para poner a raya a cualquier enemigo que le apareciera.

Siguiendo las indicaciones de su tío el descrito Tigüilote se fue a colocar recostado al filo del ángulo de la mocheta en la parte izquierda del quicio de la puerta de entrada y tras sus pasos se vinieron los arrieros que conducían el ganado del señor Buitrago a Tipitapa.

Eugenio Mayorquín se había quedado haciéndole compañía a don José María y a su viejo compañero Zenón con quien lo ligaban lazos de amistad desde cuando los dos habían trabajado en San Pedro en la época de don Mariano y de los Chamorro, período en que la famosa hacienda había llegado a la cúspide de su apogeo, pues alcanzó a producir diez y ocho arrobas de queso diariamente.

De pronto las guitarras rompieron el silencio y siguiéndolas la flauta y los violines imitaron el gesto, el Zanate dio alegría a los concurrentes y el ambiente triston de la hora cambió como por encanto al conjuro de la música y de la danzadera que comenzó con furor tan luego la electricidad de las notas cundió por todos los flancos.

Eugenio zafó el bulto de su humanidad de la tertulia y escurriéndose lentamente para disimular se fue hacia la casa de la zapateadera colocándose iras de Tigüilote para ver de cerca la tacongüesadera, tan luego lo descubrieron sus compañeros de trabajo se le incorporaron y después de breve platicona resolvieron entrar al baile para tacongüesiar con ciertas fueranitas galanotas que estaban comiendo pato por falta de compañeros.

A las diez la cususa y el silián habían puesto los espíritus contentos y la zanateadera estaba dejando su sitio comedido para entrar de lleno en la chichada.

Cuando más alborotadas estaban las singüesos por la chicha ingerida y por la alegría fugaz que da el alcohol al espíritu se oyó gritar llena de aflicción a la dueña de la casa y consorte del Mayordomo:

—Allí está el Corre Escoltas!

La generalidad no captó bien lo que la pobre señora dijo, y por eso unos creyeron que había dicho:

—Allí viene la escolta, y los que no conocían al famoso matasiete por ese remoquete, dijeron sin asustarse:

—Si la escolta anda en El Cacao cómo diablos con semejante lluvia puede estar ya de vuelta, — y sin pensar más en el asunto siguieron bailando y bebiendo hasta decir quitá.

Tigüilote fue el único que se fijó en el intruso que acaba de entrar, lo observó de arriba para abajo y buscando a su tío con los ojos entre los que estaban aglomerados a su espalda, dio con Zenón que acaba de arriarse para ver como estaba la parranda.

Treminio se fue derecho a donde el sobrino y le dijo a quema ropa:

—Monós hombre, ya es hora de irse a la posada.

—Tiyó, espere un momento que la cosa se está poniendo fututa.

—Fututa, decís hombré?

—Fututa, porque ya lo anda por ay Tatote y de un momento a otro va a principiar a dar palo.

—Pues, monós ya, antes que principie con nosotros.

—Con nosotros? ¡Ah mi tiyo! si sólo es cursiadera cuando se le habla de Tatote.

Por allí iba la plática entre tío y sobrino cuando de pronto en mera sala apareció el Grandote con un danto en la mano, el sombrero a la pedrada y un chilcagre en la boca y como se metiera entre los que zapateaban uno de los bailarines lo atropelló sin quererlo; el atropellante se paró a darle explicaciones y a pedirle disimulara la contingencia, pero la fiera andando del atropellado que andaba en busca de camorra, en lugar de darse por satisfecho, alzó el danto y lo dejó caer sobre el lomo del humilde comarcano, diciéndole secamente:

—Este pencazo es para que otro día tengás más cuidado al tirar las guairas y de ipegüe te mando que te vayas a dormir o pobre de vos si no me hacés caso.

El hombre sin mosticar palabra abandonó a su compañera y se fue a todo chifle derecho a su casa.

Los arrieros tocaron llamada al centro y se reunieron en rededor de Mayorquín para comentar lo sucedido y retirarse a la posada; en tal cosa estaban cuando el Corre Escoltas columbró al grupo y se fue sobre ellos a ordenarles que liarán los petates porque no los quería ver allí por más tiempo.

Tomó la palabra Eugenio y le dijo que:

—Eso de irnos es asunto de nosotros.

—No es asunto de ustedes, es mío, y ya lo van a ver

Y quitándole a uno de los mirandas una cutacha que colgada de una faja andaba guindada del hombro, la desenvainó y se fue sobre Mayorquín a darle un jabecazo que se lo encaramó sobre la mera ceja izquierda haciéndole con la carne rebanada un completo y verdadero tapojo de cinco pulgadas de largo por unas tres de ancho que lo dejó choco y le quitó toda acción para contestar a su atacante.

El ataque había sido tan rápido que Eugenio no tuvo tiempo a defenderse; al tumulto corrió don José María a proteger a su caporal, al verlo llegar Tatote bajó la cuta-

cha, dio vuelta en redondo y cabizbajo y despacio abandonó el sitio del desaguizado, diciendo al partir:

—No lo descuartizo para hacerlo salpicón porque a hombres como don José Mariya Buitrago yo los respeto en cualquier lugar donde aparezcan y sé que viene aquí derechito a defender a su sirviente. Y sin agregar una palabra más desapareció en la largura de los corredores bajo los cuales acababa de tener lugar el zafarrancho.

El respeto que el buscapleito sentía por el señor Buitrago había nacido en su pecho desde cuando era infante, pues don José María le había dado albergue en su casa en la época distante de su niñez y le había ayudado a su familia mucho antes de que comenzara su temible y desastrosa carrera de matasiete.

Ayudado por los arrieros don Chema llevó a Mayorquín donde la Chavarría, luego mandó a buscar a un curandero y después que lo llevaron y terminaron la cura de emergencia el patrón se fue a su hamaca suplicando antes a sus muchachos se retiraran a dormir, para evitar cualquiera nueva agresión del fierabrás sin falmea que andaba suelto en el lugar.

Los compañeros de Mayorquín cuando lo vieron quieto y que dormía con tranquilidad, principiaron a vigiar a don Chema en busca del instante propicio de escaparse sin ser vistos, pues se había prometido ellos mismos amarrar a Tatote de cualquier manera.

Onofre Malueños fue el primero en escurrirse por el corralillo de la casa de la Rosa, luego lo siguió Simón Sánchez que era un gigante autóctono de veras por su complexión y estatura, cotoniándolo casi desfiló en la tiniebla tras sus pasos Eusebio Suazo que había silianado bastante y por último cogió el camino el chayolepense Gregorio García, cada uno de estos hombres llevaba en la mano su cutacha envainada y al cinto bien seguro el respectivo puñal de cacha negra de hierro terminada en cruz que una casa comercial de Granada, la de Salvador Chamorro había puesto en boga en aquellos lugares.

En la calle se juntaron, dialogaron y después de resolver el modo de cómo iban a terminar con El Corre Escoltas, se fueron a apostar tres del cuaterno descrito en un senderito que pasaba tras de la vivienda en donde se celebraba la chichada, lugar por el que sin duda habían supuesto el malandrín buscado tendría que escupirse el pecho para su posada y el otro compañero fue a ver si El Grandote había vuelto para tener sobre aviso al terno asombrado al vástago de un jícara que en el lugar escogido para el combate había.

En el interín el hombre que había ensangrentado la parranda tan luego vio de lejos que don José María y sus peones se ha-

bían llevado a Mayorquín y que el murmullo que había levantado el güirrazo eslabo ya concluído, recogió los pasos andados y se regresó al lugar del tacón.

El retroceso de la fiera no fue captado por nadie y ésta sin hacer bulla ni llamar la atención se fue a sentar al lado de una fueranita que vecina a la puerta de la calle y a la sombra de la media obscuridad de una esquina descansaba y capeaba los pies de los bailadores que concluído el tumulto habían vuelto a la carga aunque con el entusiasmo bastante restringido.

A pesar del dantazo al bailarín, de la herida al caporal y de que la chichada había decaído por tales sucesos, Zenón Treminio no había podido arrancar del quicio de la puerta a su sobrino Tigüilote; el pobre hombre le suplicaba y le resuplicaba que se fueran; y le decía compungido:

—Amonós, hijó, amonós, que este demonio va a concluir con todos nosotros.

—No se aflija tiyo y si tiene tanto miedo, pues panereyese para la posada que yo quiero ver en qué para todo ésto.

—Y que lo vas a ver gran bobo, si ni Ugenio que es tan pencón pudo aguantarle la arrancada conti menos vos que casi estás pelando el ajo.

—Pues yo no lo estoy diciendo que va a topar conmigo; lo digo que quiero ver en que va a parar todo esto, pues yo quiero mucho a ñor Ugenio y me duele, me duele aquí adentro del pecho que le hayan mal jodido tan de choña.

—Pues si te duele sobate, pero amonós ya, que aquí estamos corriendo peligro.

—Espere el medio vuelto, tiyo, que los compañeros de ñor Ugenio no han de tardar por ay.

—No han de tardar de estar roncando los muy sarnosos, pero de que vuelvan aquí eso sí que nones y lo vas a ver si tu cabeza de tenamaste no hace caso de lo que te digo.

—Ñor Ugenio es muy bueno y aunque no lo creya van a venir los compañeros.

Zenón no replicó y se quedó viendo al sobriño con una rabia tal que el muchacho adivinándolo le dijo entre serio y entre broma:

—Piormentecito, tiyito, piormentecito, porque tendrá dos trabajos; el uno por haberse disgustado con yo y después por volverse a contentar con yo.

Eugenio había tenido fama de valiente, lo era de verdad, pero como no tenía nada de pendenciero y no vivía a caza de pendencias no se imaginó nunca que un bochinchero como El Grandote que decían que no conocía el miedo y que combatía hasta con las escoltas

fuera tan cochón y cobarde que lo atacase a fondo antes de que él sacara su cutacha y además como no vio que Tatote andaba la tica famosa se imaginó por los cuenios que antes de atacarlo iba a panerear a traer la famosa arma blanca, una vez de regreso le gritaría que se pusiera en guardia y después del aviso se comenzaría el combate.

Para desgracia del caporal la herida fue sobre uno de los ojos y malferido en tan sensible lugar no pudo accionar del todo y si no ha sido por la presencia de don José María hubiera dejado el pellejo en manos del bravucón

A los mirandas les llamó la atención que El Corre Escoltas no entrara a combatir con su tica que es la que le avisaba siempre si debía o no pelear según los trances y mas aún era visible el hecho de que en semejante parvanda no la hubiera andado colgando de la cintura, de todo esto sacó en claro un sapua-nequeño, que lo comentó en alta voz y dijo para dar a conocer su parecer, sin fijarse que el valentón había vuelto:

—Mal ha de andar Tatote, cuando machetió sin aviso, pues hirió con cutacha ajena; yo de él me iría para mi posada, me pondría la tica al cinto, armaría cañiadera con cualquier pendejo para probar y si la güirra me daba los tres jalones me pondría los talones sobre la cabeza corriendo para mi sitio; eso que hizo es un mal agüizote.

Uno de los que lo oían, dijo incontinentemente:

—Es mal agüizote, no hay duda; pero quien sabe si el muy bruñido ya se fue hacer lo que decimos, y si no se ha ido, pues quien sabe si hoy es el último día de Tatote, porque yo no sé por qué siento una corazonadota de que ahora van a fregar al muy pendejo apaleador de todos los cochones y también de güevoncitos.

Zenón que columbró de pronto al temido peleador volvió a la carga, pero en voz bajita y casi contra el oído del muchacho, diciéndole:

—Monós, hijó, monós, aquí la cosa está muy mala porque nos van a tapisquiar a todos.

—A todos? No sé por qué se imagina usted que el asunto es solo de tapisquiar, Tiyó.

—Jesús nos valga, hijito:

Treminio exclamó así porque vio que El Grandote que estaba a unos ocho pasos de ellos se levantó de su taburete y se dirigió hacia donde estaban

El hombre había oído la conversación del sobrino y el comentario de los mirandas sobre su cutacha y el mal agüizote, y aburrido de las súplicas de Treminio se levantó dispues-

to a hacer obedecer al calenturiador y a correr a los hablantines que hacían rodeo al lado.

Llegado al umbral de la puerta se dirigió primero a los del comentario preguntándoles:

—Qué es lo que estaban diciendo ustedes hace ratito?

Nadie dijo una sola palabra, todos se quedaron con las quijadas tiesas, los pies hechos puro plomo y de un porrazo metidos en la hospitalidad de un juco, comprendiéndolo así El Corre Escoltas, les dijo seguidito:

—Eso soy yo coñonazos, con solo hablar los he metido entre un calabazo; y como entre ustedes no hay un solo hombre para yo, váyanse a roncar ya o a puro danto los hago coger las tablas.

Nadie mosticó palabra y desfilaron todos a prisa a buscar el camastro en un silencio galopante de cobardía en plena barajustada sobre el espinazo de cada papanata en estampida.

Zenón viendo la paneriadera guiñó al sobrino con fuerza para que siguieran a los corredores; el muchacho se agarró con rapidez de la mocheta para no caer y con firmeza le dijo a su guiñante:

—Tiyó, ya lo dije que no me iba, si se está entriacando de miedo, déjeme que yo lo llegaré en seguida.

—Jesús, qué muchacho! Exclamó el pobre hombre y se quedó clavado en el mismo punto porque en ese instante se arrimó El Grandote

—Bueno, murriña de cuita, y vos a qué te alienés que no le hacés caso a tu tiyo?; al tapesco he dicho y para el tapesco te vas, o yo te pongo el lomo como caballo carguero con cincuenta chonelones; voy a miar allí a la plaza y si cuando vuelva estás aquí encomendate a Santa Rita o a la bruja de la Sinesia para que te preste el cadejo con quien sale ella a pasear para que te defienda.

Tigüilote lo alzó a ver con una lentitud que rayaba en indiferencia y como estaba en el quicio que tenía más de media vara sobre el piso, sintió que se nivelaba con el gigante por medio de la elevación en la cual estaba colocado, y encogiendo los hombros como quien no le da importancia a la bravuconada, contestó entre dientes:

—La murriña se pasa y la cuita mata a los micos.

—Qué estás rezando, jodiditó?

—Andate al solar, que es malo detener la miada.

—Y a vos qué te importa que me revente?

—Eso mesmo digo yo, qué te importa que yo no me vaya?

—Pues te voy a probar que me importa, pollito embuchado, que de tan buchudo y flaco ni picar cerotes podés en los solares.

Y levantó el danto lleno de ira con la intención de dejárselo caer sobre la espalda al malferido fueranito, pero en el instante en que se abrió para decargárselo y tumbar al muchacho de un solo mecatazo, éste se lanzó a pasar bajo el número once de Tatote quien no esperando jamás semejante tiro dio un barquinazo parejo y tremendo, yéndole a rebotar la cara en el filo del madero del quicio de la puerta el cual le ocasionó una cesura honda y larga de la que comenzó a emerger la sangre a borbotones

Por el engaño sufrido y más que por eso, por ser quien se lo hizo un chiquirrín al parecer casi a las puertas de la muerte el endiablado bochinero a pesar de desangrarse horriblemente se enderezó medio zurumbo, amenazante y frenético de enojo con el deseo completo de descuarlizar a Tigüilote, éste se había colocado tras de un pilar del corredor con su garrotillo de barazón puesto en vilo, listo para repeler la carga del fornido contrincante.

El Corre Escoltas buscó con los ojos al zapahuco del desastre, cuando lo descubrió se fue sobre de él, pero éste listo como una barbamarilla en acecho lo dejó avanzar dos pasos y cuando la fiera pensaba que el chicuelo debía de estar muriéndose de miedo por lo que había hecho, el chacalín vuelve a pasar su semicuerpo bajo el gancho de su enemigo haciéndolo trastabillar hasta que pudo enderezarse en el pilar en el cual se había amparado el perseguido, éste con ligereza había vuelto a ocupar su antiguo sitio en el quicio de la puerta.

Talote sangraba bárbaramente, pero la rabia lo cegaba y no lo hacía cejar en el desquite y cuando logró ponerse firme, volvió la cara para irse a desvencijar al chicuelillo, diciéndole a grandes gritos:

—Jodidito, del botamay del diablo te saco si allí te lograrás meter, y de lo que debés de estar seguro es que hoy es tu último día.

—Se está muriendo el penconazo y me está amenazando todavía; contestó Tigüilote; luego buscó a su tío por todos lados para ver si podía contar con su ayuda más al cobardazo se lo había tragado la tierra; entonces, el muchacho se puso firme y esperó sin hablar más.

El Gigante, viendo que el chacalín no se corría ni seña daba de miedo, se vino sobre él con el brazo en alto para dejar ir el dantazo sobre el raquítico enemigo; éste como buen felino dejó arrimarse a su agresor y cuando el hombrazo llegó a tiro, en el instante en que le aventó el mecatazo zafó el cuerpo para atrás por lo que el golpe lanzado se fue en vano dando en pleno vacío a consecuen-

cia de lo cual el Grandote medio trastumbó de bruces chapaliando aire con los brazos abiertos en busca del centro de gravedad perdido.

Logró Tigüilote este momento, pues había medido bien su desigual combate, y con decisión y maestría sin blandir siquiera el garrotillo se lo dejó ir en media mollera haciéndole dos tapas el chipote; el fierabrás vaciló un instante, cerró los ojos, gimió cobardemente y cuando su cabeza convertida en regadera dejó caer la sangre sobre el cuerpo que la sostenía se desplomó como el guayabo que la centella hace añicos cuando la tormenta se localiza furibunda sobre la selva chontaleña.

Después hubo dos minutos de estupor entre los espectadores y rápida como toda detonación la bomba de la noticia fue a rebotar contra los camasiros de todos los que dormían lanzándolos del tapesco al lugar de los sucesos jamás esperados.

El único hombre visible que vio doblegarse a la fiera feróstica fue el vigía de los arieros confabulados que voló a dar el parte a sus compañeros para que vieran estirar la pata al tormento de las parrandas y al padre de todos los parranderos, el resto de los mirandas estaba integrado por las mozas bailarinas de la tacongüesadera.

Zenón, el famoso tío de Tigüilote, fue el primer vecino que salió de la entraña de la obscurana con un valor desmedido a contemplar impávido la victoria de su liliputiense sobrino, después... poco tiempo después el vecindario todo se hizo presente para ver los estertores de El Corre Escoltas culipateante.

Nadie decía nada, la gente se apretujaba y miraba en silencio, con ese gesto de duda y satisfacción inexplicable que todo humano pone frente a la realidad de los hechos que han sido juzgados siempre como imposibles.

Ninguna alma piadosa emergía del grupo a socorrer al vencido, como tampoco nadie había inquirido qué se había hecho el muchacho que había librado a la comunidad de semejante peste y no fue sino hasta al rato, un rato de más de diez minutos, en que Zenón volviendo del júbilo que lo embargaba logró exclamar, acordándose del héroe:

—Y mi sobrino qué se hizo?

Todos volvieron a ver al que interrogaba, pero ninguno podía contestarle la pregunta; la mayoría desconocía al pobre natuchito enfermo que había llegado en busca de salud ante la Santa milagrosa y que en un santiamén había librado a todos de aquel padrazo infernal.

Tigüilote después del barazonazo que le otorgó el triunfo, viendo que ya no corría peligro y que todo estaba concluido o por concluir para su contrincante, se sacudió su vesti-

dilo de semanasantiar, se pasó la mano sobre la cabeza para ordenar su cabello, luego escupió al lado, miró a todos los rumbos como buscando algo y cuando vio regresar al Tío se arrecostó sobre la mocheta, parado en el mismo quicio, dedicándose después sin decir palabra a ver como se arremolinaba alrededor de la víctima el vecindario de Teustepe.

—Agora si Tiyó, Ñor Ugenio está venga do, amonós a la posada que ya es bastante noche.

Cuando Zenón lo descubrió corrió a abrazarlo, a lirlo en alto, a presentarlo al público como el héroe del zafarrancho; los curiosos asustados de que aquel mirringo fuera el vencedor, olvidaron al moribundo y se fueron a rodear al muchacho.

Las preguntas iban y venían y Tigüilote solo con monosílabos contestaba, por fin, cansado de tanta baraunda volvió a decir al tío:

—Agora sí, Tiyó Zenón, amonós, que los compañeros de ñor Ugenio se lleven a la chirona al Corre Escoltas y que tengan mucho cuidado que aun así como está el Diablo de allí se lo puede sacar y llevárselo a Cusirisna a curarlo.

Pero Zenón entusiasmado, lleno de coraje, pues no había ya que temer e inundado de admiración por el muchacho no hacía caso de iise; el chicuelo aburrido y cansado repetía a cada rato:

—Agora sí, tiyo Zenón, amonós que ya es muy noche.

Y cuando desalentado de ver que el Tío no le hacía caso y seguía en la comentadera como si el pobre pizote no le hablara, dijo rotundamente, abandonando el quicio y co-

giendo obscurana adentro sobre el corredor para el oriente:

—Bueno pues, tiyo Zenón, ay se queda Ud. pues a mí me quiebra el sueño.

Zenón lo dejó ir, el revejido como no queriendo dejarlo, medio se defuvo en la espesura de la obscurana y gritó ya de larguito:

—Amonós, tiyo Zenón, amonós tiyo Zenón, que ya cacarió el primer gallo y yo me quiebro de sueño.

Tigüilote al concluir la larga hilera de los corredores volvió a gritar todavía:

—Amonós, tiyo Zenón, amonós, a la posada, que ya cacarió el primer gallo

Pero Zenón lleno de orgullo por el resultado de la lidia no le interesaba dormir y dejó partir al muchacho, pues tenía que ir a cualquier cususería a celebrar el triunfo del sobrino que estaba según él a dos pasos, a dos pasos, de coger el camino desagradable y espinudo que conduce derechito, derechito, derechote a las encantadas cañadas del misterioso Musún.

Todavía se oyó en la profundidad del falchocolate nocturno, ya bastante distante, la voz apagada y triste del enfermo:

—Amonós, tiyo Zenón, amonós tiyo Zenón...

Cuando el eco del último amonós se disolvió en el abismo de la obscurana, una fueranita vivaracha y chipunga comentó entusiasmada:

—Ese tuco de gente que cuando lo vide me dio asco, si para el otro Santa Rita está con jueigo como que yo me llamo Andreyá Obando me lo llevo a mi camastro a cuidarlo en mi posada y si no le parece al lumbo me volveré su murriña para lambiarle la sarna.

La Cegua

EN 1906 era primer ayudante del vaquero de La Trinidad, fundo boaqueño, Julián Cantillano, natucho de veinte años, fortachón, de facciones regulares, patango, buen ordeñador, campista de mérito y con cierta fama de amansador intrépido y valiente.

Con el pretexto de domar la muletada de la propiedad se había dedicado a amansar mulos y por tal causa la emprendía para dar trabajo diario a las bestias de su albarda casi todas las tardes para Boaco en compañía de Abraham Pérez, jincho auténtico y sobrino de Leocadio Hernández, fuerano éste adinerado que se había fincado en Boaco y que pasó a la otra vida en los comienzos de 1908.

A Pérez le asistía razón por lo menos aparente para tener que ir después de sus ocupaciones a la ciudad, ya que su tío Leocadio lo había hecho vigilador de los trabajos del ajuste que hacía en El Cuero al dueño de La Trinidad, más no así a Cantillano que además de estar recién enqueridado con la Florencia López, galanota y servicial muchacha de la comarca de Saguatete, no tenía ninguna misión que cumplir ni deber que llenar con su presencia en la fresca cabecera del recién nacido departamento de Jerez.

Gabino Zamora era el vaquero del hato citado y Abraham Pérez había sido designado como su segundo ayudante; los asistentes de la vaquería para salir fuera de la propiedad a pata limpia no tenían mas que requerir el

permiso de Zamora, pero para alargarse de la hacienda caballeros estaban obligados a conseguir el consentimiento de Eugenio Mayorquín que era el mandador de campo.

Para disponer de cabalgaduras en ajetreos particulares, es regla de campistería chontaleña que el concierto que desea tenerlas debe de amansar los potros y muleros cerreos que ya se halen de albarda, es decir que hayan cumplido cuatro años y estén aptos para el trabajo, los que son escogidos en el hatajo o entre los hatajos de las bestias del hato

El jinete que determinó un caballo para su albarda le pertenece por entero hasta que lo entrega de freno y de espuelas ocho o diez meses más tarde de la primera albardeada y nadie ni el patrón tiene derecho a quitárselo hasta que él lo devuelve al mandador de campo completamente domesticado.

Los sabaneros inquietos que gustan de chalanear y de andar de vez en cuando en zafras, para hacerlo y no ocupar jamás el número once tratan de amansar los brutos que más pueden, pero no se les consiente, sólo en raras ocasiones, que los solípedos escogidos para una sola albarda vayan más allá de los cuatro.

Estos amansadores, suelen montar todas las tardes para ir a pasear donde ellos quieren, dentro de la propiedad o en sus alrededores, pero para dirigirse al pueblo están obligados a requerir el permiso del mandador de campo que es el único que tiene voz y mando sobre los semovientes.

Cantillano para tener siempre patas ajenas frescas, mantenía llena la fasa de potros destinada a cada concierto y como una curiosa y rara deferencia Mayorquín le autorizaba de cuando en cuando que se agregara dos muleros de ipegüe, es decir que mantenía por tal condescendencia para su silla seis escogidos unglados.

El segundo de Julián, Abraham Pérez, era un buen muchacho, de tipo indígena, cabal, delgado, de regular estatura, jipato, avisgado y cantador comarcano de profesión, hombre prudente, pero decidido si una situación difícil lo ponía a prueba en cualquier momento.

El oficio los hermanó de tal manera que si Cantillano no salía, Pérez se quedaba gualeando en los corrales y a la inversa si Abraham no podía dejar el hato por cualquier motivo, Julián no se meneaba del aquerencio y se dedicaba a pasar el tiempo entrepiernado con la fresca saguatepeña que se había echado encima.

Como se dijo al principio los dos sabaneros se dirigían por lo regular de tarde a tarde a la cabecera departamental, llegados a la ciudad Pérez la emprendía para donde tu tío Leocadio Hernández a dar informes y a la vez recibir indicaciones sobre el ajuste que el tío

hacia en El Cuero, y Cantillano que no tenía pito que tocar para esperar sin aburrirse al compañero y por instinto machuno se iba derecho para el barrio de El Bajo en donde quería enjañar con una chipunguita sirvientita de la casa del Alcalde del Bajo, remoqueite que atuteaba don Eusebio Roa y que se lo habían puesto de sobornal sus conterráneos del altiplano cuando el manejó la vara municipal del nebuloso Boaco.

Entre siete y ocho de la noche los sabaneros paseadores se juntaban en Mombachito y después de comprar unos chilcagres y verificar las recomendaciones que les daban los meseros sus cofrades enrumbaban para La Trinidad a donde arrimaban entre diez y once de la noche debido a los pantanales del camino.

Tal itinerario muy raras veces era interrumpido a pesar de las quejas de la Florencia a su querido por el abandono en que éste la dejaba; y no haciendo caso Cantillano a las llamadas de atención de la querida, ésta dispuso al fin ponerle coto a aquellos viajes le costare lo que le costare y sucediere lo que le sucediere.

Cuando septiembre con su cortejo de vendavales tomó posesión de su período y principió a derramar las cataratas de sus aguas, la saguatepeña tuvo la esperanza de que Julián desistiera de ir a Boaco por las tardes dado a los friyeros que hacían y las remojazones imprescindibles que ocasionaban las lluvias en los peleros del muchacho; pero éste en lugar de privarse de la marcha cotidiana, remachó el clavo apareciéndose almareado cuando regresaba de la gira.

Una noche de cuantas, Julián llegó un poco más pasado de lo que acosumbraba, se apareció hasta al cerco, y por la simpleza de una llamada de atención de la compañera, le arpilló en el cuerpo sin decirle agua va una docena y media de dantazos que la dejaron dolorosamente amoratada, casi medio derrenzada y con la barriga floja a causa de una inesperada corré que te alcanzo, fruto indudable que le dejó de herencia la danteada.

La jincha gimotió de lo lindo, gimotió sin cesar, indudablemente para que su gipiadera fuera oída, hasta que la cantadera de los gallos de las cuatro despertó a la molendera la que oyendo gipiar a la López se puso en pie y se dirigió a donde ésta y ya contra el cacho le dijo:

—Florenciá, qué te lo pasa?

La aludida por contestar aumentó el gimoteo y al ver la otra que no le decía nada le buscó en lo oscuro la cabeza y empezó a sobarle la frente la que tenía prendida y al sentirse ardiendo musitó:

—Muchachá, te estás quemando, luego que amanezca se lo voy mandar decir a tu mama.

La molendera abandonó el cuarto y salió para la cocina a prender el fuego; a poco de haber comenzado el oficio vio a la Florencia pasar zumbada para el solar y cuando al rato regresó de fuera la mujer le salió a cortar el paso y parándosele de frente, le espetó:

—Bueno, niñá y qué te lo está pasando que no has querido decirlo.

La preguntada entre torozón y torozón contó el cuento a la cocinera, la que sabida de todo lo pasado comentó aconsejando:

—Yo de vos de un solo viaje le mataba el gato a Julián, ¡claro! que se lo atortillaba como destripar una chata.

—Y cómo así, ña Anselmá?

—Pues plantándole una cegua en medio Cuero que es el lugar preferido por las brujas y despuesito poniéndole un mal aire que lo haga berriar al muy pendejo.

—Qué vua saber yo de esas cosas mi seña Anselma.

—Si vos no sabés de eso, la Prudenciona lo sabrá hacer y te ayudará si se lo pedís.

—Será, señá?

—Claro, que será! como que vos te llamás Florencia y yo Anselma.

—Pero a mí me da miedo.

—Solo sos flojeras; cuando yo lo digo, es porque yo curé al finado y ya tengo sano a Ugenio.

—Y que el defunto y Ugenio fueron como Julián?

—Ni más ni menos, los hombres son los mismos casi todos.

—Pues si quiere, ña Anselmá, hay que ir al grano y por supuesito Ud. me acompaña al viaje, que yo desde antes de la apaliada he jurado cortar la carrera, y conti más ahora que ya me dio para mis puros.

—Bueno, pues, al grano, y yo te acompaño para que lo rebruñás.

—Entendida, y cuándo hacemos la cosa?

—Por agora hacete la bravota, malencarate delante del bruñido, no digás ni juco y cuando esos chochos se vayan para Boaco, tras ellos vamos nosotras, y lo demás corre de cuenta de la Prudenciona.

—Convenido, ña Anselmá.

—Pues andalo a tu tapesco y chitón boca, Florencia.

—Chitón pitiyo, ña Anselmá.

La muchacha regresó al solar porque por la dantiada había perdido las llaves y a poqui-

to pasó para el dormitorio en donde se echó después de ponerle punto final a los gimoteos, pero en plena actividad los malos pensamientos movilizados por la manivela de la venganza y al mismo tiempo por cierto celo roedor de su alma que hacía tiempo le venía diciendo que su querido iba a Boaco en busca de alguna jaña que rondaba por la tarde y se venían por la noche.

Cuando se estiró en el camastro iba dispuesta a dormir un poquitín más, pero la conversación con la Anselma le había quitado toda seña de sueño de los ojos, y se puso a pensar en Julián, la Prudenciona y la Molendera; de pronto como quien toma una seca resolución, musitó entre dientes

—Sin que me tajoniara había jurado acabar con los viajes de Julián, o lo dejaba; agora que me zampó el danto en las costillas debo de pararlo en redondo y hacer que se peya de tabardillo.

Volteó la cara al rincón como para cerciorarse de si el querido dormía o ya estaba despierto, lo tocó y notando que estaba con la mona media entera lo rempujó hacia el albardeado del fondo, se acomodó lo mejor que pudo, se puso la mano en la barriga y volteándose de lado se quedó dormida, pero con los ojos tan abiertos que la Anselma que entró al rato al dormitorio por ver si descansaba su poquito supuso que no había encontrado sosiego a pesar del gran desvelo de la pobre.

El cacho del aventador puso fin a la pesada mica de Cantillano, se incorporó, se restregó los ojos, se palpó el cuerpo y recorrió con la zurda la fornida y atrayente curva de la concubina y observando que ya había amanecido saltó del rincón al suelo sin despertar a la chavala.

Cuando apareció en el galerón del chiquero las puyas de los compañeros saltaron a recibirlo, la de Mayorquín armó mate sollamando el cuero al pobre diablo al brincar así:

Ya está allí el barzoniador de mujeres. Luego Zamora aventó la suya.

—Velo. Velo al chiquirringo, cualquiera que lo veyá en El Pico Blanco en Buaco no pensará que es un valiente pijiador de jañitas.

Cruz Linarte prosiguió la tarea y exclamó sin detener el ordeño:

—Este güevonazo, a quién le prestaría esa cara, tan lavada y tan fiesa para venir con semejante cáscara al corral.

Y hasta el aventador que traía del potrero a La Retumbo y a La Cara de Mico, gritó al verle, dirigiéndose al perro que lo acompañaba:

—¡Juchú, Chingo pijudo! que Juliancito está allí y meniale porque te puede bruñir como jodió a la Florencia.

Y para remacharle el clavo se le arrimó paso a paso el mandador Zacarías Bello y le ensambló este orquetazo:

—Te conocía como amansador, pero de que eras ganador de jocicos no sabía nada, anoche de un bergazo le ganaste el jocico a tu mula, qué hombrecito más güevón sos vos!

Cantillano amoscado y cabizbajo no dijo nada ante la puyadera, se fue derecho a coger el cubo y se enfiló para el chiquero a sacar el primer ternero que encontró para enjearlo.

Cuando ya había ordeñado unas diez vacas se le empezó a limpiar la cabeza, comenzó el desfile de las evocaciones y por fin en una de ellas vio pasar una bastante derrenzada y con detalles difíciles de precisar que lo llevó a la cuenta de los dantazos que le metió a la Florencia.

El hecho lo molestó mucho, no por haberlo cometido que él sabía bien que la muchacha se lo perdonaría, si no por la remojadera burlona de toda la campistada.

Pasó el ordeño, se le dio puerta al parido, se desayunaron, fueron a traer las bestias para el sabaneo y hasta que ya estaba ensillando El Medias Blancas, Julián desatarcó la singüeso para decirle a Mayorquín:

—Ayer me dijiste que iba ir a Las Cañas a traer La Tigra, eso voy hacer ahora?

—Eso, precisamente, pero tené entendido que no vas ir a hacer tu casa, pues vas ayudarle a Gabino a echar el mamanto cuando volvá.

—Entonces me voy ya?

—Qué años que debías de haber vuelto.

Sin decir más el ayudante brincó para montarse y una vez bien afianzado, se alejó sin mosticar, rumbo a Las Cañas

Cuando Cantillano partió las mujeres se pusieron a sacar cuentas, obteniendo el resultado de que debían de lograr la oportunidad de la ausencia del querido para irse al Muñeco a pactar con la Prudenciona

Nadie se dio cuenta de que la Anselma y la Florencia habían cogido el camino para tal sitio, pues salieron cuadriliando grandes motetes de ropa sucia con destino a La Quebrada para hacer creer a los meseros que se encaminaban a lavar.

En el bajo del encierro de La Virgen ematorraron los peleros y por atajos ignorados de la generalidad trotaron en busca de la zajorina, la que las recibió con los brazos abiertos, pues era buena amiga desde antiguo de la Anselma.

En cuatro socollones hicieron saber a La Prudenciona el motivo de la visita y después

de pedir rebaja por el precio del trabajo, el asunto se arregló en pocos minutos.

La Bruja respondía al nombre de Prudencia, pero como tenía un tamaño desmedido la jinchería de todos los puntos cardinales de la vecindad le encaramó Prudenciona, aumentativo que al criterio natucho le parecía justo, para compaginar la vastedad de su estatura con un sustantivo aproximado a su tamaño, al viajar de los años su nombre de pila lo perdió por completo y la posteridad la pepenó por el aumentativo que la natuchada le encaramó.

La Anselma hizo ver a la Prudencia que no podían tardar y en tal virtud le encareció que si algo tenía que aconsejarles que lo hiciera cuanto antes, pues iban a penerear en el regreso para evitar la sospecha de los meseros y chacalines.

La hechicerante no se hizo repetir la solicitud, y para dar fin a la consulta habló así:

—Desde hoy queda el asunto de mi cuenta, perdé cuidado que yo te voy a cabrestiar a tu muleto y luego le ganaré el jocico, por de pronto llevate estas contras y regá bajo tu camastro esta agua que le va a ablandar los ñervos y le aumentará el tabardillo cuando yo en el camino del Cuero me le aparezca hecha cegua.

Y sin decir más le dio un manojo de yerbas explicándole que las debía de poner a remojar desde las once de la noche a la una de la madrugada y muy a la albita tomarse el agua y guardar el chingaste de yerbas para pastiarse con él en La Quebrada al medio día en punto y en una media botella le entregó el líquido que iba a regar en cuanto llegara debajo de su tapesco

Las mujeres envolvieron los chechereques, se abrazaron, se despidieron y pusieron patas a todo trote para La Trinidad.

Una que otra palabra soltaron en el camino y en menos de lo que un malpensado gasia para inventar una calumnia, se tragaron el camino que tenían que recorrer en el regreso.

Sacaron los motetes de los matones y derecho se fueron a La Quebrada, la primera en soltar la singüeso fue la Anselma, diciendo:

—Ya lo vas a ver, desde el día que Julián veyá la cegua se acabaron sus compañeros y sus güevonadas.

—Será, ña Anselmá?

—De aquí a ocho días a lo más, vas a quedar completamente clara como el ojo del piche como dice Ugenio que dice el maistro Pardo, de Boaco.

—Ojalá, señá, porque si no me lleva el diablo con el pendejo, pues nos tenemos que

dejar, pues no es vida que lo penqueyen a uno por solo el guaro de penquiario.

Dejaron de hablar y luego cogieron el oficio con ardor; acabaron pronto, pues los maritates no eran muchos, recogieron los trapos y a trote largo volvieron a la Hacienda.

Llegando ellas y arrimando Cantillano con La Tigra, ni éste ni el resto de la servidumbre se dieron cuenta de que las mujeres habían estado ausentes por dos horas.

Por el escándalo de la penquiada, Julián por más que rascaba por ir al Pueblo, evitó el viaje haciendo un esfuerzo que la querida lo juzgó inaudito e inesperado.

La Florencia siguió al pie de la letra las instrucciones de La Bruja y cuando al cenit del otro día se fregaba en La Quebrada con el residuo de los yerbajos, se dijo interiormente:

—El Julián va ir hoy al Pueblo, y como con seguro va a llover en la tarde, se tendrá que regresar por el Cuero, y allí, allí La Prudenciona lo va a llamar a liquidarse y de un mecatazo me las va a pagar el rependejo... y se seguía pastiendo indiferentemente como si su mente de natucha no estuviera inundada de alegría con la esperanza de sentirse vengada en plena media noche futura por su amiga de El Muñeco.

Cuando la Florencia volvió a la Hacienda, Julián tusaba El Pocoyo que era uno de los caballos buenos de su silla; después que terminó de trasquilarlo, lo ensilló, seguidito lo atacó y lo puso bajo la galea del chique-ro; luego se encaminó al camastro en donde estaba su barragana; ésta al verlo le dijo:

—Julianito vas ir al Pueblo?

—Pues, niñá, si me deja ir Ugenio, con seguro, si no, no hay como.

—Pues si queré yo lo digo, para que te suelte la gamarra, porque me urge un castor para purgarme, pues he pasado mal día.

—Decilo pues, para ponérmelas temprano y traerte el aceite.

La Anselma que vivía con Eugenio, le hizo el cachete a la muchacha y en dos por tres el permiso fue conseguido.

Julián preparó el vaso para el ricino, luego se alistó para partir y antes de las cuatro salió para la ciudad.

Se fue por El Llano, es decir por El Muñeco, cuando iba pasando por la casa de la Prudenciona lo llamó ésta y después de saludarlo y chilearlo le dijo:

—¿Querés tantiar una cususita?

—Y por qué no! Como vas a crer que te despreceye.

—Pues voy a pasarte una medida; se fue adentro y le sacó un guacaliño de jícaro saba-nero hasta los bordes.

El farolazo le picó la rana al concierto y para entonarse más le pidió a la anfitriona que se lo repitiera.

Esta le sirvió otro guacalito, Julián se lo metió de un viaje y después de limpiarse la boca, se despidió de la amiga para que no le agarrara la tarde según dijo.

Cuando Julián dobló la curva de la falda de arenón blanco del Muñeco, la bruja dijo:

—Ya le piqué la rana al compañero, lo que es ahora se la pondrá hasta el cerco y luego en la cuesta del Cuero nos veremos segurítamente.

El campista llegó a Boaco y lo primero que hizo fue comprar el aceite por amansar y complacer a su amasia, después se metió dos copasas más que lo pusieron acelerado y ya en tal situación se fue para donde la muchacha que enamoraba buscando verla para convenir el encuentro y se le dio un bledo que le cogiera la noche y lo esperara la querida temprano.

A las ocho comenzó a llover y con el pretexto del frío siguió bebiendo Cantillano, bastante zarazo buchoniaba todavía a las once de la noche con la nueva jaña en la casa en que posaba ésta, y a las doce, más sesereque que bolo cogió el camino de regreso y resolvió subir por la Cuesta antes que irse por El Llano que debía estar completamente en agua según pensó.

Pasó el vado de El Pochote, comenzó a pepear la Cuesta y a medida que el hielo de la media noche lo envolvía enfriándolo por entero, la bolenca se le iba disipando.

Al concluir el vasto bloque de cantera blanca que empiedra la mayoría de la trepada Julián oyó un silbido que le puso los pelos de punta y le jincó con carámbanos la columna vertebral.

Un desasosiego cervical le invadió el ánimo, e iba ya en plena ciénaga cuando otro silbo horrorizante repercutió en el ámbito, tras de este salió otro, y otro y otro hasta que se hizo una cadena de silbidos despampanantes que le entiesaron las quijadas y le cuajadiaron el poco valor que le quedaba; no pudiendo gobernar el caballo lo dejó ir a su gusto, éste que no tenía miedo no abandonó el trillo y por tal causa lo llevó derecho hasta la mera madre de la silbadera.

De pronto El Pocoyo se abrió de un salto al lado perdiendo el trillo por lo cual cayó de romplón en el sonsocuital pegajoso que le apercolló las patas, lo hizo trastabillar y por fin lo paró en seco; hasta que los temblidos de la bestia pasaron y después de forcejear por recuperar el equilibrio y hasta que se sin-

tió firme el emberrenchinado mesero buscó la causa que le había azotado la cabalgadura, como la bolenca lo llevaba pipioste no podía distinguir en la obscurana y en lo que se estaba esforzando por averiguar el enclavamiento del solípedo y las demás cosas le silbó un silbido tan contra de la oreja que lo dejó sordo y lo hizo jesuarse a pesar de su estado

El miedo le limpió las charolas y vio contra su rostro una estantigua enorme con dientes vastos, tan vastos que por lo menos tenían tres pulgadas de longitud, una cara tan larga que rayaba en un triángulo desmesurado y horripilante dándole forma a una cabezota fiera que gastaba una cabellera blanca, lacia y gruesa que le cobijaba casi todo el cuerpo hasta rozar el suelo, en fin, era un espectro que nunca había visto y menos imaginado, pero que indudablemente lindaba con la descripción que su madre le hacía cuando niño de las ceguas

Cerró los ojos, los volvió a abrir y cuando se convenció que lo que tenía en frente era cierto, dio un alarido feroz, desgañitante y tétrico.

La cegua se le aproximó, le pasó el brazo por el hombro, lo estrechó contra su cuerpo, sacó una enorme lengua y se la metió en la boca, lo jugó, le zampó una dantiada, lo echó al suelo, lo arrastró en el pantano hasta que los peleros perdieron el color, luego como quien agarra un muñeco lo engarsetó en El Pocoyo, se puso ella en la polca, arrendó al unglado, taponió el sonsocuite al despegarse éste del atolladero, lo echó al camino, lo enrumbó a La Trinidad, lo metió a los potreros de la propiedad y cuando ya iban por el medio del encierro de San José le repitió la paliza, la lengüetiada, lo molió en el zacate arrastrándolo, lo volvió a enjorquetar y por último le metió en los oídos cuatro vastos silbidos, le varejonió al semoviente para que cogiera el sendero y dando jajayes pavorosos se enderezó para atrás y desapareció en un recodo

De donde lo dejó la cegua a la Hacienda no habían más que unas quinientas varas que El Pocoyo las anduvo en dos monazos, yéndose a parar a la tranquera del corral en donde ameneció porque el mesero que había quedado más de la otra que de esta no dio señal de vida hasta que la aurora despuntó en el oriente y los ordeñadores desfilaron en busca de sus quehaceres y lo descubrieron en la calamitosa situación en que estaba.

El primero en verlo fue Araham Pérez su viejo compañero, gritó a la Florencia y al acudir ésta al llamado del amigo, se encontró con el triste cuadro que presentaba su querido

Lo metieron al chiquero, lo llevaron al tapersco, lo limpiaron, prepararon agua y después de bañarlo lo zamparon en la yacija para que se recobrara.

La servidumbre después del comentario se fue a sus oficios y en cuanto pudieron con el

prefecto de lavar la ropa del jugado de cegua se fueron a La Quebrada la Florencia y la Anselma.

Cuando desguindaron el vado del riatillo se soltaron en jajayes, se abrazaron y hasta se miraron del gusto de ver a Julián bruñido, pasada la contentera, dijo la Anselma sencenciosamente:

—Agora sí, podés decir que tenés querido, porque lo que es Julián no volverá a probar el pueblo.

—Ojalá que así seya para que vivamos en paz, seña Anselma.

Regresaron las mujeres a sus trajines y estando en ellos, el mesero de la ceguada llamó a la amante, concurrió ésta a su grito y el amante le dijo:

—Niñá, y cómo vine yo aquí?

—Pues no sé, porque cuando te vide ya te había vido Abrám, quien me gritó para que te metiéramos al corral.

—Yo no recuerdo nada, pero sí estoy viendo claro a una cegua horrible que me salió antes de llegar a la casa vieja de El Cuero, después perdí el sentido el que estoy recuperando hasta agorita.

—Pero no te sentís maluco? Si querés vamos al pueblo para que te veyá don Mencho Ramírez o ñor Trinidad Tijerino o algún curandero de por ay.

—Yo al pueblo? Ni a palos vuelvo ir yo a Boaco, sólo que seya preso.

—Pero por qué, niñó, si vamos a ir juntos?

—No, no, y reno, ya te lo digo que no, sólo que me lleven como cabeza de guineyo cuadrado o tamal puesto en viaje para ir Abajo.

—Pues no iremos niño, contame pues la pasada para quedarme clara de tu casi culipatiada en El Cuero.

Y tal como se lo pidió la querida, Julián soltó la lengua y de pa a pa le contó la maniada cegüina.

Después que terminó su relato hubo un profundo silencio que fue roto por el emberrenchinado jugado de cegua, para hacer el juramento siguiente:

—Te rejuro por mi madre que no vuelvo a ir de noche a Buaco y sino fuera pecado, lo juraría por Nuestramo

La Florencia como para hacer un signo de duda se sonrió en las barbas del querido ante lo que decía pero éste en lugar de disgustarse, la volvió a ver serenamente, garraspió un momentito, se atorozonó un tanto quizas al evocar el filo de la lengua que la cegua le introdujo en la boca y estirando el brazo lentamente hizo la señal de la Cruz con la diestra y repitió sin parpadear:

—Te lo juro por Nuestramo, aunque seya pecado!

La Cotona de Simón Sánchez



SIMON SANCHEZ fue un jincho autóctono nacido en una de las muchas cañadas del hoy Departamento de Boaco; al andar del tiempo y todavía pelón abandonó la comarca que lo vio nacer y se trasladó al pueblo que dio nombre a la nueva división geográfica para pasar su vida ganándose la burria diaria como jalador de agua del poblado en que se había fincado.

El indígena de por sí es reactivo a sitiarse en las ciudades y prefiere pasar su existencia en la libertad sin límites del campo para no estar sujeto a demarcaciones de linderos, molestias de vecindad, a levadas, impuestos y además para encontrarse siempre lejos, lo suficientemente lejos, del ojo de la autoridad que por desgracia siempre vive sobre él que por lo impreparado es el individuo más fácil de explotar entre la comunidad.

Haciendo a un lado la tal idiosincracia, por medio de un esfuerzo inaudito, a mediados del siglo pasado abandonaron sin saberse cómo el llano y la montaña cierto número de natuchos que ubicándose en Boaco llegaron a alcanzar a pesar de su humildad y ascendencia, estimación y respeto entre los vecinos del pueblo escogido para dejar correr los días del tránsito terreno.

Entre estos aborígenes distinguidos merecen la pena recordarse a Leocadio Hernández que logró formar un muy bonito y saneado capital, a Rosendo Pérez que fue señor de hafajos y de pelos, venido a menos en el transcurso de las décadas; pero siempre con lo suficiente para no verse obligado a ver la cara a nadie; a Vicente Ramos que fue el eterno prioste irreponible del Apóstol Santiago y por consiguiente director colado de los bailarines y machos raciones y a Simón Sánchez que no tuvo más distinción que su honradez, vasta fortuna, que le abrió las puertas de la confianza y de la estimación de varios de los ricos propietarios boaqueños, alcanzando llegar a ser un tipo típico de la localidad en cada uno de los dos menesteres a los cuales se dedicó.

Con los años Simón abandonó su oficio de burrero o jalador de agua y se convirtió en arriero de recuas jaladoras de mercaderías de Arriba para Abajo y de aquí para Arriba.

Era de estatura desmedida, complexión recia, moreno requemado, de pocas palabras, chusco y amable cuando estaba de gana, a pesar de su carota mal hecha con la cual imponía miedo cuando no se tenían relaciones con él, trabajador asiduo al extremo de que casi siempre andaba dejando cargas en el Interior y gustaba de no cambiar de pairón para tener siempre asegurado el estipendio por adelantado, trabajara o no trabajara en su nueva profesión.

Cuando el régimen de Zelaya exigió el empatronamiento para concluir con los vagos según dijeron aunque los tales jamás se empatronaron, Simón empatronó con don Mariano Buitrago de quien fue su eterno mulero hasta que la muerte le exigió el pasaporte que deja la puerta libre para irse a la eternidad.

Cuando el señor Buitrago compró a Rigo-berto Cabezas, el Incorporador, la finca San Diego, Cabezas cedió a Buitrago una mula cuyo tamaño desmedido traspasaba los límites de toda ponderación; era un animal tan grande que el servicio de Chayotepe no halló mejor nombre para ponerle que llamarle La Mulona y con tal sustantivo se quedó para eternas memorias, aún después de haber culpiteado.

La Mulona era valiente, sumamente valiente, de color blanco, pelo raro en las híbridas, larga. La naturaleza había tenido largueza para alargarla, fuerte, enormemente fuerte, a tal punto que su flete era generalmente de diez arrobas y llevaba al anca como sobornal la humanidad de gigante pichón de su conductor Simón Sánchez.

La Mulona y el fletero se hicieron inseparables; cuanto viaje había que hacer la blanca nunca faltaba en el ejército carguero, pues Simón la ocupaba para su silla sin que la bruta protestara por el recargo del flete; por este motivo la mejor cuidada de todas las acémilas era el semoviente que había pertenecido a Cabezas.

Nunca consintió Simón que la ensillara ninguno de sus ayudantes, él personalmente le colocaba el aparejo; sus peleros eran especiales y el sudaderón que le ponían era dado a hacer exclusivamente para ella; La Mulona se acostumbró tanto al trato del antiguo burrero que con los años no llegó a permitir que nadie le enjorquetara los zurrones si Sánchez no le colocaba personalmente el primer tercio de la carga, y cuando alguno de los otros anieros por travesura o vagancia trataban de sobornalearla con la humanidad de alguno de ellos, se paraba en redondo la alimaña y decía a pañada limpia con el intruso.

El irracional y el humano se correspondían a las mil maravillas cada uno, por supuesto, en su menester correspondiente de una manera especial y llegó a tal grado la inseparabilidad de ambos, que en una ocasión en que Simón por uno u otro motivo no pudo hacer un viaje de los que periódicamente emprendían para Abajo y para el cual su predilecta había sido escogida para verificarlo, que llegada la hora de partir, como La Mulona estaba acostumbrada a que su amigo le encaramara los peleros, etc. etc., cuando se llegó el momento de ponérselos y después para cargarla hubo necesidad de tapojearla para que el animalazo se dejara hacer en paz el

acicalamiento y la rateada; la híbrida encariñada no hizo nada mientras estuvo tapada, ían luego le subieron el tapojo al frontal principió a corrovear, reventó el cabresto de la gamarra y puesta en libertad se las puso en estampida sobre la calle de Mombachifo dando al traste con la carga al descender la bajada de la quebrada en el vado de El Pochote.

Fue tal la viril protesta de la acémila por la ausencia de su compañero, que el patrón ordenó que la dejaran y la repusieron por otra para evitar el descuartizamiento de lo que fleaba, pues si en cada jornada iba a proceder de igual manera, natural era deducir que al fin del éxodo lo que iba a llevar a su destino era pura borona seca o hablando más claro chingastales de quesos.

Cuando Simón supo el cuenterete se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo:

—Ojalá me quiera siempre la brutota y no haga con yo lo que hacen todos los diablos de esta clase, que pateyan cuando mejor se les sirve. Y se fue a buscarla al potrero, la llevó al corral y le puso un medio de maíz para que se lo aventara.

El mulero se atarantó con el tiempo por la galanura de una pindonguita y para no sufrir más resolvió casarse y para el nuevo estado dispuso hacer su rancho y lo levantó en el barrio de La Olocica, abajito de la antigua Cantera. Hoy es justo decir, para darlo a conocer, que el primer poblador de La Olocica fue Simón, así como que en aquel entonces su casa era la última del pueblo por ese flanco que generalmente se denominaba La Cantera y la memoria recuerda que esa parte del pueblo la abría la casa de ña Victoriana Angulo por el sur y la cerraba la de Sánchez por el norte, los otros puntos cardinales estaban cubiertos por rastrojos y desguindos que el aumento y compostura de la ciudad de hoy los ha urbanizado por entero.

Después de empiernado el antiguo jalador de agua se dedicó por entero a su mujercita y con el devenir de los años al cuidado de los chacalines que le dio su compañera, quienes lo hicieron más casero todavía y como sus gastos aumentaron, se volvió completamente un consumado sebo de riel.

Dejó de tomar cususa y se dedicó a siliñar todos los sábados. Por quince centavos chancheros le vendían un calabazo de guarapo de a galón, capaz por lo fuerte del líquido de atarantar a tres Simones más, si Simón hubiera sido capaz de malgastar su chicha fuerte brindándosela a otros compañeros para que se la aturugaran en su nombre.

Es indudable que el casorio convierte al hombre que quiere cumplir con los deberes de su estado en consumado economista y a veces en archimiserable economizador, y el mulero que era un exacto cumplidor de sus compromisos supo hacer honor a su palabra hasta en eso de la intimidad del hogar, por lo que para economizar lo más posible sustituyó el guaro con el silián y el chilcagre con la melenca y eso que cuando le tocó pasar por los des-

guindaderos de la tierra y en la comprensión de Boaco que era donde vivía, el medio de maíz valía un real chanchero, el de frijol real y medio y de diez y ocho libras el primero y de veinte el segundo, la docena de huevos costaba medio níquel y en El Paraíso, una legua arriba de Sácal, donde ñor Saturnino Vivas, la docena de pollos matacanes valía cinco reales, todos estos valores en moneda chanchera de la Administración de Zelaya.

A fuerza de pepenar y recoger centavos logró techar su casuca con fejas y ocupó el clin de macho que la techaba para batir el lodo con el cual albardió el aposento en que dormía su familia.

Viendo que su oficio le gastaba la ropa y le andrajeaba la cotona, un día de tantos resolvió trabajar en cueros protegiendo las partes nobles con un fuerte y curioso calzoncillo de mantadril azul que no se lo despegaba cuando le tocaba ir con cargas de quesos, cabuyas, alforjas de henequén y mecates comerciales a Masaya.

La primera vez que trabajó de tal manera lo hizo ya bastante oscuro en la nochadera de Montalván, en Veracruz, posadera que en el tránsito indetenible de los años llegó a parar a manos del esforzado don Alejandro Oliva, asustado de verlo cambiar de vestimentas en un santiamén su compañero de arriera Eusebio Suazo, le dijo en el colmo de la admiración y del asombro:

—Idiay, hombré, qué te estás volviendo lorenzo? O es que no sos vos y sos una alma en pena que me salís para que me ponga en panera?

—Dejate de chuscadas, soltá la riata a priesa, que ya nos cogió la noche.

—Pero si de verte así las manos se me han puesto torpes, lisas, flojas y mandrias como dice la ma Carmita de Leocadio Hernández cuando se le rajan las comaleras.

—Y dale que dele con la fregadera, echaló andar lo digo, que las cargas del Chapín nos venían cotoniando y si llegan antes que acabemos nos va a costar un burro hallar lugar a los zurrones.

—Alabado seya Nuestramo! Por lo visto te querés choneliar el lomo para que no se te friege la cotona azul de media vida.

—¡Idiay! y vos que perdés, dale a la riata que desde cuantaycifo estás jincando la yegua para que te pateye si la seguís jochando.

—Cuando vengan los del Chapín se van a jajayar de veras, pues estás hecho un completo espantamicos o correpájaros como los que ponen los milperos abajeños.

—Ya te lo dije Usebió, dejá de jincar la yegua si querés tener la fiesta en paz.

Eusebio soltó por fin el nudo de la reata y olvidando las changonetas, mas por miedo de que Simón se pusiera bravo de verdad que por otra cosa, se dedicó sin chusquear mas a descargar los machos que ya principiaban a echarse cansados de esperar que les quitaran los zurrones.

Suazo hizo correr la noticia entre los fue-

rános y compañeros de bregas sobre la forma en que Simón últimamente cargaba y descargaba las mulas; sus allegados cuando lo veían de buen humor lo changoneaban y los particulares hacían chiles a costillas del mulero, pero a sus espaldas, pues el burrero no era chiche ni chocho y además tenía el puño recio; al viajar de los meses cansados los unos y los otros de chiliar al jincho imperturbable, se aburririeron de hacerlo y cuando enseguida lo miraban transformarse ni juco decían ya.

Mas en realidad de realidad, nadie había oído de su boca contar la causa por la cual trabajaba en calzoneta adelantándose a los bañistas de hoy unos cincuenta años, por lo menos, el famoso jalador de agua de los días idos y lejanos de su traslado a Boaco.

La oportunidad para averiguarlo se presentó una vez que su patrón don Mariano lo despachó a Granada a traer unas cuarenta cargas de mercancía que el citado señor necesitaba para su tienda del pueblo, pues cuando estuvo de regreso el cargamento fue apeado a presencia del señor Buitrago y en la mera casa de éste.

Cuando el trajín de la descargada iba a comenzar Simón corrió al corralillo a mudar de vestimenta, al verlo su patrón transformado no soportó la risa frente a la figura que el mulero hacía cubierto apenas con el curioso taparrabo de marras; pero fue tal la gracia que la estrafalaria indumentaria le causó al patrón que aunque le quiso dar ciertas órdenes no pudo hacerlo y con un gesto ordenó al fletero que diera principio al descargue de las híbridas.

Simón no esperó más y haciendo que sus compañeros metieran las bestias de una en una al traspatio para que en la calle no lo vieran en la situación que andaba, dio principio al oficio sin vacilar y con el ahinco con que procedía siempre en los menesteres que le tocaba desempeñar.

Habían descargado ya unas cinco mulas cuando de repente llamó a Simón don Mariano para que le explicara ciertas cosas necesarias al deszurronamiento de la mercadería; el mulero evadió con todo respeto presentarse dentro de la casa con el risible taparrabo con que se cubría, pues además del patrón se hallaba allí la patrona; entonces el señor Buitrago para no perder tiempo fue en persona a inquirir del fletero las explicaciones que necesitaba, cuando se las dio y estuvo claro sobre lo que inquiría, el propietario lo quedó observando y después de requisarlo con una ojeada detenida le dijo sin ningún viso de broma ni de burla:

—Hombré, Simón, lo grave de tu nuevo sistema para descargar es que el día menos pensado un zurrón roto o una estaca mal pulida te va a sacar una coyunda del lomo y te va a quedar la espalda en carne viva.

—Es verdá, señor, lo que me dice; pero después de unos ocho días el lomo se zurce solo y no se gasta, mientras que la cotona una vez desguazada ya no tiene remedio

—Con sólo remendarla te sigue dando servicio.

—No lo creya, patrón

—Claro que lo creo, y tan lo creo de verdad que aquí en mi casa la ropa que se rompe se zurce.

—Es que Ud. es rico, patrón, y tiene mucha ropa; y cuando ocupa la remendada, ésta se defiende con el uso de la buena.

—Es decir que vos no tenés ropa buena que defienda a la mala

—Si tengo, patroncito, pero es tan poca que sólo la saco para San Juan, Santiago o bien para Semanasantiar y de vez en cuando para domingear cuando oigo misa.

—Y desde cuándo cambiasie tu propio pellejo por tu cotona?

—Verá Ud patrón; hace unos seis meses descargando en Ostocal me rompió un zurrón la mejor cotona de manta que tenía, me le sacó tres cintas de un solo mecatazo; cuando me la quité y la ví hecha trizas, pensé que era mejor descargar sin cotona y procedí ay no masito a hacerlo así; pero mas adelante, ya de regreso, como el cargamento que traía era de alambre, un rollo condensado que se me resbaló me hizo tasajos por completo al pantalón.

—Y entonces resolviste en pelota hacer todo descargue?

—Tanto como eso, no, patrón, pero me puse a cavilar y de mi cavilamiento resultó el invento del taparrabo que tanto hace reír a esos gurisapos

—En fin de cuentas como el cuero se repone solo y no te cuesta más que unos pocos días de ardores y dolores, vos resolviste exponer siempre el pellejo, pero no los trapos.

—Eso es, eso es, la cuenta exacta, mi patrón.

—Pues Simón, es bueno que tengás siempre mucho cuidado, porque el agarrado o sebo de riel como dicen en mi tierra muere siempre estreñado.

—Piormentecito, señor, será pelar el ajo desnudo y yo por lo dicho tendré siempre mientras mi patrono Santiago lo quiera, mi buena tigre para mi tapesco.

—Dios te la deje gozar y te arranque el frío cuando con el lomo hecho tucos por el filo de algún zurrón llegués a cobijarte con ella cualquier día de tantos.

—Nuestro Amo no lo permita, patrón.

—Dios te ayude, hombre; y andá seguí descargando que te están haciendo tiempo los muchachos para bajarle el flete a La Cabeceña.

—Pues si ya no me acordaba de ella, voy a llevar este cajón para que el compañero se pare en él y así pueda rempujar parejo en la desensartada de las estacas.

Sánchez agarró el cajón que había señalado y con él se enderezó para el punto del corralillo en que se encontraba La Mulona todavía cargada.

Colocó el traste que portaba en el sitio que le pareció adecuado, para que el arriero que iba a ayudarle en el despegue de la car-

ga, no tuviera peligro de resbalarse y suspendiera el zurrón que le correspondía con verdadero aplomo.

El que iba operar por la derecha era Eusebio Suazo, cuando éste se colocó bien, Simón le dijo:

—Rempuje, compañeró.

Suazo se había puesto de espaldas debajo del zurrón, cuando Sánchez habló, Eusebio hizo la fuerza necesaria para que el tercio subiera lo indispensable para que Simón zafara la estaca de las argollas de cuero crudo del engarce de los tercios, pero con tan mala suerte que en el mismo momento que hizo el violento empuje el cajón se desfondó, yendo a dar a tierra la mediana humanidad del indigesto ayudador.

El zumbón fue tan desmedido que el zurrón aventado rebasó la cima del aparejo y Simón no esperando tal peso, se tambaleó bajo los tres quintales y fue a dar con todo y tercios a la joroba.

Con el ruidaje que hizo el cajón al desfondarse, y luego con la derribada de la carga, La Mulona tuvo para asustarse más que suficiente y se engringoló, pateó y saltó distante del lugar de los sucesos, dejando a los pobres arrieros patiliosos y medio desquebrajados, pero sin que ella tuviera la culpa.

Cuando los compañeros de brega ocurrieron a levantar a sus cofrades, se encontraron con que Suazo tenía el pie izquierdo zafado y la pierna derecha con varios desmedidos so-

llamones y Simón, el hombre que por defender su cotona trabajaba sin ella, tenía el lomo hecho tirillas, los anillos de los zurrones y las estacas del engarzamiento de estas bolsas desmedidas de cuero crudo, se cebaron sobre sus carnes y cuatro desmedidas coyundas como sacadas por travesura por un carnicero demente, como lonjas de cerdo empezando a engordar, de pulgada y media de ancho cada una, le colgaban de la espalda.

El doctor Piróforo, conocido más tarde en Diriamba por doctor Gallina, se dedicó a respuntarlo; recuperar le costó un mundo al antiguo jalador de agua y cuando ya se sintió capaz de trabajar en menesteres suaves y recuperó algo de su espíritu, se fue a ver a su patrón don Mariano, y lo primero que le dijo fue:

—Por nada no lo güelvo a ver, patroncío; es verdá que a la cotona no le pasó nada, pero sacando mis cuentas es más barato para yo que se haga tucos mi cotona que el lomo viejo, pues para que éste bruto recupere, me ha pasado cuasi tres meses sin trabajar y si no ha sido Nuestramo y usté que me ayudó munchito, hubiera pelado el ajo, así es que aunque tarde cojo su consejo, de hoy en adelante ya no voy a espantar pájaros ni micos como decía de yo que parecía que me alistaba para tal cosa, aquel animalote de mi compañero Usebio, cuando me escondía en las nochederas tras de cualquier palo para cambiar de peleros.

Justo Culebra

EL pánico había encaramado a Justo Fernández el ipegüe de Culebra; y encumbró tanto, por sus acciones de despachador de prójimos a la Otra Costa, que en el devenir, este remoque, para sus semejantes, Culebra y Pisuica llegó a ser lo mismo.

Era nativo de Panaloya, ordeñador por herencia, o lo que es lo mismo por seguir los pasos de su tata; sabanero inquieto, vaquero famoso y valentón temerario.

En la fiesta patronal del caserío siamés de El Paso, había debutado sin peligro del pellejo, desentechando la bazofia de un comarcano malacatoyino.

Huyendo de los chingos y jueces mestieños del puertecito fluvial, alisó los pedregales de La Rejaya y trazó trillos bien claros de Jiquelite a Santa Bárbara, y de estos lugares a La Joya.

El amor a la cususa, un día de San Pedro, lo hizo bajar a Malacatoya.

El pelo asaltándole las orejas y una barba espesa y lacia que la juída había acumulado paciente, sirviéronle de disfraz en la bajada al poblado.

Cuando los cuartazos dieron vuelta al panorama real que su retina captaba, se olvidó de su condición de juidor y su interior de causelo estuvo lisio a exteriorizarse con el primer motivo que la frasca deparó.

La oportunidad se presentó cuando un paseño que andaba ya sesereque y lo atisbaba desde hacía rato, gritó de pronto bajo la enramada de la taquilla en que empinaban:

—A mí naide me engaña, ¡pendejos! ese peludo piojoso que está allí es el mismísimo Justo Fernández, ¡Culebra! como le dicen los que creyen en las patas de las voladoras.

Justo rugió de rabia y se arrimó al hablantín masticando:

—Quién te ha pagado, viejo chocho, para que andés denunciando a los que no se meten con vos?

—Mis compañeros, que son largos y grandes.

—Tus compañeros?; para dormir con sólo ésto lenés. Y descargó un guaspirolazo tremendo sobre el pobre paseño que lo llevó a medir el suelo y a dormir de un golpe la mica cuando más alegre reiozaba la malandrina.

Un joyano, amigo del paseño, pegó salto

desde un rincón en que observaba y aulló, mas que habló, en media ramada hecha cancha:

—A ese te lo bolastes jumiado, agora va con yo la cosa que no ando cususiado, y haciendo de lo dicho un hecho, jaló del barriguero siete pulgadas de acero que dieron su brillo al sol, y se plantó en guardia esperando.

Culebra que estaba de espaldas, dio mate redondo hacia atrás, estiró la mano ennavajada de antemano y corrió el filo terrible de una cuchilla de barba que nunca le faltaba en los bolsillos sobre la hoyita del retador.

Partida, la hoyuela medio a medio, la sangre se hizo correntada a poco de hallarse el cauce roto y diez minutos después Culebra había tapizado el segundo medio de maíz que se echaba a tuto

Justo con la nariz expandida desproporcionadamente para dar paso al acezamiento que le causó el corto choque, venteó el peligro de los chingos y denunciantes oficiosos y antes de que el aspaviento de los fiesteros comenzara, emprendió la estampida que sofrenó hasta en los farallales de El Común.

A partir de ese día, ya no le fue posible permanecer más tiempo en el altiplano que habitaba por la perseguidera que la escolta emprendió contra él, entonces se cortó el pelo, cambió de ropa, consiguió unos pesos chancheros, gasolina indispensable para movilizarse, y puso patas para Chichigalpa, para armararse a la sombra de la distancia y del desconocimiento de su persona en el lugar citado. Llegó al Ingenio donde encontró trabajo y pasó más de dos años sin cometer desaguidados

Mas llegó el día en que se vio envuelto en la primer camorra, en la cual unos cortadores de caña le quisieron echar la vaca y se zumbó a otro prójimo, medio de maíz que tapiscó no por gusto, sino por la necesidad de amparar el número uno.

De aquí para adelante los chingos no lo dejaron tranquilo ni él dejó que descansaran los caítudos.

Mataba por un lado, mataba por el otro, por el norte, por el sur, por el este, por el oeste, por los treintidós rumbos del horizonte y cuando en alguno de los puntos no se decía nada de Culebra, es precisamente sobre ese flanco se encuevaba la tamagás peligrosa.

Al solo decir: "Viene Culebra", los caseríos quedaban abandonados y las alquerías desiertas.

Rendido de juir, de juir y más juir, además de arrepentido, en la fiesta de El Sauce al Señor de Esquipulas, en un quince de enero, se arrimó a un sacerdote y confesó sus pecados

Después oró y depositó su arrepentimiento a los pies de la bella imagen del Crucificado de Esquipulas.

Puesto en la calle tiró la vista hacia la vecina colina de Ocofál y troteando ligerito enrumbó hacia el río, lo vadeó y comenzó a subir el macizo que vigila al pueblerón.

Los años acumularon un quinquenio y nadie volvió a saber de Justo y sus conterráneos los paseños lo recordaban, para meter el mono a sus chiquincitos.

Una noche, una noche cualquiera, pero clara como otras diez mil noches pasadas con anterioridad aunque no consecutivas, en la abundancia de claridad, apareció en Tilá, lechería situada contra el cacho del caserío de Los Cocos, en plena vecindad de Panaloya, la tierra que lo amparó al nacer.

Pidió posada en la alquería, se la dieron, observó que no lo habían reconocido y sintiéndose satisfecho por tal descubrimiento, se fue a recorrer el camino real para dar un breve vistazo al antiguo sitio.

Regresó temprano, halló haciendo rodeo a la servidumbre de Tilá y con disimulo fue preguntando por cada uno de sus viejos compañeros y para cerrar las averiguatas inquirió sobre Culebra.

Ante tal nombre las mujeres se santiguaron, los hombres se jesusearon y los chiquitines hicieron torera en los regazos de las madres.

De los labios de los contertulios obtuvo la noticias de que lo juzgaban habitando el Otro Barrio, por lo que el ánimo se le rebasó de contentera.

Abandonó Tilá para irse a trabajar de mesero al Hatillo.

Llegó tranquilo al sábado y se fue ya tardita de juerga para Los Cocos.

Cuando retornó le habían birlado la chistosa y los pocos peleros de su equipaje de nómada.

Observó los camastros dispersos de los compañeros y pensó que el lechero que era su vecino más cercano, había sido el lépero que lo había dejado en pirinola.

El designado por su raciocinio era un mozalbele regordete, patango, recio y callado.

Disgutado por la pérdida, se fue sin vacilar a darle de nalgadas al muchacho.

Este, no acostumbrado a bromas, y sabiendo que el vaquero jamás lo despertaba de modo tan desusado, se tiró del camarote hecho una mano de piedra, es decir, una toboya verdadera, lanzó al bulto el primer bollaço de agresión y jaló rápido de debajo de la tabla de ronca, una tica liviana que le acompañaba todas las madrugadas a Granada.

Culebra no esperaba tal respuesta ni tan certera puntería del diantre.

Con solo el bollaço principió a recular y cuando vio venir la tica en la oscurana, no tuvo más remedio que pepenar el cólin y tratar de pararse firme.

El lechero no era hombre de gritos ni de hablantinerías, y sin meditar lo que hacía, volaba filo por todos lados con un denuedo tal, que ya Culebra que había reculado más de cincuenta metros, empezaba a temblar por su pellejo.

La idea del lechero era puntearlo y a puntazo limpio y a mandoble certero, sacó a Jus-

to del corral del Hatillo, lo hizo coger para la playa y de tal modo cargaba sobre el antiguo judor que no le daba tiempo de coger jueglo y de que hiciera una defensa efectiva.

Cuando Fernández vio que la cosa iba a lo largo, pues reculando, que reculando ya iban casi a la par de la ceiba del Subidero, gritó de pronto:

—Qué te pasa Justo Culebra que te estás corriendo de este pendejito; — y monologando siempre continuó:

—Justo Culebra qué te pasa? Justo Culebra que estás peído de vieja o de la Verónica? Qué te pasa culebramica de otro tiempo? Más adelante agregó:

—Justo Culebra nunca te ha pasado ésto El lecherito cansado de oír tales preguntas pujó, mas que dijo, por lo bajo:

—Y más te va a pasar rependejo, por andar queriendo meter el mono con el finado Justo que ya vive con el Diablo desde hace tiempo.

—Quién diga tal cosa, miente! para que lo sepás, Justo Culebra soy yo y te lo voy a probar ya, panzón guanaco.

Y el pobre Culebra que ya no podía más hizo el último impulso, tiró a fondo un cata-

chazo de punta y por casualidad le hirió la barba al muchacho

Lo salvó la contingencia de haber terminado su carrera como un pobre gagnápiro chuchón, porque en ese momento iba a emprender la estampida, mas el Lechero, al verse herido, se llenó de horror y pensó, dominado por la pavora que transmitía el remoquete infernal, que de verdad se las veía con Culebra y a pesar de ser el vencedor, pues Justo tenía más de veinte puntazos en el pecho, salió a todo ful pidiendo amparo a los compañeros de la hacienda.

Justo ya no gozó el placer de haber ganado la reyerta solo al influjo de su nombre, pues no había pepenado la puerta de El Hatillo el mozalbeta acobardado, cuando el alma se le escapó bifurcada por los veinte hoyos de los puntazos que el lechero le propinó.

Hay que reconocer que el pánico que infundía era vasto, pues teniendo una pata dentro del hoyo, ganó a pesar de todo la última puntadera, en la cual sólo un refilón afortunado logró dar, fuerte confirmación esto de aquello de que: el gallo viejo con sólo el ala mata.

El Cacaste



CUANDO el Nistayolero despuntó sobre la loma de Nora Trinidad Barquero en la madrugada del día de San Juan, ya encontró a Samuel Orlega alusando y maiceando al inquieto y brioso Melado, que tanta fama había adquirido en el dilatado ámbito campista, desde las yermadas planicies de Teoyaca hasta las ubérrimas e incomparables de Olama.

Después que aquel columbró la hermosa estrella, como asombrado de verla, lanzó una mirada escrutadora al espacio, echó a ver luceros, encendió un puro para guiarse con precisión siguiendo con la vista el rumbo que iba a coger el humo y saber, una vez averiguado para donde cogía, si soplaba vendaval o había tranquilidad en la atmósfera; quién sabe qué le revelaron sus observaciones, pues al concluir con ellas, dialogó con su penco en estos términos, palmoteándole las ancas:

—Comete todo el maíz, hoy será el día de pura mecha y remecha para vos, y para tu desgracia y la mía, la tarde será de pura agua; conque estás entendido; mientras amanece, voy a bañarme para no morirte en este año.

Y sin agregar palabra atravesó el corral de piedra de La Trinidad, nidero de conejos, y le dio para La Quebrada a prolongarse la vida, pues el indígena cree que si no se baña en la madrugada del día de la Natividad de

San Juan Bautista estira la pata en el resto del año.

Principiaba a descender para el vado de La Uva cuando oyó voces distintas procedentes de ese lado que avanzaban sobre el sendero en que él marchaba. Como fueran astuto y bellaco, se agazapó tras de un matón de mozote y esperó a que los que venían conversando, pasasen para reconocerlos y darse a conocer de ellos, si le convenía, o conservar la incógnita, si ésto le iba bien a su capote

Por el eco dual de la platicadera dedujo, mas que reconoció en los dialogadores, a Julián Cantillano y a Abraham Pérez, que eran ayudantes de la quesera y campistas en embrión que estaban haciendo su pasantía bajo la dirección del Mandador de Campo, Eugenio Mayorquín; cuando éstos pasaban frente al mogote en que Samuel se escondía, Cantillano dijo a Pérez:

—Este brujo de Samuel, está dispuesto a levantar para que nos embista hoy por la noche el cacaste de la vaca vieja que murió en La Chingastosa.

—Compañeró, y dicen que ya son varios los hombres que este carajo a hecho correr con sus brujerías.

—Cuentan muchas pasadas suyas, y lo pior del caso es que agora quiere que nosotros lo viamos parar la jediondaza carroña de El Pochote

—Bueno, pues no tenemos más remedio que verlo, o no vamos a sanjuaniar a Buaco.

—Eso sí que no, prefiero ver levantarse a la murrriñosa y tener que sortiarla aunque me churreteye, antes que dejar de ver a mi jaña.

—Con unos cuantos cususazos, hasta la sortiaremos sin miedo.

—No es tan chiche la cosa, pero estamos en el toro y no hay mas remedio que agarrarse del preñal, aunque tengamos que robarle a Carmen Rodríguez la cola de mico

Al llegar aquí la conversación, Ortega salió de su escondite y les guió a quemarropa:

—Coñones, luego van a probar que son hombres.

La plática que traían y que se refería al Brujo, lo inesperado de aquel grito y ser el mismo Ortega quien lo daba, dejó cortados y patitiosos a los bisoños ayudantes que castañeteaban del susto. Por fin se repuso primero Cantillano y le dijo:

—Coñones, no, pero somos francos, hemos llevado un gran susto que nos ha melenquiado el ánimo.

—Cuando los lirios del cacaste de la oveja te cojan, pararás un churrete como de novillo comido de retoño, en pleno junio.

—Eso lo veremos, seguí tu camino que ya es tarde, el agua está sabrosa y nosotros ya nos remojanos.

Y cogiendo por opuestos senderos se separaron, Ortega riéndose a carcajadas, para la Quebrada y los muchachos, silenciosos y temblando por el sustete a preparar los baldes para el próximo ordeño

Cuando Samuel tornó a la casa ya había amanecido, Mayorquín daba órdenes y Zacarías Bello, Mandador en Jefe, estaba atareado, preparando sus arreos para ir a correr San Juan.

Con sólo mirar un poco, se observaba que el ambiente era de fiesta y que el esplendor de aquella mañana incomparable, prometía a los campesinos un día de jolgorio inolvidable

Todos se hacían lenguas comentando que el Santo no estaba llorón, es decir, que no había lluvia en toda la plenitud de los puntos cardinales, luego que el pato, que Juan Gregorio Cubas tenía listo, era tan grande que casi era un chompipe, que a Juan Paz le chopearían la jupa con la cabeza de un pato si el pendejazo no había alistado alguno, que El Cuentas Azules que montaría Mayorquín era la fiera andando y que El Melado de Ortega era el mismo diablo hecho caballo, pues además de que contaba del uno al cien, dando manotadas sucesivas, hacía caso cuando le hablaba el dueño en cualquiera parte o cuando le silbaba desde el corral para que llegara a la casa si andaba en el encierro

A las ocho el ordeño había terminado y a las nueve el queso estaba hecho y la campistada lista para dirigirse a juanchar.

Una vez montados todos, Mayorquín era

el Jefe natural, ya que era el Mandador de Campo, dio las últimas órdenes, advirtió a todos en el Mombachito que a las siete de la noche debían estar allí para emprender el regreso, una vez advertidos, los que iban a Saguatepe, picaron los briosos brutos y los que se dirigían a Boaco, rayaron a sus corceles.

Samuel había hecho promesa de levantar el cacaste que estaba en la quebrada del pueblo y desde que salió del corral no habló palabra hasta que llegó a El Muñeco

—Hombred, Ugenió, dijo a Mayorquín, hasta aquí voy hacer que la carroña deje a los muchachos, agora en la noche

—Y es verdad eso, Samuel? —respondió el aludido.

—Pues no tenés mas que esperar a que llegue la noche para que quedés convencido

—Si llegás a levantar la vaca vieja, qué trabajo mas grande va tener ña Anselma mañana en La Quebrada, lava que lava peleros embijados, pues yo creo que todos nos curciaremos; joh, tuco de churrete el que vamos a zumbar!

—Todos tal vez no, porque tratándose de vos, sos un valiente de verdad.

—Pero es que debés acordarte que es un moritorio lo que vamos a sortiar.

—Pero luego hablaremos que voy a ver a la Prudenciona que es mi vieja jaña, y como no voy a tardar, a las once estaré donde don Mencho Ramírez para correr donde Juan Gregorio y presentarle en El Bajo nuestros respetos al Padre Juan, aunque yo siempre ando jugando de su Reverencia.

—Hasta las once, Samuel; y hacé lo posible por no juir del Padre Cerna.

Picó el caballo Ortega y separóse del grupo.

Este Ortega era un hombre de treinta años, fuerte, jipato, patango, corneto, lechote, desgarbado, brabucón, metelascabras, cadejero, albardeador, campista sin igual, apartado, absternio, bellaco, brujo, cegüero, con fama de ser íntimo del Diablo, malvado que con sólo rezar oraciones al revés abría las puertas de cualquier casa para hacerse de cualquier chavala menos las de aquellas donde existían imágenes y se rezaba El Rosario, violador de mujeres dormidas, de ubérrima inventina, amigo de las tinieblas y valiente en eso de quedarse a dormir en los lugares en donde se decía que asustaban, sobre todo en los panteones.

Su fama había llegado a tal grado, que las viejecitas se santiguaban cuando lo veían pasar y los jinchos palidecían cuando lo encontraban en el camino; tal era el fuerano compañero de la campistada de La Trinidad que había prometido levantar los despojos de la murrriñosa que había pelado el ajo en pleno cauce de La Chingastosa.

Tal como Samuel le había dicho al Melado, después del medio día principió el Santo a llorar, lloró y lloró tanto y tan duro que el cascajo vuelto fango gafeó muchas bestias

y entre ellas al Melado, cuyo oficio, que era hacer piruetas y dar corcoveaditas, lo había puesto en casa y casi no podía ni con él mismo qué menos que con su dueño

El Melado era un bruto de siete cuartas de alto, de bella estampa, el nombre le venía de su color; entero, brioso, bisoño, reparisto, valiente, de jornada, pasolarguero, copetudo, coludo, casco de mula, noble, de boca admirable, educado, matemático, pues contaba dando manotadas seguidas hasta cien, las decenas las marcaba dando una vuelta en redondo y luego proseguía la cuenta, daba la mano, amusgaba las orejas, se echaba, barajustaba y hasta relinchaba haciéndolo todo bajo la voz de su amo, con tal educación y con tal dueño tuvo que pasar como hijo del Averno y regalo del Demonio a Samuel.

La lluvia no pasó nunca, más bien arreciaba antes que disminuir. Con todo la alegría de las parrandas patunas no decayó, las cabezas de los patos iban y venían y en las carreras las cabalgaduras hacían prodigios de esfuerzo que les conquistaban renombre llenando de satisfacción el amor propio de sus jinetes.

El Melado tuvo que ser caldeado varias veces para poder proseguir en el calanche, esto en el fondo, aunque finamente disimulado, satisfacía a Mayorquín que, caballero intrépido en El Cuentas Azules, podía lanzarlo sobre los cascajales todavía, pues el fornido animal no daba señas de cansancio ni señales de gafeadura alguna

Cuando obscureció todos los campistas convergieron a Mombachito, unos llegaron zarrazos, otros a mediasia, uno que otro bacalao, Eugenio con seis quemones, Zacarías Bello con tres tapirulazos y Ortega con decidores silianes; recontada la tropa, acostados los imposibilitados en la casa de ma Carmita Hernández, empinado un cuartazo general y no habiendo tiempo que perder por lo malo del camino, Eugenio dio la voz de monós y emprendieron el viaje todos a las once de la noche hacia La Trinidad amonados algunos y casi monas los demás

Al bajar el trepón de El Pochote, Cantillano, que se iba refrescando, se acordó de la promesa de Ortega y preguntó por él, todos hicieron alto para buscarlo, pero Samuel no apareció entre los caballeros, Mayorquín, que iba a la cola, arrió al fin y le dijeron que El Brujo había desaparecido

—Mejor para ustedes, pero yo creo que ese pendejísimo nos va hacer pasar un mal rato; con todo, alisten los curridos y hagan de tripas, corazones, pues Samuel ha de estar ya preparando el cacaste y no nos queda mas remedio que reventar o parar el chorro

—Pasá vos adelante, dijo Cantillano a Eugenio Mayorquín.

—No, cobarde; Abrahám y vos van de punteros que yo les voy cubriendo las espaldas.

—Santiguémonos y sigamos, —repuso Abrahám—, que lo que sea sonará

Y la cabalgata, en un silencio de acecho, emprendió la marcha queriendo captar cada quien, en la lobreguez del sendero, la precisión de los bultos que la obscurana torna siempre en tigrecaribes o gigantes Suquias

A poco andar el cristal de la quebrada lo hacían añicos los montados y les indicaban las roturas que el mortorio estaba cercano, un upá aceguado, es decir un silbido que comienza como ial y termina como en un grito desfalleciente, partió la obscuridad en descomuldas tapas melenqueantes poniéndoles los pelos de punta, haciéndoles sudar a chorros a pesar del frío intenso que la humedad les trasmittía y como queriendo hacer un juego de subibaja, el fluído del pavor netamente helado, les corrió por la columna vertebral de la nuca a la cola y del rabo al cogote; después oyeron tres mugidos siniestros que repercutieron en un recodo del camino cohibiendo a los más valientes y la voz de Samuel emergiendo de la opacidad de la tiniebla, casi al mismo instante, a unos los entonó y a otros les aflojó las llaves; Ortega gritaba:

—Pendejos, allí está el cacaste parado, sortéyenlo o los desquebraja, aprienten duro las posaderas para que no se les salga el pitazo.

Semejante aviso arremolinó a los sabaneños, los que instantáneamente se jesusearon, luego abundaron los castañeteos, rempujones, mandobles sin rumbo cierto, súplicas, cursos, cuseadas, churrefes, churrefeadas, delirios, tumbos, trastumbos, inconsciencias, temblidos y ya cuando estaba al derrumbarse el sentido de cada uno en el fiero guindo de la locura a causa de estar junto a la vera del canto mas a pico del abismo profundo del pavor, un relámpago dio luz a la hondonada del riatillo que hizo como de upa y que fue sólo para la situación en que estaban como una quilla inabordable en el mar de la desesperación y que sirvió mas bien para alelar y dejar patitiosos y paralíticos a los concurrentes, pues por el zigzag pudieron ver claro, con esa claridad preñada de ansia con que capta el ánima que espera algo de lo inesperado y que ya no deja lugar a dudas cuando ve la realidad, a Mayorquín con el curtido en la mano jugándose el todo por el todo frente a la cuerazón huesamendoza del cacaste bien parado, espumareando de gusanos y en actitud de embestir en medio de un mosquero ensordecedor y rodeado de una chepada vigilante, guzguceante y atolondrada por la sacudida de la roña al levantarse.

En la obscuridad se traslucía, si se quiere se adivinaba, mas bien que se veía, que Eugenio fraguando un don Tancredo miliunano chesco esperaba sin pestañear, sin respirar casi, a rejo de los pelos, el ataque del endriago infernal; se oyó un hondo mugido, temblaron los paredones del cauce, un viento helado y

fragoroso batió los ramajes de las veras, en el ranchito maltrecho de El Copel, aullaron los perros y las aves de corral cacaraquearon, un tufo a azufre inundó la cañada y una rara y nunca vista fosforescencia de infierno, de olla mayor en fritanga, a todo ful, dio transparencia de penumbra a la obscurana, al extremo de que todos los circunstantes se miraron y pudieron ver claramente la macábrica jugada laurina de esa noche de San Juan Bautista.

Por fin se animó el mandingüero y se resolvió a tirarle al endemoniado torero improvisado que esperaba, se vio a éste hacerle uno, dos tres, cuatro, cinco, diez, cien saques al mortorio, la mandingüería crugía bajo el cuero chirreador, un tufo a carroña de diez días preñaba los contornos que la pirotecnia diabólica los dibujaba, resoplaban los caballos. En una de las embestidas Mayorquín ocupó el lugar del rumiante de ultratumba y éste quedó rozando los bellos de las cabalgaduras. El Laberinto que montaba Zacarías no soportó al nuevo vecino y desbocándose, cogió quebrada arriba rumbo hacia la que-rencia, una llamarada plutoniana brotó del sitio en que la lidia se efectuaba, iluminado por ella el Mandador de Campo daba la impresión de un domador de Cadejos en una hacienda del Diablo alistándolos para las Ceguas. Ante el claror inusitado los brutos de Cantillano y Pérez rompieron, sin hacer caso a la talmeca, en estampida y tras de ellos los otros pencos pusieron patas en polvorosa con todo y sus montados, quienes estaban ya al culipatear, el resplandor de la hoguera dejó a descubierto a Samuel, quien hacía esfuerzos inauditos por sofrenar al Melado que estaba encabritado sobre un lomillo del cauce convertido en escenario de la taurina sorteadera insospechada. De pronto falló tuquiándose uno de los cabos o tiros que amarran las riendas al freno y El Melado soberbio, volteó grupas y salió disparado envuelto en un claror de flamas que iluminaba el sendero sobre el cual se escapaba; el cacaste, como dominado por el vacío que hacía aquella partida inesperada, se apartó del curtido del campista temerario y barajustó trastumbando tras del penco puesto en fuga. El mosquero y la zopilotera lo seguían, Mayorquín que antes de entrar en lidia había amarrado bien al Cuentas Azules se fue a soltarlo, medio le arregló el cabresto, montó de un salto, rayó al noble rucio, le aflojó las riendas, descolgó del jinetillo la bella sogá olameña de veinte brazas y estampidó tras del mortorio haciendo gaza en plena paneriada con intención de lanzarlo. Frente a frente de la Prudenciona, en El Muñeco, le dio alcance, medio se le emparejó, le tiró el lazo, lo cogió de los meros lirios según se lo indicó su experiencia de sabanero; pero en ese momento un remolino extraño que arrancó palos, quebró ramas, hizo aullar perros y obligó a formar torera en el corral de la lechería de Juan Gregorio Cubas al ganado que allí estaba encerrado, terminó

con la pirotecnia, quedó todo en tiniebla profunda, se oyó un ruido seco como de un cuero que se arrastra y al jalar la sogá el penconazo jinefe notó que no hacía resistencia, se dedicó entonces a enrollarla, metió espuelas al caballo y cuando iba en el portillo que forman la mancuerna de caminos que conducen para Olama y para Camoapa, palpó que en la gaza de la sogá venían cogidas las astas del cacaste embesidor.

Eugenio no quiso o no tuvo valor para soltarlas y amarró la sogá con todo y el trofeo de la cachazón, prueba fehaciente de la lucha diabólica que acababa de sostener, él apretó las chocoyas al barzomecatudo animal y salió de juida, pues por ningún lado aparecían los rastros de los compañeros y menos aún los del endemoniado brujo de Samuel, autor putativo de la nunca vista ultratumbina, macábrica y demoníaca tauromaquia, cuya primer corrida experimental acababa de acontecer.

Cuando El Cuentas Azules pisó las guijas del corral de La Trinidad, los dogos aullaron ensordecedoramente, meció el viejo mango su raquílica copa y el ceibo dio al traste con los pitayales de sus gambas. Cantillano que se había estirado bajo el tabanco de ña Anselma, metió la cabeza en un zurrón viejo que imaginó cobija según su propia confesión hecha enseguida, los demás apiñados y medrosos se habían echado llave en el chimbo y Samuel, tendido en una hamaca de majagua, era el único que esperaba al héroe de la noche; pero con todo y ser él la causa verdadera del macabro desaguisado se encontraba azorado y frío como el sereno que humedecía los zacatales del potrero.

Por fin echó pie a tierra Mayorquín, cesaron los remolinos de los vientos y los traquidos pavorosos de los carrujos aislados de los árboles de la alquería, se serenó la manada perruna, brilló un lucero en el cielo ensuciado todavía y cantó el primer gallo, era al medio filo de la madrugada, Eugenio a quien Samuel no dijo nada buscó su tabanco y sorprendido vio a ña Anselma con una cruz de palo rollizo que manejaba en la cabecera de su dormitorio poniéndosela de frente y con todo de estar acurrucada en un rincón la conducía de arriba para abajo y la meneaba de un lado para el otro haciendo cruces intangibles en el aire y le gritaba azorada seguidito:

—Chiquita cruz, no te acerqués, chiquita cruz, chiquita cruz, no te acerqués, chiquita cruz, no te acerqués, chiquita cruz, chiquita cruz.

Ña Anselma estaba llena de espanto, tremendamente horrorizada, pues Zacarías le había contado lo del sorteyo y aunque era la amasia de Mayorquín creía que con éste entraba el diablo en la casa, mas aún todavía, llegó a creer que el Malo había tomado la forma de su querido para llevárselos a todos ellos en aquella noche igual al fruto del talchocote mateareño.

Cuando ña Anselma vio al torero tirarse

sobre la yacija sin darle mayor importancia a los cruzazos, entró en calma y se aproximó lentamente al supino amante que acababa de acostarse, miró a uno y a otro lado, rezó, santiguó la cama, se echó al lado de su costilla torérica y terminó por echarle la pierna a Eugenio que liritaba de frío, de emoción y de angustia con todo lo sucedido.

Hasta que amaneció abandonaron el chimbo los que se enllavaron en él; embijados de manteca, de hollín y mal olientes a humo, salieron de la trampa de los quesos a soportar la rechifla de los chiquitines de las molenderas que los echaron de menos cuando revisaron sus camasros al ir a acarrear agua en la madrugadita

Ya eran las siete cuando Cantillano sacó la cabeza del zurrón y como habían amanecido desasosegados, nadie repara en nadie y todos andaban ordeñando como autómatas y atoníados

Por fin rompió el silencio Mayorquín, sañieron los comentarios a relucir las bellas vestimentas de sus raros coloridos y después de una hora de desfile de los lales, repararon que Ortega no aparecía; lo llamaron y a las cansadas se presentó al rodeo humano

—Pobre ña Anselma, dijo Eugenio, dirigiéndose a Samuel; todos los peleros de estos brutos pendejísimos están llenos de cuita y bien saben ustedes lo que le costará lavarlos

Con lo dicho los jinetes del día anterior se palpáron las posaderas y no fue sino hasta esa hora que se dieron cuenta de que estaban enjalbegados de triaca; de uno en uno se fueron yendo del corral los embarrados y uno que lo estaba de lodo y no de curso, cuando se convenció de ello hizo alardes y chiles del pellejo de sus compañeros churreteados

De pronto dijo Samuel a Mayorquín:

—Lo que siento es tener que irme lejos, muy lejos de estos lugares y de Buaco; pues si me quedo me va arrastrar el Malo, porque me dejé sortiir el cacaste.

Mayorquín lo quedó viendo, tragándose-lo con su mirada serena de campista compadecido, voló un gran salibazo completamente café a causa de la mazoya de la melenca y di-

jo como pesando las palabras en la balanza de la meditación y de su fe sabanera:

—Andá a contarle al padre Juan Cerna tu raro y maldito conipadrazgo con el Malo. Dejé esa vida de brujo peligroso y tratá de componerte de todo corazón que con seguro la Santísima Virgen no te faltará jamás

Ortega enfocó con la cámara de su pupila, de la mollera a las patas, a su antiguo compañero de brega campera vuelto consejero del segundo al minuto, derramó un chorro de lágrimas sinceras, se atorozonó un tanto y no pudiendo hablar por la emoción que le invadía dio, media vuelta disimuladora, fue a buscar sus arreos, llamó silbándolo como acostunbraba hacerlo a su inseparable Melado que había amanecido en cama, atendió a pesar de su estado a los silbos del amo el brioso rucio y cuando éste se paró en la galera del chiquero Samuel se le arrimó, le dio una ligera examinada, le sobó cariñosamente el lomo, bien humedecidos los ojos por una tristeza galopante y sin entretenerse más ni vacilar, parpadeando continuamente como para contener el llanto que pugnaba por salirsele, le puso los sudaderos, le sujetó la albarda y una vez listo el penco se fue a liar la media docena de peleros de sus vestimentas, después pidió su liquidación a Zacarías Bello. Una vez despachado se despidió de todos, suplicó rogaran por él, prometió reiteradamente ir donde el Padre Juan, le echó una mirada inolvidable y largamente triste a la abejonada casa de La Trinidad que por lo hoyuelada parecía que había padecido de viruela confluyente, avanzó jalando lentamente al jamelgo y cuando éste traspuso la tranquera echó pie al estribo, se enjorquetó firmemente, se agachó y le sobó la cabezota al Bravoleón que lo seguía, recomendó le dieran recuerdos al patrón y volviendo con amargura la cara al corredor de la alquería en donde se habían agolpado sus habitantes, dijo a los moradores y viejos compañeros:

—¡Hasta nunca!

Luego rayó al Melado y partió, paso a paso, guindo abajo.

Hasta las cachitas...



En invierno de 1910 entró muy tarde, y cuando a mediados de Septiembre del año dicho, la columna revolucionaria que comandaba el coronel y doctor Salvador Buitrago Díaz, procedente de Juigalpa, por orden del General Mena, ocupó Boaco, el prodigio vivificante de las aguas no se había volcado todavía sobre la montaña de Chayotepe.

Los desertores de la fuerza del Gobierno

llevaron la noticia a las cañadas y de ellas se desparramó hasta a los más apartados filetes de las cordilleras que ondulando los lomos de sus vértebras toman variadas direcciones zigzagueando.

Cuando en el fundo citado cayó la nueva, los indígenas que componían el servicio de la quesera, abandonaron sus obligaciones para irse a enmatorrar en las laderas de los bosques vecinos, dejando encomendados sus

quehaceres a la mandadora, molendera y ayudanta de cocina de la conocidísima alquería.

Las hembras tomaron con decisión el puesto de los hombres y entre ellas y sus hijos se repartieron las faenas.

Para poder atender debidamente al orden en la quesera y a los varios trajines del hato, teniendo el sobornal, de por sí pesado de llevar merienda a los huyones sin dejar rastro en el sendero que conducía al matarral en donde se amparaban, las mujeres masculinizadas resolvieron, para cumplir su cometido, madrugar más de lo acostumbrado para llenar de agua los tinacos de la cocina, lavar el nistayol y quebrar el maíz, antes de que el lucero del alba despuntara sobre el filo de la espesa palamenta del boscaje de San Diego.

De un ojodeagua que brindaba la frescura de su linfa en medio del corral, se proveían las pobladoras de la Hacienda del líquido necesario para todos los usos comunes menos para beber, mas quiso la mala suerte que por la renuencia de la lluvia en fecundizar las fuentes y dado también a la ausencia de los machos que cuando no se habían dedicado a juir le metían el hombro a la vertiente del redil acarreando agua del pocito de San Fernando para ayudar al virtiente de la casa, cuando se duplicó la ocupación del cristal del ojo dicho se resintió este profundamente, de tal manera que al tercer día de volarle mecha despiadadamente sin protesta alguna se achicó y amaneció choco definitivamente, esperando curarse de tan triste enfermedad cuando el oculista Invierno apareciera.

Frente a tal choquera la Dominga Linarte, que era la mandadora, reunió el cotarro, expuso la desgracia irreparable y después de una breve cambiada de impresiones, quedó resuelto que la Higinia, quien nunca pudieron llamar de tal manera sino que la nombraban Hinginia y su prima-hermana Martina, hija la primera y sobrina la segunda de la Dominga, fuesen las encargadas de suplir el líquido indispensable trayéndolo de un ojito muy aseado que emerge al comienzo del declive que conduce al potrero de Santa Susana y para ello determinaron que las citadas, tempranearan un poco más y que todos los patojos les hicieran compañía para que no tuvieran miedo en las mañaneadas.

El primer día el ajetreo fue terminado con puntualidad y los tinajones estuvieron hasta las tapas a la hora necesaria sin que nada anormal aconteciera. Al anochecer todas se recogieron temprano y cuando a los gallos de las tres se levantaron las chicuelas para ir a la faena, se encontraron con algo que, ni por imaginación, habían previsto: los tinacos que al retirarse a dormir habían quedado vacíos estaban hasta las argollas.

Semejante suceso llenó de miedo a los pizotes y salieron en panera a poner en conocimiento de la Linarte lo que acababan de palpar.

La Dominga, ante el prodigio de semejante caso, abandonó el camastro. La Luz Arnador, que era la molendera, hizo lo mismo y por último zumbó al tambo su humanidad chipunga, la Ceferina López que desempeñaba de ayudante de cocina.

Las tres se fueron desaforadas a comprobar el prodigio, a su vista quedaron convencidas de que era cierto que estaban hasta las cachitas los recipientes, se santiguaron ante semejante brujería, pues por tal calificaron el hecho sorprendente y para evitar un maleficio se salieron de reculada de la cocina y al llegar al corredor dieron vuelta redonda y luego hicieron rodeo para ver que resolvían.

La Dominga y la Luz opinaron que el agua debía de botarse, no así la Ceferina que juzgó que era tontera perder el trabajo hecho aunque lo hubiera llevado a cabo el mismo Diablo

Las primeras palabriaron y alzaron la voz para imponer su opinión a fuerza de gritar y de referir cosas preñadas de brujerías y como insistieran en sostenerla, la Ceferina las rebatió en seco, diciéndoles sentenciosamente:

—Hagan lo que se les antoje y se les venga en gana; pero mis chavalos y yo, no acarriamos agua ni por el judas!

—Pero ve niña, si es por el bien de todos, pues si el agua está hechizada, podemos quedar con sapos en la barriga, dijo la Dominga de buena manera y tono suave para bajarle la chicha a la López, pues ante la actitud resuelta de ésta, vió rápidamente, pues lo sabía por propia experiencia, que era tarea frompuda ir a atufear el agua teniéndola ya en la casa y por lo mismo quería aplacarla bajando el volumen que de primas a primeras había subido de viaje.

—Aunque me aparezcan lagartos en la barriga, si la botan, yo no acarreyo el agua

—Pues yo propongo, dijo la Luz, sometida ante la fercura de su ayudanta, que se ocupe el agua para todos los usos indispensables menos para beberse, y que se llene el tinaco del Patrón con agua acarriada por nosotras mismas para beber todos.

—Eso si es de conciencia, porque yo me imagino que uno de los muchachos vino anoche y nos hizo el trabajo, — dijo la Ceferina.

—Pues niña, comentó la Dominga, tenés razón, no había pensado en eso y esa debe ser la verdad.

—Puede ser, dijo la Luz, pero seyan o no

lo seyan los muchachos los llenadores, lo cierto es que estamos en la palabra, el agua no se boía, y para beber vamos ir ya a cuadriliarla.

—Eso es, dijeron las otras, y cada cual cogió su cántaro y se enfilaron al ojo de agua

Después se dedicaron a sus quehaceres diarios y nadie volvió a hablar del suceso.

Cuando llegó la noche todas se encaminaron a juntarse para cuchichear sobre el hallazgo de la madrugada y cuando juzgaron suficientemente platicado el asunto desfilaron a meterse a sus camarotes, pues además de que había mucho frío, los escalofríos del miedo principiaron a jugar en las espaldas de cada quien del çotarro.

Al segundo gallo la chicuelada comenzó a menearse, más viendo que era muy de madrugada, sus madres no les permitieron que dieran principio a la jalada; tal resolución les dio sopor, se acomodaron a pierna suelta y cuando volvieron en sí ya el Nistayolero des-puntaba a la cabeza de la aurora, por lo cual a todo trote tiraron las tigras de media vida y se fueron a preparar para el acarreo.

La Hinginia había dejado su cantarito de jalar al lado del tinajón más grande cuando en el día anterior dio fin a sus tareas, se fue a buscarlo ayudada de un pabito de cera de jicote, lo halló y cuando se agachó para cogerlo vio con asombro que estaba hasta los tacos el tinacote; le entraron repelos hijos de una cobardía muy humana y a pesar de que ya estaba claro gritó para que la fueran a quitar de la cocina.

Toda la sipotada panerió a la llamada y en un santiamén la rodearon; la chicuela les comunicó lo que pasaba y después de revisar los tinajeros, corrieron a dar el parte a sus progenitores de que de nuevo estaban todas las tinajonas llenas.

Volvieron la mandadora, la cocinera y la ayudanta a levantarse en estampida, fueron a comprobar el aviso y cuando se convencieron de la realidad se amoscaron de veras, pues el día anterior habían inquirido con los huyones si ellos eran los de la obra y éstos aseguraron que no se menearon tan siquiera del escondrijo de bijagua.

Así las cosas, resolvieron como el día anterior usar el agua, pero esta vez el miedo ya las estaba acogotando.

En los días siguientes no pasó nada anormal, se recibieron noticias aclaratorias de Boaco y se sacó en claro que las tropas que capitaneaba el Coronel y Doctor Buitrago Díaz andaban en misión de limpieza, es decir, cambiando y sometiendo a las autoridades liberales que aún estaban funcionando, pues la revolución ya había penetrado a Managua y

el desastre de la guerra intestina había hallado por fin punto final.

El portador del recado enviado especialmente por los dueños del fundo era Juan Miguel Cubas y éste después de poner al corriente a las mujeres, se fue con ellas a buscar a los vaqueros, los que regresaron ipso facto a la alquería.

Con la paz de la República, parecía también que había llegado la tranquilidad a la casa-hacienda, pues no se había vuelto a repetir el fenómeno de las llenazones de los tinacos.

Mas un día de tantos, habiendo quedado por la noche la poronga de tomar agua, vacía, amaneció sin saberse cómo, completamente repleta.

Los hombres resolvieron velar turnándose para dar en el clavo del misterio, pero en lugar de aclararlo remacharon más el taco, pues los veladores dijeron que eran unos muchachitos los que jalaban el agua y que con seguro eran duendes que se habían aficionado a verificar tales menesteres porque estaban enamorados de una de las muchachoncitas de las cocineras.

Con tales comentarios hombres y mujeres se enchonaban temprano en sus camarotes para evitar que los chaquetas rojas como diría Chu Castillo, los metieran en jaque.

Así estaban las cosas, cuando inesperadamente llegó al predio don Chico Saavedra con el deseo de arreglar potreraje para un repasto que quería poner a la entrada del verano.

Nor Chico amarró su hamaca en los corredores de la casona y su maruchero Manuel David la puso bastante cerca de la de su patrón, pero en pleno sobre-corredor que lleva directamente a la cocina.

Hacia rato que roncaban todos cuando Manuel David que se había despertado, vio abrir la puerta del dormitorio del Mandador y salir afuera una pareja de pelones, varón y mujer, pasando casi contra el cacho de su chinchorro, se fueron directamente a la cocina, tomaron unos cántaros de barro y sin hacer bulla cogieron corral adentro y después de atravesarlo se perdieron en la tranquera que ofrecía el camino para los ojos de aguas de Santa Susana.

Al rato tornaron los chicuelos, vaciaron el contenido de sus tinajas en los tinajones en un silencio de iglesia a media noche y sin tardanza alguna volvieron a tomar el camino que los llevaba a los ojos.

Después de varios viajes, y cuando los recipientes estuvieron hasta el pico, pusieron las tinajas en el mismo lugar en el cual las encontraron, desanduvieron el trayecto de la cocina a la pieza de donde salieron, cerraron la puer-

ta y sin hablar ni decir lo más leve desaparecieron de la vista del atisbador.

Manuel David no salía de su asombro, asustado de ver que los padres permitían a sus muchachos hacer tales menesteres al peso de la noche, máxime que el hato está situado en plena montaña donde abundan diversas clases de tobobas y los tigres son tan comunes como las víboras.

A las cinco se levantaron los ordeñadores y como sabían que los recipientes de las cocineras estaban secos se fueron derecho a un ojo de agua con sus baldes, primero se bañaron y después de lavar los cubos los llenaron para echarles linfa a las molenderas, cuando retornaron llevaron un tremendo susto, pues encontraron totalmente rebasadas toda las finajas.

Sin hablarle a los posadores, se fueron a llamar a las hembras, las pusieron al corriente del caso palpable y éstas les recomtaron lo que muchas veces les comunicaron a ellos cuando andaban de juidores.

A la lorera que hacía el alborotado cotarro se despertaron los buscadores de poteraje, ñor Chico, que no sabía ni juco, escuchaba con atención los cuenteretes, mas no así Manuel David que ya estaba iniciado, por lo que resolvió vestirse y levantarse, pues quería quedar claro si eran duendes los que había visto o muchachos de carne y hueso.

Cuando estuvo listo dio buenos días y sin más preámbulos se fue para donde estaban los tertulianos, y les dijo de sopapo:

—Yo vide llenar a dos muchachitos esos tinajones.

—¿Usted? — dijeron todos al unísono.

—Yo Yo los vide salir y pasar bajo mi hamaca, comenzar el oficio y luego volverse a la pieza del Mandador.

—Será posible don Manuel? — dijo el Mandador.

—Claro que es cierto lo que digo, y de cabo a rabo relató todo lo que había visto.

Los meseros y meseras se miraron asombrados y quizás allí se hubieran quedado para toda la vida haciendo comentarios, si ñor Chico Saavedra no se arrima a la tertulia y les dice de repente:

—Les prometo no irme de Chayotepe hasta que averigüemos si son duendes o diablos, los espantos.

—Gracitas, ñor Chico, —dijo Dolores Amador hablando por todos—, así por lo menos estaremos respaldados para uparnos en medio de la cursiadera que nos agarre.

Luego todos se desbandaron para sus obligaciones y el promesante y el asegurador

de que eran muchachos los jaladores, se quedaron solos cambiando impresiones y haciendo conjeturas sobre el caso sucedido.

Pasó el día sin novedad, y cuando la noche destiñó los colores de los seres y las cosas, los pobladores de la alquería rodearon a los visitantes, poniendo una buchona a todo meter que llegó hasta las once y pico de la noche, hora en que los contertulios se desparmaron en busca de sus tapescos

Saavedra se estiró en su hamaca dispuesto a llenar su compromiso, se puso la cuarenticuatro en medio de las canillas y trató de cavilar con su ego, por mas esfuerzos que hizo, Morfeo no se lo consintió y se durmió profundamente

Serían las tres de la mañana cuando ñor Chico abandonó por entero la losa pesada de un sueño sin entreactos, se incorporó, lanzó la mirada a la cocina y en lo que inquiría en la obscurana oyó que chorreaban agua en los tinacos y trató de levantarse, mas no pudo, pues un miedo galopante le había entrado por las extremidades y las quijadas, impidiéndole hablar y tomar rumbo, mas como los ojos los tenía libres pudo ver a poquito, pasar frente a su vista a dos pelones que sin vacilar y a paso regular se dirigieron y entraron en la pieza de la mandaduría.

Después que amaneció se disculparon los posantes diciendo que a causa de la rendición se habían sorniado de un solo viaje hasta las cinco, pero que pasarían esa otra noche para aclarar el asunto.

En verdad Manuel David no se despertó en la noche, mas no así ñor Chico que hasta logró comprobar de visu la existencia de los jaladores de agua, pero tuvo la precaución de no delatarse para que no se burlara de él la servidumbre de la Hacienda.

Convencido de que el tabardillo era muy hombre, despachó temprano a su maruchero al Paraíso para que le trajera en secreto dos litros de cususa, así pensaba él, le daré contra fuego al miedo y con una pescuezona en la barriga cogeré de un solo pencazo a todos los duendes habidos y por haber que se presenten.

Oscureciendo regresó el mandadero, le ordenó que no dijera a nadie lo que había ido a traer y que inventara, si le preguntaban, cualquier guayaba para que nadie se diera cuenta del guarituitis conseguido únicamente para envalentonarse.

Ñor Chico echó las pescuezonas a su alforja de vaqueta, disimuló lo que mas pudo el preparativo, buchonió largo y tendido con la mocería y cuando los gallos de las diez cantaron invitó a los tertulianos a recogerse para que los duendes no se asustaran y concurrieran a su oficio.

El primer ronquido de Manuel David le sirvió de punto de partida y sin perder tiempo jaló una de las botellas y se empinó un batazo que juzgó cuartero por el tiempo que tardó para pasarle en el gaznate, dejó correr como una hora y al cabo de ella repitió la medida, después, le pareció oír ruiditos misteriosos y notando que lo quería acogotar escalofriante paniquín se melió sin vacilar un tercer batazo.

A poco se sintió sereno, güevudo, pencón, se arrecosió al pilar del centro del corredor y hay no masilo abrieron la misma puerta que en la noche anterior se había engullido a los pelones y sin titubeos de ninguna clase aparecieron éstos y desfilaron al alcance de su mano en el tramo de corredor en que él estaba, hizo fuerza por alargar la diestra, mas el paniquín se la sujetó y desde luego les dejó libre el pase.

Entonces ñor Chico tornó a la pescuezona y como quien bebe agua se empinó todo el resto.

Se fueron los fantasmas a traer el agua, regresaron, vaciaron y volvieron a salir y cuando retornaban ñor Chico se les arrimó lo suficiente, completamente envalentonado, como para comprobar si eran de la otra o de esta vida, a medias reconoció en las sombras trabajantes a la Hinginia y a Lencho, los hijos medio matacanes del Mandador y la Dominga, los dejó pasar y como el miedo se le había ido como por encanto se fue a encender la tubular, la cubrió con un bramante y pacientemente esperó a que los muchachos concluyeran y se encaminaran a la pieza de donde procedían.

Terminada la faena los chicos se dispararon a la mandaduría, pero Saavedra se les adelantó con la lámpara cubierta, empujó la puerta, la que cedió sin esfuerzo y se ocultó tras la misma para dejarlos pasar, a poco entraron, trancaron y ñor Chico iluminó el cuarto para ver qué rumbo tomaban.

Al hacerse la luz se despertaron los mandadores y admirados de ver que ñor Chico estaba dentro le preguntaron medrosos que qué pasaba y cómo había entrado, a lo cual ñor Chico contestó:

—Están agarrados los duendes y son estos zopencos, Lencho y la Hinginia, los que al salir dejaron abierta la puerta por la cual entré.

El padre asombrado se firó de la cama de viento y gritó:

—Lenchó, Hinginiá, pero ninguno de los

dos contestaron, estaban profundamente dormidos; entonces el Mandador dijo a ñor Chico:

—Qué tendrá el diablo con yo, pues según creyo todo estas cosas son brujerías, pues los pelones ni por pienso se han despertado.

—No, mi amigo, no hay tales brujerías, eso se llama sonambulismo.

—Sonambulismo, dice ñor Chicó? Yo no se qué diablo seya eso, pero lo cierto es que una persona que hace oficio dormida y en compañía de otra y lo hacen sorniadados, solo guiados por el Malo pueden hacer semejante cosa.

—No, hijo, no hijo, no hay tal diablo ni diabladas, ésto es un caso común, aunque no muy corriente.

—Común? Común llaman también a aquel carro de brujos y tigres de Teustepe que según creyo por mas que le digan Común no es común, puede que así seya, mi ñor Chico, pero para mientriña me aseguro de ello, me llevo a los pijines para donde el tata cura de Guaco o de cualquiera otra parte si no está el tata cura de Guaco, para que me los conjure, y mirando a todos lados con ojos intranquillos como si hubiese querido encontrar algo y se le hiciese difícil hallarlo, el Mandador siguió mirando inquieto y al mismo tiempo musitando en el entretanto sin detenerse:

—Para que me los conjure me los conjure .

Y como si le hubieran dado cuerda de repente, saltó de la cama, llamó a la conciertería, les dio órdenes para que le alistaran las bestias que estaban persogadas para un viaje, dispuso todo lo conveniente para la partida y concluyó mosticándole a ñor Chico, delante de todo el cotarro alborotado y sorprendido, por el descubrimiento:

—Me voy a Guaco en cuanto amanezca para que tata Cura me los conjure, que es el modo de darle puerta al diablo cuando se mete en el cuerpo; mi ñor Chico, ay me espera que no tardo, pues salgo a todo chipote a ver a tata Padre para que me los conjure, me los conjure. . . y voy a paneriar para que hoy mesmo a toda priesa me los conjure. . . tan luego arrime. mi tata Cura, a lo oye, ñor Chicó? Salgo en panera, y para mientras queda en su casa, —luego gritó más que exclamó—:

—Lencho . . . Lenchó . . . Hinginia . . . Hinginiá . . . amonós que ya viene claroniando El Nistayolero.

La Sinesia

ANTES de que el lector entre en conocimiento de La Sinesia, hay que hacer una breve disquisición sobre ella, para que no se vuelva una revoluta la semblanza dual de esta fuerana autóctona.

La Sinesia era de Cusirisna, caserío situado al Sur de Teustepe, los cusirisneños pasan como brujos y tienen fama de que la manteca que gastan para sus comidas no es de cerdo sino que la extraen de la fofa gordura de los humanos muertos.

En Teustepe nunca ha tenido buen mercado la manteca de Cusirisna, lo mismo que en los poblados y alquerías vecinas, todo mundo le hace ¡che! al indispensable ingrediente de las fritangas, si su procedencia es del citado vallecito.

Para los pobladores de Cusirisna, Teustepe, La Concha, Boaquito, La Joya, La Cruz, Asientoviejo, La Rejoja, Hacedades, Santa Rita, Sapoaneca, Tomatoyita, Potrerillos y diez o doce caseríos más, la Sinesia era hechicera y bruja que gustaba del deporte de hacerse perra, coyota, chancha, burra, vaca, mica, mona. De una vez hay que aprender a diferenciar estas dos últimas palabras en el concepto natucho, mica es para el indígena el cuadrmano cara blanca con el resto del cuerpo negro, y mona el simio amarillo, tecolote o café quemado que puebla las montañas del país. Y volviendo a los caprichos deportivos de la cusirisneña, resta agregar que placía también de tomar forma de zorrilla, zorra cola pelada, lechuzas, cocoroca y, de tarde en tarde, se atrevía por lo anciana que era y no por otra cosa a convertirse en Voladora, que es la metemora de todas las afueras y La Gaceta Oficial por su oficio de regadora de noticias entre los comarcanos.

Entre los habitantes de Granada, El Paso Real, Los Cocos, El Subidero, La Tapia, Malacatoya, Jiquelite, La Trinidad y una que otra alquería del camino que conduce de La Sultana para Boaco y que se bifurca en el zanjón de Acoto, para La Joya, La Sinesia se llamó Necha para los viejos y Mama Necha para los muchachos.

En estos últimos lugares pasaba esta nápira como india formal, honrada, cristiana muy creyente, cuya fe rayaba casi en la beatitud, se le conceptuaba humilde, buena, candorosa y sólo le hallaban el bajo y ligero defecto, perdonable a su edad y a su educación comarcana, de melenquear en el día y cabitear por la noche; por lo demás era para los granadinos el tipo perfecto de la aborigen fiel, cariñosa, incapaz de cometer una ladronada, cualquier baja deslealtad y digna por entero de la más absoluta confianza; en resumen, la Necha de Abajo era un polo opuesto de la Sinesia de Arriba.

Antes de seguir, cabe aclarar también el significado de las palabras Abajo y Arriba; con el término Abajo señalan los naturales del Departamento de Boaco a las ciudades de Granada, Masaya y Managua; más no engloban en él a León y Chinandega, pues cuando alguno de ellos se encuentra por estas tierras dicen que hasta León o bien hasta Chinandega y cuando anda en cualquiera de las primeras poblaciones dicen anda allá Abajo; Arriba lo usan desde El Paso Real o Panaloya hasta San Lorenzo y Teustepe para significar los lugares que quedan al Oriente de ellos. En Granada mismo dicen los que negocian con los pueblos del departamento citado al referirse a algún negociante que viaja por esas tierras ubérrimas: anda allá arriba, lo mismo acontece en Tipitapa y hasta en el mismo Boaco andar arriba es encontrarse en la montaña, ya sea al norte, al Oriente o al Sur de la ciudad citada, menos al Occidente.

Ahora que volver a la Sinesia y pasear del brazo con ella aunque la cuitada tenga ya más de cuarenta años de podrida en el rústico cementerio que tantas veces la viera posarse en las cruces de sus difuntos cuando la muy traviesa se hacía cocoroca o se convertía en lechuzas peligrosas.

De su infancia nunca narró nada y sus conferráneos jamás se la conocieron, por lo que su historia y nacimiento públicos principian ya en plena senectud; es indudable que como había llegado a una edad muy avanzada, ya habían desaparecido los que fueron sus compañeros de niñez y las generaciones posteriores, al querer evocar días mejores para el físico de la Necha, en la memoria no encontraban nada más que el pellejambre que todos le conocieron, porque cuando la generalidad de ellos tuvieron uso de razón, la Sinesia era la misma que en el momento contemplaban.

La Mama Necha no era alta ni baja, ni gorda ni delgada, recta como un laurel de hormiga, morena, con ese bronceado autóctono y sugestivo del natucho nica, medio timbirique, pausada en el andar, tardía para contestar si contestaba, pues siempre lo hacía con un pugido raro en el que se interpretaba lo que quería decir si el asunto de que se trataba requería confirmación o negación, gastaba una mirada indefinible de buey satisfecho a pesar del yugo y del continuo trabajo; hablaba como cantando, curioso deje peculiar de los comarcanos boaqueños que lo adquieren sin quererlo los ladinos que conviven con ellos, aseada hasta la meticulosidad, mujer de pocas amistades en su barrio, suave, incapaz de encolerizarse y muy serena, tan serena que poseía en grado superlativo esa serenidad indiferente que gasta el indígena que no espera nada de los semejantes de su raza

ni teme nada de ellos, bien porque lo respeten, porque creen que es mal agüizote pelear o hablar de él, o por sus años, o porque lo respalda su chachagua cuape; para sus conocidos de Granada la Necha era lo que se llama una alma de Dios.

Nunca se le conoció apellido, es indudable que lo debe haber tenido, pero jamás lo dijo y quizás nadie se interesó por saberlo. Para los de Arriba era La Sinesia de Cusirisna, y para los de Abajo La Necha de Teustepe.

Con los abajeños trabó amistad por medio de la familia de don Jacobo Henríquez, casado con doña Juliana Gutiérrez, pues fue la china del niño Eduardo Henríquez, hijo del citado matrimonio y desde esa época de su vida principia lo que puede llamarse la historia media de ella, pues su prehistoria y la antigua se pierden en los fines de la Colonia, en los albores del siglo pasado.

Aburrida de chinear al niño Eduardo, retornó a su querencia a la que llevó cargando en el corazón un sincero cariño a los Henríquez que le hizo adquirir la costumbre de visitar cada verano La Sultana. Hacía estos viajes con el objeto de echarles una mirada a los viejos patronos, de reponer su ropa, recoger chucherías y comprar una que otra baratija, qué sepa Judas para qué menesteres ocupaba en Cusirisna. Cuando emprendía el retorno, era ni más ni menos por lo aticuñada de perendeques, que iba como una carreta cargada de trapos de media vida, zapatos desgualados, vasos de noche con cienes de cascaduras, sombreros, paraguas con las varillas salidas que daban la impresión de que se cargaban de su vida presente, sacos, costales, bramantes, en fin, centenares de cosas que sus acomodados conocidos le regalaban porque si para ellos no servían ya, para la Necha estaban como acabaditos de salir de las manos de los obreros que los habían construido.

En Granada tuvo fama Mariano Zajurín como acarreador de silletas, pues de un solo pencazo conducía dos docenas y media de sillas de bejuco extranjeras, que eran las que se usaban antiguamente, de una casa para otra; Mariano sabía a perfección el arte de acomodar asientos aéreamente y ayudado de cualquier gahnápiro, una vez colocadas las primeras cuatro sillas sobre su cabeza, con las cuales formaba la base del promontorio asientil, principiaba a dictar órdenes al perico que le ayudaba y a medida que las impartía el muchacho ayudador engarçetaba los demás asientos en las patas de éstos que Mariano le señalaba hasta que se arpillaba sobre la jupa un volcán de silletas austríacas, al extremo de que por la dimensión de la carga los coches se paraban en las calles angostas para darle pase a Zajurín cuando iba convertido en carreón por el centro de la vía.

Pues bien, este célebre personaje granadino se quedaba chiquito, chiquirriquito, chiquirriquitillo ante la Mama Necha de Teuste-

pe, cuando ella emprendía el regreso para su sitio, había que ver el flete que tuteaba, de largo y en pleno día daba la impresión de una ceiba palanga que marchaba apuntalada por mil duendes; y hay que tener presente que mientras Mariano conducía su sillambre en unas cuantas cuadras, la Sinesia tenía que trotar sobornaleada treinta y cuatro leguas bien jaladas para llegar a su vivienda.

El camino que lleva de la Sultana a Panaloya por el calpul no es muy ancho que se diga y este era el que gustaba de traficar la teustepeña y cuando topaba con carretones lecheros tenían que pararse éstos para que pasara la camioneta humana recargada y si el topón lo hacía con fleteros chontaleños en briosas acémilas, tenían que pontearlas cuando daban lugar, pues generalmente barajustaban asustadas en cuanto la divisaban y desde luego muy antes del ponteó, malmatando por ello los zurreros que rodaban al suelo al poco rato de empezada la panera, pues no soportaban las híbridas la presencia del curioso armatoste andante que impávidamente conducía en cuatro sábanas bien añadidas un raro y curioso Momotombito de cachivaches anteguardioleños.

La estadía de La Sinesia en el Interior no bajaba jamás de un mes ni pasaba nunca de dos; toda la permanencia la dedicaba a hacer recogida general de cosas añejas que le regalaban y podía utilizar, todos sus conocidos piadosos de la ciudad. Su tiempo lo dividía de la siguiente manera: a las siete de la mañana salía para misa de donde regresaba después de las ocho; a las nueve tomaba café; a las diez se perdía de la casona en que hospedaba enrumbada a la guruciadera de trastos destrastados y volvía hasta las seis de la tarde a la posada cargada completamente de tereques; después rezaba la oración y por último seguidito de la cena se fincaba en el traspatio a melenquear plácidamente.

Nunca se le pudo pescar nada que oliera a brujería; a pesar de que algunos la observaban y seguían, porque las malas lenguas habían llevado su fama de naguealera hasta más allá de Tepetate, y un día de cuantos, había penetrado furtivamente hasta los oídos de sus amistades que le brindaban techo en estos viajes; pero, con todo y no pescarle nada, la sospecha, que es la primera planta maligna que brota después de un cuenterete, emergió en breve de manera precursora de algo que más adelante la puso en entredicho.

Se comprobó que no era tan asidua visitadora de iglesias como ella lo hacía creer; se trajo a cuentas que nunca encendía luz en el traspatio en donde, en uno de los corredores que lo encuadraban, arreglaba su dormitorio; se probó que a cualquiera hora que se le fuera a buscar por la noche a su tijera, no estaba allí, sino que se encontraba sentada en una banca que había en el corredor y que al preguntársele que por qué no se acostaba solía responder, porque estaba rezando y la calor

era mucha, y dada la explicación, seguía impertérrita en su velada a pesar de que decían que allí asustaban y de la oscuridad profunda que llegaba a fal grado, que parecía que la misma oscuridad tenía miedo a su seno de falchocote; y por último, siempre que volvía para Arriba, tomaba el camino a las cuatro de la tarde para lograr la fresca y poder oscuriar sin peligro, pretextos al parecer muy naturales, pues en Tepetate hacía noche para seguir el viaje en la madrugada, pero de las pesquisas resultó que procedía de muy disfinta manera según lo reveló en una buchoniada un conferráneo suyo.

Esta partida vespertina fue la que sembró las dudas y arraigó la desconfianza, porque un tal Zenón Treminio, vecino comarcano de Teustepe, muy conocido de los terratenientes granadinos, remachó el clavo de los decires al asegurar que la encontró viajando en plena noche la tarde de una de sus salidas de Granada, con un enorme motete en la cabeza y tres sacos de bramante bien panzones de trastos y chitosas de media vida, a un trote más que regular; que no podía ser nunca galope de una anciana como ella con una carga más que suficiente, decía Treminio, para reventar y tullir a tres machos y cansar y desvencijar a seis caballos cargueros; cogida en la mentira, pues no era cierto que nochaba en la conocida finca de la ronda, quedó a descubierto uno de sus disimulos que más la comprometían, porque casi comprobaba, según los observadores pesquisantes, la opinión de los cusirisneños, quienes afirmaban que La Sinesia regresaba siempre en la carretanagua a la que El Malo uncía un par de cadejos negros al anochecer del día en que la necesitaba y la conducía de un solo tirón a su morada antes de que el Nistayolero despuntara, pues, calculaban ellos, que no había un solo ser humano, y menos una india de la edad de la Mama Necha, que aparentaba ochenta años y que realmente quién sabe cuantas centurias tenía encima, que pudiera soportar semejante carga desde Granada hasta dos leguas adelante de La Joya, o lo que es lo mismo, una troteada de treinta y seis leguas y su ipegüe, por lo que la mayoría, ante tal argumentación, que de tanto oirla resultaba antigua, y oído por agregado lo que Zenón había visto, no pusieron en duda de que la jincha mansota tuviera pacto con El Coludo. A pesar de todo lo dicho y el comentario sobre la resistencia de esta carguera misteriosa, no todos sus conocidos llegaron a aceptar lo de que el Diablo era quien la transportaba de Abajo para Arriba en el infernal e invisible carromato que el vulgo llama carretanagua y del cual sólo se percibe el terrible perén pempén de sus ruedas chirriadoras, y en donde en cuanto entraba a él La Sinesia se dormía, para irse a despertar a su casa, feliz cusirisneña ésta que por lo visto fue una fuerana dichosota que voló más que anduvo sobre los desguindaderos patrios con una rapidez que el automóvil

todavía no ha podido llegar a superar, al correr por esas trochas llamadas pomposamente carreteras.

A sus oídos de natucha avispada y nada tonta, que por más que pujara y cabeceara para contestar, no era chiche ni chocha, llegaron los comentarios de sus amigos abajeños, contados por una beata amiga suya de La Sultana en su último paseo anual, y entonces resolvió visitarlos una vez cada tres años y se agachó en los intermedios por completo a sus quehaceres demoníacos de Cusirisna.

En el caserío se dedicaba La Sinesia a husmear y estar al tanto de la hora de la partida de los que fenecían y cingleaban hacia la otra vida, tan luego boqueaban para los cerros de Musún o Mombacho, lugares éstos en los cuales se radican los que mueren, según la creencia aborigen; cuando alguno había salido para tales tierras, por la noche se transformaba en Coyota y se trasladaba al camposanto en que lo sepultaban, desenterraba al pobre muerto y allí no masito a la vera de la sepultura hacía una enorme fogata sobre la cual colocaba un viejo caldero de hierro que una vez le obsequiaron en Granada cuando no inspiraba desconfianza y se ponía a freír el cuerpo tuqueado del fallecido; la manteca la dejaba en el recipiente, comía algo de los chicharrones, empaquetaba un poco en hojas de guásimo de molenillo para llevar a su vivienda; el resto del cacaste lo volvía a enterrar y cuando se desocupaba de aquel oficio macabro se aparecían dos enormes perros negros que le ayudaban a conducir el caldero a su casucha en donde enlataba la manteca y la mandaba a vender al amanecer con una muchachonga que nadie conocía, y que por más que andaba de un lado al otro expendiendo su mercancía humana no trabó amistad nunca con nadie, a pesar de que para acabar brevemente su venta se iba a La Rejoya, a San Lencho, a Boaco y diez caseríos más en donde la ventera no era conocida, por lo que los vecinos llegaron a suponer que era el alma de alguna condenada que Satanás le prestaba para que le ayudara en sus maldades.

Los vecinos veían la hogalera, sabían de que se trataba, pero el pánico y el horror que la bruja les trasmitía eran tan grandes, que nunca hacían ningún esfuerzo por quitar de sus garras el cadáver que freía; sin embargo, al siguiente día, echaban a rodar la especie, enablaban comentarios a grandes voces para que la comemuertos oyera y juraban y rejuraban que un día de tantos la cocerían a garrote limpio; la aludida se sentaba en la puerta del patio de su casa, melenqueaba tranquilamente y se sonreía sin volver a ver a los que la amenazaban desde lejos como diciéndoles:

—Atrévanse y a todos los voy a freír como al de anoche que ya pasó entre pecho y espalda.

Cuando no había difuntos que adobar La

Sinesia salía de tuna para cualquier poblado o caserío a empolvar doncellas que los donceles fueran no habían podido seducir, a asustar por gusto o a atemorizar a algún querido o esposo descarriado que la barragana oficial o la esposa abandonada le habían suplicado que se los devolviera quitándolos de los regazos de las rivales y trayéndoselos a los brazos de ellas, que a causa de la frescura y mozalvés de las dichosotas quitadoras de sus hombres estaban arrumbadas y desamparadas en sus posadas.

En los días en que las ocupaciones mermaban se encaramaba en un viejo palo de guásimo de ternero que sombreaba su rancho, daba tres enormes saltos mortales para el occidente y otros tantos para el sur, silbaba ensordecedoramente hasta el extremo que el silbo lo oían de cabo a rabo en Cusirisna y pocos minutos después un hedor a azufre y una fosforescencia inexplicables invadían los contornos del lugar, repetía unas seis veces más las brincaciones y silbidos hasta que emergiendo del pie del tronco del guásimo una llamarada verde, se perfilaba de entre ella como una visión tremenda la horripilante figura del Demonio quien tocaba la cabeza de La Sinesia, rodaba el cuerpo de ésta al suelo, brotaba de su boca que se crecía vastamente una fea cocoroca que volaba de su cabeza a la gamba mas baja del árbol que le servía para la transformación, incontinente alborotaba cantando como los talcacaos, graznaba luego sombría y espeluznantemente y de manera tenaz, aullaban cobardemente los chuchos del barriecito, soplaban un aire que abrasaba el ambiente, pegaba el ave misteriosa un salto de la rama a la jupa de El Malo, observaba atentamente su barro tendido y de aquella mollera de averno emprendía el vuelo para la propiedad de los Mondragón, dueños de Santa Bárbara, poco después de haber partido zigzaguendo la nocturna vagadora dejaba el Diablo a un cadejo negro cuidando el cuerpo de La Necha, luego partía al pirofilacio de su morada y ay no masito todo quedaba en un silencio de cita sin desesperación, en espera del pajarraco vagabundo que se iba tunanteando más allá de la finca de Esquipulas y también hasta los jicarales del hoy enmontañado y completamente perdido llano de Ostócal.

De tránsito pasaba por Santa Bárbara, en esta hacienda se sentaba sobre el caballete de la casa, traqueaba con su peso penosamente el cuartón de la cumbre, maullaban los gatos, guanganiaban afflictivamente los perros, cacareaban las gallinas, hacían toreras los rejejos y las vacas asustadas les echaban dúo, los cerdos se erizaban y cuiyaban en los chiqueros, la gente se embrujaba con sus tigras de pies a cabeza y como final, un remolino de polvo caía y flotaba sobre los aposentos y corredores con lo que se acababa de remachar el clavo del terror en los pobladores de la alquería, así las cosas la cocoroca dejaba el fecho y saltaba a los corrales, a conti-

nuación comenzaba a graznar terroríficamente, diabólicamente, inmisericordemente hasta que jajayándose y satisfecha al parecer de tanto asustar, pronunciaba como despedida el nombre de algún conocido suyo a quien quería atemorizar por puro prurito de atemorizarlo, después alzaba el vuelo para Ostócal y enseguida enderezaba para Las Canoas, hacía en este caserío algo parecido a lo que efectuaba a su paso por Santa Bárbara, proseguía seguidito hacia el barrio de La Cruz metiendo en concha a sus habitantes, se posaba, de tránsito ya para su querencia, en un árbol seco del vado de Patastule hasta que asustaba a algún pobre caminante nochador que la necesidad lo obligaba a servirse de la noche como si fuera el día, luego proseguía para Teustepe en donde empavorizaba al cotarro humano local y cuando Las Balanzas, brillantes y viajeras incansables, le anunciaban que se aproximaban las tres de la mañana, volaba derechito y sin entretenerse para su Guásimo en donde el cadejo infernal velaba echado su flácido cuerpo supino; el guardián luciferino gemía al descubrirla, de sus ojos emergían un par de llamas como focos de automóvil en marcha en plena obscuridad, se apartaba unas cuantas varas del pellejo que resguardaba, el ave se posaba sobre su lomo y brincando de la vértebra del animal al suelo se iba a paso de pájaro playero a la boca de su crisálida desocupada, la jurunguneaba con el pico para abrirla hasta que se volvía desmesurada, luego metiendo la cabeza por la maisola se adentraba y desaparecía en la oquedad de la garganta, pasado un tiempo prudencial el cadejo la agarraba de las manos y con esta ayuda La Necha se incorporaba, después se miraban como alegrándose de verse, sacudía sus cascos el andariego y en seguida de unas cuantas cabriolas indescifrables se esfumaba el vigilante y luego la bruja se dirigía a su caseta en busca de su camastró, a descansar.

Los años pasaban y por más que inquiría y se empeñaba en averiguar quién era el malandrín bocón que la había delatado a sus amigos de Granada, la pobre Mama Necha, a pesar de sus nexos con el Coludo, no había podido saber a punto fijo quién había sido el denunciante; ante tal incertidumbre y habiendo llegado a su conocimiento que varios chancheros de su lugar y de Teustepe a quienes ella atribuía la mala noticia, habían partido con una enorme recua de puercos para La Sultana, resolvió consultar con su Nagual sobre lo que la inquietaba y de la consulta, que a su vez hizo el rollo ofídico al Averno, nació la determinación del Jefe de las brujas de que había que apermisar y ayudar a La Sinesia para que tardara tres días hecha Voladora y que cuando se aproximaran las horas diurnas con sólo silbar a modo de cegua en cuanto principiaran los gallos a alabar el alba, se convirtiera en tinco para que los viajeros y habitantes de los lugares a donde tuviera que

pasar y permanecer no se asustaran ni descubrieran su metamorfosis en pavón desmedido o sea de pajarraco del infierno, bautizado por el vulgo con el nombre de Voladora.

Una vez conseguida la gracia para permanecer tres días transformada, la bruja se preparó convenientemente para llevar a término el proyecto que había concebido y tal como lo concibió, lo hizo; lo principal de su plan era seguir a los chancheros para ver si ellos mismos se delataban; a la noche siguiente de la salida de éstos se puso tras sus pasos, los alcanzó y de larguito principió su observación para no asustarlos, pues la Necha cuya experiencia le probaba que el hombre desembucha todo en las horas de la siesta y de comida, resolvió acercarse a los arrieros sólo cuando fueran a merendar, hora en la cual se vuelven grandes hablantines y contadores de pasadas para sornearse plácidamente despuesito y en lugar de volar de un tirón a Tepetate, lugar que primeramente había escogido para dar el golpe de gracia, planeó irse apostando en los grandes árboles bajo los cuales pudieran sestear sus perseguidos, trabajo que tuvo que hacer de día, pues por la noche los chancheros rempujan la piara para lograr la fresca y de día se dedican a que descansen, hecha rodeo, bajo las frondas de los bellos genizaros del sendero que son como vastos paraguas que la naturaleza ha plantado a la vera de los caminos para proteger a los viajeros de la inclemencia del medio día.

Su condición de tinco manso e inofensivo, vestidura que tomaba tan luego venía amaneciendo, le prestaba gran facilidad para acercarse a los caminantes en las horas de descanso y hasta se montaba sobre los cerdos y se ponía a espulgarlos, pues resulta común ese oficio público que desempeñan en los montes con los animales del campo las avecillas de la especie a la cual ella pertenecía aunque fuera solo diurnamente; el primero y segundo día no pescó nada y ya principiaba la bruja a desalentarse, cuando para su suerte, al amanecer de la tercera jornada, llegaron los chancheros a la vega del Malacatoya y por consiguiente al poblado de este nombre, en cuyo lugar resolvieron quedarse para seguir el camino de las seis de la tarde en adelante, pues allí sobraba comida para ellos y maíz para la chanchería.

Se acomodaron desahogadamente y rodearon los capones engordados bajo un inmenso árbol de chilamate que protege el bajadero de la parte oriental del río en el mero poblado de su nombre. Unos se durmieron, otros fueron a pescar, no faltaron quienes se dedicaran a saludar conocidos y dos la emprendieron hacia una taberna vecina en donde apuraron tres grandes farolazos para irse a dar una remojada en el bello tablazo del villorrio pintoresco.

Uno de los dos que se bañaban era precisamente el famoso Zenón Treminio, que había dado la voz de alarma a los granadinos

contra la cusirisneña, cuando la encontró troteando y recargada de chunches a la media noche de la tarde de su salida de Granada; el otro bañista era Pedro Rocha, de Boaquito, güertero timorato que pasaba las noches azorado en su vivienda por los cuentos que se narraban de La Sinesia y porque ésta ya había principiado a visitar el caserío en donde tenía él su querencia; de pronto Rocha dijo a Treminio:

—Hermanó, la tal Sinesia ya comenó a llegar al Barrio y todos estamos viendo cómo hacemos para amarrarla, hoy debe de andar en Boaco una comisión que va con el objeto de pedirle consejo a tata Cura.

—Pues, hombré, es bueno que tengás mucho cuidado y que no sepa nunca La Sinesia que fueron Uds. a visitar a tata Padre para fregarla, porque si lo sabe se la pagarán toditos.

—Por eso me vine yo, para que no me mandaran, pero yo creo que hay que tajarla, valiéndose de mostaza y agua benditas para agarrarla en cualquier gallinero que se le veya cuando ande hecha zorra cola pelada robando gallinas.

—Ustedes son niños de pecho, a La Sinesia sólo con lágrimas de cera del cirio pascual y agua bendita en sábado de gloria, chorriándose las en el mero cuerpo al cual deja tirado en su rancho por andar en sus correrías convertida en animal, se le puede fregar.

—Y quién, compañeró, se arrima al rancho de ella, cuando lo custodia un penco ca-dejo, siempre que la bruta anda hecha animal montero.

—Pues hay que resolverse, yo la fregué en vez pasada con los granadinos, pues conté la vida y milagros de ella, pero para hacerlo me santigué primero, me puse contra el viento después y aquí me tenés tranquilito, después de haber amolado a semejante fiera andando.

—¡Ah! conqué vos fuiste el que la fregaste?

—Yo, y ¡quién más podría ser! los demás son unos pendejitos hablantines que se churreteyan apenas oyen hablar de la tal Necha rebruñida.

Cuando Treminio llegó a estar parte de su desembuchadura, se le paró un tinco en la cabeza, le metió el pico en el papasal de la mollera como si hubiera trafado de arrancarle una chata, quiso atraparlo el hombre, pero listo el pajarraco levantó el vuelo en un trás y cuando Treminio se tocó la jupa porque hay no masito le principió a dolor tremendamente, notó con asombro que le salía sanguasa de la media coronilla y en el mismo instante en la vega opuesta se oyeron unos jajayes que atemorizaron a los bañistas; se salieron del agua y se vistieron rápidamente, pero desde ese momento un dolor de cabeza tenebrante no aflojó al delator de la sabia metamorfoseada.

Cumplida la misión de manera satisfac-

toria, pues le había puesto un hechizo que lo llevaría a Zenón hasta el Musún, La Sinesia emprendió el regreso a Cusirisna y esperó a que anocheciera para volverse a cristianizar.

Hecha la transformación buscó la bruja su nagual, para darle de comer y rendirle información de su jornada.

El nagual, es decir, lo que llaman así las víctimas y los mismos embrujadores natuchos, es una serpiente que las brujas guardan en un enorme jicarón despicado en donde permanece enrollada y la que sacan a asolear todos los viernes, es el inalámbrico por medio del cual las hechiceras se comunican con El Malo; cuando la muerte se les aproxima el nagual se los participa, pero siempre que van a partir al Otro Barrio, ya llegada la hora del viaje, padecen doblemente cuando entran en agonía, pues no pelan el ajo aunque boqueyen y reboqueyen, mientras no encuentren quién se quiera hacer cargo de la sierpe que sirvió como sello para el pacto infernal entre El Coludo y la bruja que le vendió el alma, a cambio de la ciencia diabólica; la que acepta la herencia es, por regla general, una novata embrujadora a la cual medio alecciona entre gipeos y patatuces la moribunda, para que el resto en seguida se lo enseñe el Diablo personalmente a medida que la angurria de hacer daños se le desarrolle a la nueva distribuidora de maleficios.

Cuando La Necha se aproximó al jicarón famoso, la sierpe dio señales de agitación y de deseos de salir afuera, la domadora viéndola excitada se acordó de que era viernes y por lo tanto día de sol para el ofidio, lo tomó cariñosamente, lo acostó en su camastro, lo sobó, limpiólo bien y con sorpresa suya el nagual antes de saltar para asolearse se estiró perezosamente cuan largo era rehuyendo recibir los rayos vivificadores del astro, entonces, comprendió asustada la bruja que ya no estaba lejos su muerte, pues, según se estipula en todo convenio con Pisuica cuando el nagual se estira completamente en el sexto día de la semana, antes de coger sol y no trata en seguidita de enrollarse ligero, es señal de que el contrato está por vencerse y de que el final de la existencia de la dueña se halla cercano.

Treminio llegó a Granada al segundo día que el pájaro le espulgó la totolpa, completamente grave y tuvo, para aliviar, que ir a curarse hasta Rivas, en donde una maleficiosa más taragotuda que La Necha le devolvió la salud. Le dijo, además, quién lo había fregado, le dio contras para aniquilar a su enemiga, le advirtió que tuviera cuidado al regresar; pues según la curadora lo perseguiría la cusirisneña hasta matarlo.

Treminio era un hombrecito mediano, blanco, coloradito, bigote parado de esos de ensartar chaquiras con sólo tirarlas derechito a las puyas de las hebras, cara arrugada, como de sesenta años, hablantín, creído en cuenteretes de embrujamientos hasta decir quitá,

trabajador, amigo de soltar la singüeso para desplumar al prójimo, amante de meterse en todo lo que no le importaba, cochón, diciendo mejor, miedoso, aclaración que se hace para evitar que se suponga placia de la inversión, pero cuando se resolvía, y ésto lo hacía hasta que estaba entre la espada y la pared, a poner puntos a las íes, era capaz de dejar el cacaste en cualquier parte sin que le importara un bledo que se lo hicieran salpicón.

De regreso en Granada dispuso quedarse de mesero en La Virgen, propiedad que pertenecía a don Filadelfo Miranda, sólo por no volver a Teustepe y poner de esa manera entre La Sinesia y su pellejo, unas treinta leguas de protección, trinchera hecha con hornigón de prudencia para la seguridad de sus costillas.

Mas la bruja, endemoniada porque todos había regresado, y sabedora por el nagual que le había metido el cuento de que a Treminio lo habían curado las hechiceras riveneses y viendo que el hombrecito no aparecía nunca en Teustepe ni en los barrios de los alrededores por capear el bulto, y que para desgracia suya el tiempo pasaba y la hora de su viaje al Cerro del Padre, Musún o Mombacho, se le aproximaba, sin poder ella de veras vengarse de quien la había desnudado ante los abajeños, únicos seres a quienes respetaba y quería, resolvió salir en su búsqueda y para ello le puso sitio a los senderos que convergían a los caminos reales saliendo de las haciendas de Malacatoya y Masapilla, de Jiquelite, Santa Bárbara y Esquipulas.

Para estas postreras correrías, La Necha se transformaba en chancha o en mona y un día de tantos para desgracia de Treminio tuvo que ir con otro compañero a traer unos novillos a La Trinidad, hatillo de un señor Gutiérrez, para lo cual tuvo que trotear sobre el Zanjón de Acoto, en medio de cuyo cauce va el trillo que lleva hacia la finca dicha en donde, precisamente, les cogió la noche en el regreso y en plena zanja los sorprendió la Bruja que había salido de Cusirisna convertida en simia. Treminio no la notó por lo denso de la obscurana y aunque andaba preparado contra los maleficios, con todo y eso, no pudo evitar de que la mona se colocara en el anca del caballo en donde cabalgó por más de media hora esperando que llegaran a una parte sumamente talchocotosa del arroyo para que el compañero no se diera cuenta de nada de lo que iba a hacerle a Zenón; cuando estuvieron en el punto escogido, le lloró en el oído tan fuertemente que lo ensordeció por completo, luego lo envolvió con el rabo, jincó al jamelgo para que corcoveara y en un tris, y al segundo salto, el solípedo lo zumbó al suelo y lo arrasró cauce arriba hasta dos leguas adelante de La Trinidad en donde lo dejó medio muerto y sin conocimiento.

Cuando ya bastante entrada la mañana

Treminio volvió en sí, se encontró con que el otro campista que se había despezuñado para encontrarlo se estaba apeando en ese momento para subirlo en su bestia, la que traía rebeatada del jinete y que dos hombres más lo acompañaban para ayudarlo en la faena; después de medio sacudirse como pudo y revisarse y palpase las costillas desquebrajadas y además sobarse dos grandes chichones que le habían nacido en la frente y luego de contar todo lo que le había sucedido, le dijo al compañero:

—Ayúdame a subir, que yo no puedo; llévate los novillos y decíle a don Filadelfo lo que me pasó y que mañana le mando el potrero, pues lo que soy yo me voy agorita para Teustepe a liquidar cuentas con la Sinesia, pues así me lo aconsejó que lo hiciera la que me curó la otra vez que esia misma vieja maldita me hechizó.

—Pero, hombré, con iamaña malmatadura no es posible que aguantés a llegar a tu posada; porque estás tan malmatado y melenquiado que casi te hallás a un paso de pelar el ajo.

—Aunque reviente y llegue sólo a boquiar, me voy, compañeritó, y puesto allá en el barrio, no me queda más camino que matar o que me maten, así es que o este infierno de La Necha deja de fregar o yo me voy para el Musún. Qué querés que haga, hermanito... lindo... y se soltó a llorar a moco tendido como un chicuelo cuando pierde a sus padres en una procesión.

Cuando se desahogó, lo montaron siguiendo en todo sus deseos; tomó los estribos, se despidió de sus amigos casi desmayándose y echado sobre la tabla del pescuezo del caballo, enderezó al bruto con dirección para Teustepe.

Antes de anochecer, Treminio llegó al pueblo ayudado por unos parientes, le buscaron una curandera la que le dio remedios para envalentonarlo, pues había arrimado muy decaído y además para curarlo, y cuando a los días, ya convaleciente, se sintió medio güevón y mejoró de la desmambichada por entero, principió a salir y a rondar el rancho de La Necha cargado de reliquias y de contras y también llevando a mano dos candelas benditas que al decir del sacristán del pueblo eran de cera del cirio del último sábado de gloria, únicas armas posibles para dar fin con la cusirisneña.

Por su parte, ésta no rehuyó el combate, pero para su desgracia, Treminio andaba muy preparado para que le pudiera hacer daño y ante tal situación lo que hizo fue no salir de noche a correr tierras transformada en animal maligno y se dedicó a cavilar la manera de como podía malfregar a su enemigo.

Treminio, que estaba bien adiestrado, pasó varios días sin pesquisar a La Necha dándole a creer así que ya no se ocupaba de ella, por ésto ella tomó confianza y un viernes en que la noche estaba talchocotosa y llovía a

torrentes, en plena lobreguez medianochuna de un día de un mes de Octubre incomparable por lo lluvioso, resolvió salir a dar una asustada en el mero Teustepe, por si fregaba al descostillado del Zanjón de Acoto.

Entonces no fue al palo de guásimo, sino que sacó al Nagual de su calabazo, se lo enrolló en el pescuezo, dio tres brincos a la izquierda del camastro y cuatro a la derecha, se le hizo un yagual en mera cabeza la serpiente, silbó horriblemente el ofidio repugnante y La Sinesia se desplomó seguidito sobre la yacija saliendo al poco rato de su boca, hecha un huraco desmedido, una mica brincadora y lloricona, saltó al suelo la aliamaña, abrió la puerta de la covacha y desapareció bajo la lluvia que profundizaba doblemente la tiniebla de la noche; el nagual se hizo rollo sobre el cuerpo supino de la bruja, puso la cabeza sobre su rollete y principió a vigilar con inquietud atisbando a todos lados.

Al poco rato, alguien que también vigiaba afuera, rempujó la maltrecha tabla que cerraba el postigo, cuando ésta cedió, apareció la cara de Treminio, quien habiendo visto la negrura de la noche que vivía resolvió echarse en su seno, pues supo que la nagualera la lograría para salir de correría y juzgó el momento oportuno para atacarla por la espalda logrando su ausencia y puesto en el lugar y habiendo observado los movimientos de La Necha, la dejó partir amparado por el viento que estaba soplando para un rumbo distinto del que llevaba la bruja; a pesar del valor que le daban los brebajes ingeridos, Zenón se adentró temblando como si padeciera de mal de San Vito con una cruz de palma del domingo de ramos próximo pasado en la siniestra y una botella de agua bendita en la diestra. El reptil al verlo silbó estridentemente, casi se puso derecho sobre el cacaste de la vieja y sacaba y metía con rapidez las leznas de la lengua, se llenó de fosforescencia la tiniebla, cuchichearon mil voces en el palio, la serpiente se preparó al combate y dió un raudó y rudo colazo sobre el tapesco en que yacía el cacaste arrugado de la hechicera. Por el horror que le causó lo inesperado del cuadro que palpaba, el visitante alzó la botella para amenazar a la culebra y con el movimiento que hizo para tal fin el agua que llevaba saltó del pico del frasco y dio por pura contingencia o protección de sus Devotos en medio cuerpo del ofidio el que se recogió adundado en el instante. Envalentonándose el resultado de aquel milagro para sus ojos de creyente, Treminio le tiró de hecho otro poco de agua, el nagual saltó sesereque del pellejo de La Necha al jicarón en que lo guardaba ésta, siguiólo con rapidez su atacante y en pleno nambiro le dejó caer un chorro de linfa bendita que lo dejó sin acción, incontinentemente el moribundó demonio sacó los guindajillos de la lengua, ni siquiera pudo ya hacer piruetas con ellos, silbó sorda y lú-

gubrememente y estalló como si hubiera sido una bomba silbada de carga cerrada al terminar; muerto el cuidador y dueño ya por enfero de todos sus nervios el pobre descostillado del Zanjón, roció en seguida con la misma agua toda la casa y puso sobre el cuerpo de la Bruja la cruz que tenía en la otra mano; luego se buscó en las bolsas del parchudo pantalón los cirios que había preparado y hallándolos encendió las candelas benditas, sembró una en la cabecera de la yacente y con la otra principió a regar de lágrimas de cera bendita el lecho de La Sinesia y su flácido pellejambre. Cuando ya los tuvo completamente tupidos de gotas de candela se puso a regar el suelo y por último lo que restaba de la vela lo pegó encendido en uno de los pies de la temible hechicera.

Concluída la operación, respiró fuerte y tranquilamente, rezó tres credos, se persignó, hizo cienes de cruces con los dedos en el aire, se limpió el sudor pausadamente, último vestigio del pavor que había sentido y finalizada la batalla de la captura del espíritu de la embrujadora, se fue a despertar al vecindario de la cautiva para darle la nueva de que La Sinesia estaba cogida.

Dejó de llover como a las tres de la madrugada, a las cuatro La Necha estaba ya en el árbol de guásimo y sabía perfectamente que no podía volver a tomar su forma humana; cuando la oyó chillar Treminio se vino a apostrofarla y maldecirla; cogió la mona el monte afligida y desolada; tres días consecutivos anduvo errante y suplicando que le limpiaran el cuerpo; una vecina compadecida se acercó a la Mica y para que no sufriera mas le dio de beber agua bendita, a poco de haberla ingerido, pegó un llorido enorme, culipateó unos momentos y luego se desplomó sin vida de la gamba del viejo guásimo de sus transformaciones, en donde se había asilado en sus últimos instantes para no volver a respirar ya nunca.

Nadie se atrevió a tocar los tres cadáveres y no fue sino hasta como a los ocho días después del suceso que la muchacha vendedora de manteca de La Sinesia apareció en el Barrio, que hubo ser viviente que los tocara y se acercara a ellos. A pesar del tiempo transcurrido los cuerpos sin vida de los diantres estaban intactos y sin descomponerse, la vendedorcita juntó la mona, el nagual y el pellejo de la vieja y después que los miró un instante y en un descuido que el vecindario tuvo, pues sus integrantes se habían dedicado a vigilarlos para que nadie les diera sepultura, la chipunga le dio fuego al rancho el cual en menos de diez minutos quedó reducido a pavesas junto con las roñas que por malabarismo del Malo se desintegraron en un raflá, como dicen los muchachos.

Quando buscaron a la chicuela ya ésta había desaparecido y nadie supo nunca nada de la extraña y curiosa expendedora de las macabras mercancías de La Necha y cuentan santiguándose todavía los cusirisneños que todos los viernes santos de todos los años aparece íntegra la covacha que ocupó la nagualera en el mismo lugar en que se alzó cuando la tal vivía y que además se oye lloriquear una mona y una sierpe desconocida silba lúgubrememente y de manera continua y cuando dan las doce de la noche desaparece la casuca en una hoguera infernal, cuyo resplandor abarca muchas leguas a la redonda y que el propio lugar en donde se levantaba la vivienda se precisa aún ahora claramente, pues nunca a pesar de las lluvias y las corrientes que abonan y fertilizan el terreno ha vuelto a nacer chinaste y mucho menos monte, en ese sitio, agregan, indudablemente maldito, pero ni siquiera escobalucias brotan y eso que son tan comunes y pegapegas que en las arideces mayores y los veranos más ardientes reverdecen, florecen y se multiplican como si no hubiera yermo para ellas.

Sombra en el Llano

EN el mes de Enero de 1910 desembocaron, de la montaña a la llanura Chontaleña, los revolucionarios que encabezaba el General Emiliano Chamorro, el que, con el objeto de jugarse el todo por el todo, había salido desde Rama, confiando en el tapete de la simpatía, para tirar sobre él los dados de las probabilidades que presentaba la aventura peligrosa y audaz que habían concebido.

Dos o tres días después de andar por la llanada y dejar a Camoapa, se encaminaron hacia Boaco y en uno de esos bellos amaneceres del altiplano boaqueño, hondonaloso, rodearon la población, emplazaron dos o tres

maquinitas en las lomerías que la circundan y después de un corto tableteo de ametralladoras que alcanzó la magnitud de una completa escaramuza, la adolescente ciudad fue ocupada.

Los machetones versados en achaques militares que aquí en este país pasan como estrategias, siempre han sostenido que la natucha garbosa de las verdes colinas, hoy convertida definitivamente en cabecera departamental, es una plaza indefendible y debe de ser esto muy cierto, porque la fuerza acantonada en la fecha del asalto para defenderla, con sólo el ruido de los cañes puso pies en polvorosa y tomó las de Villadiego.

A pesar de las privaciones que habían sufrido en la manigua los hombres de la cruzada, al inundar los pueblos del norte Chontaleño se portaron respetuosos y honestos con los haberes de los particulares, tan extraño proceder, causó la admiración de los propietarios y también la de los desamparados proletarios, ya que estaban ellos acosfumbrados al continuo arrebatar de las fuerzas expedicionarias y aún estacionarias del Gobierno.

Tal actitud aumentaba las simpatías para la revolución que presidía Estrada y por ello no fueron pocos los gobiernistas que se pasaron al otro lado con todo y cartuchera, tanto por lo que veían, como por el cansancio que causan siempre los períodos interminables de los presidentes vitalicios, por más renovadores y progresistas que ellos sean.

Los revolucionarios no supieron aprovechar aquellas simpatías y pocos meses después, cuando se afianzaron en el poder, en lugar de duplicar los adeptos con ejemplos similares a los procederes que emplearon en los días de brega, cambiaron de rumbo, se lanzaron sobre la trocha peligrosísima del poco nos importa que ya estamos arriba, le dieron de mojicones al Quijote de la idea que juzgaron un estafermo y se echaron en los brazos de Sancho que siempre gusta de gozar del dulce farniente, motivo por el cual, tarde o temprano, se vuelve el sepulturero de los políticos de oficio por más populares y queridos que ellos sean.

Con todo y lo rápido de la refriega, tuvo su saldo triste el tiroteo de aquel día de enero, cuya fecha no puede precisar el recuerdo y por lo mismo no se atreve a asegurar quien escribe si fue el diez, el once, doce, trece o catorce del mes citado el tal atraco... pero por allí fue la cosa y como no tiene importancia para lo que se va a narrar más adelante la exactitud cronológica, no se mete a revolver archivos y la deja sin aclarar. Al balancearse los estragos de la irrupción, que ni los rojos ni los verdes de la localidad esperaban, se encontró la dolorosa muerte del inteligente y moderado mozalbate Manuel Guerrero, caballero cabal a los quince años que a lo sumo tendría, quien desempeñaba al parecer una de las porterías de los juzgados de la localidad y el que cayó en plena plaza con el pecho pasconeado por las balas de una de las bandas que las ametralladoras emplazadas soltaron sobre el poblado, al dar sus peligrosos buenos días, práctica que se hace cotidiana cuando el demonio de las revueltas anda suelto en la nación. El pico del balance de los acontecimientos lo formaron los heridos, indigestados y contusos que tardaron muy poco en poner su salud completamente a flote.

Seis u ocho días después los revolucionarios abandonaron Boaco y se largaron sobre el camino que conduce a Tierra Azul. Al llegar a Cerrocuape encontraron al Coronel Téllez con una fuerza de cuatrocientos hombres con órdenes terminantes, según se asegu-

raba, de no dejarlos pasar. La caballería revolucionaria que iba de puntera abrió el combate y cuando el grueso del ejército de Chamorro llegó al lugar de los sucesos se encontró con que Téllez y sus hombres se retiraban hacia Sácal, quizás con el objeto de replegarse a un ejército que estaba atrincherado o avanzaba hacia El Paraíso.

Los Cerros Cuapes como le dicen algunos, o Cerrocuape, denominados así por el llamado consuetudinario de los aborígenes, forman al besarse los dos en sus bases, una garganta de unas ochenta varas de largo por veinte de ancho en cuyo fin, tomándola de sur a norte, principia una llaneria que termina hasta en las márgenes del río Sácal. En el centro de este llano pasa una quebrada que nace en una de las faldas de las colinas de El Ventarrón y se echa después de juntarse con un crique que nace en la hacienda San Miguel al río de Las Cañas. La quebrada del cuento es caudalosa en el invierno y carente de agua en el verano, unos tres mil metros adelante está El Alto, que se denominó de Tomás González, después llamado de Santiago Tijerino y posteriormente de Santana Monje, pues va cambiando de nombre según sean las personas que se fincan en el lugar. En la llanura abundan los guayabales, las uvas sabaneras y a la vera del riachuelo citado, se elevan cientos de árboles grandes que fraguan un cinturón que ciñe la mediación de la verde y encantadora pampa, hoy casi al desaparecer porque ha sido en total toda ella alambrada y no hay cosa más cierta que el proverbio natucho que asegura: "Si quieres perder un llano, con alambrarlo basta".

Pues bien, los tiros desperdigados comenzaron en Las Cañas con las avanzadillas y en Cerrocuape se trabó la refriega que duró unos cuarenta minutos, aunque dicen algunos que tal vez mas de hora y media. Los soldados de ambas partes se apostaron en los guayabales, tras de las uvas monteras y en los árboles de la quebrada descrita, muchos quedaron para siempre en aquel sitio y aunque la mayoría de los que se quedaron fue enterrada, no sucedió así con los que se habían subido a las copas de las guayabas y se habían desgarrado del trillo de parte el llano en dos mitades iguales longitudinalmente y que les tocó morir en el encuentro, pues quedaron sin ser vistos por los enterradores, ya que estaban bien ocultos por el frondaje de los carrujos y las ramas entrelazadas de las cepas en que se encaramaron.

Cuando unos días después se reanudó la calma en seguida del pase de los ejércitos que perseguían a Chamorro y su gente, los humanos que hacen el oficio de quebrantagüesos y zonchiches, explicando mejor, que se dedican a gurugüciar despojos como las aves citadas, las que tienen la costumbre que después de que pasan las quemas de las cementeras se lanzan a buscar en los quemados los restos de los animales que perecieron atra-

pados por las llamas enloquecidas; los hombres, pues, que gustan de seguir los pasos de tales animales, fueron descubriendo poco a poco por las zopiloterías los cuerpos en descomposición de los que hallaron su fin en la balacera y no recibieron sepultura por el motivo explicado en el párrafo anterior.

Los vecinos, los viajeros, los hurgadores y los jueces de mesta de las diversas regiones llevaron a la Montaña las versiones macabras de los cacastes humanos insepultos y disgregados en los matorrales desperdigados del llano; iras de las noticias desquiciantes las fantasías variadas de los múltiples viajeros tejieron las leyendas y después de hilvanadas éstas comenzaron a tomar cuerpo las pasadas.

Cuatrocientas varas antes de llegar a la quebrada, de la cual se ha dicho que nace en El Ventarrón, o por ese lado tiene su nacimiento y luego parte el llano, a unos dos metros del alambrado de la finca San Miguel, en pleno camino real, está sentada una piedra que es la única en la llanada y que un musgo especial de aquellas tierras ha vuelto blanca a trechos y la que tiene unas tres cuartas de alto y es plana en la superficie. Al oriente de esa peña, camino de por medio, hay un matorralito o lo había en ese entonces, bastante espeso y en donde se escapó a los ojos de los querques y auras bípedos un cadáver que quizás no fue descubierto por haber estirado su dueño la pata, indudablemente que, como los otros, a consecuencia de las balas desperdigadas de la contienda, pero para su desgracia en el mismo sitio en que cayó para siempre había también pelado el ajo con anterioridad una vaca hosca, encerada, cuyo mortorio descubría la vista con solo volver a ver hacia el mogote de monte descrito, de tal manera que aunque el hedor fuese exagerado nadie atribuía el tufo a podredumbre de roña de cristiano sino que a los restos del rumiante que a la mirada se ofrecía.

No fue sino hasta fines de marzo que alguien, que tuvo urgencia de hacer del matorral una letrina, y por tal causa se adentró en el bosquecillo, observó que el piso estaba desgramado, trillado en forma cuadrilongar, el desgramamiento retirado de los huesos del rumiante, húmedo, con ese aspecto salitroso que sólo la carroña da a la tierra cuando han pasado algunos días, lleno de suciedades de chepes y que el ambiente del cariñoso frondaje despedía un hedor fuerte, que no provenía del suelo ni de los viejos restos si no que de las ramas de los árboles; de pronto el viajero alzó los ojos y vio sobre su cabeza una roña humana enlazada a las ramas de una guayaba coposa, tan sólidamente entretejada a la ramazón que era difícil que cayera.

La cantimplora, el rifle, el salveque, la chamarra y una alforjita de mecaie con unos pocos chechereques y unos diez pesos chancheros metidos dentro de una caja de fósforos de marca Machetillo rodeaban y acompañaban el cacaste deshabitado; el pellejo re-

seco y tostado así firmemente a los huesos y todo el conjunto cuerudo, macabro y tieso se agarraba tan fuertemente del gancho y ramitas del árbol que le había servido de catafalco que se hacía difícil desprenderlo. Con toda y la fea impresión recibida el descubridor resolvió esperar a que pasara algún jincho de las cañadas próximas que se prestara a desgarrar de la cumbre al pobre cadáver maromero. No tuvo necesidad de soportar mucho tiempo esperando compañero, pues a poco de haber salido al camino columbró en la garganta de Cerrocuape a unos cargueros que cuando armaron a su vera, y supieron el doloroso cuento, se prestaron gustosos a desencaramar al militar olvidado y con unos espeques hechos del mismo palo de guayaba abrieron una fosa y en menos de una hora habían llenado la cristiana obligación de dar sepultura a los muertos.

Entre los comarcanos y cañadeños cayó la noticia como un rayo en el patio de una vivienda, como si un tigrecaribe se hubiera presentado a sus posadas en pleno medio día, aquel esqueleto encuerado fue traído y llevado de aquí para allá, de acullá para acá, de Vagüa a Boaco Viejo, de Sácal a Bulbul, de Chayotepe a San Andrés, de El Paraíso a Las Mesas, de Río Negro a donde Tijerino y se dejó de llevar y traer, de desguindarlo y subirlo con dejo de lástima profunda por el desamparo en que el humilde prójimo se había despedido del mundo, hasta que la fantasía natucha lo principió a mirar todas las noches sentado sobre la piedra vecina del mogote, en que se encontró colgado al mílite, con el mauser al hombro y la cantimplora parada al lado puesta sobre lo plano de la mole descrita con detalles en párrafos anteriores.

Cuando lo vieron así, principió el miedo sordamente a socavar los cimientos de los nervios y a destruir las bases del valor; a las ocho de la noche nadie se atrevía a pasar a la vera de la peña sembrada en la llanería y como para encaminarse para el norte o para el sur; es decir, para Olama o para Boaco había que pasar por fuerza a la margen del peñón, los valientes que no les gustaba ponerse a prueba con seres de la Otra Costa, trataban de andar el célebre sendero lo más temprano posible, los metelascabras se hacían ver en las casas vecinas a las siete de la noche para que los juzgaran barzonudos, se despedían luego y después de caminar mil metros sobre el llano, lo atravesaban amparados por la impenetrable mampara de un declive y salían al camino de San Isidro, polo opuesto a la piedra, enderezando incontinentemente para el lugar a donde se dirigían, pues este camino tiene conexiones con el otro en Cigüita y Cerrocuape, y los cobardes que por tales no tenían vergüenza de que los juzgaran cochones, hacían noche en cualquiera de las casas de la trocha real queriendo evitar así el encuentro con el desertor en pena del encantado cerro de Musún.

Una vez, teniendo necesidad Eleuterio López, que era el mandador de La Trinidad, de ir a la Montaña para despachar unos quesos al Interior, nochó lo más que pudo saliendo de la finca en cuanto vio que El Arado se había puesto, cuando llegó a donde Madrugal, a los pies de Cerrocuape, cantó el primer gallo y entonces se asustó de haber exagerado a tal extremo la nochada, pues estaba en pleno filo de la madrugada, es decir a la una, casi a la mitad del camino y al paso en que iba y en la bestia en que montaba, juzgó lógicamente que antes de las tres de la mañana estaría en Chayotepe.

Pasó el galillo de los cerros, el hielo de la pampa le perforó los huesos, sintió repelos en la rabadilla, no hizo caso a ese fenómeno común que se presenta, de tarde en tarde, en las soledades de las campos en la vertebral de los que cabalgan dentro de la tiniebla en los senderos rurales, encendió un chilcagre, picó al Fierabrás, puso los brazos fraguando ajorcas y sin acordarse de lo que los lenguaraces decían que se veía en el peñasco, se adentró en la llanería gozando del fino pasitrote del brioso bruto que montaba.

El Fierabrás jalaba tierra y mientras la braceaba duro, Eleuterio se embebía en esa rara y extraña delicia que ofrece la cabalgadura pasitrotera cuando se le albardea en una tempraneada de verano, sobre un sendero plano, bajo una luna en plenilunio o semivelada y distinguidora como las montañeras de febrero, pero seca, es decir, sin garúas, en un llano en donde semejan los pocoyos que abundan en las pampas,avecillas juguefonas que se van echando a andar con la bestia, y al hacerlo parece que como que le dicen o van diciendo el jamelgo con el cual compiten:

—A ver quién camina más!

En cada salto o semivuelo de avance que hacen los nocturnos voladores van tirando a los aires sus ritornelos cansarinos, plenos de melancolía sonsonetina y que tienen tres tonos diferentes que los entonan por turnos y que claramente expresan: Joo-dii-doo, caa-raajoo, caaballeeroo. López como buen fuerano se deleitaba en la placidez de ese vasto placer que se siente al iragar frescura, brisa y amplitud de llano en una mañaneada, enrumbando hacia la montaña boaqueña y que jamás goza el ladino en las ciudades y que el indígena gasta si no diariamente por lo menos de domingo a domingo, revoleaba su chilcagre indiferente a los ruidos de los gramales, completamente ido saboreando el ambiente deleitoso, cuando un: Eluteriól, claramente dicho casi al oído y con caracteres de grito pronunciado medio a medio de la peña en donde aparecía el fantasma del revolucionario, lo sacó de cuajo de su embebecimiento en un segundo, causándole un cataclismo dentro del organismo y del espíritu.

El Mandador quedó pasmado, electrocutados sus nervios al fluido de la descarga que le produjo el grito de ultratumba, volteó la

cabeza al lugar donde fue emitido su nombre y vio sobre la peña una figura al parecer humana y que la penumbra no permitía delinear por entero, pero que tenía en una mano una cantimplora y sobre el hombro izquierdo un mauser descomunal, después... después no supo nada, se le entumecieron los miembros y la razón se le agazapó en la inconsciencia, se olvidó por ello hasta de su nombre y si no hubiera sido que El Fierabrás era Fierabrás de verdad, lo juega el alma en pena que le había hablado, el zopenco espíritu del soldado que se le había fugado a Suquia del encanto del Musún, pues cuando el Fierabrás sintió que le soltaban las riendas y los cabos del fiador quedaban a merced del bamboleo de su andado, dobló el paso, prosiguió el camino, sin importarle un ardite la penalidad del musuneño desertado, y como el sendero lo conocía desde potrillo, no paró en ninguna parte a pesar de su condición de garrón y los hatajos que encontraba y se detuvo, porque para suerte del viajero las puertas de la propiedad que tenía que pasar habían quedado abiertas, hasta que llegó al mero corredor de la casona de Chayotepe, a las tres de la mañana.

La interminable ladrazón de los perros despertó a la servidumbre y el mandador que a la sazón era Félix Paz, al oír la samotana eohó mano del guatucero inseparable, se deshizo de la cobija, entreabrió la puerta que dormía fuertemente atrancada y se abalanzó al corredor a inquirir el motivo de la tan descomunal ladradera, en cuanto pasó el banco en que se ponía el cincho lleno de cuajada y la prensa necesaria que requiere el endurecimiento del queso, divisó al caballero y lo requirió preguntándole:

—¿Qué se lo anda haciendo?

Y como no le contestara detuvo el resuello hasta donde pudo, parte por miedo, parte por prudencia, levantó el chopo a la altura del hombro, repitió el requerimiento y como ni aun así diera muestras de querer dar a reconocerse el visitante inesperado, avanzó resueltamente con el gatillo montado y el tubo sin el impedimento de la tusa listo para dejar ir el disparo si la circunstancia lo requería.

Hasta que estuvo a la vera del equino reconoció a su cofrade de mandaduría, le habló duro, lo jaló, lo garnachó y con la garnachada Eleuterio se desprendió de los estribos y del jinetillo en los cuales la casualidad lo había sujetado y dio de romplón con su humanidad sobre el entapizado haciendo un estruendo tal que toda la comunidad abandonó sus lechos y se presentó a prestar ayuda.

Entre José María Linarte, Federico Amador y Francisco Paz Dumas levantaron al pobre hombre y lo colocaron en la canoa, allí lo examinaron, le dieron vueltas y revueltas, lo palparon y viendo que no tenía ni una herida y ningún golpe, resolvieron hacer una hoguera y después de hecha lo arrimaron a ella,

pues lo que le encontraron fue una tiesura general y privazón de la palabra por entero.

El calor de la fogota y una ruciada de cususa que le dieron en la cara hizo despertarse, volver en sí, abrió los ojos, miró a todos lados y al notar el fogón exclamó:

—Es decir que ya estoy en el Musún?

—Qué Musún ni qué canilla de muerto, —le dijo Félix Paz— aquí estás en Chayotepe y tan estás en Chayotepe que estás hablando con Félix Paz.

—Pero si yo...cómo puede ser...si yo...yo estaba...yo venía en el Fierabrás frente a la piedra...si, allí no masito de la quebrada d'El Ventarrón...cuando...

Eleuterio trató de levantarse, pero no pudo y entonces Chico Paz Dumas lo interrumpió para ayudarle a pensar. . .

—Cualquier cosa que te haya pasado, lo cierto es que el Fierabrás te trajo hasta el corredor de Chayotepe.

—¿Será posible? . . . Tal vez el muerto era mi amigo y. . .

—Y como no va a ser posible, si estás en el mero Chayotepe.

—Pero si fue agorita, que el muerto me habló en la Peña.

Y al decir esto el Mandador temblaba como si padeciera de San Vito, miraba a uno y a otro lado, por fin cerró los ojos lentamente y se quedó dormido recostado al pecho de Chico Paz que lo estaba apunialando desde hacía largo rato.

Trajeron una almohada, lo acomodaron y todos dijeron a una voz:

—Hay que dejarlo que duerma, para que pueda vomitar todo lo que le ha pasado.

—Hay que dejarlo, pobrecito, —dijo ña Chabela, la mandadora.

Lo quedaron viendo, le acomodaron los brazos y luego se alejaron, para mientras amanecía los hombres enrumbaron hacia el corral a comentar el caso del Mandador de La Trinidad que con seguro, según decían ellos, lo menos que le había acontecido era que una mona bruja se le hubiera engancharado a la polca, y las mujeres tomaron para la cocina, unas a preparar el maíz para el futuro nistayol, otras a lavar la nesquiza para las tortillas y los mococitos matacanes a avivar los rescoldos para alistar los fogones.

Ya estaban ordeñando cuando Eleuterio recuperado por completo se incorporó de golpe, miró para todos lados, se tocó todo el cuerpo, se levantó con dificultad, pero logró levantarse, habló a Chico Paz que estaba cerca y cuando se dio cuenta precisa de que realmente estaba en Chayotepe, llamó a Félix Paz, tras de éste llegaron todos los ordeñadores, en seguida las mujeres y por último la chiquillería que no había comparecido porque hacía rato se había ido al ojo de agua en donde andaba trayendo agua para llenar los tinacos, el rodeo de seres humanos esperaba la narración de la pasada y después de mirar a unos y a otros el Mandador soltó la lengua y en

dos monazos los puso al corriente de los sucesos de la nochada.

El cuento acabó de remachar la tuerca, ya casi al trasroscarse, del milite que salía a penar en el llano de Cerrocuape. A las doce meridianas toda la cañada de Chayotepe lo sabía y si la necesidad no hubiera obligado a Eleuterio a dedicarse a los menesteres que motivaron su viaje, con seguridad que hubiera anochecido contando y recontando el sustazo que le dio en el granito histórico, el alma del difunto revolucionario que se había escapado del Musún a purgar sus pecados en la soledad de la llanada que se extiende de Sácal a Las Cañas.

Cuando se desocupó el asustado, procedió inmediatamente a preparar su regreso, pero como se encontraba bastante maluco le dijo a Chico Paz que se lo iba a llevar para que le hiciera compañía.

Salieron los hombres bastante temprano, pero como a todo transeunte que encontraban le narraban el suceso, cuando subieron El Alto de Santiago Tijerino ya era de noche, entonces planearon dormir en el lugar y muy a las seis de la mañana proseguir el rumbo, y como lo pensaron lo hicieron.

La bola de lo acontecido a López rodó por todos los senderos, se desguindó y trepó por sobre las vargas de las más lejanas cañadas y no se detuvo nunca ni en los rincones más apartados de las más distantes comarcas, el problema del movimiento continuo lo había resuelto la fantasía natucha que era la que alimentaba el sencillo mecanismo de la bola indetenible y quizás se hubiera patentado para eternas memorias el raro invento si la llegada casual de un rapazuelo abajeño no le hubiera llegado a poner breque a aquel eterno ir y venir de la rodadora fuerana.

Se puede asegurar que en 1910 no hubo invierno en Nicaragua, por ningún boquete de los horizontes del país una nube bienhechora se abrió paso apiadada para aplacar la sed imponderable de la tierra, la sequía era general y tan extensiva que ni en las espesas selvas de la manigua Atlántica la lluvia derramó el prodigio vivificante de su líquido, y no fue sino hasta el trece de Octubre del citado año que la Piedad Divina volcó su misericordia dándole alas y fuerzas a un vendaval de Chocoyos que remontó hasta el litoral del Caribe inundando de vida el terreno que se había esterilizado con el fuego consecutivo de las solanas achicharrantes del desolante verano.

El Chocoyano no detuvo los surtidores de sus nubes sino hasta después de una semana al final de la cual todas las sementeras se habían vuelto pantanos, los ríos habían salido de madres y los caminos estaban intransitables.

Con semejante diluvio las queseras de los boaqueños que estaban en las montañas por la falta de pastos en las llanuras principiaron a padecer de esos males que siempre lleva la virazón cuando visita aquellas regiones;

los terneros se avendavalieron, los gusanos hacían destrozos y las murrinas se dedicaron a dar palos, mas como no era posible que los pastos aparecieran de la noche a la mañana ciertos propietarios resolvieron soportar la ruina de la tenerada y otros prefirieron sacrificar los potreros para liquidar los estragos, lo que consiguieron con sólo trasladar los paridos a las heredades de la vecindad de Boaco.

Entre estos últimos se encontraba un hacendado granadino y para llevar a término la maniobra de la sacada del ganado destacó desde La Sultana a un mozalbete que salió con instrucciones especiales y que llenó el cometido a satisfacción del propietario.

Cuando el Matacán llegó a La Trinidad encontró a Eleuterio convaleciente y amedrentado a causa del apareamiento sobrenatural del fantasma de la peña cerrocuapina, vio que el hombre no podía servirle para las operaciones que tenía que llevar a cabo con precisión cronométrica, revistió a los mozos de agricultura que el Mandador ocupaba en el recorrimiento de los cercos, comprendió que no había ni uno solo que fuera práctico para eso de arrear semovientes y no le quedó mas remedio que llevarse a Chico Paz Dumas que estaba reponiendo a López en sus quehaceres para mientras éste restablecía por completo.

Una vez arreglado el viaje, dispuso madrugar al siguiente día para Chayotepe a donde quería llegar temprano para sacar en mera alba del otro amanecer la primera buluchada de paridas, ninguno de los presentes objetó nada, el muchacho se acostó temprano y puso un viejo despertador que había para que repicara a las tres de la mañana, pues no se podía temprar mucho por lo pantanoso de los senderos, el anciano reloj se portó sumamente exacto y a la hora señalada avisó alegremente, a pesar de que la senectud le había vuelto el repiqueteo ronco, de que el momento de partir había ya llegado.

El chico abandonó la tijera, se mudó, se arricó de cueras, espuelas y menesteres que el éxodo reclamaba, abrió la vetusta puerta, recorrió el corredor y con asombro suyo nadie daba forma de ensillar los semovientes y de aprisar la partida.

Así la cosa, se fue derechito a la hamaca en donde pasaba la noche el rengueador Andráica, remoquete cariñoso con que usualmente el muchacho recién llegado llamaba a Chico Paz, y a quien dicho sea de carrera el reumatismo le había dejado encarrujadas las patricias, lo encontró haciéndose el dormido, le pegó cuatro socollones al chinchorro que desde hacía meses pedía a cada instante su repuesto y antes de que el quinto fuera puesto en práctica se sentó el durmiente fingiéndose el asustado y diciendo que no había sentido la campana del antiguo marcador de tiempo y que el sueño lo dominaba todavía.

Con todo sin vacilar lió los peleros, descolgó el lecho portátil, fue a preparar las bestias y principió a dar más vueltas y contra-

vueltas que las que da un muchacho de cualquier región fría cuando no quiere bañarse, por fin entró con disimulo al aposento y hasta que se cercioró por el guacho guardioleño que ya eran las cuatro y media se presentó al muchacho diciéndole que todo estaba listo.

En el acto montaron los viajeros, descendieron la cuestecita de la finca y cuando los que quedaron en la casa pensaron que iban llegando los caminantes a la puerta de golpe de la salida, los jinetes subían a todo trote y sin reparar en lo liso del sendero la trepadita que se apareja a la casa en que vivió su vida de fuerana activa y respetada la seña Trinidad Barquero.

A los ojos del rapazuelo no habían pasado desapercibidas las maniobras mañosas de Andráica para dilatar la partida y por tal motivo cuando iban en la mitad de la longitud del güergüero de La Coyotera, le soltó a quemar ropa la pregunta siguiente:

—Bueno, Andráica, qué es lo que te pasa, que me has hecho perder la mañanada con ese vuelterío que diste, indudablemente, con la intención de que no saliéramos tan de madrugada?

—No, si a mi no me pasa nada, es que anoche tenía mucho sueño y no le dí mis peleros temprano a la mujer de Eleuterio para que me los lavara y tuve que hacerlo agora.

—Te estás volviendo bellaco, para dar tres peleros a lavar no se gastan cinco minutos.

—No creás, es que encontré los peleros, pero el jabón se me había perdido.

—El jabón? jabonayo se te va a volver la pereza en ese cuerpo enlenque.

Chico Paz se carcajeó y dijo enseguida:

—¡Ah, Andráica, más chistoso! Si es que la verdad es otra cosa, te la voy a contar, pero no me tratés.

—Pues, soltá la singüeso, que me tenés muy contrariado por el tiempo que me has hecho perder.

Bueno, allá va, pero no te vayas a reir de lo que voy a contarte, que si el tata cura Cerna estuviera aquí, me confesaría con él y se lo contaría lo mismo al Padre Juan.

—Te prometo no reirme, pero escupí el cuenterete ligero y sin mas vericuetos para ocultar el engaño ni mayores rodeos para contar tus güaragüas.

—Entonces, pues si es así, allá voy, que no hay cuidado, y Chico Paz le dio curso a la lengua y desembuchó lo de Eleuterio, lo que contaba del fantasma, lo que los indios decían y lo que él mismo inventó para hacer más terrorífica la visión.

Cuando a las diez de la mañana columbraron Chayotepe el abajeño estaba al corriente de todos los decires, de tal manera que al contarle Félix Paz ya en la casa las muchas pasadas a que había dado motivo el musuñeño en pena, el recién llegado le remachó el clavo espetándole unas cuantas guayolias

más de las inventadas o supuesta por el decidor Andráica.

Después que terminó el cambio de impresiones entre mandador y comisionado y de oír éste los informes que necesitaba para llevarlos al Interior, y ver el estado de la ternera que no era tan deplorable, dispuso el traslado de la quesera de un solo porrazo al siguiente día y los quince terneros de malamuerte que habían, ordenó que los apartaran, para que en tres jornadas, fueran trasladados con sus madres a La Trinidad, en la primera oportunidad.

Todo se hizo como fue dispuesto, y en llevar ganado y esperar llevadores transcurrió una semana al final de la cual ya no había nada que hacer; de conformidad con las instrucciones que tenía el mandadero ordenó todo lo que en adelante se tenía que poner en práctica y habiéndose desocupado a las dos de la tarde de un sábado y no teniendo ya nada que disponer, resolvió el Matacán largárselas para Boaco esa misma tarde, escogiendo siempre de compañero al risueño y agüizotero Andráica que desde el mismo momento del escogimiento perdió las llaves y le agarró una corré que te alcanzo tan rápido que realmente se alcanzaba y que por poco se lo lleva a vivir definitivamente en la bella ciudad que Suquia tiene sobre el torso gigante que fragua la última estribación oriental del solitario Musún.

Los subitáneos males que aparecieron en Chico Paz emergieron del conocimiento profundo que tenía del pizote que acababa de resolver su regreso a las dos de la tarde para salir a las cuatro; el muchacho, como buen abajeño era decidor y amplio para todas sus cosas, y por agregado era de aquellos que dado a su edad juzgaba que la vida es moronga y el porvenir chorizo y por ello se echaba todo atrás sin importarle las consecuencias, tratándose, por supuesto de aparecidos, micas, cadejos, ceguas y tigrecaribes que la imaginación fuerana saca a pasear tan luego la oportunidad se le presenta: Andráica que estaba claro de todo esto, pensó en el momento, sin acordarse de otra cosa, por la pasada de Eleuterio y su temperamento asustadizo y temeroso, en el fantasma de la peña por donde pasarían como a las diez de la noche, poco más o menos, si no se presentaban entretenciones y accidentes en la caminata y por consiguiente tendría que conocer el tal estantajo a la peca si lo inesperado no se presentaba a salvarlo en situación que desde antemano tildaba de desesperada.

Para taponear a Andráica se le dio aguardiente con sal acompañado con una limonada recargada de jugo, el guarituti lo reanimó un poquito, se le repitió la dosis y si no se envalentonó para alardear, por lo menos se sintió reconfortado y resignado, y a las cuatro estaba dispuesto al viaje aunque a remolque y tenía ya puesta la torcida patria en el estribo.

Vinieron los adioses, los que les vaya bien, las recomendaciones, etc., luego picaron las cabalgaduras y antes de oscurecer los viajeros salieron al camino real, anocheciendo traseaban El Paraíso, ya era noche plena cuando salieron de la peligrosa ciénaga de Cigua, en La Loma Atravesada, que es el filo que divide la Montaña propiamente dicha de la llanura y que sirve de observatorio de la lontananza vasta, que comienza a sus pies y se confunde en las alturas de Don Pancho Cerda, observaron con lentitud la lejanía y después de tragársela, se convencieron de que la pampa estaba clara y que la oscuridad profunda terminaba en las vegas del río de La Rinconada, a las ocho pasaron frente a Salvador Barquero, un cuarto de hora después cruzaban Sácal en donde la tiniebla trasmitía desoladoramente su color a la linfa murmurante, a poco cotonearon Cigüita en donde el cielo anublado comenzaba a perder la suciedad y se asomaban tres luceros presagiadores de una mayor limpieza y a las nueve ponían pata en el suelo de la casa de Santiago Tijerino en donde Andráica iba a tomarse una dosis de cususa para persogar sus nervios.

Para pintar a Santiago Tijerino basta con decir que era una copia fiel de la estantigua de Don Quijote y con lo dicho se supone que es redundancia cualquier adminículo mas que se le agregue; salió pues la estantigualla a saludar a los pasajeros y a servir el batazo, buchoniaron los caballeros y el ventero, y quiso la suerte que Tijerino fuera un decidido adversario del asustamiento del peñasco, pues aunque él no salía nunca de noche según lo aseguró, no creía en semejante o parecidas pamplinadas, con lo que la opresión de Chico Paz se aligeró mucho, muchísimo, y se acabó casi de disipar la tabaquera que lo aniquilaba.

Montaron los jinetes, les corrieron las chocoyas a las bestias tan rudamente que a causa de lo cual a una de ellas se le escapó un ventoseo tan estruendoso que dio la semejanza del estallido de una bomba de a libra, pasadas las vulgares carcajadas que motivó aquel mortero los viajeros apresuraron la andanza y la estantigua se incorporó al taburete que había abandonado cuando se presentaron los visitantes.

A poco, entre el boquete de unos nubarrones, una luna de seis días apareció indiferente aclarando la llanura sumida en una semipenumbra o claro medio tierno como dicen los indígenas, el cipote con disimulo para que no se percatara de ello Paz Dumas pasó su cilindro treinta y ocho del tahalí a la cuera de la pierna derecha, silbó una canción de moda en ese tiempo y no sin cierto recelo principió con cautela bien resguardada a avizorar los matones que a los lados del trillo culebreante afeaban la nitidez de la llanada.

De pronto dijo Andráica al Mozalbete:

—Ya vamos a llegar, pues al fin de esta curva está la quebrada que viene de El Ven-

tarrón y a la cual llaman del Muerto por uno que se ogó en ella al quererla pasar repleta a fines del siglo pasado.

—Ajá, conozco el cuento a medias, pero agora la interesante es que apretés las posaderas, pues si te descuidás, vas a apestar el ambiente.

—Dejá de bromas.

—Cómo de bromas?

Entraron al vado del riatillo, lo pasaron y cuando iban en la mediación de la leve inclinación que forma el llano en ese punto y que muere en la mera piedra donde aparecía el fantasma, Chico Paz dio un grito ensordecedor y despavorido con el cual presumiblemente quiso decir:

—Allá está el muerto, —mas no dijo nada y fue tan grande el alarido y tan de sorpresa que hasta el muchacho se airagantó en el momento al recibir sin esperarlo el fluido del estridor lanzado a los vientos de la pampa.

Con todo le pasó rápida la impresión y el rapazuelo tiró la vista a la peña y con sorpresa suya al lado de ella se veía un bulto de forma humana, con un fusil en el hombro y sobre la chatura del granito un tereque que bien podía ser la cantimplora del cuento.

El Pizote volvió atrás la vista y vio que Chico Paz escapaba barajustando, mas notó satisfecho al tirar la vista hacia atrás que el cielo se tachonaba de luceros desguasando el semiclaro tierno de la penumbra apañadora, desde luego se claroniaba la noche mas de lo necesario, pensó después de la observación que lo mejor era imitar a Chico, pero antes de poner en práctica el pensamiento se dijo inferiormente que para que no le hicieran burla debía por lo menos dispararle unos dos tiros a la sombra de ultratumba que se columbraba y pensarlo y hacerlo fue una sola impresión, que convirtió en hecho jalando el gatillo incontinentemente, salió corriendo la bala y después de la detonación sintió que le brotaba la serenidad en todo el cuerpo, luego más tranquilo disparó el segundo tiro avanzando algunos pasos lo que le permitió comprobar que el fantasma se amparaba agazapándose tras de la piedra, con semejante acto que descubría que era ser vivo quien lo comecía, el miedo se le acabó como por encanto y prosiguió resueltamente paso a paso hacia el bulto que se ocultaba, cuando estuvo a unas veinte varas del fantasma con el pulso más sereno volvió a jalar el gatillo y el plomo dio en la piedra arrancándole un débil canto que chinguetó sobre el Musuneño penante, entonces, tras del mediano promontorio emergió una figura humana y oyó una voz chillona muy conocida para él que le decía:

—¡Ay, está pues el niño! Ya no me conocés? qué te estoy haciendo yo, mi muchachito?

—¡Diablo, Guadalupe, por Dios? ¿Qué hacés allí? por nada te mando al otro barrio y qué pena hubiera sido para mí!

—Bueno, bueno, y por qué te vas tan noche, querés un pedacito de maduro?

—Vamos a ver, demonio!

En este momento el rapaz arrimaba a la piedra, echó pie a tierra, lanzó la mirada a la llanura y dijo como monologando, sintiéndose muy remecatudo:

—Y pensar qué esta pobre Guadalupe loca, era el revolucionario que metió entre un juco a las cañadas, como van a sufrir los brabucos, los mefelascabras y los matasiete cuando queden claros.

El muchacho gritó... y gritó en vano a su acompañante el que no paró sino hasta que llegó a donde Tijerino, como Andráica no viera regresar al Mozalbete se desguindó por el atajo que llevaba al camino de La Rinconada de Sácal después de prestar una lámpara y una vez encendida enrumbo para Cerrocuape con la tubular en la mano que le facilitó su conocido Tijerino, cuando el muchacho diviso la luz en la garganta de Cerrocuape reventó un tiro, pegó un grito y luego dijo, a todo pulmón:

—Espérame, pendejo!, —convencido plenamente de que quien iba con la linterna era Chico Paz porque en aquellos andurriales de Dios ni en la mas honda tiniebla se camina con lámparas de querosine.

Ya serenizado el imberbe le dio un vistazo escrutador a la loca y vio que una larga franca que la Guadalupe andaba y que se la colocaba sobre el hombre era el fusil del cuenterete, la cantimplora un jarrito que la vesánica colocaba en la chatura de la piedra y el revolucionario la pobre demente que por agregado andaba completamente en cueros.

La invitó a mudarse, la saludó, montó en la Parda Negra noble híbrida que gastaba un paso delicioso y ya se disponía a despedirse cuando la Guadalupe le dijo:

—Yo voy acompañarte hasta La Trinidad, no vaya a ser que algún maldoso te quiera bruñir en el camino.

Y como le dijo lo hizo, poniéndose en pleno trote tras de la briosa acémila.

En Cerrocuape Chico Paz esperaba, castañeteando, medroso, con los ojos desorbitados, las patulecas tembloteantes como nidos de oropéndolas mecidos por la rabia de los alisios de noviembre, desmontado y a la vera de una laguna de traica que no parecía alimentada por un hombre sino que por una columna de iropa como la que tuvo Téllez en el mismo lugar para cortar el paso a Chamorro.

—Andráica, —dijo el Abajeño, señalando a la demente—, aquí tenés el alma en pena del musuneño fugado.

—Ah! Oh! Eh! Uh!...

Y no pudo hablar nada ni hilvanar cualquier sonsera, la urgencia de seguir pupuseando lo hizo ponerse de clucas y allí se hubiera pasado el resto de la noche, si el muchacho no lo hubiera amenazado con dejar-

lo si no le ponía coto a la ponedera interminable.

La amenaza fue una llave, amainó el colerín su fiero desbordamiento y por fin pudo estirar un pie y colocarlo en el estribo, el muchacho le ayudó a enjorquetarse, fue apagada la tubular por la Guadalupe y la marcha emprendida luego en un mutismo de asalto.

Por Las Cañas ya Chico Paz iba notoriamente mejorando, principiaba a hacerse chiles, a chiliomear a Eleuterio y a agigantar a Tijerino que no creía en tales aparecidos.

El silencio, hijo del cansancio, tomó posesión de todos menos de La Guadalupe que iba monologando sin saberse lo que decía por lo distante que caiteaba tras los montados galopadores.

En La Coyotera el Matacán se paró a esperar a la Loca y convencerla que debía de quedarse a dormir en La Trinidad, mas cuando la Lupe lo distinguió en la garganta del paso, antes de que le hablara le dijo:

—Niñó, Niñó, que será que nunca he podido ver yo al muerto que sale en Cerrocuape, por más que me pongo a espiarlo.

—Y cómo lo vas a ver si vos sos el muerto.

—Yo?... Yo?... Yo el muerto?...

—Vos, ni más ni menos.

—Eso había de faltar agora, que yo fuera el muerto, yo voy a la laja a ver por donde sale, pero por más que vigeyo, qué Judas voy a ver!

—Pues no lo sigás espiando, que el muerto de Cerrocuape vos sos, Guadalupe.

—Yo...? Dejá de bromas, niñó, y menos de chuscadas como esa.

—No son bromas, es la clarísima verdad

que, en la quebrada del Muerto, hacés veces de alma en pena.

—Yo el muerto? Eso había de faltar. Yo el Alma en pena?

—Y cabeceando para un lado y para el otro, dijo como si viniera de muy lejos y hubiera recibido de pronto una sorpresa, que del susto no le permitiera hablar de corrido.

—Con que yo soy... el muerto; éso... había de pasarme agora... tal vez... tengan... su razoncita... su razoncita... yo soy el muerto!... qué tal? yo soy el muerto! Y principió a reir frenéticamente sin poder ganarle el joco a los jajayes.

Por fin, viendo el muchacho, que semejante jajayadera le podía producir fuerte colapso, le gritó éstentóreamente:

—Guadalupé, dejá de estarte riendo que te va a coger un patatús.

Y como si tales palabras hubieran sido un breque a la carcajiadera, paró en redondo la risotada y dijo de golpe:

—Niñó, ya te acompañé, por aquí acortó yo mi caminada, ay te dejó, por aquí me voy, niñó.

Y sin volver la jupa tan siquiera la loca tomó sin decir más por el senderito que del camino real lleva para la lomita en que se levantaba la casa de la seña Trinidad Barquero.

Cuando los jinetes concluían de pasar los laniales de La Coyotera el alisio errabundo les llevó como una despedida final el eco desvaído de unas pocas palabras de la loca que decían precisas:

—Qué barbaridad, Niñó, yo soy el muerto!

El Cadejo

DON PEDRO estaba claro, como el ojo del piche, de que bajo Los Chilamates del cerco del Muñeco de Juan Gregorio Cubas, de las once de la noche en adelante, el Cadejo con seguro estaba allí.

Hacia poco que había pepenado Boaco de paso para el ható en donde se ganaba los malacos con procedencia de La Rejoya; cuando venía le cogió la noche llegando a la ciudad citada, y para entonarse y seguir su camino con ánimo y sin miedo en el barrio de El Bajo se metió un farolazo cuartero y rempujador.

Después agarró el camino y en el lugar en que la trocha se divide bifurcándose para Camoapa por un lado y para Tierra Azul por el otro, se le llenó el corazón de contentera porque la bifurcación le probaba la proximidad del fin de su trotiadera.

Se llevó un chilcagre a la boca, lo encendió, voló una bocanada de humalera y con franca alegría se puso a darle andar a la bestia que lo traía sobre el sendero en el cual la cinta del trillo recogía sin descanso con la mente enclavada en el chinchorro que plegadamente lo esperaba en La Trinidad para brindarle la muelle delicia de su regazo de majagua.

Había caminado unas trescientas varas a lo sumo cuando sintió que se le espelucó la espalda y allí no masito principió a oír tras de sus pasos el ruido de un trofecito fino como el repiqueteo menudo que hacen los cascos del cabro cuando un animal de esta especie se endereza con rumbo cierto e inquieto a determinado lugar.

Al pasar bajo Los Chilamates que distan del Portillo unos ochocientos metros don Pedro iba angustiado de tabaquera, volvió la cabeza como para garantizarse las espaldas y revisar su trasera y con asombro vio tras de sus huellas a un desmedido cánido, por lo menos ese parecido le encontró, que por el lugar, la hora, el ruidito sordo y arrastrante de su trote cabruno y el miedo supuso que era el Cadejo, del tamaño de un ternero matacán y lechón, ofreciendo la brillantez de una piel netamente negra con el capricho de una barriga y de un pecho nítidamente blancos y un par de carbunclos, vastas brasas, por ojos.

Quiso santiguarse, mas el miedo le heló las manos paralizándoselas completamente, entonces, se acordó de Santa Rita, y le imploró protección; la Santa indudablemente le oyó porque a pesar de la pavora que lo engarrotaba pudo proseguir su camino y aunque el diabólico acompañante lo seguía no le impor-

tó su compañía un pito y a trote largo pepenó el fin de la jornada.

Cuando llegó a la finca los moradores dormían, no pudiendo buchoniarla buscó el chinchorro y en un santiamén se echó en sus brazos y en pocos segundos quedó profundamente dormido.

A la albita el patrón se levantó, dio una revisada a los menesteres de la quesera y a los ordeñadores y viendo sobre la canoa una hermosa cutacha fica, que reconoció en el momento, dijo de golpe al Vaquero que en tal momento llegaba:

—¿Dónde está don Pedro, que no lo veo?

—¿Qué don Pedro, Patrón?

—Don Pedro Buitrago; ¡hombre! qué no lo has visto?

—No, señor; y por qué dice Ud. que dónde está, si don Pedro anda en La Rejoya?

—Mi pregunta es muy sencilla, ya que en la artesa está su fica.

El vaquero volvió la vista al lugar indicado y encontró su mirada en la cabeza de la canoa el arma blanca, al verla, dijo volviéndose al Patrón:

—Voy a buscarlo, señor; porque si está la cutacha allí, quiere decir que don Pedro ya vino; pues son inseparables.

Y el Vaquero se encaminó para el chinchorro de don Pedro, titulado así para satisfacer sus ínfulas de hombre ceremonioso y además porque todos sabían que gozaba mucho con el título que el cariño de sus compañeros le había encaramado.

Don Pedro fue encontrado al fin y después de que recibió órdenes y dio cuenta de su viaje, se fue al chinchorro a cavilar con su ego por la compañía que el perro del Malo le había hecho en la noche.

De la revisión de su memoria sacó en claro que el can diabólico lo dejó hasta en la mera puerta del corral; luego resolvió ir al pueblo por la noche para ver si el fenómeno se repetía y quedar claro, ya que no le había hecho nada ni sucedido cosa alguna, de las ventajas que podía sacar de la fidelidad de semejante lobo del Demontre que sólo poquísimas personas alcanzan a conocerlo, y como muy rara rareza conseguir su amistad de compañero inigualable.

Hizo las obligaciones que le correspondían, pasado el momento fue a pedir permiso valiéndose de una guayola para cumplir su

proyecio, se lo dieron y cuando cenó se dispuso a partir para Boaco a donde llegó muy después de haber anochecido.

Don Pedro era hombre de frascas, su trago jamás bajaba de una cuarta; era medio bravucón, medio pependenciero, decidor, dicharachero, inteligenle, mentiroso de oficio, narrador incorregible de pasadas en las que generalmente salía a bailar su humanidad; pero con todo y tal carácter era honrado, cumplido con sus obligaciones y atufiaba a pesar de sus guayolas y sus debilidades un corazón sano y bien puesto que le abría la simpatía al través de sus taras y pequeneces indiscutibles.

Su defecto mayor era el guaro, cuando veía una botella perdía la serenidad, tras de una pescuezona no le importaba ir hasta Teotecacinte y cuando se echaba el primer batazo su ego se diluía por entero y tomaba posesión de su vehículo humano un espíritu terriblemente provocador y pependenciero.

Ya en el Pueblo don Pedro buscó a una su vieja jaña que había tenido al comienzo de sus andanzas muchachiles, la encontró y como hacían años que la había perdido de vista se sorprendió de hallarla desclavijada, gualió con ella más de lo necesario, la mandó a buscar a Mombachito una media de guaritufis que se la empinó de un viaje y cuando el reloj de la Parroquia dio las once, cogió el camino de la querencia fuerana.

La alegría que le dio la renovación de los antiguos amores, unida al vigor y valentía que le brindó el riatazo mediabotelluno lo hicieron olvidar su misión, la que le recordó el propio Cadejo algo adelante de Los Chilmates apariándosele y luego parándosele en dos patas poniendo éstas para guardar la posición averticalada sobre una de sus piernas encueradas a pesar del paso que llevaba la cabalgadura que montaba la cual iba a todo chifle.

Tal muestra de cariño le disipó por entero la ñublina del aguardiente y volviendo en sí, sintió pavor del misterioso compañero que de manera tan zalamera lo saludaba; pero con todo y sus temores no se detuvo y prosiguió el camino haciéndose ojos para observar a su acompañante que lo seguía cotonero.

Don Pedro repitió las giras unas diez veces más en el término de un mes, al final de éste había hecho intimidad con el animalejo que protege a los hombres demasiado tunantes y a quienes no les hace nada mientras no lo amenacen ni lo lapiden bajo el impulso de un desmedido paniquín.

En tal época ya se aproximaba la fiesta de Santiago, patrono de la ciudad, y don Pedro se decía interiormente:

—Con este caballo que el Patrón me ha

dado para mi silla y con este nuevo amigote que tengo, bien pudo pegarme una papalina y hacer un molote sin que me pase nada, aunque por borracho me atacaran diez, me siguiera la escolta y de ipegüe se agregaran jueces para barzoniarne.

No hay duda que en esos monólogos lo que entonaba a don Pedro y lo aupaba en sus decires íntimos, era el deseo de probar si semejante amistad era una garantía en la que podía confiar en cualquier circunstancia difícil que se le presentara, o si por el contrario sólo era un manojo de pambas inservibles, motivo indudable por el cual su inquietud lo llevaba a cavilar continuamente en su interior de la manera con que lo hacía.

Pasaron los días y con ellos las fechas y al desfilarse un sol de tantos, se hizo presente la celebración de Santiago el Mayor; la conciertería de La Trinidad bajó a Boaco, y la parrandiada fue atroz, desmesurada, sin límites, hasta perder la cabeza.

A pesar de semejante guarapetiada don Pedro se mantuvo abstemio hasta última hora, capió el bulto de diferentes maneras; aburrido de verlo juir del guaro y con deseo de rascarse con él, su amigo Socorro Salinas le preguntó de sopapo:

—Bueno, pañiya Pedro, por qué se ha vuelto juidor?

—Hombré, Socorritó, andamos aquí todos los campistas de la Hacienda, todos somos como hermanos, pero ya con guaro todos cambiamos de carácter y nos volvemos pependencieros y yo trato de evitar.

—Qué le debe alguno de los muchachos algún freno?

—No, nada de eso; pero anda con nosotros Faustino Amador y este jincho tan luego se mete sus mecatazos lo primero que se le viene a la cabeza es buscar camorra; y yo tengo mala juma.

—Pero, si es sólo eso, entre todos lo detenemos y lo enframojamos.

—No, pañiya Socorro, Faustino nunca ha querido a mi hermano Justo, como yo soy muy unido con éste, tampoco me quiere a mí y si me ve con mis quemones me va a provocar por cualquier tontera.

—Pero se los eche o no se los eche, si él se almareya lo buscará para jocharlo.

—Eso ya es diferente, él estará mamado y yo bueno y en tal caso con la jupa limpia me aparto si quiero y o lo penqueyo si me parece, la cuestión es de juicio según se presente el caso.

—Tiene razón, pañiya Pedro.

—Sabe lo que he pensado, pañiya Socorro?

—Qué pañiya Pedro?

—Pues cuando nos vayamos a ir, méterme media botella de un rejazo que con eso tengo para alegrarme y aguantarles el guaro a todos hasta llegar a La Trinidad.

—Riatudo, Pañiyita.

Y don Pedro y Socorro se despidieron tomando guindos diversos.

Don Pedro se fue a visitar a la familia Mendoza, de allí tomó a comer natakamales donde la Felicita López, después fue al Bajo donde el Padre Cerna y por último entró a la Iglesia a pedirle al Apóstol Santiago por sus necesidades.

Dentro del templo le cogió un aguacero, cuando escampó salió a La Plaza y vio que ya habían concluido los toros; se arrimó al chiquero para ojear al Retumbo hermoso rejego de la Hacienda que le habían dado para que lo jugaran y ya se disponía a reconcentrarse para buscar a los compañeros cuando se le apareció Cruz Méndez que arrimaba de arada y media, por no poder decir de acera a acera, pues lo pescó en mera plaza.

Don Pedro lo tomó del brazo izquierdo y lo enderezó para la posada, diciéndole:

—Hombré Cruz, andás muy almariado, monós para donde ña Carmita para que medio durmás la mona, mientras nos la ponemos para afuera.

Méndez obedeció sin contradecirle, donde la ña Carmita, que era la esposa de Leocadio Hernández, encontraron a José Guillén a quien comisionó don Pedro para que buscara a los otros compañeros.

Después de una hora toda la campistería se había reunido, ña Carmita les dio de burriar y a las nueve de la noche bajo un chis chis continuo salieron para el sitio de donde habían procedido.

Al pasar por Mombachito les salió vomitado por el estanco Socorro Salinas que esperaba a su Pañía Pedro, pues tenía la esperanza de que lo escogiera de compañero para zamparse la media de que le había hablado cuando se vieron, así es que confundiéndose entre los montados se fue en derechura del amigo.

—Pañiya Pedró, lo esperaba, pues siendo usted perrita para el trinquis no salgo del asombro que me ha causado su canícula en pleno invierno.

—Ya bien conoce la causa pañiya Socorro, y para quitarle la ponzoña, monós a meternos la media; esto sí, media Ud. y media yo.

—Trato hecho, pañiya Pedro.

Se metieron al estanco, se embuchacaron

el guaro y sin gualiarla mucho salieron, pues los compañeros que estaban bastante cogidos no tenían la paciencia dispuesta para tolerar tardanzas.

Luego se despidieron y tras la despedida se alejaron tomando los de la manada para la Hacienda y Socorro para donde la Victoriana Angulo a buscar que manduquiar.

Antes de llegar a la quebrada del Pochoite supieron que ésta con la lluvia que había caído no daba pase, entonces dispusieron irse por El Bajo tomando por Tierra Blanca para desechar la correntada.

Al pasar por El Bajo sintieron angurria de guaro por lo que se metieron a una cususería de donde salieron los que andaban a medias completamente zarazos y los que ya habían pasado la mica y andaban con el pico caído por la gomitila, completamente hablan- tines y provocadores.

Don Pedro no pudo detenerse y se empujó una pescuezona más con la que los malos pensamientos se le alborotaron en la mente y a pesar de que estaba ya al clavar el pico empezó a jochar, contratarrear y rejochar a Faustino Amador.

Desde que salieron del Pueblo se dedicaron a provocarse, cuando pasaron por El Muñeco ya iba dando punto la pendencia, al llegar al mancuerno de los caminos en El Porfíllo se desafiaron y convinieron en recurrir a las cutachas en Los Chilamates en donde no había lodo, pues acababan de hacer un relle- no de grada que había terminado con el pantano.

Las cuatrocientas o seiscientas varas que distan de la bifurcación de las trochas a las matas citadas las anduvieron los almariados echando jotazos y bravuconiando de lo lindo.

Don Pedro estaba tan pasado que no se hallaba la cutacha colgada del barriguero, no así Faustino que se había recuperado bastante y estaba entre camagüa y elote, es decir, bastante mediastón.

Llegados al lugar se desmontó Faustino y se puso en guardia para esperar a su re- tante; don Pedro intentó apearse y por hacerlo como estaba hasta donde se amarró el in- dio el machete se fue de espaldas y fue a dar con su humanidad en plena tierra.

Vociferó, gritó, patió, hizo todo lo que pu- do, pero su cuerpo alcoholizado no obedeció a su voluntad; entonces gritó a Guillén que estaba cercanito, llegó éste y después de cor- ta lucha logró enderezarlo.

Amador con el güirro en la mano avanzó para donde Buitrago, éste con su histórica tica en la diestra lo esperó oscilando como una rama tronchada que el alisio errabundo me- ciera con suavidad.

Viendo Guillén que don Pedro tenía enormes desventajas para una lucha y que no era de compañeros dejarlos que se mataran, les habló así:

--Muchachós, que ganan con macheliarse agora; si tienen tantas ganas de topar la mona esperen para mañana y ya buenos rempujen que está sin tranca la cosa.

Don Pedro, que no entendía ni lo que oía porque percibía otras cosas, contestó aguardentoso y oscilante:

--Que me va a dar con una tranca decís, hombré? que se tanteye el muy pendejo y va a saber lo que es Pedro Buitrago, que los tiene muy rayados.

El resto de la campistada que iba hacia los japones prosiguió su camino y ni siquiera se percataron del desafío que había.

Por fin Buitrago inceptó a Faustino, diciéndole:

--Idiay, indio viejo, echa pija que te estoy esperando para hacerte picadillo.

El aludido que era medio bellaco y de malas pulgas no se hizo repelir la invitación y se fue adentro sobre don Pedro tirándole de puntadas, éste al primer envión para salvarse del ataque zafó el cuerpo y fue a dar cuan pesado era en el mero suelo, pero salvo de la estocada; al verlo Amador tendido se lanzó a dejarlo choco de un puntazo inaudito, pero una fuerza misteriosa desvió el arma y la hoja de acero se enclavó en el gredero de donde Faustino por más que forcejó no la pudo desenciavar; entonces abandonó la collin y brincó para patearlo calculando caerle sobre la cara, mas en lugar de dar en el blanco con los cañes, se pasó de pulso y fue a caer de bruces rompiéndose la guayaba, media vara adelante de la faz de don Pedro.

Errado el segundo tiro el atacante se acordó de un puñal averrugillado que andaba y jalándose del barriguero se vino de gateada para coser a su enemigo a puñaladas y con el estoque en alto, brillando la plata de la hoja cilíndrica en la obscurana talchocotosa, se lanzó a cumplir su intento, mas en el momento que descargaba el tiro tremebundo un animal desconocido arrastró el cuerpo del borracho y lo salvó de la puñalada decisiva.

Amador siguió gateando tras del cuerpo arrastrado, y en un instante dado cuando ya él creía que no había medio que pudiera zafarse de un golpe definitivo, tiró la puñalada con toda su fuerza, mas antes de caer en el blanco, dos tapas, como tenazas de bronce, lo cogieron de la muñeca dejando el puñal suspenso y el brazo prisionero, incapaz de dar fin a la obra que la rabia del hombre acometía.

Amador intentó soltarse, mas a medida

que forcejeaba, más duro lo atenaceaban las fauces que lo cogían; por fin sintió un dolor tan rudo, tan agudo y tan hondo que perdió el conocimiento y botando el puñal aflojó el brazo el cual flácido rodó sin ánimo sangrando copiosamente.

Buitrago quedó dormido a un lado de la senda, Amador ni siquiera pudo menearse del lugar en que lo apercollaron y Guillén que había sido miranda de los acontecimientos al verlos que ni se meneaban imaginó que en la trezada se habían ambos liquidado.

De la duda lo vino a sacar un relámpago que jurbó la tiniebla y a su efímera luz vio que a la vera de don Pedro un enorme animal negro lo cuidaba y que Amador echaba sangre copiosa por la muñeca.

El tabardillo se apoderó del mesero y en el momento en que se disponía a enjorquetarse para escupirse el pecho, don Pedro despertado por fuerzas misteriosas se incorporó y le gritó que lo montara, ya que el infeliz de Faustino para nada servía; Guillén le hizo el servicio y vio asombrado que con facilidad logró engancharlo en el caballo.

--Monós —dijo, don Pedro, al verse encaramado—, que ese remaldito tan luego nos oiga irnos también va a picar su bestia tras de nosotros en busca de la quesera.

Y efectivamente que así fue porque a poco de haber partido los jinetes Faustino hizo por donde sentarse, luego se enderezó por enlero y en la obscurana principió a buscar la cutacha y el puñal.

En tal momento principió a relampaguear de seguido y a la claridad de los zigzages Amador distinguió con precisión que junto a las armas que buscaba estaba echado un enorme diantre pecho blanco que parecía un mastín desmedido.

Para coger los aceros no tenía mas que caminar dos pasos y agacharse en seguidita, pero al intentar llevar a cabo la maniobra el can diabólico le clavó la mirada y a medida que más se la clavaba principió a observar el concierto que los ojos se le iban volviendo dos desmesuradas flamas que rápidamente se tornaron en un gigante de fuego que amenazaba consumirlo en un raflá sin concederle gracia.

Faustino se llenó de pavor, buscó su bestia, se la señaló un zigzag flamígero que hizo sangrar las nubes y montándose de un salto partió en penera sin volverse a recordar de nada ni de las armas que dejó en el camino; pero sí en su interior le suplicaba lo protegiera al apóstol Santiago.

Cuando Amador llegó a La Trinidad, Guillén y Buitrago tenían rato de haberse echado, era tal el pavor que llevaba que dejó la bestia sin desensillar y se fue a zumbar a

rincón del camastro de uno de sus compañeros.

Cuando amaneció don Pedro se fue a sus quehaceres y al buscar el balde para el ordeño se encontró con su contrincante de la noche; al verlo, le disparó una sonrisa y lo doble guatució, diciéndole a la vez.

—Si querés en La Quebrada topamos la mona.

—Ni hoy ni mañana ni nunquita.

—Y eso agora, no eras vos el que me iba a cocinar anoche, para merendarme tan luego amaneciera y con mi sopa quitarte la amanezquera.

—Eso era anoche, agora le pido perdón, pues quiero vivir en sana paz con usté y ser su amigo.

—Eso es cosa tuya, pues yo ni reculo ni me escondo cuando de hombredades se trata, y sin decir más, don Pedro se fue al ordeño a sacarse su tarea.

Jesús Linarte que era natucho como Faustino y de la misma cañada de éste, al oír por casualidad la plática que se tenía con don Pedro y la cobardía con que le hablaba su conterráneo, le preguntó molesto:

—Con que esas tenemos, le rebajás a don Pedro?

—Si, le rebajo, y no quiero caiñadera con él.

—Por qué, compañeró, no andás solo, aquí lo estoy yo y también lo anda Catarino.

—Con seguro que es verífico que están, pero todos juntos no somos nada para ñor Pedro.

—Qué no somos nada? Hombré, tu mie-

do es pior que una corré que te alcanzó de may nuevo.

—No sias chocho! si a vos te hubiera pasado lo que a yo, ay no masito hubieras pelado el ajo.

—Y qué te pasó? Pues decilo para no pensarlo mal.

—Que el Cadejo me desarmó y me morrió y me dejó vivo por mi patrono Santiago a quien le ofrecí salir de bailante el año entrante si me salvaba el cuero, del cabro malo.

—Y sólo vos y don Pedro estaban?

—José Guillén lo vido, pues estaba allá de madrina de don Pedro.

—Pues si es así, ni para pensarlo, Ave María Purísima, hermanó, Gracia Concebida, decilo, para que te ampare, y cogiendo para el chiquero se comenzó a santiguar de seguidito para alejar al Cadejo; cuando se serenizó un tantito, plantó una habladera endiablada consigo mismo que lo llevó a la conclusión y determinación siguiente:

—Por lo que hace a mi pellejo, yo me lo llevo hoy, pues ni por el Patrono ni por lo mas lindo que me den me quedo un diya más viviendo aquí con hombres encadejados, que lo menos que pueden hacerme es regalarle mi alma al Diablo por conseguir una pendejada.

Y pasando de lo dicho al hecho, se fue de viaje a pepenar sus maritates y antes de que Pisuica lo supiera se desguindó al Camino Real y cogió para La Montaña barajustando a todo viaje del Cadejo y musitando entre dientes:

—Chiquita Cruz... Chiquita Cruz... por si me viene siguiendo.

Del Otro Barrio

EN 1913 residía en las montañas de El Bejuco, o por hay por allí, departamento de Boaco, el muy conocido curandero e inofensivo ciudadano Santiago Tijerino, hombre de pocas palabras y por agregado gastaba una cara que sólo vérsela indicaba que no le gustaban los amigos.

Tijerino era flaco, mejor dico reseco, alto, semichoco, motivo por el cual usaba anteojos que mas bien que anteojos eran muecas de gafas, las cuales no se quitaba nunca ni para dormir según decían los que en las nochade-

ras de los caminos reales por meras casualidades habían nochado con él en el ir y venir del trajín cotidiano en aquella época lejana en que los buses no habían desplazado a las cabalgaduras.

Cuando llegaba a Boaco siempre se presentaba vestido con una camisa blanca de cuellito pegado, pantalón negro de dril o manita azul, cueras de vaqueta ultrajadas por el uso constante, zapatones de cuero de venado y sombrero negro de fieltro mas anciano que el pinol, el cual solía cambiar en ciertas ocasiones por una lora de pita.

Don Santiago era en síntesis en la segunda decena del siglo que corre un tipo sui géneris muy conocido por su oficio en los pueblos del norte del departamento de Chontales, entonces sin dividirse.

A pesar de su efigie de estantigua era muy suertero con las mujeres con todo de que jamás se hacía cargo de ninguna, excepción hecha de la compañera oficial: con la que convivía, sin saberse a ciencia cierta si era casado con ella o había clavado pico por debilidad del corazón a los pies de la hembra que presentaba como su mujer definitiva y única.

Andaba siempre de arriba para abajo por los bajos y altos de las frías Mercedes, por San Buenaventura, por Saguatepe, El Paraíso, La Rinconada de Sácal, Chayotepe, Tierra Azul, La Primavera, San Andrés, Piedra Luna, Las Mesas, Boaco Viejo, Mombachito y dos mil cañadas más cuyos nombres forman una vasta letanía difícil de espejar en este momento en que Tijerino se ha alzado vivo y coleando poderosamente en el escaparate de la memoria en donde tiene su residencia actualmente, por cierto desde hace ya como ocho lustros.

Tenía un caballo negro, guirocho de la oreja izquierda y sonto nivel de la otra, pasolarguero, valiente, al cual jamás le apeaba la teja y era el vehículo ordinario que lo arrastraba en todas sus andanzas por los desguindaderos, atajos y caminos que solía transitar para recetar a los jinchos que se ponían bajo su tratamiento.

Este caballo era mas conocido que el cacao, tal vez sea mejor decir que su dueño, a tal extremo que una vez que un vivito se lo birló en la nochadera de la Rosa Angulo en Las Banderas no tardó medio día en recuperarlo, pues un fletero chepeño que topó al ladrón montado en el Rocinante del cuento en la mala pasada de El Copalar, del llano de Ostocal, tan luego llegó a la nochadera citada y columbró a Tijerino, quien se hallaba cabizbajo y afligido por la pérdida sufrida, le pegó un grito y le reveló estentóreamente el camino sobre el cual trotaba y conducía su mentado caballo un zamarro muy conocido en aquel tiempo.

Al instante alquiló un trotón a los Guerrero del lugar, salió en su búsqueda y le dio tal apretada a la caballería alquilada que al finalizar El Guanacastal, sitio situado a una legua poco más o menos de la Villa de Tipitapa, logró alcanzar al ladronzuelo y en cuatro cañazos le quitó el alzo que en plena madrugada le había hecho en las zancudosas Banderas.

Un día de tantos Tijerino se aburrió de la andadera continua en que se agitaba su humanidad para ganarse los frijoles y de la noche a la mañana, sin decir agua va, resolvió irse a rodar fortuna a los distantes y mon-

tañosos minerales de Cuicuina Grande, en la época en que Cuicuina era un emporio verdadero, cuando ya su trotiadera sobre la tierra estaba dejando atrás los pedregalosos y sonocuitosos llanetes de la cincuentena declinante.

Maició varios días a su inseparable pasolarguero, lió su marucha, arció su hamaca de manta azul lo mismo que su anciana albarda de vaqueta, revisó su guatucero, rellenó su botiquín, alma de su mantenimiento, por si en el camino daba de manos a boca con pacientes, y listo lo que es indispensable llevar a todo escotero cabalgante se despidió de su querencia, de su mujer y de sus hijos, y sin más trámites montó sobre El Negro bien aperado y le dio por el camino, mas bien dicho por el atajo, que acorta la distancia que conduce a la trocha real que lleva para Camoapa.

Al cabo de tres o cuatro meses su familia supo por un recado que le mandó que estaba anclado en Santo Domingo, dándole tiempo al tiempo, en esperas de otros rodantes que se encaminaban como él a la distante Cuicuina que era el foco de la atracción en aquel tiempo para irse a rodar fortuna.

En una finca del pueblo minero en que a pija las circunstancias lo obligaron a anclar, empotró la cabalgadura, la cual no quiso vender por si le iba mal tener en que regresar a su lejana querencia; en el mismo lugar adquirió un buey para agarrar montaña adentro, pues bien sabido es que el vehículo que se ocupa en la manigua es el rumiante amansado especialmente para ocuparse como bestia de silla.

Dos años después de su partida la Voladora, o quien sabe que malintencionado o chusco como dicen los natuchos, llevó a su rancho la noticia de que Tijerino había muerto de fiebre Chontaleña, la familia lo lloró a su manera, seis meses después le celebró los ocho días y en seguidita la losa del olvido se empotró fieramente sobre la estantigua desparecida, en las inhóspitas montañas que cobijan los pantanales vecinos al litoral Atlántico.

El curandero entró así de sopapo a la vasta aridez del pasado de donde el humano que fue suele escapar a veces tomando vida cuando algún conocido por contingencia lo arranca del sitio en que descansa para recordar alguna anécdota lejana, dándole vida momentáneamente y regresándolo después al lugar de donde lo arrancó por la añoranza inesperada que al narrarla requería su presencia para darle alma a la pasada que su rememoración necesitaba para tomar colorido.

A la familia del curandero rodante se le hizo cuesta arriba ganarse la subsistencia en el apartado Bejuco, por tal causa resolvieron sus miembros trasladarse y fincarse al final

del llano de Cerrocuape, propiamente en el alto que entonces se llamaba de Santana Monge y sobre cuya cima gramalosa cruza el camino que lleva para Olama y a la vez a Río Negro, teniendo al Occidente el trillo que pasa por Piedraluna y que conduce a una cantidad de propiedades ubicadas al otro lado del conocido río que un día de tantos aturugado por un aluvión desmedido dio vuelta a la roca que le dio nombre, pues estaba pintada en ella una luna arrebuajada.

En tal sitio la mujer y los hijos del cuarandero establecieron una venta de comida para los caminantes de todos los puntos cardinales, la cual era bastante visitada porque de sobornal le habían encaramado un expendio de cususa la cual siempre era de cordón triple prueba fehaciente de su buena calidad.

Gente sin pereza, amanerada y sencilla tenían el don de despachar en un santiamén a los viajeros y éstos por tal motivo en vez de ir a donde Santaneca cuya casa distaba unas trescientas varas del camino, solían preferir quedarse allí no más para economizar tiempo y pasos que salían demás en una caminata que no los necesitaba y que al fin y al cabo acrecentaban el sendero sin mas ton ni son y de consiguiente aumentaban sin provecho la largura de la andanza y bien sabido es por demás que a la larga, según el indio afirma, hasta las bolas pesan.

Cuatro o cinco años después de la muerte de don Santiago, en una cilamposa mañana de febrero, se dirigían a la montaña dos sabaneros chayotepinos cuyas caballerías trababan tierra a pasitrote limpio, continuo, acompasado y no se congestionaban a pesar de la prolongada tragejar de las desmesuradas sierpes de los trillos paralelos, negros y desgramados por la pasadera incesante de los variados viajeros.

Los campistos respondían a los nombres de Abelardo Martínez y de Cruz Granados, quienes se dirigían a todo mamón hacia la heredad de Chayotepe, acababan éstos de pasar la garganta que divide los Cerrocuapes y estaban ya comenzando a pisofear la hermosa llanura que se extiende a los pies de los gemelos citados cuando columbraron al oriente desembocando del atajo que lleva del llano al Ventarrón a un caballero que pasolargueaba indiferentemente sobre una caballería negra y avanzadora.

Los meseros miraron por largo rato al caminante quien en lugar de dirigirse a coger el sendero que ellos llevaban tomó por la trocha que va directamente a dar a la Rinconada de Sácal y dividiéndose adelante también conduce a Sigüita, y en otra subdivisión que tiene a la altura de Santana Monge, lleva derecho a donde Santaneca, cuyo lugar hoy por hoy tiene otro nombre.

En aquel entonces los viajeros que iban

para Matiguás y los que se dirigían a la Rinconada de Sácal aunque marchaban en diferentes senderos cabalgaban columbrándose continuamente porque la amplitud de la llanura lo permitía a pesar de que ya una cantidad de árboles invadían en diferentes puntos el gramal de la llanada.

Los meseros después de ver y volver a ver tragándose al caballero se miraron de pronto y Abelardo dijo a Cruz a quemarropa:

—Hombré, si no fuera que hace años que murió Santiago Tijerino, yo apostaría a que ese que va pasando allá es el viejo curandero.

—Lo mesmo digo yo, pelemos bien el ojo en la Quebrada del Muerto por ver si comprobamos que el finado anda penando.

—Dale al Laberinto para que lleguemos antes que pase en el punto donde lo podamos ver pasar en el camino que lleva el jodido ese que va allí.

Y como lo pensaron lo hicieron, le dieron andar a los pasitroteros, llegaron al otro lado de la Quebrada y en una parte bastante alta que se alza en el otro flanco del riatillo divisaron al viajero que los tenía preocupados, pero por mas que lo remiraron no pudieron comprobar la suposición que los atormentaba.

Prosiguieron el viaje y cuando iban llegando a la vecindad del Alto de Santana Monge vieron venir sobre el llano al conductor del caballo negro con propósito probable de enderezar su rumbo en un ojo de agua que existe en un terramoto que revienta en mil obstáculos curiosos en la llanada que se abre al pie puede decirse de la mediana altura a la cual se dirigían ellos y al parecer el otro.

Fue en ese momento que Cruz Granados comprobó que el jinete pasolargueador que avanzaba aparentemente para tal punto era el finado Santiago Tijerino recomido ya según la voz popular por los gusanos desde hacía varios años.

Cruz paró al Laberinto en redondo, le quebró la rienda de golpe sin decir nada al compañero y clavándole las chocoyas rompió en panera de regreso a Cerrocuape.

Cuando Abelardo se dio cuenta de la estampida, Cruz iba ya muy largo y por más que le gritó y lo regritó para que se parara no pudo conseguirlo, pues iba disparado como una flecha despedida en un momento decisivo para su disparador.

Abelardo no logrando detenerlo se detuvo azorado, vaciló unos pocos minutos, luego lleno de tabardillo, pero no hasta el punto de llegar al pánico, paso a paso enfiló la caballería al ojo de agua, uno de cuyos flancos la trocha besa al pasar a su lado y entre temeroso y turulato resolvió seguir despacio tras del fan-

lasma o resucitado que sin detenerse pepenaba la llanura derecho al punto en que se alzaba la casita en donde desde hacía ya bastante tiempo vivía la familia del difunto Santiago.

La vivienda estaba empotrada sobre el gramal del llano y en la parte norte había un guayabalito que era lo único que sombreaba la lata, es decir no había nada que pudiera amparar a los moradores cuando tenían que ir a hacer sus necesarias al solar de las miradas indiscretas de los viajeros que se dirigían al rancho o pasaban de tránsito hacia cualquiera de los puntos del horizonte que la nariz, brújula humana, de los viandantes señalase.

Por tal motivo el jinete iraseriador del fantasma quisiera o no quisiera tuvo que ver el horror que los Tijerino sintieron en aquella mañana neblinosa, cilampiadora y helada cuando el curandero se arrimó al alero de la puertecita del sur de la posada de los familiares del despachado desde hacía años al misterioso Musún.

Las paredes de las casas campesinas son hechas de cañabrava, carrizo, varillas y cospes desmedidos de ceibo o jiñocuago, rústicamente rajados los cuales dan una especie de table de cuatro o cinco pulgadas de espesor y media vara de ancho; todos estos materiales se amarran con bejuco, panchil o majagua, pero es imposible aunque la pared sea bien hecha lograr cerrar los portillos que entre caña y caña, varilla y varilla y cospe y cospe dejan los materiales citados al juntarse, motivo por el cual el fuerano acaba de forrar su casa definitivamente colgando de las paredes cueros secos y bien aireados para que impidan el paso de las miradas traviesas de todos los curiosos que pasan o llegan a visitarlos, por esta causa los miembros de la familia del rodante cuando éste llegó, a pesar de que dormitaba todavía, al pelar los ojos y oír que hablaban y golpeaban la puerta y el encañisado, se dio cuenta en el acto que quien lo hacía era su difunto progenitor y en lugar de ir a abrirle se zumbaron de los camastros, se malmataron en la revoluta y logrando abrir la sui género puertecita del norte hecha de varillas al estilo de las paredes, rompieron en estampida sobre el guayabal frondoso que en el patio se levantaba haciendo de biombo vegetal insustituible de la letrina en el gramal de la posada.

En este preciso instante el sabanero Chayotepino, bastante recuperado del susto, pues observó que el aparecido en lugar de entrar sin decir agua va golpeaba como todo prójimo para que le abrieran, supuso por tal hecho interiormente que Tijerino no era alma del otro mundo y que quién sabe que maldoso lo había matado de porrazo por pura vagancia y por tal conclusión se dirigió a juntár-

sele en aquella hora crucial de su resurrección.

Cuando arrimó a la casa, don Santiago que no se explicaba por qué al verlo sus familiares en lugar de abrirle con alegría se desbandaban desesperados, se volteó al sabanero y le dijo turulato:

—Amigó, qué le pasará a mi gente que en cuanto me vieron corrieron solar arriba?

—Pues indudablemente es que para su gente usted desde hace tiempo murió y al verlo tan de mañanita deben de haber pensado que anda penando, ya que es alma del Otro Barrio.

—Vea amigó, qué cosas; yo estuve grave es cierto y casi, casi estiré la pata, pero gracias a Dios a pesar de que por allá me corrí por muerto, logré recuperar y aquí me tiene usted vivo y coleandito.

—Hay que hablarle a la gente, si no se van a despezuñar corriendo de arriba a bajo y no van a volver ni a palos.

Abelardo echó pie a tierra, gritó en el guayabal a los huyones y vociferó diciendo que don Santiago estaba vivo y que no andaba penando.

Al oír tales noticias los juidores temblorosos y amedrentados principiaron a regresar y después de que se convencieron de la realidad del hecho comenzaron una contenera que no tuvo fin hasta ya muy adentrada la mañana.

El otro mesero dio vuelta en Cerrocuape y por el otro sendero de La Rinconada bajó a Sigüita para esperar al compañero en la boca del vado del río Sácal y cuando una hora después vio venir desguindando el altiplanito de Santana Monge a su amigo, Abelardo se paró de un salto, pues se había acostado para restablecer del miedo cervical que lo entramojaba y haciendo de tripas, corazón, le gritó cuando lo tuvo bastante cerca.

—Hermanitó, por Dios Santo, por lo que veo estás vivo y por la cara que traes me convenzo que el tal Tijerino no era Tijerino sino un demonio parecido a él, con el cual nos confundimos; pero yo por desgracia me he desgraciado en los pantalones y no me queda mas camino que pedirte que me esperés mientras yo me baño y le doy una sanjuaniada a mis peleros que jieden pior que mortorio viejo de más de semana y media.

Así regresó al mundo en una fecha lejana que la memoria no revela por más esfuerzos que hace, el curandero don Santiago Tijerino que a estas alturas sí abona definitivamente el humus, medido en dos metros cuadrados de la ubérrima tierra boaqueña, tan llena de verdor y de ojos de aguas encantadores y poéticos.

Colemico



El siguiente sol toda la conciertería estaba clara, pero dudosa, de que Gabino Zamora era el único jinete de la campistada de La Trinidad que usaba entre ellos colemico, presea deseadísimas que obsequia El Coludo a sus amigos y que todos los amansadores anhelan poseer; la albardeada que el día anterior le había pegado a La Sapa era la prueba incontrovertible que llevó al convencimiento de que se valía de tal virtud demoníaca para que no lo sopapearan los brutos que le tocaba amansar.

La Sapa era una bella mula negra de siete cuartas de altura y ya había cumplido los cinco años de edad y ningún campista se había resuelto a montarla por su desmedido tamaño y por lo perra que era cuando la pegaban al bramadero.

El día que Gabino resolvió montarla hizo que la pusieran a cabrestearse y al siguiente amanecer que cayó en domingo convidó a los meseros para que le amadrinaran la mulaza en el bajo de La Virgen en cuyo plan iba a enjorquetarse en ella para someterla a pija, según sus propias palabras.

A las cuatro de la tarde lograron ensillarla después de aguantarle miles de arrumacos a pesar de hallarse tapojiada, cuando la destapojaron y se percató de los chechereques que afuteaba se encabrió de golpe y comenzó a corcovear de lo lindo a mate largo y tendido.

Le dieron mecate hasta donde les fue posible darle dentro de los alambrados del chiquero por ver si se rendía y cuando menos lo esperaban los ensilladores saltó sobre una de las cercas y fue a dar al corral de piedras en donde la lazaron clavándole tres barzones diferentes para ponerla a raya.

Con semejante estreno el pronóstico de los campistas era fatal para Zamora, pues no había uno solo de ellos que creyera que el fiero domador pudiera aguantarle un ratito de brincos de la calidad de mates que había gastado la hembra estéril al ensayarse después del destapajeo.

Gabino, mientras tanto, se estaba acabando de amarrar las cueras y una vez que concluyó del menester que lo atareaba, se salió al corredor de la casa de la finca que está boquero al corral de ordeño y desde allí viendo la gresca que La Sapa hacía a sus compañeros, les gritó con rudeza:

—¡Al bramadero se ha dicho para que sepa lo que es gusto!

Sin más trámites le zamparon un mamono

y mateando a la derecha y a la izquierda, sembrándose para atrás y para adelante, casi enclavada, a veces, como para demostrar su desaprobación por lo que le hacían y por el rumbo que le daban, la Sapa a pesar de sus protestas con trastumbones desmedidos y guiñadas infernales fue llevada al fin a dantazo limpio al poste y puesta a discreción si no sometida plenamente por lo menos momentáneamente domeñada para obligarla a estar quieta en espera de la disposición que tomara el arriesgado albardeador.

A poco Zamora se desguindó del corredor en que se hallaba ya completamente listo y tomando hacia donde esperaban los meseros se fue derecho al grupo.

Una vez junto a la machorra, le bajó el tapojo, la recinchó, revisó el contralátigo, tocó el jineteo cerciorándose de si su condición era pijuda, registró la falsa, hizo un examen general de las arciones, golpeó la sentadera de la albarda y encontrando todo a su gusto, dijo pausadamente a los muchachos:

—Que se monte en El Laberinto Julián Cantillano y que la jale al plan, Malueño que la arreye, Ugenio que me lleve en ancas y los demás que sigan tras de nosotros para que a su hora todos me la amadrinen en el bajo.

Tan luego dijo la última palabra los conciertos procedieron a cumplir sus disposiciones y una vez tomados los respectivos puestos, destapojaron la mula, le dieron el mecate necesario y cogieron para La Virgen a verificar la albardeada.

Llegados al punto elegido, sin mayores ni menores circunloquios, Gabino dejó la polca de Ugenio que lo condujo al sitio del combate, se desmontaron tres de los caballeros los que pepenaron el cabresto de la acémila para tapojarla, verificadas con felicidad las operaciones dichas, se dedicaron luego a preparar el nudo falso validos del cual pondrían en libertad a la bestia después de que Gabino enjorquetado mandara que le jalaran la punta al cabo sobrante del nudo preparado.

Por fin el jinete tomó los estribos, se paró sobre de ellos haciendo fuerza para abajo y a los lados, ya enganchado balanceó su humanidad por un instante sobre el aparejo, se sintió satisfecho de la prueba, se persignó, aunque por ello se resintiera El Coludo, y volteando los ojos a la campistada después de haberse agarrado del jineteo, le gritó:

—Listos, a la una, a las dos, y a las tres... y vamos a ver de qué hizo Dios la cera.

Cuando Gabino terminó el dicharacho ya

iba sobre los aires voltereteando, casi chimpí-licoqueando, para arriba y para abajo, para un flanco y para el otro, en zumbón continuo y cerrado a tal grado que todos creían que tal corcoveo nunca iba a tener fin y que terminaría la salteadera con los días del Vaquero endemoniado.

La Sapa no disminuía la rigia de la corcoviadera y clavada en seco y agachada saltaba recio girando inusualmente y sin dar muestras de almarsearse, daba la impresión la endemoniada película al natural, que filmaban bípedo y solípedo, de que manos rabiosas agiaban en el aire un desmedido muñeco sui géneris de brea que, bien puesto en el espinazo de la cabalgadura, no podían arrancarlo de su sitio por mas socoyones que le daban con el muy claro intento de aventarlo lejos, muy lejos, lejísimo, mas con todo y el vasto arrancón de la bruta y la tan grande y larga sembrada, quizás no vista nunca antes de entonces, la mula no pudo deshacerse del jinete y no logrando tumbarlo no le quedó más camino a su instinto de híbrida que levantar la jupa, aligerar las patas y salir en estampida sobre el plan del encierro con el objeto de malmatarlo o mancornarse con él para chichonearlo y desprendérselo ayudada por cualquier mogote que el parazal brindara en las paries en que se intrincaba sobre los matones de espino negro.

Cuando llegó a medio bajo dobló de cuajo pepenando lo andado para regresar al punto de partida en donde las madrinan la pontearon y lazándola la obligaron después de arrearla a penca a salir tras de una de ellas, se la llevaron para San Buenaventura y al llegar a la cuesta de San Juan que lleva para Saguatope y la comarca citada, el montado le apercolló unos mecatazos que la hicieron escupirse el pecho saliendo por lo tanto en plena barajustada llegando a la cima en completos temblores y plenamente acalambada.

Tomaron los llanetes que habitan el descampado de San Buenaventura y después de pasolarguear dos leguas, amadrinando al jineteador constantemente, viraron y pusieron proa para La Trinidad.

Al entrar a la finca por el corral de El Cuero, en este mero lugar, el jinete le dejó ir un chirrión que no fue del agrado del animal y éste encaprichado por el varazonazo se sentó de nuevo a corcovear con tanta furia y potencia que toda la campistada se dedicó a jesusear al maromeante domesticador.

Hubo momentos de tal corcoviadera y rapidez en el mate sembrado que mula y campista desaparecían visiblemente a la vista formando un solo cuerpo en la girazón circular de la maioneadera en redondo y clavada.

Por fin el animal se almarío totalmente y en un temblido de vencimiento se paró de

golpe y se quedó esperando sumiso el riatazo que sin duda iba a caerle en seguidita para que confesara la verdad, según reza la frase hatera, y sin decir agua va, le cayó una tunda de pencazos que la obligaron a tomar el camino a todo trote y a someterse para siempre a la mano de Gabino.

Tal hazaña era la que había llevado el convencimiento a la conciertería de La Trinidad de que Gabino Zamora era el único montador de la hacienda que para albardear usaba colemico para que no lo botaran los animales y tras de la prueba del caso andaban desde el día de la sembrada de la mula en el mencionado bajo de La Virgen.

El albardeo se había verificado un mes antes, poco más o menos, de la fiesta patronal del apóstol Santiago que se celebra en Boaco y los compañeros de Zamora querían probar la verdad del poder de la colemico del hombre y si era auténtico lo supuesto por ellos y para esto empezaron a cavilar la manera de como podían comprobarlo para quedar completamente convencidos de la realidad de su poder diablunero.

Cuando llegó la fiesta del Patrono Santiago la conciertería tenía ya listo el plan con el cual suponía que podía comprobar si era o no cierto lo que había pensado sobre el uso de la colemico y el poder que ejercía para pegar las piernas del que la poseía a las faldas de la albarda en que montaba su dueño.

Llegó la esperada fecha en la cual se hace la celebración del Patrono, el día había estado lloroso, y por tal motivo los lodazales abundaban por todas las calles cascajalosas de la ciudad, Boaco echaba las casas por las ventanas y el pueblo citadino y la jinchería fuerana, vistosamente arricloqueados, corrían de arriba abajo tras la bailanfería que hacía las delicias de la gente menuda y aún de la entrada de años.

Los mejores rejegos de las vecinas haciendas llenaban la barrera fincada en la plaza de la ciudad y el Retumbo, toronconazo alazán de La Trinidad, sobresalía en el redondel por su vastedad y agresividad, cuando nadie lo esperaba, el animalote principió a balar y su balido fue una diana de clangor electrizante que llevó contentera, entusiasmo y resolución a los cienes de campistos que inundaban las calles de la localidad y rebalsaban el toril.

Oirlo Gabino y gritar que lo amarraran fue explosión contra el cacho que obligó a los caballeros encargados de los toros de la barrera a proceder a lazar El Retumbo que se erguía iracundo, torvo, gallardo y fiero.

Aprisionado por cinco barzones remecaturdos fue llevado al bramadero y en menos de lo que canta un gallo y da la hora un alcarrán fue ensillado con la albarda de Zamora

bajo su propia vigilancia, ni un instante se apartó el colemiquero del lado de su gallarda y nada común montura mientras estuvieron acicalando al rejego desmedido.

Listo el animal, hecho el nudo falso que lo llevaría a la libertad y con el cual se trata siempre de evitar complicaciones inesperadas en la soltada, revisado el pretal que afianzaba dándole doble fuerza a la albarda, el jinete ya no esperó más, metió el caite en el estribo de montar, pegó un envión para enjorquetarse y quedó enganchado en el torazo y plenamente sembrado como se dice por ahí.

La chichera dejó oír las notas de la Mama Ramona, la barra enardecida aullaba más que gritaba de entusiasmo y en el instante preciso fue corrido el falso de la sogá aseguradora dándole así puerta al endemoniado rejego.

El toro vaciló un momento buscando con su instinto un sendero que tomar, se creció estupidamente, mugió, espumarió como si rumiase un taco de jabón Frego y como si se despertara de pronto o hubiera hallado el camino que seguir debía sembró la cabeza y principió a agacharse de veras de una manera tan recia como jamás los espectadores la habían visto mas antes.

El montado le clavó las chocoyas al bellísimo chotazo, los sorteadores desplegaron los curtidos, las chamarras y zaleas y el animal embravecido embistió de un lado y por el otro, tirando aquí y por acullá, medio caminado con todo, a pesar de los arrumacos de los toreros fueraniles, luego se fue arrimando lentamente a la talanguera de la barrera por el flanco que da al frente de la casa que hoy es de don Juan B. Morales; el toroncón husmeó un instante, cabeceó, verticalizó su mole, envionó resuelto, de un viaje se aventó el encañembrado del enorme corral, después del vasto salto feroche arrancó en estampida con el jinete pegado como si hubiera ido rateado con treinta vueltas de una sogá olameña nuevecita y ensebada.

El Retumbo atravesó las calles que llevan a la quebrada de El Pochote sin pararse, llegó a la ronda y sin vacilar siguió galopando desenfrenado, enrumbado para La Trinidad y perseguido por unos treinta campistas, éstos no le pudieron dar alcance en el camino y por tal causa se fue derecho a parar a la puerta de golpe de su querencia en donde se detuvo para coger huelgo.

Logró Gabino, sin vacilar, el apareamiento del toroncón a la fornida puerta y en un dos por tres se enjorquetó sobre los travesaños de nisperos de la hoja de golpe, evitando así que el animal se lo llevara a los encierros y lo malmatara en la amplitud de los potreros cercanos después de hacerlo pasar en las cercas a fuerza de pimporrazos en donde quizás

hubiera dejado algunos fucos de costillas desperdigados.

Cuando los perseguidores llegaron ya El Retumbo balaba paseándose en los parazaes de los planes del potrero de San José y Zamora se examinaba pausado por ver si tenía averías en el cuerpo.

El caballero jinete de la montura rumiante cogió el anca que le ofreció Abel Ortega y a poquito siguieron el rumbo que los llevó al lugar en que el animal se hallaba mugiendo, rascando y esperando enfurecido a los diestros que lo cotoneaban.

Tres sogas y dos barzones cayeron sobre el huyente y después de una peleadera de una hora y de haber desmambichado dos caballos el rejego famoso, el toroncón sometido, entró a la barrera en plena plaza bajo una salva atronadora de aplausos para Gabino, espontánea admiración a su hazaña y para la campistada que regresaba triunfante.

Fue en este instante preciso que la conciertería de La Trinidad se despertó y volviendo del alalamiento a que había estado sometida por los acontecimientos, se acordó de que tenía que comprobar lo de la cola de mico.

El momento resultó oportuno porque habiéndose echado un farolazo Gabino que le brindaron sus admiradores, después que se lo empinó envalentonado por la ovación que le habían hecho al regresar, voló un grito estentóreo y pidió a continuación que le volvieran a coger el toro para hacerlo andar a la andadura y supiera el bruto quien era Sabino Zamora.

Pegaron de nuevo El Retumbo al poste para darle gusto y como Gabino ya andaba con la rana picada no se acordó de vigilar a los ensilladores que fueron escogidos a petición del jinete entre los meseros de La Trinidad, única precaución que tuvo el feróstico montador, puesto que eran sus compañeros de trabajo y de quienes por lo tanto no temía que lo traicionaran.

Con tal determinación a la conspiradora mesería el asunto le salió a pedir de boca y en un santiamén Abraham Pérez dio con la chuspa guardadora, güevió rápido el misterioso y apesecido talismán pampero y temblando de emoción sacó de su escondrijo a la célebre colemico disecada que tanta fama de mala ley le había dado a Gabino entre los hateros como albardeador de brutos.

Todo campista por lo general y en particular el boaqueño usa bajo la falda de su albarda, al lado de montar, una bolsita de cuero crudo en forma y tamaño de un sobre postal cuadrado, la que adhiere colgante al fin del borde de la sentadera de su aparejo sujetada con coyunditas especiales y la cual

le sirve para cargar unto sin sal, sebo o bien para guarecer de la lluvia cualquier cosa útil y desbaratable que pueda servirle en la vaquiadera como guaco, contraveneno, chilcágres, cabos para melenquiar, etc. etc.

El colemiquero en una bolsita igual a la descrita, pero amarrada en el lado opuesto al descrito en el párrafo anterior, bajo la falda derecha de la montura, para que pase inadvertida, pues nadie imagina que existía tal depósito a tal lado, guarda la cola de mico que en su camaradería con el Diablo éste se la regala para que nunca lo bote ninguna bestia chúcara o toro indómito en cualquier potrero, corral o barrera que le toque jinetear, por obligación o por puro gusto.

Pérez no titubeó al buscar la protectora cola, la que encontró boquera y sin dificultad, seguidito la jaló con rapidez, sin que nadie lo viera, por lo que logró zambullírsela bajo la cotona donde quedó aprisionada por la rigidez del barriguero que le servía de faja.

Gabino empinó otro lijazo, despreocupado por la mariasón de los trinqués no revisó con atención la albarda y sin muchos rodeos avanzó hacia el bramadero, se arrimó a la bestia, se montó de golpe, voló un gritazo, saludó al público y cuando se sintió bien afianzado, urgió la corrida del falso, el cual fue jalado por Abel Ortega que atuteaba la fama de brujo y que entraba a la Plaza hasta entonces después de haber andado capturando al toro.

La chichera del maestro Toledo zumbó a los aires húmedos la contentera de El Zanate, y El Retumbo como si tratara de acompañar su brincadera a las notas de la música incitante comenzó a matonear danzando a brinco corto, es decir, de medio paso y en uno que le salió muy desproporcionado, pues se le pasó de acera la matoneada, por haber perdido el compás, lanzó al éter al descolemicado colemiquero.

Cayó Gabino surumbo y se estiró cuan largo era en el gramal de la barrera, hizo es-

fuerzos por incorporarse y al notar que no obedecía el cuerpo a la acción de sus esfuerzos y que sólo con la boca podía actuar, gritó furibundo y feroz inculcando a un su inocente compañero, a quien apabulló así:

—Este bandido de Abel Ortega se me guevió la colemico y el infeliz lo hizo por pura envidia y porque yo soy la basura de sus ojos.

El aludido que acababa de volver de la persecución y a quien por contingencia le tocó jalar el falso a la reata, al oír a su compañero insultarlo sin motivo, contestó casi entre los dientes y arrimándose a la cara del malmatado, le dijo con cierta indiferencia de superioridad:

—No fregués Gabinó, no fregués, yo no gueviaría nunca lo que me sobra a montones, y menos a un pañiya como vos, dejate de chocheras si quieres tener la fiesta en paz, oyilo bien, en paz.

Sus compañeros de brega de La Trinidad que oían la maldecidera de Zamora, dijeron coreando a Abraham Pérez que llevaba la voz cantante con tono rudo y sostenido para cortar las recriminaciones del desmambichado:

—¡Así quién no, Gabinó!... con tu cola vieja hasta al mismo Diablo se le ponen las chocoyas, . . . ¡qué vivo el rechochísimo! . . . ¡Así quién no, Gabinó! . . . y lo peor del cuento es que nos tragamos por mucho tiempo tu repenconada de amansador, ¡así quien no, Gabinó!... Hasta la nana Anselma por desquitarse le sacaría coyundas al maistro Ugenio, cuando de puro bolenco éste le zampa cincha por puro gusto como para que sepa la bruta vieja que los güevos del tapesco son suyos . . . y muy re-suyos sin círculos madroños ni patas de voladoras, . . . ¡Velo, al remuy chocho, rebién bruñido . . . y lo peor del caso es que se pone trompudo porque le cogieron la colemico! ¡Velo!... ¡Velo, al remuy pendejo!... ¡Al remurriñosol!...

Y las carcajadas de la conciertería saltaban a cataratas de su boquerío desplayado.

La Penquiadera

NOCHANDITO . . . nochandito . . . la campistada de Chayotepe llegó al embijaguado de Ma Leonza situado en un descampado gramaloso frente de Las Maderas, caserío ubicado en el latifundio la Primavera de Ramírez Mairena y sentado en una meseta medianamente elevada.

Ma Leonza es una india de ascendencia masayata que se fincó en El Panteón lugarejo enlancado sobre el camino real a Muymuy, legua y pico al sur de la pampuda Tierra Azul.

El peso de una centuria se desploma sobre la nanita desmedrada, cariñosa y atenta.

Sus ojitos vivarachos viajan de izquierda a derecha con una elasticidad tal que parece que no hubiesen peregrinado los 36,500 días que tienen de estar vagando en las órbitas en que se enmarcan.

La lacia cabellera de la indina se despeña abundosa hasta lamer el suelo y se observa con admiración que ni un cana —zizaña del barro humano— puebla la mata de su pelambre que brilla sin vanidad, suavizada y quizás fertilizada por el rústico aceite de burillo.

Ma Leonza desde que la abandonó el marido y le faltó su protección por habérselo raptado la Quirina en un vendavaloso día de San Juan Bautista, ha vivido y se sostiene del producto de una saca rústica de cususa que los guayabales de los llanetes le protegen contra las incursiones de los chingos del Resguardo de Hacienda, de sus malquerientes que la atisban para denunciarla y de los jueces de mesta comarcanos que se disgustan con ella cuando la pobre no es pródiga en regalarles el producto que envalentona a los peleles y hace gigantes pichones a los zaparrucos que no tienen dos cuartas del botamay al suelo.

En su largo matrimonio sólo tuvo una hija y ésta produjo más tarde un chico que forma hoy los ojos de la cara de la monimboña.

Saliendo de la sabanerada que acababa de arrimar se adentró a la casuca a saludarla el vaquero Narciso Mejía que por enfermedad del Mandador de Campo capitaneaba la runfla de conciertos; al penetrar dijo risueño:

—Buenas noches le de Dios, ma Leoncítá.

—Así te las de a vos, hijitó.

—¿Cómo lo van pasando por aquí?

—¡Jesús! mi muchachito! mal, mal estamos, muy mal la vamos pasando, casi a duras penas y de arrastradas chapotiamos en el afolladero.

—Cómo así, ma Leoncítá?

—Verás, hijitó, al muchacho mi ñeto, mi hijo, mi todo, me lo apalió una burra y se le ha juído la cabeza desde entonces y . . .

Narciso no dejó concluir a la ancianita y la interrumpió de tajo diciéndole:

—Qué lo apalió una burra, dice, ma Lionzá.

—Si mi muchachito, así como lo oyís, me lo mecatió una burra.

—Y eso cómo ma Lioncítá? ¿Será posible semejante cosa? Eche para canales esa tigrecaribada que le ha pasado a Gustavo.

—Pues oyilo despacio, que te lo voy a embuchar a vos, pero no lo digás de aquí para adelante, pues la malvada nos puede apaliar a todos si lo vas a repetir a Tierra Azul.

—No tenga ningún ciudado ma Lioncítá, que aquí nocharemos, para mañanar para Río Negro, acortaremos el camino por Los Molejones y a la vuelta bajaremos por San Pablo, si Dios no manda otra cosa.

—Pues entonces allá lo voy, si no va apretarte un curso de puro tabardillo, pues la pasada pone los pelos de punta y hace quichiponiar el pecho.

—Dele viaje ma Lionzá, que ni el castor me hace parar el chorro ni la mesma ña Santos ha querido topar con yo.

—Si es así, pues, bueno, pues, has de saber que mi Tavo, el único recuerdo que tengo de mi hija, pues murió la pobre cuando él estaba chigüincito, se fue, mañana hace quince días a La Puerta a traer un ceboncito que le compramos a ñor Tomás García, de vuelta ya en plena piramuca para este lado en el bajo talolingoso de Los Genizaros, le agarró la noche y como el chanchito venía ya de arrastrada, resolvió echar un pelón, que era mas que justo para desrendir su cuerpo y que el animalito hiciera un tanto igual, en pleno camino bajo la tupida y entrelazada copería de los palos del plan, el pobre se durmió de un viaje por la caiñada que había dado y cuando peló los ojos era al mero filo de la madrugada, ya despierto, vio que en lugar del timbuquito estaba una burra amarrada de la riata, no creyendo en el cambeo se fue a correr a la bruta para ver si veía al timbuquito, más cuando se le arrimó al animal éste le voló una patada, se capió como pudo, la arrió creyendo que de verdad era una burra y ésta que era con seguro una bruja se le voltió de pronto y lo agarró a patadas al principio, luego hizo ¡zo! la bruta para que viera que era animal con alma y de cuanto aycito que lo dejó la viera claro lo que era lo pepenó con las patas delanteras y enseguidito a riata limpia, pues con el mecate del persogo lo apalió sin lástima, lo pepenó y lo apalió y más apalió sin descansar hasta que lo dejó tumbado y medio muerto en pleno bajo de Los Genizaros.

—Y él qué le hizo cuando vio que lo cargadiyaba sin darle cuartel la lépera?

—Pues y que lo iba hacer, si el primer

pencazo se lo zampó en plena jupa y con la punta del cabresto le alcanzó de lleno en un ojo y también el rabito del otro dejándolo medio choco o choco y medio me imagino yo, pues aquí apareció hasta el medio día que me lo trajo ñor Chico Saavedra que veniya de allá Abajo, completamente hecho una bijagua de rancho viejo, pues traíya hecho fucos todos los trapos que lo cubriyan.

—¡Caracoles! como dice Elutaro Acosta cuando se sorprende de algo, y qué le desembuchó el pobrecito, cuando lo tuvo aquí, después que se lo dejó ñor Chico?

—Y qué había de desembucharme el muchachito, si estaba hecho un alma de Dios y si ay no masito de la penquiada se le juyó la cabeza y desde entonces quedó juído por completo, y apenas medias palabras mostica de tardito en tardito.

—Y cómo ha hecho entonces para conocer la pasada, ma Leoncítá?

—Pues, por lo que de vez en cuando cuenta él, a ciertas horas en que parece que se le limpia la mollera y lo regresa la jupa medio claroniadita, después yo he juntado los cabos y he sacado en claro todo lo que te he dicho.

—Y la bruja quién sería, ma Leoncítá?

—Allí está el secreto hijito, no lo puedo echar de la boca, pues si lo zumbo no se cura mi peloncito.

—Cuanto siento ma Lioncítá, esa pasada que me acaba de contar; agora voy hablar con los muchachos para persogar los caballos, tragar un pinol y después que nos desocupe-mos, ya todos juntos, vamos a oyrle detenidamente el cuento que tal vez en algo podamos ayudarle, pues entre los sabaneros hay uno que es muy listo, entiende brujerías y gusta de curar hechizos cuando en sus manos está la posibilidad de desbaratarlos.

Narciso se levantó, se fue a buscar a sus campisios, ya con ellos los puso al corriente en dos monazos de la desgracia que sufría la pobre anciana, luego les dio las órdenes pertinentes para que arreglaran las bestias, saqueó junto con los camaradas las alforjas de mecate henchidas de comestibles y cuando estuvo todo listo y bien llena la barriga de cada uno, entró al rancho junto con los compañeros para seguir buchoneando el caso con la centenaria amiga.

Antes de dar principio a la tarea de soltar la singüeso, el Mandador de Campo por un portillo de la puerta de la cocina que da al fondo del encierrito trasero hizo esfuerzos por penetrar el seno de la obscurana que ya se había hecho completa y lanzó por esto una mirada lenta e inquisidora a la profundidad de la tiniebla; en vano sus charolas recorrieron el talchocote impenetrable que invadía indiferente el corralillo del ranchejo, pues apenas una que otra quiebraplata errabunda cuya fosforescencia enchaquiraba la negrura captaron sus pilas al intentar internarse en el talchocotaje de la noche.

Con recelo y desazón la vista del grupo de camaradas que con cierto temorcillo habían seguido los pasos de su mirada sobre el fondo sin fondo de la negrura felina; cuando encontró algo que decir después del atisbamiento, el charoludo sabanero tiró sobre la nanita la angustia de su pensamiento zumbada en el rayo de su mirada de amigo rústico y sincero y se volcó así su pensar:

—Ma Lioncítá, yo imagino que debiera de ir Abajo a buscar remedio para el muchacho; esa suciedad de la noche me da mal espina y no se por qué creyo que es maldad de la misma burra que quiere hacerle algo agora valiéndose de semejante oscuranidad; no te parece Carmeló?

El aludido estaba en el otro mundo completamente abstraído y no fue sino hasta que oyó su nombre repetido por otro de la comparsa, que estaba a su costilla, para que contestara, que logró volver en sí y mosticó semi asustado:

—Qué es lo que decís hombre, Narcisó?

—Pues que ma Lioncita debe de ir Abajo a buscar remedio, pues esta oscuranidad no es natural parece que es maleficiosa.

Lo mesmo me digo yo, y cuando me hablaron tenía puestq el oydo tras un ruidito extraño que se siente venir entre las guayabas del lado de Las Maderas y que parece que es de alguna mona que salta de palo a palo y se risoteya a veces.

—Se risoteya?

—Si compañeró, se risoteya y quizás venga derecho a la guayaba coposa del patio donde llorará la bruta para meternos en juco.

—Debe ser así cuando lo decís.

Juan Paz que estaba vecino al fuego, dijo lentamente:

—Oigan muchachós, la mica se jajayeya y parece que viene puesta en camino para acá.

Ma Leonza que no había hecho mas que escuchar, se incorporó y luego dijo:

—Esperen un tantito, voy a traer agua bendita y una cruz para que nos defendamos.

Ma Leonza fue a buscar los utensilios sagrados y ya de vuelta dijo afligida:

—Sí, muchachós, es la bruja la que viene, pues al agarrar la curz me la arrancaron de las manos y me costó un mundo hallarla.

Mejía dijo al punto:

—Carmeló, a ver la daga de Cruz que voy a clavar mi sombrero en la tierra para que esta lépera no nos maleficeye.

Y haciendo de lo dicho un hecho, se salió un poquito afuera y puso en mero patio el sombrero y la cutacha de cruz clavada sobre la teja de palma para amarrar o detener a la mica según su pensamiento y la creencia general fuerana que lo confirma así.

Carmelo era el sabanero entendido en brujerías al cual se refirió Narciso antes de irse a ver que la campistada arreglara las caballerías para que estuviesen listas para la mañaneada.

Su apellido es Rodríguez y sus relaciones con la Luz Amador le habían servido para aprender muchas cosas para defenderse de los hechiceros y zajorines.

Después que Narciso enclavó la lora vieja, Carmelo musitó ciertas palabras ininteligibles, luego se escurrió las bolsas, de donde sacó un saquito diminuto conteniendo mostaza bendita en granos, seguidamente aventó un vistazo a la obscurana, despuesito de revisarla se fue derecho al patio y alrededor del chingorro hizo un círculo con las semillas que de los bolsillos había sacado.

Terminado el acto, volvió a su lugar y dijo pausadamente:

—Agora sí, que se atreva esta babosa a venir hasta donde nosotros estamos y va a ver que tal le va a ir a la pendeja.

Todos los circunstantes se miraron y sintiéndose satisfechos y garantizados con la operación de Carmelo, se sonrieron y se restregaron las manos en señal de contentera.

Seguidito ma Leonza narró a los nochadores la rarísima apaleada que sufriera a Gustavo, semilla fructificada en el sonsocuete que echó al mundo el barro de su cuerpo en su vida matrimonial, para que de ella naciera la descendencia que debía perpetuar su raza y su recuerdo.

Los conciertos escucharon con los espíritus en vilo suspendidos de la palabra de la nanita la narración espeluznante de la pasada diabólica, cuando llegó a su fin, Juan Paz se levantó y fue a sentarse al lado de la anciana que estaba aplastada en un rincón de la vivienda en una banquita de guarumo y dijo con cierto tono medroso, tras del cual se descubriría de plano el horror que lo sofocaba:

—Allí está una burra junto al sombrero de Narciso que rasca, rasca, y mas rasca y no acaba nunca de rascar.

Al anuncio ma Leonza se santiguó, Narciso y los demás se jesusearon y zumbaron los ojos al lugar señalado por el concierto mencionado.

Comprobado que era cierto lo que Paz había dicho, una racha de pavura se arremolinó sobre el barro campistero de los circunstantes; temblaban todos ante la burra visitante y capturada por el prodigio de la diminuta mostaza y cuando pasados varios minutos se convencieron de que la bruja hecha jumento no podía hacer nada contra ellos porque estaba dedicada la desgraciada a recoger las semillitas benditas, recobraron un poco el ánimo y luego medio respuestos del espanto se pusieron a maldecirla, al principio en voz baja y por último a grito pleno llenando el ámbito de una vasta vocinglería de maldiciones y juramentos que la hechicera claro está no podía contestarlos ni ponerles fin por su condición de prisionera de la mostaza colocada por Carmelo alrededor de la lora de Mejía.

Los versados en maleficios sostienen que para capturar humanos convertidos en irraccio-

nales por medios y pactos diabluneros hay que regarles en lugares determinados granitos en cantidades suficientes de mostaza bendita en sábado de gloria; por eso al animal que se encuentra ya acorralado o él lo tiene a uno completamente aculado se le zumban a las patas los granos, los cuales tiene que pepearlos, pues, el brujo puesto a la orilla de las simientes de tal clase, por fuerza para poder pasar tiene que dedicarse a recogerlos y cuando ya los ha recogido por obra y gracia de la bendición todos se le zafan de las manos como por encanto por su condición de bendecidos, teniendo el pobre diantre que comenzar de nuevo la tarea y como el caso es interminable, pues se sigue repitiendo la zafada incontinente de cada recogida y no pudiendo pasar sobre la mostacita por misterio divino, ni regresar, si no la recoge toda, da por resultado que la hechicera hecha bruto queda virtualmente prisionera y a merced de quienes le regaron las diminutísimas semillas.

Tal era lo que le estaba pasando a la burra del patio de ma Leonza, que rascaba, rascaba y mas rascaba y nunca dejaba de rascar según la gráfica frase de Juan Paz entretenida y entramojada por la mostaza que Carmelo Rodríguez había regado a la vera circular de la teja de Narciso enclavada en el mero suelo del patio del ranchejo y las cuales no vio la burra con anticipación cuando venía disparatada hacia la casa.

También es creencia sabanera que el sombrero de uno colocándolo en tierra frente de la alimaña o con anticipación al verla venir ponerlo en el suelo y clavando enseguida al lado o en el centro de la teja una cutacha que lleve al pie de la empuñadura una cruz de metal como la famosa clase tica que siempre es así y que envainada la cargan los campistas y fueranos colgada de la cintura, es otro medio poderoso para parar esta clase de diantres, pues como el hombre es bautizado el sombrero tiene el privilegio de ser algo bendito por sólo cubrir la jupa que recibió en su tiempo el agua lustral del bautismo; y sobre de él y del símbolo divino de la cruz que está en el pomo de la daga sembrada y además por el acero de que es hecha el arma descrita y el cual es antídoto contra las hechicerías, no pueden los animales diabólicos dejarlos al lado y seguir avanzando; por lo que se tienen que estar parados hasta que le quiten del frente los adminículos descritos.

Se hace esta descripción para explicar por qué motivo el vaquero Mejía había plantado su teja en el corralillo de ma Leonza.

Cuando la ancianita ante la realidad se convenció que la bruja no podía hacerles daño amainó en su espíritu el miedo siendo sustituido en el acto por su amor de progenitora espiritual y desde aquel momento se olvidó de ella para pensar sólo en su hijo que en una choza de Las Maderas estaba al cuidado de una curalotodo medio hechicerante que había dado promesa de capturar la cabeza de Gus-

tavo que desde el día de la célebre apaleada se le había juido al muchacho cuarentañero, y dirigiéndose al grupo, que se había olvidado de ella y de su dolor, no porque así lo quisiera sino por no pensar en nada por el terror que le invadía, le gritó, más que le consultó:

—Muchachós, muchachós, ¿qué hago agora por mi Gustavo, por mi Gustavo, muchachós, muchachós?

Los aludidos colectivamente no se percataban de la ansiedad gritona de la viejecita y seguían ensordecedoramente mosticando un vendaval de improperios, jotazos, carajazos, hijueputazos y bruñidazos que en opinión de la burra según lo vomitó después nunca creyó que iban a tener punto final.

En su desesperación ma Leoncita insistía en gritar atolondradamente:

—Muchachós, muchachós, muchachós, ¿qué hago por mi Tavo? muchachós, muchachós, muchachós!

El consejo que la centenaria imploraba no le llegaba nunca y qué iba a llegarle a la pobrecilla si a quienes se los pedía estaban en el mero canto del borde del paniquín y por agregado sobre un fondo talchocotudo que le regalaba la noche y la empavorizaba a ella misma aunque el instante hubiera sido normal.

El tiempo corrió, corrió, corrió... y corrió de tal manera que el cantido de un gallo señaló la madrugada llenando de inquietud a la maldita prisionera...

La bullaranga no hubiera tenido fin jamás si el milagro de algo completamente inesperado no se presenta de cuajo.

Cuando la ancianita se desgañitaba inútilmente y ya bastante enronquecida por el continuo gritar entró como un bolón zumbado por la tiniebla por la puerta que da al camino real de Tierra Azul el mismo Gustavo, vivo, coleando, azorado y en pelota pidiendo auxilio en medio de la saleja del rancho.

Al ruidaje de la entrada del apaleado despertaron del trance pavoruno los atemorizados sabaneros y volviendo en sí del encantamiento mieduno que lo privó del sentido, primero que los otros, Carmelo Rodríguez, cogió a Gustavo sin decir agua va de la cintura y tirándose sobre el lomo se fue con él a la vera de la burra que la mostaza tenía mansa y apercollada y lo enjorquetó sobre el espino de la animalaza capturada.

Una vez depositada la carga, corrió a su albarda y tomando las espuelas se regresó al punto de partida en donde le amarró las chocoyas en los talones al caballero que tenía juida la cabeza; luego tomando un garrote principió a darle palo a la burra y a gritarle al jinete, a quien armó con una estaca zurronera:

—Puyala en redondo y al mismo tiempo estaquiala pendejo, duro, duro, duro, en redondo, duro, más duro, más duro, hasta que

eche la bazofia, duro, duro, hasta que salte la colorada, la colorada, duro, duro.

Y Tavo como si estuviera cuerdo le daba palo y espuela sin detenerse, palo limpio, limpio, sin contenerse y rayadera continua por los ijares sin intervalos.

Por fin, cuando el suplicio llevaba cariz de interminable y despuesito que apareció tras la arboleda de Las Maderas la clásica albura del Nistayolero la burra prefirió hablar a seguir soportando la penqueadera y dijo entre rebuznos, zollipos, patatuces, cuesqueaderas y pateando y rascando todavía como diría Paz por recoger la mostaza, lo siguiente:

—Muchachós, tengan lástima de yo, pues ya me dieron el medio vuelto que lo tengo bien merecido, vuélenme la cola a ray y con ella le dan tres colazos en la cabeza a Tavito, que por celos yo lo puse así, y van a ver que en el actito quedará mi negro curado.

Carmen si detenerse, lo mismo que el muchacho cuarenteño que no detenía la chocoyadera aunque no sabía lo que hacía, rezongó por lo bajo.

—Bueno, te voy a chinguiar de un pija-zo, pero si le pasa algo más al compañero, después que te haga lo que decís, te juro rependeja que no te dejo costilla y no volvés a tu casa.

Al hablido de la alimaña el miedo como por encantamiento puso pies en polvorosa del ánimo de los otros sabaneros; y sintiéndose todos ellos serenizados y valientes entraron a acompañar a Rodríguez en la batida del garrote y en la prueba de la cola que iba a operar el prodigio de aliviar de tajo al ñeto de la ancianita.

Le pasaron un puñal de cruz a Carmelo y éste hizo la separación del nabo de un solo refilón; luego sin vacilar se fue sobre Gustavo y le zampó los tres colazos que la borrica había dicho.

Al último nabazo el caballero inconscientemente detuvo la chocoyadera y recorrió asustado con la vista el cuadro frente al cual se despertaba; se pasó las manos por ojos, se sobijó las puyas de la zompeta y palpando el animal que jineteaba, dijo lentamente y como con pereza, quizás por estar descifrando en el pizarrón de la memoria las últimas notas que su conciencia había escrito, antes de abandonarlo la jupa:

—Pues según yo y con yo mi ideya, la cosa era que la burra que monto me jineteaba a yo y no yo a ella.

—¿Cómo te sentís, hombré? — dijo Juan Paz.

—Muy dolioso, muy dolioso, zurumbo, aguecado, y aquí para donde me llevan?

—Pues no lo ves que estás en tu casa y sobre la burra que te recontrabruñó.

—A pues... si allí está mi mama! Y a yo qué me pasa, que ya estoy aquí y acabo de acostarme en Los Genízaros?

—Y qué lo va a pasar, que la muy rechin-

gada te embrujó en Los Genizarós y hoy tenés quince días de andar juído del todo.

—Pues así lo será, porque yo no tengo memoria de nada ni de naide.

—Dejá de hablar chocheras, —dijo Carmelo al punto—, que estás sobre la bandidísima que te desmambichó y es gueno que le volvá a echar las espuelas y nosotros a darle palo, hasta que nos de tu completa cura y ver después que hacemos con este diablo.

—Pues adentro Carmito, —dijo el maleficiado y se tiró de la burra para que obraran con libertad sus liberadores.

—¡Adentro! —dijeron todos.

Y siete garrotes junio con el de la nanita cayeron sobre la borrica.

La castigada sólo con pugidos y correntadas de cuescos contestaba al garroteo; por fin rendido Mejía de apalear a la asnilla abandonó el punto en que estaba situado para irse a colocar frente a frente de la cara de la taragotuda hechicera, y estentóreamente le dijo:

—Estás bien clara que te vamos a matar, pero antes de tuquiarle quiero que me digás y si me lo decís no te apaliamos más, como es que te llamás.

—Eueno, Narcisito, si somos amigos, yo soy la Dominga.

—La Dominga? La Dominga Pérez?

—La Dominga Pérez, tu vieja conocida desde que éramos pichones.

—Alabado sea el Santísimo! Y cómo has hecho para volverte tan mala, niña?

—Las gavillas, las gavillas y la cambiadera de hombres esa es la purísima verdad.

—Ajá, no hablemos más, dame la cura del ñeto de ma Lioncita y por mí tengamos la fiesta en paz, oís bien, en paz; pero cuidado con volver hacer otra igual a ésta que has hecho.

—Pues, lo digo de una vez, echá el rabo que me arrancaron en remojo por una noche entera en agua de hojas de guayaba y en la mañanita que se beba Gustavo el agua, con eso quedará aliviado para siempre, para siempre y para siempre.

Cesó al instante la apaleadera, regaron mostaza en rededor completo de la alimaña para que ésta ni por piensos se meneara, y fatigados, pero contentos entraron a la cobacha a buchoniár sobre lo acontecido.

A poquito, claroneando ya completamente, llegó la mujer de Gustavo y la hechicera que lo curaba; después de enterarse de todo y de resolver lo que iban a hacer se fueron dos sabaneros y la curalotodo a la casa de la Dominga Pérez en donde encontraron su cuerpo desnudo y tendido en pleno suelo;

inmediatamente encendieron dos candelas de cera de abejas benditas y regaron de lágrimas cerunas el cuerpo de la embrujadora; hecho el trabajo y aspergeada la casuca de agua bendita emprendieron el regreso a El Panteón.

Tres campistos se fueron a llenar la comisión que llevaba a la conciertería de Río Negro y los demás se quedaron haciendo compañía a la Nanita y los suyos.

La regada de lágrimas de candelas de cera de jicote benditas sobre el cuerpo de la bruja era la sentencia de muerte de ésta, pues ya no podía su alma aunque le quitaran la mostaza regada a su vera volver a coger su vehículo terreno; y enterada de lo que habían hecho con su pobre cuerpo que a pesar de la vida que le había dado todavía era apetitoso, pidió perdón a todos y suplicó pepenaran las semillas para irse a morir junto a su cuerpo a su rancho.

—Nada, condenada, le dijo la nuera nieta de la Norita, te dejamos con vida hecha burra para que pagués todos los males que has hechos; y agorita mismo vamos a ir a darle fuego a tu embijaguado para que se quemé tu pellejo, que quemado el bruto, el Malo no puede quitarte la vida, y entonces te morirás hasta que Nuestro Señor Padre Jesús se compadezca de tus penas y te llame a rendir cuentas ¡rebandida!

Tres días y tres noches estuvo la borrica presa y a la media negrura del tercer ocultamiento del sol le dieron fuego al rancho de la cautiva con todo y el cacaste supino que guardaba, luego le quitaron la mostaza a la maleficiosa, la jalaron hasta las pavesas negrecas de sus restos y en presencia del montón de sus cenizas, soltándole una jáquima bendita que le habían puesto, le dijeron:

—Andá maldita a comer zacate y padecer de hambre hasta que Nuestramo lo quiera.

Luego la liberaron y cuentan hoy los vecinos de El Panteón que todavía vaga en las llanerías de Tierra Azul y Los Molejones una asna flaca, pellejosa, garrapata y guirocha esperando la llamada del Divino Jesús para rendirle la cuenta de sus pecados; y que si no fuera que ña Luisa Alonso tiene piedad de la pobre borrica ésta sufriría doble suplicio, pues la Alonso le da posol agrio todas las mañanitas para que se alimente la infeliz ya que no siendo burra real no sabe ni puede ni habría de aprender nunca a comer la felpa encantadora de los gramales que visten de eterno verdor a los llanetes y llanadas de los contornos de aquellos lugares paradisíacamente bellos.

El Fantasma de las Cruces



SOBRE el camino que lleva de Boaco para San Lorenzo, bastante adelante de la finca El Recibo y después de una quebradita que corta el sendero, hay una trepada que sería muy violenta si el trillo caracoleado que han hecho al pasar de los años los viajeros y las correntadas invernales en sus continuas correderas, no hubieran malmatado la empinadura de la cuesta facilitando la ascensión.

Tan luego se pasa el crique se comienza el caracol y en la parte en que mas se profundiza la ondulada de una de las vueltas el caballero o peatón que va para San Lencho ve sobre su cabeza a la derecha en un semiplanico que forma el capricho del desguindo tres cruces desmedidas que en la posición en que se encuentran parece que fueron colocadas para que formularan un Calvario campesino.

Poco o nada cuenta la tradición sobre la causa de la existencia de los maderos abiertos en forma suplicatoria a la maldad humana, pero en tal sitio se levantan desde hace ya muchos años y posiblemente seguirán por tiempo indefinido llamando la atención del caminante inquiridor que enrumbe sobre la trocha que a sus veras pasa y se dirija bien a las propiedades que baña La Garrapaia, ya para Camoapa o para Granada y no será demás decir que también hasta para La Joya, La Rejaya y Potrerillos.

En la cima de la falda y a la izquierda viajando con el rumbo apuntado hay una casa que ha sufrido varias metamorfosis según han sido las clases de dueños que ha tenido, mas la primera vez que salió a luz fue rancho bruto en la extensión cabal de la palabra; es decir tenía techo de zacate de crin de macho y estaba forrada con varillas rollizas y sin pelar de diferentes palos.

En mil novecientos trece época en que todavía algunos boaqueños propietarios mandaban sus quesos a Granada, la tal casuca fue escogida por ciertos fleteros para nochar en ella con el doble propósito de emprender de madrugada el éxodo y para ello salían al atardecer de Boaco, botaban la carga en el ranchejo ya nochandito y al primer gallo principiaban a ensillar las mulas para comenzar la jornada antes de que los gallináceos de las tres obsequiaran sus barcarolas a las brisas de los varios horizontes.

En el verano del año citado principió a correr la bola de que en las Cruces de la bajada descrita a todo el que pasaba después de anocheado lo asustaban, los escépticos que en cualquier lugar constituyen la minoría oyeron, sonrieron y subieron y bajaron los hombros al escuchar el ruido de la pelota que rodaba, mas no así el resto de la generalidad en donde la vasta familia fuerana compone la mayoría y por agregado padece de la idiosin-

cracia de ser excesivamente creída y al llegar a su conocimiento la noticia causó una impresión tan honda en cada miembro que cuando algún individuo tenía que hacer alguna comisión por tales lados se esforzaba porque la noche no le cogiera nunca en el camino, para pasar Los Maderos todavía protegido por la claridad del crepúsculo.

A medida que pasaban los días los cuenteretes cogían coloridos de verosimilitud y principiaron a citarse los nombres de las personas que habían sufrido sustos al subir o desguindar la falda de la colina en entredicho.

Uno de los mencionados más frecuentemente respondía al sustantivo de Carmen y al patronímico de Rodríguez conocido mulero del hafo de Chayotepe, cuando los curiosos y conocidos suyos le preguntaban si era cierto lo que contaban que le había sucedido en el camino de San Lencho, principiaba por encogerse de hombros, después arrugaba la cara y revolviendo con lentitud una masola de melenca de chilcagre que nunca le faltaba entre las tapas contestaba con cierta indiferencia sin estudio:

—Pues hombré, lo que a yo me pasó fue que regresando un día de Granada de dejar unos quesos, madrugué de El Riyito y ya obscureciendito alcancé San Lorenzo y como no triya carga resolví rempujar de un sólo pencazo hasta La Trinidad; apreté al Pico Blanco y le grité a las mulas y como estos diablos cuando vienen para su sitio no sienten pereza salieron a trote limpio; cuando pepené La Cuchilla ya era noche plena, le volví hablar a los machos y como de la Laguna Seca para acá todo es cuesta abajo en un suspiro me puse en Quebrada de Agua, aquí dejé ir los animales a su antojo porque allí se vuelve a medio subir de nuevo; cuando llegué al portillo de la loma de Las Cruces sin yo aligerar las bestias principiaron a bajar casi corriendo... y aquí pasó la cosa que los cuenteros cuentan...

Rodríguez generalmente suspendía en esta parte el relato para tomar juelgo; escupía, garraspeaba y miraba fijamente al interlocutor ocasional que tenía como para cerciorarse de que prestaba atención al cuento que desgranaba perezoso de la mazorca fresca de su memoria y después de recorrer con un vistazo de arriba para abajo al preguntón, lentamente proseguía:

—Tras de las mulas apreté al Piquito Blanco pensando que ya nada me faltaba para llegar a Buaco, en eso estaba mi cabeza trabajando, cuando de pronto se dejó oír un quejidón en el fondo de la cañada que me paró los pelos y me dejó temblando; sofrené el macho, me paré, jalé la tica de cruz que no me falta en la falda de la albarda, la desenvainé, mordí el lomo del acero para no entiesarme y en esto me hallaba cuando otro

quejido más áspero que el primero salió del medio pegue de las cruces, me jesusí diez veces y rayé al Pico Blanco de los ijares a la panza y el pobre con tal ayuda que no esperaba partió en panera guindo al plan, cuando iba bajo las tres cruces los quejidos se hicieron seguidos y fuertes como truenos lejanos, alcé los ojos al Calvario y ví en la cruz de en medio un bulto enorme con los brazos abiertos, a yo por lo menos así me pareció, que se quejaba y gemía continuamente como ternero amurriado... después crucé el críque, comencé a subir al otro lado y todavía allí me parecía oír los quejidazos, pero no estoy seguro si era el miedo el que habiéndome clavado en los oídos me hacía oírlos todavía.

Tal era la pasada que Carmelo narraba a todo conocido suyo y parecida a ésta eran las otras pasaditas que contaban los demás que la voz pública señalaba como víctimas de la asustadera de Los Maderos.

La mayoría de los que seguían de cerca el embrujamiento del lugar estaban de acuerdo en que muchas veces se pasaban varias semanas y de tarde en tarde hasta meses completos sin que la visión apareciera y como desde que la cosa se había puesto color de hormiga los viajeros caminaban en manadas, por tal causa éstos eran los que hacían de gaceta poniendo a los fueranos y ciudadanos al tanto de la situación del fantasma gemidor.

En febrero de mil novecientos catorce parecía que ya el cuento había terminado, pues hacía unos cuatro meses que no habían noticias del espantajo, mas teniendo Eduvigés López que ir a Los Limones a traer una parida que había comprado su patrón, madrugó este mesero lo que mas pudo de La Trinidad, pero con tan mala suerte que habiéndose entumido la cría le cogió la noche en el regreso y le tocó pasar la pendiente como a las ocho de la noche.

López caminaba lentamente esforzándose por hacer que el ternerito resistiera hasta llegar a El Recibo finca en la que había pensado dejar la vaca empotrada, para cumplir su resolución se había desmontado para arrear con seguridad las reses en la obscurana y jalaba su caballo del cabresto de la jáquima, iría cerca de la mitad de la cuesta cuando oyó un jajay largo y tendido que lo hizo olvidar los ruminantes, pegar mate para atrás, saltar sobre su penco y una vez enjorquetado y bien cogidos los estribos hacerse todo oídos para captar cualquier ruido diabólico que dentro de la obscuridad se expandiera.

Recuperado un poco, pero sin desmontarse volvió a fotear a la parida y en tal momento se hallaba cuando un nuevo jajay histérico y misterioso corrió por la finiebla, Eduvigés perdió la serenidad y olvidándose de los animales le metó al penco las chocoyas el cual al sentirse apercollado de tal manera saltó guindo abajo a todo escape casi puesto en estampida, pasó cerca a las cruces como una

bala, pero por ligero que fuera los tímpanos de López iban libres para recibir los ruidos de los lados y así es que percibió al dejar El Calvario que una voz se quejaba e imploraba y en medio del pavor que lo aherrojaba escuchó que el eco repetía su nombre lúgubrememente, así:

—Edubijés...Edubijés...soy una alma en pena...parate un momentito...tené piedad de yo...

Y después de tal súplica varios jajayes vagaron siniestros sobre el ámbito de la cañada.

El jinete puesto en panera barajustó incesantemente, insensiblemente, inconscientemente... y en tal estado atravesó Boaco, dejó El Pochote, subió por El Copel y cuando se dio cuenta saliendo turulato de una real y plena catalepsia hija putativa del vasto paniquín, el noble bruto se paraba botándolo en la casa que había mandado a construir en El Cuero su difunto patrón don Mariano, que era la posada donde López vivía con toda su familia.

Era tal el pavor de que iba poseído que no habló ni dijo nada a su consorte, ésta viendo que no podía apearse se fue junto con los otros habitantes de la casa a desmontarlo y casi chineado lo llevaron a su yacija, luego lo cobijaron sin desvestirlo y después de soltar la cabalgadura en San Rafael se echaron todos a dormir.

Cuando a las nueve de la mañana se presentó el patrón a saber de la parida Eduvigés no había despertado, le contó el cuento de su llegada su mujer y juzgando raro todo lo que le dijo, el señor pasó al interior de la vivienda a ver el estado de su sirviente.

El pobre tenía fiebre alta, comenzaba a delirar cuando el propietario entró, a esta hora se le principiaron a hacer ciertas diligencias, se mandó a buscar a un curandero y no fue sino hasta el siguiente día y después de ingerir varios brebajes que pudo, todavía enfermo, aclarar el misterio de su regreso y la causa que le había producido la inesperada gravedad.

Algunos días después y ya completamente recuperado fue a buscar la vaca que dejara en el camino en compañía de su pariente Eleuterio López, en la búsqueda pasó por la temida cuesta y la travesía por ella le despertó la memoria, principió a hacer recuerdos y una vez puesto sobre la pista de los acontecimientos sucedidos, las deducciones y las suposiciones le brollaron de la cabeza.

Tres días después fue a participarle al patrón que ya había llevado la parida, la que encontró vagando en el callejón que forma el camino real en los bajos de Quebrada de Agua.

Después de ciertas bromas que le dio su superior, Edubijés dijo al propietario:

—Vea, patroncito, en mi vida me ha pasado lo que me sucedió esa noche, y dejo de ser Eduvigés López si no doy yo con ese chocho fantasma.

—Vos te querés meter a camisa de once varas teniendo con vara y media.

—No, patrón, no lo creya Ud. así, no sé por qué se me ha metido en el chipote que esa visión no es mas que el alma en pena de Chocoyo Tuerto.

—De Chocoyo Tuerto? Y cuándo murió semejante trepador?

—No, no es que se haya muerto, pero sí es del caso referirle que Chocoyo, que andaba en Santa Inés, me alcanzó de regreso y después de acompañarme un largo trecho me dejó en la desembocadura del camino de Mombachito al de San Lencho y me dijo picando la bestia que no me esperaba porque yo iba muy despacio y que él tenía que pasar temprano Las Cruces porque allí asustaban.

—Pero bien, eso que te dijo no prueba nada, hombré.

—Claro que sí, patrón, él sabía que yo iba a pasar allí de noche y no sé por qué...

—Se te ha metido eso en el magín.

—Exacto, pero mi mayor sospecha es que la visión mentó mi nombre y el eco de la voz, de la voz de esa noche, por más que haya recambiado el tono, tengo para yo como en un sueño que era el eco de la voz de Chocoyo Tuerto.

—Bien, demos por sentado qué es Chocoyo Tuerto, qué pensás hacer para averiguarlo?

—Pedirle permiso a Ud. para salir de la finca el día o días que creya convenientes para mis planes y con la chachagua de compañera, ir ciertas noches a Las Cruces a ver si me vuelve a pasar lo mesmo y si me sale algo y quedo frente a frente de la visión no me queda más salida ni desecho que: o yo me zumbo a Chocoyo Tuerto o al Demonio mesmo si el Malo es el que asusta o la brujería me deja cuajadiado y culipateo en mero trillo llenando de triaca los pantalones como el otro día.

—Contá con el permiso y si das en el clavo o te enfermás de nuevo me avisás en su tiempo.

—Le cojo la palabra patroncito, y el sábado, que es día que Chocoyo llega a Boaco, voy a ir a la primera excursión.

—Dios te ayude y que te lleve con bien.

—Gracias, patroncito.

El superior dio la vuelta para atender otros asuntos y Eduviges se fue para su posada a revisar y preparar la chachagua, pues cuando hablaban esto, era nada menos que un jueves del mes de mayo de mil novecientos catorce, es decir a dos días del proyecto del indio.

Otro motivo que inducía a creer a López que Chocoyo era el que lo había asustado radicaba en el hecho para él curioso de que la visión se ausentaba muchas veces hasta por uno o dos meses y como Chocoyo vivía en la hacienda de su señor padre, cuando tenía que hacer en ella pasaba largos períodos de tiem-

po sin llegar a Boaco, de donde el natúcho deducía que estando ocupado el que hacía de fantasma no podía por tal causa salir a rebrunir en la trepada y por esta idea metida en la cabeza fue que escogió el sábado para ir a incursionar a las temidas Cruces.

El remoquete de Chocoyo Tuerto lo gastaba en Boaco encaramado en su persona por su propia iniciativa el inteligente caballero masayata don Fernando Ramírez Mairena, tipo sui géneris y guasón que desperdició su vida bajo el influjo de la cususa en una eterna camaradería con Baco.

Chispeante, oportuno, chilero, posesionado de una profunda filosofía cínica imitó hasta donde le dio su real gana a Diógenes de Sinope en todo menos en lo del tonel, pues sustituyó éste por un caballo salpicado que lo cargó y llevó a cuestas por todos los rumbos de la compresión boaqueña y sobre cuyo lomo dormía cabalgando cuando la guarapeteada llegaba hasta el extremo.

Hecha esta divagación imprescindible para claridad de esta pasada, se sale a trote largo tras de las huellas de Eduviges.

Temiendo el propietario que su mucamo fuera con el chopo cuape a malferir a alguien por los varios perdigones que le echan a cada carga, pues suponía que en realidad de realidades, la tal asustadera podía ser maldad de vagos, mandó a llamar a López para ofrecerle su pistola y que usara ésta en lugar de la chachagua, éste aceptó gustoso el ofrecimiento y el patrón con la aceptación quedó satisfecho, pues imaginaba que por valiente que fuera Eduviges y por consumado tirador que fuese en un trance como el que buscaba era difícil que con un balazo de un solo perdigón y cogiendo puntería sólo por el eco de un quejido o un jajay diese en mero blanco en pleno seno de la noche, y en verdad, de verdad, que el tal señor tenía una razón y una lógica sumamente sobradas.

El sábado nochandito salió el mero de San Rafael, antes El Cuero, para la cuesta de Las Cruces, pasó ya obscuro por Boaco, se dirigió a El Bajo y en la cususería de las Monterey esperó un rato mientras daban las nueve y en el interín le compró a la dueña de la casa dos sendos cususazos que le reanimaron el espíritu y lo pusieron con ánimo de vérselas con el mismo Malo.

Cuando sonó la última campanada de la novena hora en la parroquia del lugar, López saltó sobre su peruano, le pegó un par de dantazos, le soltó la rienda y viendo la cabalgadura que el asunto era serio y no juguete arrancó en un perfecto pasitrote picado y enrumbó sobre la senda que la mano maestra del jinete le señalaba.

Llegado a la vasta Ye que forma la frocha al bifucarse para ir por un lado a Managua y por el otro a Granada el caminante encendió un chilcagre de primera, le dio tres chupetazos, se santiguó dos veces, dijo Jesús me valga otras tantas, se focó la pistola y

echando un jotazo tremebundo y sin más vacilaciones picó para San Lencho.

Veinte minutos después el caballero arribaba a la quebrada que besa los costados de la cuesta embrujada, desenfundó la pistola, se persignó, volvió a jesusearse otra vez, rayó débilmente a la cabalgadura, cruzó el críque cobijado con una densa sábana de tiniebla plena, comenzó a ascender sin hacer bulla y cuando había caminado unos cincuenta metros un quejido prolongado y pavoroso tableteó lánguidamente en la obscurana.

A Eduviges se le pararon los pelos a tal extremo que si le hubieran tirado una porción de chaquiras sobre la jupa hubieran caído ensartadas sobre las hebras del cabello, con todo hizo el esfuerzo de bolar un grito y logró conseguirlo, envalentonado al oírse vociferó diez jotazos que el eco devolvió acompañados con varios jajayes desquiciantes y algunas palabras ininteligibles.

López paró en redondo la bestia, jaló el gatillo del cilindro en dirección a las risotadas y gemidos y un relámpago cruzó el abismo de la oscuridad y una detonación hizo andrajos el silencio de la oquedad fantástica y temerosa del negror nocturno, luego el jinete gritó:

—Con el mismo Diablo me mancuerno, pues para yo no hay círculos madroños.

El eco repitió la bravuconada y un silencio letal cundió después por el contorno del lugar; el caminante no avanzaba ni retrocedía, con el ánimo en vilo esperaba oír algo o captar en la negrura la vaga precisión de algún fantasma; el tiempo transcurría y la visión no daba señales de manifestarse de nuevo.

De pronto...suave, lento, indeciso, casi imperceptible dejó oírse en el rastrojo del lado derecho un gemido prolongado y tras de uno, salió otro y luego otro...y cuando parecía que el gimoteo no iba a detenerse vibró un jajay terrible sobre las meras cruces.

Se llenó de tal pavor el hombrecito que sin darse cuenta le apretó las chocoyas al roncante y éste al verse requerido de tan ruda manera siguió cuesta arriba sin hacer caso a la temblazón del caballero; cuando medio recuperó López ya el rocín lo había llevado a unas treinta varas de las Cruces; por chiripa y no por intención tiró la visual hacia El Calvario y su horror no tuvo límites al descubrir a pesar del talchocote de la noche un bulto blanco en forma humana y con los brazos abiertos sobre el madero del centro; Eduviges en lugar de disparar la pistola iba a zumbársela sin darse cuenta al fantasma descubierto, pero como desde el principio de la trepada su dedo índice había permanecido sobre la palanca del gatillo al verificar el esfuerzo de aventarla dio fuego el revólver y el tiro por mera contingencia fue a pegar en plena vera del árbol redentor ocupado en ese instante por un bímano impreciso y fuera de identificación.

El estallido hizo volver en sí al dispa-

ador inconsciente y por casualidad o quizás por las súplicas a sus devotos, el chiripero disparante cogió ánimo y haciendo de tripas razones vociferó tembloteando:

—De ésta o de la otra?

—De la otra, hermano.

Eduviges se acordó de que la creencia popular sostiene que los muertos se corren al decir malas palabras y tomando el cuentereite por un hecho, musitó a pesar de tener una horrible tabaquera:

—Hijueputa, bandido, sinvergüenza, pendejo, mil veces rejodido y yo que soy de vos para que me salgás a rebruñir no habiéndote ni siquiera conocido cuando vos, como yo, te desguindabas en esta loma para ganarte los frijoles?

Y tras de la expresión apuntó hacia las cruces y martilló un semillazo que rozó la orilla de la blancura de la visión; entonces el alma en pena, dijo al tirador:

—No tenés lástima de yo, rezame treinta padrenuestros y dejame en paz hermano... hermano mío...

El tono de la voz convenció a López que el fantasma no era un muerto, aún en medio del tabardillo que tenía y aliviándose como por encanto del paniquín que lo atragantaba se acordó que iba en búsqueda de Chocoyo Tuerto y que aquel eco era exacto o muy parecido al eco de Chocoyo, por lo que contestó de inmediato:

—Ve, Chocoyo Tuerto, bandido, capiate recondenado, corredor de cobardes, porque esta es la última que hacés en este mundo, rependejísimo... y tras de la amenaza dejó ir otro pencazo.

El fantasma comprendió inmediatamente que el asunto no era broma y sin vacilar ni perder tiempo convencido por el plomo que lo había puesto a raya en un minuto, avanzó hacia el caballero con una rapidez tal que por nada le cae encima al contrincante, pues perdió pie al llegar a la vera del borde del paredón que forma la curvatura del camino en ese punto, y dándose a reconocer y pidiéndole no le disparara más le gritó de carrera:

—Sí, hermano, hermano el más güevón que ha pasado por aquí desde hace más de dos años, yo soy Chocoyo Tuerto, pero no me maté, no me maté, no me maté, no te hagás de este camarón que es un camarón muy caro, pues yo soy muy maldoso y además el diablo te llevará en cuerpo y alma pues tendrás que rendir cuenta a Dios por mis maldades el día que te murás si me despachás al Otro Barrio.

Eduviges repuesto como por electricidad díjole al punto:

—Dale gracias a Dios, grandísimo pendejo, que el terror que tenía no me permitió apuntarte, si no ya estuvieras abombado desde el primer güevazo y con seguro te estarías acercando al Musún.

Luego los hombres se reconocieron, se abrazaron y después de unas cuantas risota-

das y bravuconetas contadas para alabarse mutuamente, se fue Chocoyo a traer su caballo y una vez montado emprendieron juntos la marcha para Boaco.

Cuando iban llegando a El Recibo, López dijo a Ramírez:

—Hombré, Chocoyó Tuertó, y para qué diablos salías a asustar allí?

—Tuerto tenés el botamay, grandísimo chochazo.

—Si no es por ofenderte que te digo Chocoyo, es por la costumbre y además porque me debés la rebruñida que me diste.

—Pues hombré, eso es otra cosa, tenés razón; el caso es que me sucedió con un chochito, de allí de El Bajo, que tiene una jaña en la casita del alto de la cuesta de Las Cruces, que me anduvo con pendejeras hace más de dos años y yo le juré que no volvería nunca mas a verla por la noche, porque le iba a colocar en Las Cruces el alma en pena de la bruja Prudenciona, la que vivía en El Muñeco, que en esos días había muerto y como la Prudenciona no podía llegar a hacerme el mandado por haber estirado la pata, lo hice yo en persona por mi cuenta.

—Pero después que lo corríste, por qué seguiste bruñendo a los demás?

—Pues hombré viendo que todos se corrían, resolví seguir la guasa jurándome dejar de hacerla hasta que me encontrara con un boludo de verdad y ese güevón al través del tiempo resultaste ser vos, que cogiste por chiripa al famoso Fantasma de Las Cruces.

—Hombré eso vale una cuarta, ¿nos echamos un trago donde las Monterreyes?

—Cuatro, hermanito, echemos cuatro de un viaje, que bien te los merecés y te las has ganado de sobra.

Y fantasma y capturador enrumbaron para la cususería citada que quedaba a la entrada de la población en pleno Bajo, de donde no salieron hasta muy tarde de la mañana del día siguiente completamente de gateadas y mas que gateando, a la rastra como solera cortada en boladero, soslayada para enfilarla en el plan, pues la acera del estanco era alta y malhecha, verdadero problema para bajarla teniendo perdido el equilibrio por completo y sin puntales humanos para caer parados en la calle.

La Rodanta

I

LA ADUANA es un altiplano pintoresco cuya base comienza en la margen oriental del riachuelo de El Silencio y termina en la puerta de trancas del potrero de San Fernando en Chayotepe; es la entrada de la propiedad y como enseguida de toda frontera lo primero con que el viajero tropieza es con la oficina registradora del país a donde entra por una similitud sui géneris tal nombre le pusieron precisamente por ser el tal encierro la primera parte de la hacienda y es creencia general en aquella región que quien le dio tal sustantivo a la cuajichatuda altura fue el ilustre Rigoberto Cabezas quien fue dueño de la finca San Diego ubicada bastante adelantito del lugar descrito.

En la parte sur de la cima plantó su vivienda el natucho trabajador y colono de San Fernando Mateo Hernández casado con la interesante aborigen Luz Amador, mujer hermosa, atrayente, casquivana y pie de perro en cuya sementera humana ha cosechado tres hijos, de los que dos son mujeres y uno varón.

Hernández es el tipo perfecto del aborigen obligado, serio, de pocas palabras, huyón a las guaropetiadas, honrado, incapaz de sentir deseos por los frutos de la huerta ajena, quizás porque en su tienda sobra todo y en su patio abundan los cerdos y aves de corral que en la Montaña sino dan independencia por-

que hay que ganar para comprar la ropa, por lo menos permiten escoger a gusto el patrón que más conviene a cada uno en los "ajustes" y en los trabajos diyeros.

Con todas sus cualidades y desahogo Mateo no ha conseguido nunca solo transitoriamente la tranquilidad que es la dicha de los pobres según afirma él mismo y hay que agregarle que no sólo de los desheredados sino que también de los potentados, pues su compañera gusta de ponerle tapojos y cuernos con frecuencia, aunque le jura y rejura a pie juntillas que son simples jalacateos y riserías las cachazones sin cuento que la Luz le clava y por estas menudencias vive azorado Mateyito por lo menos las veinticuatro horas completas de cada uno de los días feriados de santos especiales que celebran con una chichada los fueranos.

Dichosote de verdad es su yerno Juan Rocha, casado con la mayor de sus hijas que es el reverso de la madre, pues Juan como su suegro también tiene abundancia en su que-rencia situada en la misma Aduana y a unos dos cienos de pasos de la casa de su padre político con la diferencia de que Rocha agrega a su comodidad la imponderable delicia de la fidelidad de su mujer que además de ser hacendosa y buena, es esmerada con su marido, por cuyos ojos mira las cosmoramas alegres o tristes de la vida campesina.

El hogar de estos hijos es el refugio de

Mateo cuando la cacalota de los celos le tiene emponzoñado el corazón; mas cosa curiosa no se crea que Hernández se traslada al rancho de los muchachos, no, nada de eso, son éstos los que se pasan a la vivienda del padre a quien la Luz lo deja solo tan luego comienza a parar el rabo por cualquier macho de su agrado y esto precisamente, es el dolor de cabeza de Mateyito, que lo de más no le interesa, pues lo que su esposa hace apenas es distraerse con los amigos sin ninguna clase de maldades, qué menos que de infidelidades verdaderas, se molesta porque por irse de juerga y andar de arriba para abajo es que hablan de ella sus malquerientes y no porque ande cometiendo pecados indecentes con los juerguistas con que juergueya, por eso es que se molesta simplemente este raro ejemplar de esposo rural autóctono.

Su otra hija llamada Ramona goza de plena soltería y al propagador futuro del apelativo del progenitor le pusieron en la pila Juan y en el rancho le nombran Juancito, que para desgracia del buen indio padrote le salió rengueado por maldades de la luna a quien los indígenas y los que no son jinchos también le encaraman todas las degeneraciones de la prole calumniando así a la plácida troteadora celeste que según piensan los entendidos jamás le ha hecho daño alguno al barro humano, por lo menos en eso de las rengueaduras, ñajuras, etc.

La Luz es una rodanta natucha que un día de tantos llegó desgarrada de los cascajales mineros de La Libertad, en busca de unos sus familiares que ya se los había engullido el endiablado Musún cuando ella los vino a sabanear, fue de una cañada a otra, recorrió las dos vertientes y después de vagar por todos los flancos vino a convencerse que de los parientes que buscaba solamente el patrón a donde habían servido sobrevivía y este era Nor Diego Pérez quien la recogió y le dio abrigo bajo su techo honrado, tomándola como hija de casa para mientras la "indigestita" resolvía de sus encantos hipotecándolos a cualquiera de los buenos ajusteros o fajineros mocetones con que Nor Diego cultivaba su campo.

La nueva hija de Pérez fue apodada por la jinchería con el curioso remoquete de La Rodanta, es decir, mujer que llegó rodando sin saberse de que cañada venía, donde Nor Diego pasó La Luz el resto de sus años mozos, muele que muele maíz, pone que pone nistayol, lava que lava nesquiza, por la madrugada, al meridiano y en la tarde de todos los días de su permanencia en aquella plácida vivienda de su protector desinteresado quien la destinó a tales oficios porque la mujer no ha de estar desocupada para que no tenga tiempo de pensar mal decía el noble viejo, hasta que un día la pidió Mateo Hernández para la prueba del noviazgo, a lo que Nor Diego por ser semi-ladino, aunque nacido y creado en las colinas, se opuso de principio rotundamente, mas accedió a la petición re-

funfuñando después de cavilar y balancear la cosa, porque aunque no le gustaba la costumbre que la conceptuaba asalvajada, temió lógicamente de que se la llevara de contrabando el pretendiente, por lo que, pronunció el sí con tristeza y atormentado, a pesar de que comprendía que el futuro yerno político que se iba a echar era el mejor hijo que podía llegarle porque lo juzgaba el natucho más honrado a quince leguas a la redonda de su predio, en lo cual le sobraba la razón.

Mateo con todo de ser natucho puro comprendió a su manera de ver la cosa, la sana y buena pesadumbre de su patrón y para no molestarlo le pidió un cuadro de tierra para plantar un embijaguado confortable. El anciano consintió al momento y en menos de una semana un rancho amplio y hermoso, cómodo y bien dispuesto se mostró a los ojos de los curiosos en el límite de la finca de Nor Diego con Los Encuentros, encierro de don Juan Marenco y el sábado de ramos de una cuaresma ya distante la Rodanta se echó en los brazos de su prometido y fue a gozar el ancho tapersco que el indino enamorado le había construido de cañas bravas partidas longitudinalmente y luego de extendidas y bien abiertas las cilíndricas varas, la yacija la colocó y armó a prueba de miradas indiscretas en un ángulo de la vivienda, para mientras transcurría el curiosísimo **jaleo**.

II

La **jalencia** natucha es algo sui géneris, curioso, sin paralelo y atrabiliario para los ojos de los extraños al ambiente que juzgan primitivo y hasta inmoral el método que siguen y el cual consiste en lo siguiente:

Se presenta el novio ante los padrinos de la pretendida si estos se hallan a mano, o donde sus padres verdaderos o adoptivos o bien al patrón a quien sirve la prometida si ésta no va a la casa de sus progenitores con frecuencia, lleva un pequeño presente de verduras, carne de monte o cangrejos gigantes que habitan las sangraderas montaÑeras y después que le han contestado aquel obsequio con un guacal de pinol o pozol agrio o bien con cualquier merienda expone con naturalidad inimaginable que ha pensado casarse con la fulanita y que para ello solo le hace falta la aceptación de quienes la gobiernan, pues ya está convenido con la muchacha la que ya encontró caballo para correr San Juan, a lo cual él se ha prestado gustosísimo para que lo "barajusteyé" en su lomo y que lo uníquito que le hace falta es el consentimiento indispensable el cual vengo a suplicárselo, me lo de, para señalar la época en que vamos a casarnos la cual puede ser la semanasanta, el día de Santiago o el siete que es el de la Virgen, se refieren al del mes de diciembre, con que diga lo que resuelve que ambos estamos desesperados.

Si la solicitud es hecha en casa de la pedida y ella está presente y los padres aceptan, entonces, para comenzar el noviazgo el

petionario se establece en la casa incontinente y desde esa misma noche duerme con la solicitada para entrar en intimidad con ella puesto que lo que el pretendiente busca es la prueba fehaciente de que la muchacha sabe moler, echar tortillas, asar carne, adobar animales monteros, remendar calzones, barrer la casa, desyerbar, economizar sal y luz, sino se inquieta con los visitantes, sino es respondona ni pleitista, ni si hoy está alegre y mañana entrompada, cosas estas que solo se pueden probar haciendo vida en común y durmiendo juntos.

Si pasados varios meses no le conviene y aún a veces hasta años con tal que no tengan hijos, entonces el galán toma las de Villadiego y se larga con la misma frescura con que se presentó a pedirla, ya que él no había llegado para que lo "fierraran" sino solamente a probar si era buena y le podía servir para todo la muchacha, no sirviendo para mal haya sea la cosa, para qué demonios va a someterse a vivir con semejante peste y dicho todo eso queda tan tranquilo como si no hubiera pasado nada.

Cuando la solicitud es hecha a los padrinos, a los padres adoptivos o al patrón sufre una breve reforma la costumbre si es aceptado el pedimento, pues el pedidoso tiene que hacer un rancho transitorio para llevar a la "jalona" a pasar el tiempo de la prueba, bohío que es construido generalmente en la vecindad de las casa donde la joven posa, salvo el caso en que al patrón le toque dar el asentimiento entonces levanta la casuca el interesado dentro de la finca de aquel sin importarle la distancia, pero por fuerza a la orilla o lo más cercano posible de un ojo de agua permanente; en estos casos tiene que amarrar el enamorado el potro de la lujuria y persorgarlo bien amarrado porque la chica no se le entrega ni va a ninguna parte peligrosa para su virtud con él sino hasta que ya está concluido el rancho, lo que el novio participa en cuanto lo termina para que le reciban el trabajo los interesados y luego se lo cancelen con la entrega de la muchacha que es el precio convenido, ésta nunca sale junto con el futuro amante de la casa en donde vive sino que éste se despide de todos y duerme la primera noche solo, pues hasta la albita toma la indita su camino ingrima y se presenta voluntaria al ranchejo de donde pasado cierto tiempo se convertirá en la esposa de su amado o la abandonará él para siempre dejándole de recuerdo únicamente las efusiones de las horas vividas y el techo que fue levantado para ella el cual también ésta deja cuando ya está convencida de que el novio-barragán no volverá a aparecer.

Nunca se da el caso de que a un solicitante le nieguen una muchacha, porque la negación equivale a autorizarlo a que se la lleve sin compromiso ninguno; cuando por algún motivo quieren eludir los padres la resolución, entonces manifiestan al jalón que hay que

consultar a los padrinos de la joven y que lo que éstos digan eso se hará al pie de la letra; el petionario a su vez respeta lo determinado por los progenitores, porque para los jinchos sus compadres son la última palabra en el destino de sus hijos y efectivamente hacen lo que aquellos dicen y es tal la autoridad moral de los padrinos entre la jinchería que no hay un solo enamorado que intente violentar a su pretendida cuando está pendiente la resolución de lo que digan los padres de pila de la dulcinea.

"Jalar" para el indio es enqueridar, pero es un raro embarraganamiento para balancear el pro y el contra que pueden presentarse en el efímero convivio por la desigualdad o igualdad de caracteres que se juntaron para ver si no hay incompatibilidad en sus maneras, es decir, que si son capaces de aguantarse, sin romper entre ellos, las respectivas "perradas" de cada uno y cuando esta capacidad está comprobada —a prueba de bomba como dicen los abajeños—, entonces, sin vacilar proceden al casorio y lo celebran cuando lo hacen, tan alegremente, como si el día de las bodas fuera el primero en que van a juntar sus cuerpos y a vivir unidos por primera vez de allí para adelante.

Explicada la prueba del noviazgo ya queda claro por qué a Ñor Diego, medio ladino y calórico, a pesar de tener más de cincuenta años de vivir enmontañado, le diera vuelcos la conciencia para acceder a dar a la muchacha, pero encontrándose entre la espada y la pared y conociendo las cualidades del petionario, resolvió favorablemente para conservar su autoridad antes de exponerla a que el indio la irrespetara con un rapto seguro si le ponía en frente de sus honradas intenciones, aunque a su manera, la muralla de su negativa para un "jalacateo" a la usanza natucha.

Después de una prueba de cinco meses tiempo en el cual la taimada Hija de Casa no contrarió jamás a Mateyito, le servía al pensamiento, le paladeaba el gusto y le hacía tistes con cuatro dedos de espuma que rebasaba el anambirado guacal que si no hubiera sido el color café se habría dicho que era leche acabada de ordeñar por una mano experta, después de todo eso y unas docientas mirringadas más que no es posible enumerar, el indio no vaciló para irle a decir a Ñor Diego que el próximo veinticinco de Julio, día del patrón Santiago, se casarían; lo que se lo avisaba para que con tiempo la Andreyta, hija legítima de Pérez, estuviera lista para bajar a Boaco con todos los que iban a ir al pueblo en donde el padre Braulio haría el desposorio.

La determinación fue puesta en práctica tal como lo había pensado el natucho, después mejoró el rancho y mientras vivió Ñor Diego acamparon bajo la tienda en donde hicieron su noviazgo tranquilo, allí nació la primogénita y ya estaba en el "buche" el segundo vástago cuando emigraron a Río Negro en

donde abrió los ojos Juancito, viendo que la familia crecía resolvieron buscar un buen patrón y para ello se trasladaron a Chayotepe que acababa de pasar a manos de don Mariano Buitrago quien los recibió bien, les dió apoyo, trabajo y tierra para sembrar y vivir en el encierro de El Rosario en donde la Romana arribó al mundo y pernoctaron en tal lugar por unos once años, hasta que se trasladaron a la Aduana en donde el lector acaba de encontrarlos, pero no ya en paz.

III

La Luz aunque venida cuando principia a dar punto sus encantos de mocetona a la cañada chayotepina traía en la jupa un gran bagaje de brebajes que su padrasiro un célebre sumo hechicero le había enseñado cuando hacía vida marital con su madre verdadera en el cerro de El Aguacate que vigila desde hace siglos el oro de los minerales de Santo Domingo y La Libertad, pero como al trasladarse a su nuevo sitio por la muerte del brujo y de su progenitora no había encontrado ambiente propicio para practicar su sabiduría y tampoco no se le había presentado motivo para hacerlo se había privado del uso de las raras enseñanzas en las cuales se había doctorado; mas ya casada y sintiéndose inclinada cuando ya fue madre a una vida de ligerezas y amoríos variados principió para despitir al cónyuge primero y para atraer y sujetar después a sus compinches a dar bebedizos a diestra y siniestra según fueran las inclinaciones que la movían y las pasiones que la dominaban, a su marido para cegarle al principio y a los pretendientes para que la siguieran como lebreles sumisos enseguida.

El traslado de Hernández a La Aduana cuya casa queda ubicada a cincuenta varas del camino que lleva a Chayotepe ha permitido a La Rodanía ponerse en constante comunicación con los viajeros que pasan continuamente por el sendero ya para Boaco o bien para Chayotepe y con el pretexto de ayudarle al esposo ha puesto una saca de cususa, que por cierto es muy buena, y la que expende a los transeuntes que frecuentan la trocha, el tal negocio no es más que la mampara tras de la cual esconde la presencia de visitantes interesados de sus gracias, para que su hombre al encontrarlos no tome inquina con ellos.

Entre los que asiduamente la visitan se encuentra un mocetón fornido, fiomblonote, jipato, alto, pitudo de nariz, inteligente, vivaracho, guitarrillero, alegre y el que responde al nombre de Cosme Calero y de quien la indina se ha prendado locamente; no se le ha entregado todavía porque no ha tenido tiempo de rempujarle una dosis de ceguera que lo torne capaz de verla a ella únicamente como mujer entre las demás mujeres de la cañada; en atisbar el momento oportuno se le han pasado dos meses y Cosme desesperado le ha puesto un ultimátum para fecha próxima, que la chavala ha aceptado pero con sus peros condicionales para llegar al punto.

Calero vive en un rastrojo de su propiedad situado frente a La Esperanza de Nor Cleto en donde ha levantado una cómoda casa de tejas y en donde la infiel consorte ha pensado in pectore irse a vivir con el dueño si éste acepta sus condiciones, una de las cuales y quizás la primordial es que debe brindarle su techo.

La Luz en sus adentros ha resuelto que si no se la lleva, no se le entrega, pues viviendo juntos, se ha dicho, le remacharé el clavo a mi gusto.

Llegado el día señalado cuando Cosme le reclamó la palabra, le dijo friamente:

—Qué voy a ganar con que me jinetiés un momento; si no me hacés tu querida nunca probarás de mi ciliano.

—Pero que no ves que a Mateyo no le puedo robar su tesoro?

—Pero el tesoro dice que se puede ir con vos.

—Eso es otra cosa, pero yo no aflijiré al pobre hombre.

—Bueno, pues si no has de robarme, platicuemos de otras cosas, menos de esos enredos.

—Pero ve Luz, yo te quiero, y te voy a dar mi trabajo de un mes.

—Ni el de diez; lo dicho, ya está dicho; voy a molerle el tiste a Mateyo que ya viene de camino.

Cosme se le fue encima a abrazarla, a morderla, a estrujarla; sentía un alampamiento sin límites por besarla, pero presta y felina La Luz cuando se sintió aprisionada sin que la sujetaran con fuerza, se puso en ducias rápida y como una matabuey atisbando a la vera de un trillo viejo y en desuso sin decir agua va le dio un formidable cabezazo en la rótula que abarcó hasta la chimpinilla a causa de lo cual el alampado mozo vaciló incontinenti y cayó hincado; la mujer escurrió el bulto, tomó un danto que halló al pasar al lado sobre un camastro y blandiéndolo juguetonamente al pie del palo de guarumo gradeado que desempeña de escala y que lleva para el tabanco, a donde pensaba atrincherarse si el atorionado insistía, le dijo, lentamente para que sus palabras cayeran en la hoguera de sus ansias como guacales de agua fresca sobre la combustión de sus deseos:

—Ni por gusto ni por la fuerza me vas a jinetiari; si no me llevás a tu casa, dejá de pensar en yo.

Y sin esperar respuesta puso un pie en el palo escala del tabanco, lo miró de cabeza a patas y como si tuviera en sus venas sangre de culumuco de un solo salto alcanzó el envarrillado que forma el colchón del dormitorio aéreo y sin soltar el chirrion se dio vuelta para darle la cara a Cosme, se sentó a la orilla del segundo piso-cama a donde se había encaramado, jaló el palo de subir y lo atravesó de la solera del centro al tapesco en que estaba, maniobra que la dejó incomunicada de tierra y que equivale a levantar el puente

del castillo lo cual por fuerza terminó de enfriar al recalentado adorador; luego le sacó la lengua, le hizo chirringuindica, y tiró la mirada al camino en donde calumbró a Mateo. Volvióse presta al galán, bajó la escala hecha más para monos que para gente, la puso en su lugar, le señaló con la boca un asiento al visitante y desguindándose rápida, exclamó asorada:

—Ya viene Mateyo con los muchachos, tené formalidá.

—Bueno, voy a toparlo; tengo que hablarle del ajuste que vamos a entregar el sábado.

Cosme se dirigió al encuentro del que llegaba y cuando ya estaba cerca, exclamó:

—De dónde te la traés, compañeró?

—Del chagüite, hombré; ¿y hace rato que estás aquí?

—De cuanto aycito.

—Y ya te bolaste el piquito de la ronda?

—Qué años, hombré! a eso vine para decirte que ya la remedí con el mandador.

—Y cuántas varas dio por todas?

—Doscientas sesenta.

—Esas son; ni un fuco más ni un fuco menos, según me lo ha dicho mi bordón.

—Qué guineya más guaguaste la que atutiás!

—De rechupete; pero vamos a la posada que éste diantre pesa como un burro.

Los dos hombres platicaban en medio del camino real de la Hacienda; como todo individuo que la teme, Cosme juzgó prudente largarse de allí no más a su vivienda y entonces contestó:

—Yo vine a contarte solamente lo de la remedida y como tengo que ir hasta Las Mesas y ya es tarde, me desgarró aquí no más.

—Pues no te detengo, porque en ir y volver te va a coger la noche.

—Hasta mañana en Chayotépe, pues.

—Hasta mañana Cosmé, a las seis, yo voy a oscuriar bastante.

Se dieron las manos, Cosme tomó Aduana abajo y Mateo agarró el caminito de su patio casa adentro.

La Luz salió al alero a recibir a su esposo y ayudándole a bajar la guinea, murmuró:

—Qué bien criada! lo menos que tiene son sus treinta manos de guineyos.

—Así lo creyo yo, niña; y el fiste?

—Ya te lo tengo batido.

—Pues échalo para acá, que la barriga la traigo en tronazones.

—Cuidado te vas a maluquiar, mejor esperá un tiempito para tragártelo.

—Niñá, tenés razón; Juancito y la Ramona vienen pegados al poste con dos cabezas de plátanos cada uno.

—Pobrecitos, pero cuando la timba llora, los plénagos la contentan; así es que voy asarles unos cuantos para suavisarles la atuteada.

IV

Una hora después todos estaban meren-

dados y cada quien buscaba según sus deseos la manera de volver útil para su capote el resto del día, los muchachos comían cañas, Mateo descansaba en el chinchorro de majagua y la Rodanta le daba vueltas y más vueltas a la jupa viendo como arreglaba la carambada de Cosme.

De pronto una chispa de maldad brilló en sus ojos chiribiscos y guapos y como si hubiere dado con la clave precisa para no volverse a amolar más en la vida, saltó del taburete viejo en que monolagaba mentalmente y se dirigió a una cumbita prieta y sucia que tenía colgada de una de las varillas que forman la pared; buscó y rebuscó en el fondo hasta que sacó un huesito que miró con cierta alegría, arregló luego los otros chunchitos colgó nuevamente el fraste y con el fuquito de hueso dándole vueltas se fue para el molendero, lo raspó, echó el polvo en una jícara de agua, lo dejó remojando y después dijo entre dientes:

—Le doblaré la dosis y de aquí a mañana que le haga efecto, le haré creer que Cosme quiere que me vaya a servirle a su posada y el grandísimo dundeco se tragará el anzuelo; después a Cosme le meteré el arpón y por uno, tendré dos hombres.

Al amanecer del siguiente día cuando Calero pasó rumbo a la Hacienda por la choza de Hernández ya éste se había ido, la mujer salió a recibirlo y después de saludarlo, comentó indiferente:

—Te cogió la tarde, Cosmé, y quizá por esperar que te llevaran el fiste de donde Goyo García.

—Hay algo de eso, que decís, pero lo cierto es que pasé la noche con los ojos pelados por estar pensando en vos.

—Y lo peor es que dejarías de pelarlos con solo que te hicieras cargo de yo.

—Ya estoy resuelto a llevarte, aunque tenga que venderle el pellejo al diablo.

—Y para qué se lo vas a vender.

—Pues para . . . no hablemos mas, aliñá tu tigre y unos pocos peleros que por la tarde te gritaré en el llano para que me sigás.

—No hay para qué, tengo un plan que ni el Cabo Chamorro lo hubiera hecho.

—Un plan? haber échalo para casito, que como demonio eres el mismo Malo.

—Le voy a decir a Mateyo que me buscaste de molendera para cuidarte la casa y la jolotada que tenés y que sólo los domingos vendré a dormir a la posada.

—Y te dejará ir? será tan papo Mateyo?

—Segurito, lo vas a ver; andate que yo voy arreglar la cosa, pero antes de irte si querés te tomas un fiste que iba a beberme yo, para que no vayas tan en ayunas.

—Echátelo para empinarlo, que me servirá de muncho.

Y sin decir una palabra más La Luz le pasó el fiste a Cosme batido con el resto del agua que estaba en la jícara en donde había echado la raspadura del hueso, el viajero lo apuró en un raflá, se despidió y a trote largo

la emprendió para San Fernando:

Cuando desapareció en una vuelta del camino la antigua hija de casa de Ñor Diego Pérez, dijo para sí:

—Ahora ya estoy clara en eso que todos dicen y yo no lo había visto: con una piedra se matan muchos tincos; yo "bolonié" con una sola laja a dos pavones; y agora a comérselos, se ha dicho.

Al llegar aquí su monologamiento se frotó las manos en el rancho, sacó la ropa sucia para llevarla al ojo de agua, llamó a la Romana para que cuidara la casa y tomando una nambira, un pan de jabón de tierra y un peine de cacho se largó troteandito, troteandito, sandungueando las posaderas que los años principian ya a ultrajárselas y tarareando un sonsonete mitad música, de balantes de Santiago, mitad endecha montañera, siguió avanzando sin detenerse hasta que llegó al pocito en donde la Venus natucha se dio una grande remojada y le dio a sus peles una sanjuaneada de a pipián que bien la merecían.

Cuando Mateo regresó la Rodanta le dijo que Cosme quería que le fuera a cuidar la casa y en una palabra a servirle, por lo que le pagaba quince pesos sencillos, es decir billetes chancheros, y que si le parecía la propuesta ella se iría desde esa tarde para comenzar al siguiente día a trabajar y que además le ofrecía darle permiso para venir a pasar los domingos con él y los muchachos.

—Ajá, y vos qué le dijiste?

—Que si vos decís que sí, que llegaría nochandito agora.

—Bueno, pero los oficios de la posada quien los va a desempeñar?

—Pues la Romana, y Juancito lo echará sus fajiniaditas.

—Andalo si vos querés, pero los domingos tempraniás para la casa.

—Pues está claro, los domingos son tuyos y yo lo vendré temprano; entonces, trato hecho.

—Voy a dejarte en El Limón, pues yo voy donde los Sándigos.

—Pues date priesa, que ya principia a desguindar el sol y te va agarrar la noche.

—Monós, pues, que yo ya lo estoy listo, pues voy escotera.

Y con el mismo marido salió de su casa rumbo a la querencia de quien iba a ser su querido; en El Limón se separaron, ella tomó a la derecha hacia la tienda en donde iba a satisfacer la angurria de un deseo y un vicio y él hacia la izquierda cabizbajo y distraído como persona que no sabe lo que hace y lo que piensa en busca de mozos para terminar los ajustes que tiene que entregar en la próxima semana.

V

La Rodanta se instaló en la entejada choza con todo el garbo y mando de una propietaria que acaba de trasladarse a un nuevo pre-

dio, disponiendo además de los animales, de los reales del amante y de Cosme como quien dice todo esto es mío, muy mío y no hay quien me lo pueda quitar.

De esta guisa ha ido pasando el tiempo y en su transcurso de cuando en cuando la dosis del agua con hueso, la Luz se la ha venido duplicando a Calero hasta el extremo de que ya lo tiene casi idiota; da risa, por no decir piedad, ver a Mateo y a Cosme platicar de tareas, cacerías y en general de trabajos, indiferentes al mundo de cachazones, ligerezas y barraganerías múltiples que la demonia teje alrededor de ellos sin que los tales sean capaces de sospechar, con todo y de que es más, que suficiente para un ser normal lo que ven sin ver de las infidelidades de esta mujer endiablada; los tiene engeguesidos y los bebedizos que les rempuja les ponen cataratas dobles en las pupilas del alma y lo que es más curioso, quizás más sorprendente, es que esas ceguerras pongan una obscuridad impenetrable sobre los cristalinos transparentes del amor que tan sensibles son siempre para captar los más leves gestos de las indiscreciones por parte del ser querido para cualquier otro prójimo con tal que sea del otro sexo, qué menos que tratándose de machos que besan, abrazan, estrujan y hasta duermen con la persona amada sin que la sospecha de una duda, de una malhumorada tan siquiera leve, emerja de inmediato de ese abismo insondable que se llama el corazón y de consiguiente de la sima de cada uno de ellos nazca la protesta natural de todo macho, pero ni por broma se ve que brote la más leve muestra que diga yo soy un ribete de incertidumbre de esa cita en el tabanco que frente a nosotros la Luz se está dando con uno de los tantos que la visitan para gozar de su cuerpo.

Se pueden llenar páginas de páginas con narraciones curiosas e increíbles sobre las cabronerías que los mágicos hebreos de La Rodanta hacen invisibles y logran que pasen desapercibidas, a pesar de lo continuas, a las miradas del esposo y del concubino; cansados los amigos de ambos de ver la indiferencia con que dejan deslizar los deslices de la natucha, los embaídos cabronazos, se han atrevido a decirles que si no tienen ojos para ver tanta orfandad, tal trilla de hombres diversos que en busca de placer llegan a sus casas derechos a la colmena de la jipata deseada, que por qué no la dejan, que se separen de ella, pues son como dicen ellos la chanza de la cañada y por toda contestación y como si ambos se pusiesen de acuerdo contestan uniformemente y en lugares distintos cada uno: que son habladurías de sus malquerientes que como no consiguen nada con ella salen a los caminos y ranchos a contar cuenteretes de la pobre que no tiene más pecado que quererlos sin que hallan cercos que detengan su encariñamiento.

Para muestra del esfuerzo que han hecho los que los estiman, bastá este botón que lo

labró un día de tantos el dueño de Chayotepe en la posada de Hernández:

Una tarde el propietario citado venía de recorrer su heredad y sintiendo sed entró a la vivienda de Mateo en solicitud del líquido precioso que le pone coto; Mateyito estaba en plena sala de la choza gozando del chinchorro y tan luego divisó a su patrón se puso de pie, se quitó el sombrero y se adelantó a saludarlo, diciéndole gozoso:

—Que se lo anda haciendo, patroncito.

—Casi nada Mateito, recorriendo el llano y resolví de regreso entrar a saludarte y pedirte un poquito de agua.

—Pues voy a pasársela, mientras se desmonta.

—No te apures, hombre, vamos despacio, que quiero refrescarme antes de beberla.

—Pues siéntese patroncito, y ligero le puso un taburete al lado.

—Gracias, hijo; y la Luz, qué se ha hecho?

—Trabajando, patrón, trabajando.

—Trabajando? y a dónde está tu mujer empeñada?

—Empeñada, no, pero de mesera sí, donde Cosme Calero.

—Dónde Cosme? y de cuando acá puede Cosme pagarse una sirvienta?

—Pues, yo no se, ni me he hecho cuenta de ello sino hasta agorita que usted me lo pregunta; pero ella dice que cumplidamente le paga.

—Y tu has visto el dinero de esa paga?

—Tanto como eso, no, señor, pero desde luego que lo dice para qué va a embus-teriarme.

—Pues eso no es cierto Mateito, aunque ella te lo diga; Cosme tiene dos meses de estarle desquitando doscientos pesos que le dí y como es un buen trabajador cada sábado le ofrezco el valor de la semana porque tal vez puede tener necesidad y no lo acepto porque quiere pagarme, para sacarme otra cantidad que necesita para acabar de pagar su monte; así es que de dónde puede coger Cosmito para darse el taco y el lujo de tener una molendera, salvo el caso que sea su querida.

—Vea, señor, yo no lo se; pero lo cierto es que la Luz tiene ropa nueva, peinelas, pañuelos del patrono Santiago y otras cuantas dundersías que si Cosme no le pagara no las podría haber comprado ella.

—Mateito, hombre, Mateito, no sigas engañado, por más tiempo; la Luz es la querida de Cosme, de los Sándigos y de quienes ella quiere serlo y lo que tiene comprado ni vos ni Cosme se lo han dado, sino que los otros hombres que pasan ya por aquí, ya por donde Calero alquilándole su cuerpo o regalándole ella a su capricho, esa es la realidad, y para desgracia tuya y de cualquiera otro en tu caso por lo doloroso, es que la verdad es la única de las cosas humanas que tiene que presentarse completamente en cueros, aunque sorprenda y desquebraje a quien se le desnuda, para que pueda ser a ciencia cierta la verdad.

—Será posible patrón? yo si usted me dijera que lo ha visto todo eso que me dice personalmente no lo pondría en duda ni un momento porque, eso sí, usted no miente nunca, pero con seguro son los malquerientes de mi mujer los que le han metido esas desvergüenzas; pues siempre gustan de embijarla con maldades.

—No, hijo mío, no; no son los malquerientes de tu mala compañera los que me han contado lo que te he dicho, son los hechos reales que se palpan en cuanto uno llega donde Cosme o viene aquí; sólo tu que tienes telarañas en la vista y quizás sea mejor decir como dicen los campistas, que estás bien tapojado, pero con un tapojo de a metro, eres capaz de dudar y pararte en redondo para no abrir los ojos a las zanganadas de tu esposa.

—Vea, patroncito, es que la Luz es lo que se llama una mujercita fiel y buena y como es tan dundeca todos le encaraman el sambenito de la putañería encima, la encuitan por puro gusto; yo quisiera que usted viniera a estarse aquí conmigo en mi rancho para que se convenciera de que lo han engañado o se ha dejado sorprender por las apariencias al pasar por el camino.

—Pues si así lo cres, poco o mejor dicho nada se puede hacer por tu mal, y ya que sólo a vos le interesa este asunto, pues quedate con la inocencia de la Luz que eso es una cosa sumamente tuya y que sólo a vos te interesa.

—No patrón, no vaya usted a molestarse porque le llevo la contraria; en el alma le agradezco su franqueza con este su machetero, conozco bien lo que me quiere para poder dudar de que lo que me dice no seya de corazón; pero como yo no he podido ver nunca nada, cómo quiere que dude de mi mujer?

—No es que quiera tal cosa Mateito, lo que pasa es que me da lástima ver en el estado en que te tiene tu mujer, a vos que sino eres el hombre más honrado del lugar eres por lo menos uno de los pocos que hay.

—Soy franco, patroncito, muy franco, naide, me ha dicho nada hasta la hora en que usted me habla de ello, pero le prometo poner todos los sentidos que tengo para averiguar la verdad de esos decires.

—Ojalá lo hagas, ya que no son decires si no hechos, y como se viene la noche, ya me voy y no dejes de tempranear mañana que quiero ir contigo al cañal para que me cortes unas cuantas cañas y me hagas un pequeño rosado al lado del norte del plantío.

—Seré cumplido, señor, seissiandito llegaré sin falta.

—Adiós, hijo; tuve el gusto de verte.

—Adiós, patrón; que me lo vaya bien en el camino, cuidado con toser o hablar antes de pasar por el correcoyote que está en un cornizuelo frente al cobanito que está parado cerca de la tranquera, porque si se descuida lo puede afizar.

—No tengas cuidado Mateito. Hasta mañana.

—Dios lo quiera señor, hasta mañana.

El patrón le quebró las riendas a la mula y le corrió las chocoyas desapareciendo a poquito en una de las dos ondulaciones que el camino ofrece para llegar a la Puerta de Trancá en cuyas inmediaciones está ubicado el endiablado correcoyote que mencionó el colono cornúpeto de La Aduana.

Como el calibre de ese diálogo habido entre sirviente y patrón, con la diferencia de que para Mateo, éste es más autorizado, son las pláticas que sus compañeros sostienen con él cuando la oportunidad se presenta y lo mismo se puede asegurar que pasa con Cosme según sean las circunstancias en que logran pescarlo, pues éste es más "juidor" que el otro de las compañías, además Calero no es más que un querido y Hernández es el esposo de la jincha apetejada.

Su patrón no se franquea con él como lo hizo con Mateo porque juzga a éste con derecho y al otro sin ninguno, mas a pesar de esta opinión le ha hecho sentir a Cosme que debe de abandonar a la Luz para devolverle la tranquilidad a Hernández quien es la víctima verdadera de esta endiablada putriarca indígena.

VI

Desde hace algunos días ha aparecido en la cañada de Chayotepe el lenchano Daniel Guzmán quien piensa trasladarse definitivamente de San Lorenzo —lugar de su nacimiento!— a la Montaña, es hombre bien parecido, con cincuenta grados de natucho y cincuenta de ladino, ni alto ni bajo, fornido, bronceado, de pocas palabras, suave de carácter, acochonado para hablar, da la impresión de ser un gran taimado, vaquero de oficio, ordeñador de fama y hombre para sus cosas ordenado aun en aquellas en que andan de por medio las mujeres.

Desde que llegó se ha prendado de la Luz y ésta del hijo de San Lencho, en las parrandas, en las chichadas por los ocho días de cualquier difunto y en los días de saca de cususa, Guzmán y la Hernández andan juntos y se olvidan de los presentes para planear el derumbe de Calero cuyos nacimientos ya carcomidos cedan con rapidez a las embestidas del recién llegado.

Cosme como si presintiera algo que va a herirle el corazón, a pesar de su ceguera para no ver los nuevos amoríos de su querida, sale poco de su rancho, no ha querido ni ir a trabajar y tiene el cuerpo "engarrotado" y con una malquenza que se la produce según él mismo lo manifiesta la falta de sol en las coyunturas acostumbradas a la brega con el machete y al monólogo que a pija entabla destructivamente el hacha que él impulsa en la derriba de la huerta.

La Rodanta le ha prometido a Daniel dejar a Calero en la madrugada del día de San Juan y como éste se aproxima a paso de Gigante Suquia y ya no hay tiempo que perder,

para arreglar la "juida", Guzmán ha llegado de visita al rancho del querido oficial de la indigesta y después de saludarla, pues aquel anda en el solar, le dice a quemarropa:

—Bueno, Negrá, ya no queda más que una semana para que me sigás y todavía no me has dicho donde querés que haga la choza que nos va a resguardar.

—Quitate esa tema que te entramoja y te hace ullar como "murrña" de pobre cuidando frijolera, vos y yo no necesitamos rancho para vivir, pues sobra con el de Mateo.

—Qué has pensado que con él vamos a vivir?, eso no lo va a permitir tu hombre.

—Ya te dije que no hagás lo de las murrñas, dele que dele por ullar día y noche hasta que llega uno a zafarlas del tramojo.

—Pero si no es que ulle, lo que pasa es que hay que hacer las cosas con formalidá.

—Pues con formalidá te vas agorita derechito a donde Mateo y le pedís posada para mientras te venís con tu familia de San Lencho, él no te la negará y para dormir te ofrecerá el tabanco.

—Bueno, y después, vos y yo como vamos a resolver la cosa.

—Pues cuando llegué yo, ya te voy a hallar en el tabanco y vos roncarás a un lado y yo en el otro, en apariencias a cuatro varas de distancia cada uno, pero al peso de la noche los lados del tabanco se cuapiarán y tené la seguridad de que "popiaremos" juntos.

—Salgo a trote largo para La Aduana a pedir la posada a Mateo y desde hoy dormiré allí.

—Eso se hace, lo demás son meras pampinas, tronadera en seco y encuitamiento de mico que se cura con sólo labarle la triaca, que te lo vaya bien.

—Gracitas, negra linda, saludáme a Cosme.

—Por allí viene ya, le daré tu saludo.

Guzmán dándose con los talones en las posaderas salió a galope de indio que equivale a decir casi en carrera limpia, no se entretuvo en el camino y en menos de un cuarto de hora de plática con Mateo, dejó arreglada la posada con el jincho que tenía desde hacía tiempo ciego el corazón cuna de las pasiones que movilizan al hombre.

VII

Por fin llegó la madrugada de la fecha señalada y antes de que Calero se levantara para irse a bañar a la quebraja que pasa en sus dominios, la Luz ya estaba vestida y lista para emprender el viaje.

El natucho se incorporó de pronto, peló las charolas y al verla a la claridad del candil dándose los últimos toques de un arreglo de cilianada, le dijo pausadamente:

—Niñá, que ya lo fuiste al criquito a sanjuaniarte y no me despertaste para que te acompañara?

—Pues sí, niñó, ya lo fui y como es diya de San Juan en cuanto me desperté me des-

guindé al agua para remojarme y después le dí para acá para emperendicuetarme y no te quise hablar porque todavía era muy de madrugada.

—Y para dónde te la llevás tan oscuro?

—Para mi casa, voy de viaje, aquí no tengo ya qué hacer. Todo acabó entre los dos.

—Ajá, cómo es la cosa? y quién te ha corrido para que me dejés botado como a perro viejo que solo pulgas echa?

—Naide, pero así como me vine porque quise venirme, así me vuelvo a mi querencia agora; vos y yo ya no somos nada; yo soy la esposa de Mateyo y si me hacés o me querés hacer algo te echo al hombre encima y te echo a Juan mi yerno.

—Pues, no te haré nada, pero tu "juida" me llenará de murriña de paleta el corazón para todo el resto de la vida, y te vas a arrepentir de haberme dado tan filudo mal que hará picadillo todo lo que de Cosme dejás.

—Qué puedo hacer yo por vos, me hace falta mi viejo, mis hijos, mi rancho, mi molendero, mis gallinas y hasta mis barcinos cacastudos que me ostigan por las noches con sus ladrazones; vos siempre has vivido ingrino y con tu ingrimidad te quedás; quiero arrancarle a Mateyo el puñal de dos filbos de mi "juidera" y a los muchachos la ruca de la calcolta del mal comportamiento de su mama.

—Pero, Luz, porque te vas cuando estoy mas amolado y mas lastimoso que nunca; este fejado viejo es tuyo, la jolofada, la guerta, el dueño y mi trabajo, todo, todo, te los he cedido, qué te ha hecho este jincho desgraciado para que lo echés a los zoperronches?

—Comistó, nada resiento de vos; pero yo soy como las vacas mucas que cuando meten la cabeza en medio de los hilos de alambre de los alambrados se llevan con el pecho el cerco entero cuando disponen salirse del corral para coger los montes de donde no hay "campistos" que las saquen; ya te dije que me iba, y me voy agora aclarandito para llegar seisiandito a mi posada.

—Pues que te lo vaya bien, y medio atrozonado y lloroso, el pobre indio pecador que lo medían hoy con el mismo bordón con que él había medido a su compañero, volteó la cara hacia el rincón del camastro y no volvió a mosticar palabra en el resto del albear.

La mujer se dedicó a dar la última mano a sus peleros, ordenó todo los trastos que pertenecían al enristecido amante, regó maíz en el patio para que cuando se levantaran los chompipes no la echaran de menos y tomando una red ordenó en ella su pequeña carga y la puso a la vera de la puerta de salida y se sentó en una banqueta a esperar la hora del amanecer.

Cuando los rosicleres tiñeron de cármenes los nubarrones vagabundos la Rodanta se puso de pie, se volvió hacia el fogón donde el gato runrruneaba, le dio un postrero vistazo al pobre y desamparado Cosme; se colocó el

mecapal de la red que la frente arrastraría y hablando duro, dijo:

—Me voy, niño, verme salir para que mañanas no digás que me he llevado alguna cosa.

—Cómo vas a creer que no lo diga si te llevás robado todo lo que antes fue Cosme Calero, agora yo ya no soy Cosme, soy un alma en pena.

—Eso no es robar y si lo decís, pues allá vos, hay nos veremos otro día.

Y uniendo la palabra al hecho salió troteandito, troteandito, troteandito como en la mañana en que se fue a sanjuanear su ropa sucia al ojo de agua el día en que abandonó a Mateito con la diferencia que en este amanecer volvía a su redil la oveja descarriada no porque le interesara volver sino porque en el rancho existía un nuevo atractivo para su inquieto corazón y su amapachinado cuerpo nunca saciado tendría otro querer que le daría satisfacción a sus ardores y deseos de purciana jamás satisfecha.

VIII

Retornó al viejo hogar precisamente a la hora en que se cumple el dicho de los hateros ladinos, a las meras señales inequívocas, en que se basa para conocer toda persona no jincha y que duerme en pieza cerrada sin salir al patio de la estancia el instante de estar amaneciendo y que gráficamente lo señalan al indicar sentenciando: cuando el chancho "cuiya" y el indio caga, ya es de día; es decir, que llegó cuando ya en el corralillo de la casa cuiyaban los cerdos y Juancito y la Romana tornaban del solar, cosas que no suceden nunca sino hasta que albeandito comienza amanecer, obscurito todavía, a menos que un tigre loco rondeye las cercanías de la casucha y los habitantes sean arremetidos de una hremebunda corré que te alcanzo y tengan que salir inesperadamente a buscar el solar para exonerar y los suidos desfloquen su miedo en una bacanal de cuiyadera.

Cuando Mateo la vio se sorprendió de su presencia y le preguntó de seguida:

—Ydiay, Niñá, qué te lo ha pasado? que por lo que veyo ni café le diste a Cosme.

—Pues, hombré que no quiero ser ya mas tiempo su sirvienta y ayer lo avisé que ya no iba a seguir.

—Bueno, esa es cosa tuya, porque vos no necesitás de fregarte y si te fregás es por tu mero gusto, que aquí, gracias a Dios y al patrono Santiago nada hace falta.

—Y Juan tiene lleno los tinacos? y el chancho ya lo mataron y todo está ya listo?

—Pues no vale nada que te dés tu resbaladita para ver si está ya todo, porque yo por andar bañándome no he ido todavía.

—Pues monós todos a desayunarnos con ellos, está ya frito o no el coquimbo?

En esto sacó la cabeza Guzmán por el portillo del tabanco, saludó a la recién llegada, se desguindó del alto, le fue extendida la in-

vitación al tabanquero, se alistó éste en un momento y jajayándose los santiadores emprendieron la partida tomando la punta la ex-sirvienta quien los condujo derecho a sanjuanar donde Juan Rocha.

El día de su santo los natuchos echan la casa por la ventana según sean las comodidades de que gozan, y lo primero que hacen para que sobre todo en abundancia es destazar un cerdo cuya degolladura es la señal del comienzo de la chichada, pues mientras uno le está enterrando a la víctima el puñal la esposa del festejado o la querida en su defecto se aproxima a los que rodean el sitio del sacrificio con descomunales guacales de silían los que reparte entre los circunstantes y desde aquel momento es repartir y repartir siliano hasta que está totalmente descuartizado el chancho y el frito principia a andar de mano en mano como una boca deliciosa para los que se atipujan de guarapo; en seguida cargan la tripa en serio, es decir se desayunan con vastas comaleras y fritanga en abundancia, se van luego a la quebrada o río más cercano a bañarse, se aquietan mendoseando la bebiata para no rodar desde un principio y a las cinco de la tarde sueltan por fin la rienda del retraimiento la que no vuelven a recoger sino hasta que ruedan por tierra, y cuando tal hora llega los patios de las viviendas dan la impresión de ser la derriba de un desmonte sobre la cual pasó el fuego hace unos quince días dejando solamente la palazón trenzada y las cenizas barridas por la furia de los alisios.

Cuando los juanchadores llegaron el guarapo ya estaba dando punto en la cabeza de los destazadores y así es que sin tus ni mus al ver llegar la comitiva de la suegra del festejado abandonaron el quehacer para ir a recibir a los visitantes a quienes después de colmarlos de atenciones, la indilgaron directamente contra el lenchano a quien le presentaron el guacal padrote de la casa lleno de chicha popiada para que se lo rempujara.

Daniel vio la desmedida medida y de hecho comprendió que zampársela, era rodar al poco rato al suelo, presumió que la atención tenía mucho de maldad y le hubiera tenido que dar fin hasta el fondo si no ha llegado La Luz a sacarlo del apuro, diciéndole de pronto:

—Hombré, Daniel, con semejante nambiro zampado en la barriga vas a rodar como tallo de guineyo cortado de un pencazo, échá-telo para acá para ayudarte y para que te atuteye Mateyo también y juntando a lo dicho la acción cogió el guacalote y principió a beber hasta que le apeó dos dedos al jicarón, luego se lo pasó a Mateo que le bajó otro tanto, en seguida éste se lo volvió a Guzmán quien apuró el resto, pero mermado por lo menos en unos tres litros y su pico.

Es costumbre indígena que cuando alguno visita una casa se le debe de obsequiar una bebida y el visitante está obligado a dar-

la fin hasta la última gota, no hacerlo así es ofender al dueño de la casa y jamás en la vida a quien lo resiente de tal manera le volverá a brindar nada el jincho despreciado, la experiencia demuestra que por desabrido que sea el brindis, el que convive con el indio se lo debe de tragar para evitar dificultades que cualquier circunstancia inesperada pudiere acarrearle con el tiempo, pues el natucho no olvida nunca el hecho y cuando uno más necesita de algo indispensable y ese algo se tiene que conseguir en la vivienda del desairado indígena, es más fácil hacer que una mosca no se siente en un lugar en el cual ya se ha posado una vez que el fuerano borre la ofensa hecha y verifique en seguida el servicio que se le pide.

La costumbre de obsequiar al visitante tiene una bifurcación curiosa que vale la pena de señalarse y es la siguiente: siempre que llegan dos o más personas de visita de sus misma raza o de la igual condición social de ellos, es decir trabajadores, aunque sean ladinos, al que juzgan mas autorizado le pasan primero que a los otros un guacal bien grande lleno de pozol o de la bebida que les van a brindar, el escogido toma el artefacto e incontinenti principia a beber y cuando ha tragado algo se lo pasa a otro de sus compañeros y éste a otro hasta que el recipiente de jícara que siempre es admirable por su limpieza hace un recorrido general de bocas, tal medida sirve para dar lugar a preparar a las mujeres la cantidad de guacales llenos de líquido que requiere el número de los visitantes y cuando los que llegan son solo dos, entonces, en un solo guacal padrote o mania guacal les reparten, bien sabido los obsequiados, por supuesto, de que tienen que darle fin al contenido.

De esta bifurcación fue de la que se valió la Luz para salvar a Guzmán, ella comprendió que le habían dado el tamaño jicaron de guarapo para que el lenchano se viera precisado a dejar un poco de la alegradora chicha y si tal cosa hubiera acontecido como la ofensa iba a ser inferida al hijo político de la ex-sirvienta amasia, Daniel hubiera tenido que abandonar la posada de Mateito tan luego regresara de la chichada, porque eso sí, Juan Rocha pudiera disimular cualquier ofensa menos que lo desprecen y a eso equivale el dejar sobras entre los jinchos y por supuesto hubiera reclamado en la misma noche la corrida del chavalo que lo había ofendido de tan semejante manera.

Todo el resto del día fue invertido en una prolongada guarapeñada la que concluyó hasta que rodaron todos como cepas de chagüite que hubiera trastumbado un huracán; después el que se iba despertando se iba paneando a su posada y a las tres de la mañana solo la Luz ocupaba con su cuerpo un retazo del patio sobre del cual había rodado la mayoría de los parranderos y para contento y satisfacción del festejado como siempre en sus

guaseadas no hubo ningún saldo trágico que lamentar al claronear la nueva aurora.

I X

En el interin Cosme había permanecido en su casa sin salir al patio tan siquiera, cuando su amante lo abandonó y le dijo: "Hay nos veremos otro día", le lanzó una mirada tan llena de desesperación, tan cargada de hambre por el deseo carnal de sus encantos que parecía aquel postrer vistazo la angustiada desesperación que se refleja en los ojos de las reses mal comidas de Teustepe y Las Bandejas en el rigor del verano, en pleno Marzo y Abril, cuando los viajeros les echan guate a sus acémilas en el momento de sestear o bien al fin de la jornada y llegan aquellas a robárselo para saciar la función fisiológica de su necesidad y el guardián que cuida de las bestias se los arrebató para que no mengüe la ración de las mulas en jornada, ese raro mirar de los rumiantes en ayunas necesitados y macilentos por la debilidad frente a la cena ajena de los animales rendidos por la dura traqueleada y difícil de cachusmear por el celo caviloso del vigilante, cuando se ve una vez no se olvida nunca y cosa curiosa, haciendo comparaciones se comprueba que el ansia en el bruto y en el racional tiene un reflejo tal en las pupilas que uno queda convencido que el instinto en la bestia y el alma en el humano transmiten al fuego de la visión la batalla en que se empeñan.

Después, la expresión de los ojos de Cosme se desvaneció en la penumbra de las pestañas y un indiferente mirar amodorrado substituyó al ansia quemadora que emergió en el rayo de su vista en el momento de la partida, de su adorada bagarrana, luego se sentó en la pata de gallina en que la Luz descansó antes de irse y echando la cabeza entre las manos apoyó los codos sobre las piernas y en esa postura estuvo hasta muy adentrada la mañana.

Cosme tiene fama de sacar canciones del aire y música a su capricho de la guitarra que toca a perfección, es según esto poeta y músico y para no saber leer y escribir tañe esas dos cuerdas del alma algo mas que regular para su condición de analfabeta y lo curioso es que para construir sus endechas se pone boca arriba en una artesa vieja y ancha que tiene en el patio de la casa bajo un frondoso arrancacalzón, allí rasca el pequeño instrumento musical que ejecuta, después principia a pespuntearlo y luego a monologar y cuando menos se piensa Calero sale entonando una canción acompañada de un sononete quejumbroso que lo va haciendo vibrar a medida que el canto sale perezoso y triste de su boca; lo repite y repite persistentemente hasta que letra y música se le graban para eterna memoria en la fotolpa y cuando las circunstancias lo permiten las vuelve populares ejecutándolas entre la jinchería que lo escucha, ya en los atardeceres

en el gramoso corral de Chayotepe donde los mozos rodean pára distraer el espíritu después de las faenas diarias o ya en las chichadas por las celebraciones de ciertas festividades religiosas que los natuchos conmemoran a su manera.

La ingrididad en que lo colocó la "juida" de la Rodanta despertó en su interior su sentimentalidad de cantor y de poeta y al día siguiente la amargura que lo emponzoña le permitió dejar el tapasco, se trasladó a un chinchorro anciano y deshilachado que tiene en un bajarequito, una vez en él se acordó de la vieja guitarrilla y levantándose como si en su alma no se debatiere el agobio y la desolación de la soledad con el abandono real, se fue ligero a coger el instrumento y apriisionándolo bajo su brazo de chapodador incansable se dirigió a la canoa en donde principió a rascarlo y sobarlo continuamente y después de un rato de vacilación y vaguedad no precisable comenzó a monologar y a parir una cuarteta que, aunque montaraz y desaliñada por salir de quien salía, en el fondo a pesar de todo eso, trasmite fidelísimamente el amargor que le consume el pecho al indino desolado.

La lira de Cosmito ha vibrado así:

¡Ay, Luz! ¡Ay, Luz! yo te quiero,
Tu "juida" me está matando;
Soy persogado ternero
Que por vos está berriando.

Como si el parto espiritual le hubiese llevado tranquilidad al espíritu Cosme se colocó la guitarrilla sobre la panza, se quedó mirando al monte y sin que lo pensara se durmió profundamente hasta ya muy entrada la noche; cuando se despertó volvió a tomar el instrumento y prosiguió en la tarea de parir espiritualmente.

Después de corta lucha por retener en la mente el nuevo alumbramiento, lo cantó de corrido:

¡Ay, Luz! Ay, Luz! va Cosmito
Derechito para el Cerro,
Lo que debo no desquito
Porque me he vuelto tu perro!

El Gorrión de la Hoscagacha
No se aburre cuando embrama,
De la Luz nunca se empacha
El querer que me sollama.

Al terminar escupió sobre el arrancacalzón, se paró perezosamente y dijo duro como para que las brujas y los cadejos lo oyeran:

—Cuando cante el primer gallo me irá mañana al filo de la madrugada a serenar a mi jaña, y sin más trámite se metió bajo techo y se embolsó en una tigre roja y grande que le brinda su calor cuando las brisas nocturnales se enfrían.

X

Calero fue exacto en cumplir con la se-

renata que se había propuesto llevar a su adorada hasta La Aduana, cuando El Giro del patio de Cosmético dividió la oscuridad de la noche en dos mitades iguales con su canto cronométrico el escalda aborigen que no dormía saltó de su yacija al suelo, se encasquetó los "burros", se echó el chachagua al hombro y se puso la guitarrilla de hopo, encendió un chilcagre, llamó al Ayudante para decirle que quedaba de guardián, se dobló en media puerta el noble dogo como si hubiera entendido la orden y cogiendo el encoñado cuesta abajo pasó rápido la quebrada y se adentró en el llano de El Limón de donde se columbra el rancho de Mateo.

Tragaba rápidamente el camino y al mismo tiempo escupía nicotina producto de la melena revoladora, las piernas no cesaban de digerir sendero sometidas a la voluntad de su dueño que iba dispuesto a que se hartaran de llano, cuesta y zanjones, pasó el riatillo de El Silencio y cuando estuvo a la mitad de la subida del altiplano tomó un atajo que conduce derecho al rancho de sus desvelos y cuando llegó al pie de una hojachigüe que casi está en el patio de la casa hizo alto, recostó la escopeta al palo, respunteó los nervos de su alegre compañera y dándole duro por las costillas hizo que brollara el sonsonete lánguido, parto también sentimental de su corazón y cuando creyó que el instrumento correspondía a sus ansias soltó la canción que pariera su espíritu en la primera noche de abandono bajo la fronda piadosa del anciano y siempre muchacho arrancacalzón.

A aquella hora y en aquel ambiente de silencio felino las notas invadieron con facilidad la casa, treparon por el tabanco y fueron a dar con cierta deliberación maligna a los oídos de la Luz que velaba sin querer víctima de la goya que le heredara el día del Bautista, la serenateada se incorporó y despertó al huésped de Mateo que le calentaba la rabadilla y le dijo solazándose en la canción:

—Estás oyendo? Ese que canta es Cosmético, yo le ayudaría a buscar una buena mujer si él quisiera entrar en razón, y como si sintiera miedo se arrimó completamente a Guzmán y luego agregó: Cuando el diablo ese coge la guitarrilla hasta las penas se echan para oirlo y los jolotes sandungueyan.

—Pues de verdad que la rasca bien y be-rreya galano.

—Cosme es hábil en todo, lástima que a mi ya se me salió, pero eso no le quita nada en mi reconocimiento de sus habilidades.

En ese momento el cantor comenzaba a entonar por cuarta vez la endecha y Guzmán que estaba medio pipiaste por modorra gomética y además semiencelado por la satisfacción de la Luz en escuchar la cantiga, dijo malhumorado.

—Este chocho hasta que hora nos irá a dejar en paz.

—Danielitó, si te molesta la cantadera dormite y si no podés reconciliarte con el sue-

ño, pues callate, que el monte es del patrón, Cosme es mozo de Chayotepe, canta donde los dueños de casa se alegran con sus tonadas y además es libre de abrir su boca donde se le meta en gana, así se le zampen moscas y jejenes.

—Pues si yo no digo lo contrario, lo que sucede es que va de darle y darle y más darle y volverle a dar con eso de:

¡Ay, Luz! ¡Ay, Luz! yo te quiero,
Tu "juída" me está matando;
Soy persogado ternero
Que por vos está berriando,

y claro es que de tanto decirlo ya me charchaleya el corazón y parece que quiere darme hipo quizás por lo mismo que le quiero mucho.

—Pues no te enfadés, porque vos me tenés a tus costillas, mientras que al desgraciado el frío se lo come y el sereno lo remoja, sólo por estarse diciendo que me quiere, eso no hace daño a naide vos lo sabés mejor, pues hasta la patota me la tenés echada encima como si me estuviera "juyendo".

Guzmán no respondió nada y Cosme dejó de cantar como si lo hubiese oído y quisiera darle gusto, pero los oyentes sabían que no se había ido porque se oía en claro un respunteo lento de la guitarrilla y una que otra palabra vaga que semi-entonada salía del pecho del músico comarcano.

El entreacio dilató como una hora y ya cantaban los gallos de las tres cuando Cosme principió de nuevo a repetir la canción, pero con una quarteta más que el pobre diablo había agregado a la tonada en el largo intermedio que había dado, por cierto que el hopo agregado vale la pena y hay que oirlo para juzgar:

¡Adiós, Luz! ¡Adiós, Lucita!
Ya me voy, vení conmigo,
Te llora mi madre-cita
Para que sigas a su hijo.

Con el nuevo aditamento Cosme vació algo su pena y comprendiendo por el Nistayolero que ya había aparecido al lado de El Rosario que pronto iba amanecer, repitió por última vez el canto y por quince el agregado hecho al pie de la hojachigüe, lanzó un suspiro hondo, hálito lastimero del abismo de su alma, cogió el chocho, le colgó otra vez la guitarrilla y en dos mil zancadas raudas recorrió los dos kilómetros que lo separaban de su casa, cuando llegó a la puerta el Ayudante avizoraba en el mero quicio a donde lo había dejado y El Giro gallofiando quiquiriqueaba indefiniblemente desde las ramas del guásimo copudo que le brindaba dormitorio por las noches.

XI

Desde esa madrugada el embrebajeado natucho no ha faltado al peso de la media no-

che al pie de la aparragada y maltrecha hoja-chigüe a donde llega a entonar la tonada que es como un desahogo de amargura que su alma tiene cuando su pecho inspirado y abatido deja escapar la canción.

En lugar de conformarse y resignarse al paso de los días parece mas bien que se empeora y ahora ya casi está de remate, pues habiendo encontrado en la falda de la trepada un bello árbol de Coyote que ha nacido en medio del cuajichotal que cubre la cuesta, ha limpiado una regular circunferencia al pie del vástago del palo y bajo la fronda de éste en pleno medio día desgraña los rascamientos que arranca a la guitarrilla con lo que la Luz tiene ahora un concierto permanente.

Cuando se aburre de darle al instrumento se pone a recorrer los cuajichotales sin temor a las puyas de estas cañas peligrosas y asesinas y repitiendo la canción sin acompañamiento va de arriba abajo, de un lado a otro, diciendo constantemente:

¡Ay, Luz! ¡Ay, Luz! yo te quiero,
Tu "juida" me está matando...

Y cuando fatigado por la andadera ya no puede mas se sale al camino que conduce a Chayotepe y lleva a Boaco y bajo un chomporoco arbolillo de nancite que está en un recodo del trepón más violento se detiene jadeante, desencajado, mirando sin rumbo fijo como desorbitado, quizás en pleno desquiciamiento y se pone a pulmón lleno a berrear porque tarareo de canto no es aquello ni mucho menos solfeo, rústico, como dice Toño Rayo cuando oye el papachín de la chichera completamente desentonado, lo siguiente, que su mente abnegada en desesperación produjo en la madrugada de su primer serenata:

¡Adiós... Luz! ¡Adiós... Lucita!
¡Adiós... Luz! ¡Adiós... Lucita!
¡Adiós... Luz! ¡Adiós... Lucita!

Y aquello es como un remoquete que un batallón de muchachos fuera repitiendo incesantemente no todos de una vez sino que de uno en uno hasta aburrir a un vecindario que hubieran dispuesto trastornar en un arranque de vagancia inexplicable en una de esas vacaciones mal empleadas de cualquier mundo infantil del planeta.

La sitiada en vista de la porfía del viejo amante, tiene en sancocho un pensamiento que según le dijo a un concierto de Chayotepe que la pasa chiliando, de vez en vez, que de un momento a otro lo va a poner en práctica para ver si se cura el pobre ajustero atarafiado a causa de su amor tan inconstante.

XII

Es indudable que La Rodanta guarda de manera recóndita en su espíritu inquieto una vaguedad de estimación para el natucho que

la hizo perder la cabeza al extremo de escurrirse de su casa para irse habitar la propia de Cosme, y precisamente en esa reconditez sin desealarlo ella con vehemencia, la manivela que ha dado vuelta al proyecto que piensa poner en práctica el día menos pensado.

Cosme no ha faltado a la cita de sus conciertos bajo la pobre fronda de la hojachigüe en plena lata de la espaciosa caserona techada con clin de macho de Mateo.

La guitarrilla ha gemido todas las medias noches lanzando al viento la murria galopante, del campesino cantador, y por fin la antigua amada cansada de oirlo sufrir y despertándose de en medio del entrepiernamiento con Guzmán en el instante en que Cosmito cantaba:

¡Adiós, Luz! ¡Adiós Lucita!
Ya me voy, vení conmigo,
Te llora mi madrecita

Para que sigas a su hijo!... se dijo lentamente incorporándose por entero y sentándose en la yacija:

—Qué voy a perder con irme a estar un ratito con él, luego volviéndose al querido le pasó la mano por el cuerpo hasta las rodillas y después de hablar por entredientes quién sabe que carambéticas, se puso en pie, y se fue resuelta en derechura al solar en donde cogió hacia el sitio del cual procedía la voz de Cosme.

El cantor no la esperaba y menos que llegara a hacerle una propuesta sorpresiva para su amor de perro humano que era lo que el juzgaba que era él para su Luz, y cuando menos lo soñaba la antigua amasia brolló de la tiniebla de la noche en mero flanco izquierdo de su cuerpo dejándolo patifieso y corrido y sobre tal estado le dijo:

—Cosmitó, buenas madrugadas, quiero decirte algo que he pensado de vos.

—Echalo, negrita linda, que soy todo oydos para saberlo, contestó castañeteando del susio que le dio su presencia inesperada el pobre jincho.

—Ve, ya te dije que yo ya no quiero nada con naide, que quiero ser solo del pobre Mateyito y vengo a pedirte que dejés de ponerme sombras.

—Sólo eso era lo que ibas a embuchar-me, pues todo eso lo tengo yo mas que tragado, Lucita.

—No, no es éso todo, vengo a proponerte un convenio, y si te parece ya lo hacemos.

—A ver niña, cual es el convenio.

—Ve, yo voy a ceder en parte y vos vas a cumplir el resto.

—Ajá, como es, pues, la ofreceranza?

—Yo voy a irme a dormir el día del Apóstol con vos, como si entre los dos no hubiere pasado nadita, pero oyilo bien, es solo el 25, fiesta del Patrono Santiago, después, el día de Santa Ana, yo salgo para mi rancho y vos te vas a rodar fortuna para que se te acabe la cacalota, te parece?

Cosme, se quedó en profundo silencio y

después de pensar por largo rato, dijo al fin:

—Y si no me parece el trato?

—Pues pior para vos, porque sólo así por lo menos se te quita la angurria de tenerme en tu tabanco aunque seya por una nochita.

—Pero me voy a desesperar más.

—No, porque vos salís para La Cruz al no-chandito de Santa Ana y voy a ver que la zaju-rina ña Santos Méndez te de una bebida para que se te olvide esta india feya que fue tuya, pero que ya ni pizca te quiere.

—Y si te luchara agora?

—No hariyas nada porque gritariya y también porque vos sabés que tengo manos gatiadas como los tigres.

—Pero ve Lucita, volvete al rancho, que no sos mucha juidora. De pronto Cosme se paró de un salto, se tiró sobre la vieja amante, dijo a besarla y zumbarla para arriba y para abajo como si jugara con un niñito y cuando se cansó dijo de golpe, entre atoro-zado y asustadizo:

—Voy a lucharte, niñá.

—Te doy de ipegüe sin lucha ese adelan-to, pero convenimos en el trato desde agorita.

Cosme la quedó viendo al claror de las estrellas y después de rascarse la cabeza, dijo al fin:

—Echa la mano niñá, que está conveni-do el trato, pero empezando de ya.

—El ipegüe será ya, el resto para Santia-go que apenas faltan diez díyas.

—Bueno, pues niñá, seya como decís.

XIII

Ya cantaban los gallos de las cuatro cuan-do Cosme columbró las tejas de su vivienda, le salió al encuentro el Ayudante, cacarearon las gallinas, graznaron los chompipes, se pu-sieron a desfilan los patos y los cerdos cuilla-ron como si un tigre sorprendido por la auro-ra buscara amparo en la vivienda del dueño de todos ellos.

En cuanto amaneció Calero se fue a don-de Goyo García a proponerle sus animales do-mésticos, éste le compró algunos, siguió para Las Mesas y allí le vendió a los Sándigo otra parte y por último fue a dar al Paraíso en donde ñor Saturnino Vivas le hizo compra redonda del resto de chanchos y aves de corral que le quedaban.

Al siguiente día fue donde Toño Rayo con quién palabrió la finca, se arreglaron y des-pués de feriarla se regresó a lo que había si-do su querencia para estar listo completamen-te y entregar todos sus menesteres y animales en todo el día de Santa Ana.

En la tarde anterior a Santiago hizo sus cuentas, y sacó en claro que después de mal-vender sus haberes había reunido ochocientos chancheros con los que podía irse a rodar for-tuna como se lo había pedido el diantre de La Rodanta, y si tenía suerte hacer algo, so-bre todo si los bebedizos de la zaju-rina ña Santos lo curaban totalmente del apego infer-nal de la ex-querida.

Seiseandito de la víspera del Santo Após-tol La Luz fue anticipadamente exacta y cum-plió con doce horas de antelación su palabra, llegando antes de anocheecer por entero a la casa del viejo amante, cuando traspasó el qui-cio buscó a Cosme con la mirada y lo descu-brió en el chinchorro terminando de hacer sus cuentas y antes de que la descubriera se ocultó, tras del encañizado para darle la gra-ta sorpresa de su presencia anhelada.

El Ayudante la sintió y vino a descubrir-la, pues Cosme se sorprendió de que el perro hiciera cariño a alguien que no había visto y se levantó para reconocer quien era.

Al verla corrió a estrecharla, lloró mu-cho y después le contó todo lo que había hecho.

Volvieron a gozar la breve luna de miel de su arreglo y cumplida su palabra al medio día del veinte y seis la amante tornó a La Aduana y nochandito Cosme enrumbó al Co-rozo de ña Santos para salir después de cu-rado rumbo a La Cruz tras de los rastros de la fortuna.

Se hospitalizó unos doce días donde La Méndez; cuando ésta le dijo que ya estaba curado se preparó para madrugar al segundo día del aviso, trató de hacer recuerdos sobre la amasia para ver si todavía lo desesperaba y con sorpresa comprobó que poco o nada le interesaba su dolor de cabeza de otros días; aligerado de semejante peso esperó la noche con sana alegría, durmió a pierna suelta y cuando el Chile Quemado de ña Santos cantó al filo de la madrugada lió sus pocos peleros, se zumbó la marucha a la espalda, cogió su Colin y sin pensar mas que en rodar fortuna agarró el camino con rumbo para los benques.

Al despedirse de los caseros les prometió mandarles memorias con frecuencia en cada oportunidad que deparara el regreso de al-gún rodante, ya que el correo oficial no exis-te en la vasta región que baña el Río Grande de Matagalpa hasta el mar.

En los primeros meses recibían los del Corozo recados recordatorios del ex-vecino de Las Mesas, después los saludos se fueron alar-gando y por último nada mas que por pasa-das, de las cuales era Cosme el protagonista, se tenían noticias suyas, por último por mas que inquirían con los que regresaban de la funa no volvieron a saber nada de él los habi-tantes de la alquería de la vieja zaju-rina.

Perdida la pista de su persona lo dieron por muerto y nadie volvió a recordarse del diantre vagabundo.

XIV

La Luz que no ha olvidado a Cosme lo recuerda de tarde en tarde y en uno de estos rosiclères albeadores amaneció diciendo que un Pájaro Brujo pasó cantando alrededor del rancho hasta la media noche, por lo que su-ponía que al dundeco de Cosmético algo le había pasado.

El Pájaro Brujo según los jinchos es una

especie de reseña que indica con anticipación de semanas el lugar que dentro de poco tiempo va a ser visitado o habitado por algún tigracaribe y se adelanta el citado brujo para ayudar al caribuno en la misión que lo obliga a salir de los dominios de Suquia que por lo general es para llevar a cabo una venganza que después de muerto ha resuelto realizar, ya que en la vida por uno u otro motivo no pudo hacerlo.

Junto con la aparición del Pájaro Brujo ha principiado a correr en la cañada de La Aduana la noticia alarmante de la caminata de la famosa zajorina ña Santos Méndez íntima de La Luz que tiene ya unos tres meses de haber ido a parar a las entrañas del Musún.

Cuando el soplo de tal suceso llegó a los oídos de la Hernández, ésta puso patas para El Corozo para acompañar a Los Méndez, averiguar de los últimos momentos de ña Santos, ver si le dejó alguna recomendación y prepararse por si la muerta ya echa tigracariba no iba a coger encono para ella por algún resentimiento no manifestado a causa del común oficio y arrastrarla por tal motivo sin defensa a la olla mayor que atiza el Malo.

Cuando La Luz llegó al empajizado de las Méndez encontró a los hijos de la finada preparando los ocho días de la difunta para contentarla lo mas antes posible, pues según le dijeron los descendientes hacía varios días había pasado cantando el Pájaro Brujo y la noche anterior ya una ñigra había estado bramando al pie del Corozo que da nombre a la vivienda.

La esposa de Mateo después de averiguar lo que le interesaba resolvió regresarse al momento, prometiéndole a los hijos volver a la celebración de los ocho días.

Cuando La Luz entró a la montaña de Santa Justina la saludó un rugido de felino que la hizo pupusiar, después de exonerar lo-gró reponerse un tanto y a trote limpio se desquindó por una picadita oculta que lleva sin dar vueltas al Sonzapote, iría por la mitad del camino cuando vio avanzar hacia ella en sentido contrario a su viaje sobre del senderito que iba pepenando a una ñigra bien grande que le meneaba la cola y que en lugar de tratar de agredirla le hacía señas para que no le tuviera miedo.

La diableza se iba en sudores, temblidos y castañeteos y no pudiendo avanzar mas por el desmedido pánico que le aquejaba quedó sembrada de golpe en medio del desecho en esperas de la resolución del intangible felino que sin decir agua va se encaminaba hacia donde estaba, de pronto el endriago rugió estrepitosamente, haciendo que a la estatua humana le faltara el pedestal de los pies y rodara cuan larga era sobre el sendero e incontinenti comenzara a culipatear, la ñigra se le acercó lentamente, se le arrimó al oído, maulló quedamente un ratito como saludándola y en lugar de hacerle daño se echó

al costado de la peatona desmayada en espera de que ésta recuperara el sentido.

Cuando la Luz volvió en sí escudriñó a todos lados y su asombro subió de tono cuando encontró su mirada al diantre felino que la había atemorizado dándole calor en una de sus costillas con la felpa de su pelo.

La pobre hechicera quiso pedir auxilio al Apóstol Santiago a pesar de su intimidad con Pisuica, mas sobrecogida por el terror lo único que pudo hacer fue darle vida a la intención y abandonarla al instante porque el pavor no le permitía hacer súplica alguna a sus devotos de otros tiempos, así las cosas algo inesperado vino a sacarla del mal paso en que estaba, la alimaña la quedó viendo, le pasó la garrá por la frente, le hizo comprender que no iba hacerle ningún mal y después de una espera angustiosa que le hizo aflojar las posaderas sin encucillarse dio la felina rara un rugidito que al final tomó claramente el tono de una voz corriente que precisó inedio entredientes el nombre de:

—Lu.u ci. i... tá

Pasó otro momento más en el cual volvió a hacer acopio de angustia la nombrada, y por fin el caribuno animal desenredó la lengua y expresó claramente:

—Me conocés agora? sabés quién soy yo? dejá de cuajadiarte, hijitá, que yo no te voy hacer ningún daño, lo oyís, hijá?

La afligida Luz era todo oydos, pero el terror la tenía muda, viendo su situación, prosiguió en su habladuría el férido hablador y dijo así:

—Lucitá, yo soy la ña Santos, que ando misionando para repartir castigo a todos mis malquerientes de la vida y te he salido antes de principiar mis correrías para avisarte algo que te interesa, pues estás amenazada de estirar la pata y dudo que te podás capiar, oyilo bien, que te podás capiar.

La aludida fue perdiendo el miedo a medida que la ñigra hablaba y sin pensarlo se incorporó de repente, musitando con lentitud:

—Ña Santós, gusto mucho en verla, y cual cosa es éso que yo no podré capiar?

—Pues éso es niñá, que cuando Cosme se fue de estas cañadas fue a dar por contingencia con la casa del taragotudo Tigüis, le pidió posada, se la dio Tigüis con contentera, éste se encariñó con él y no lo dejó ir, lo trató de compañero como tirador de venados y sajinos y Cosme aceptó a quedarse a vivir para siempre con Tigüis con tal que le enseñara su cencia, después de varias propuestas y contratiquis se arreglaron los hombres y tu antiguo querido llegó a ser después de su maistro el más temido zajorín de los benques desde Caño Blanco hasta el fin de la Macantaca, es decir, hasta la mera marisma de La Cruz.

—Ajá, y agora quiere fregarme?

—Algo pior, niñá, quiere llevarte.

—Llevarme, y cómo va hacer para eso?

—Pues ya lo vas a ver, para un tigracaribí

be hacer esa cosa es dundequera, se mete al rancho, te arrastra al monte, te saca el resuello, te coge del morro y de allí te lleva jalada hasta el Musún, esforzándose en el camino porque llegués viva.

—Y cuando pensará hacer eso?

—Yo no se cuando, pero andáte entendida que lo mas seguro será tres días o tres semanas después de que pase por tu embijaguado cantando el Pájaro Brujo.

—Bueno, ña Santitós lo voy clarito para la posada.

—Y andalo ya, y sino te bruñe Cosme prontito, no te arrimés donde los Paces.

—Dónde Fuelis?

—Ni mas ni menos, con el voy a comenzar y si te veyo allí con vos arraso.

—Pues, ña Santitós, ni me preocupo por eso, porque no iré.

—Bueno, callá el jocico y ya sabés que el Pájaro Brujo es la reseña.

—Entendido, ña Santitos.

La caribuna desapareció de golpe y la Luz cabizbaja agarró la picada en derechito al Zapote; pasó el río por el vado de los campistas, entró al Rosario y cuando principió a pepenar la montaña de San Fernando sintió tal cacalota que se paró a descansar y a esperar que le pasara un poquito la inquietud que la atragantaba.

Por fin alcanzó su posada, entró al rancho, subió al tabanco de donde no salió hasta que la urgencia por hacer una necesaria la obligó a salir a todo trote a buscar el rincón más apartado del vastísimo solar.

X V

Ya había cantado el primer gallo cuando la Luz oyó que pasaba cantando el Pájaro Brujo en la noche del quinto día de su encuentro con la tigracaribe; sintió repelos, se embrujó completamente y comenzó a castañetiar a pesar de la tigra que la cobijaba cariñosamente.

Después que amaneció llamó a la Romana, luego a su Juanchito que era el hijo menor de los Hernández, en seguidita mandó a citar a la esposa de Juan Rocha y cuando había juntado a todos los hijos les habló así:

—Una de estas noches puede ser que no amanezca, pues anda por ay un tigre caribe que me quiere garnachar para el Musún; y para aclarar el cuento les narró la pasada del bosque de Santa Justina.

—¡Jesús, mi mama! dijo Juanchito, por qué no coge para Buaco y se mete a la Iglesia hasta que se aburra el animal?

—Si pudiera lo haría, pero del ñigrecaribe naide se capeya; yo creyo que no se han olvidado de la pasada de Pascualo, el hijo de Pascual Pérez, que se metió con la mujer de Lencho Méndez que era zajurín más fortachudo que se ha visto en estos montes.

—No mama, respondieron todos a coro, la tenemos siempre presente y con seguridad

nos santiguamós cuando alguno recuenta el caso, agregó la Romana.

—Piensen, pues, que si Pascualo no pudo naidita, qué voy a poder yo, que soy mecatona aquí donde naide sabe lo que yo sabo, pero ya afuerita mi çencia ni junco sabe.

—Así pues que se va a dejar jaspian, dijo la mujer de Rocha.

—Y que lo voy hacer, si todo lo tengo en contra.

—Yo le ofrecía una chichada al patrono Santiago, dijo la Romana.

Mateo apareció por el lado del llano y juntándose al grupo, les dijo arrimandito:

—Qué pasa por ay que tienen las jachas largas?

—Nada tata, solo que a mi mama se la quiere llevar un tigre caribe, mosticó la de Rocha.

—Cómo así, niña.

—Pues, Mateyitó, creyo que no te has olvidado que Cosme cuando cogió a rodar fortuna se fue bravo con yo y odeyándome de muerte.

—Así lo es la verdá, según me lo embocaste entonces, pero eso qué tiene que ver con el caribe que quiere comerte?

—Pues mucho tiene que ver, ya que el tigre es el mesmo Cosme.

—Cosme? Cosme el tigre caribe? Esos son cuentos que te han zampado y te has pasado a creer de ellos, como dice el Administrador de Chayotepe.

—No, Mateyito, no son guayolas, es la mesmísima verdá.

—Será, niña.

Y la Luz no aguantándose mas contó al pobre hombre el aviso de la Méndez revelándole que ya era tigracaribe, y cómo desde hacía días andaba presa de un paniquín bien espantoso; se arrodilló de pronto y tomando las manos de Mateo; se cubrió la cara con ellas y le dijo bien lento:

—Perdonáme, Mateyito, las miles de cosas que te hice, y cuidá de los pijines como siempre lo has hecho.

—Y qué te voy a perdonar yo si siempre nos hemos llevado bien.

—Es que te has pasado de gueno y yo de mala Mateyito, luego a la noche vamos hablar a solas.

Todos se desparramaron tomando cada uno el camino de sus obligaciones y la Luz a pesar de su temor fue a dejar a la hija a casa de su marido, cuando llegaron le dijo:

—Ve, Goyá, yo queríya que por lo menos todos estos días que faltan del mes lleguen ustedes a dormir con nosotros.

—Bueno, mama, allí lo estaremos.

La Hernández después de lo hablado se regresó, pasó por el ojo de agua remojándose y sintiéndose serena se fue al rancho a batir la bebida de las diez, refrigerio de a jicarón que consiste en batir en agua fresca una vasta masa de pozol con sal, cuya medida nambi-

runa es un puntalito que equivale al fresco del ladino.

Seisandito apareció cezando la Romana del lado del solar completamente demudada, temblando, angustiada y casi fuera de conocimiento, al entrar al rancho dijo atarantada:

—Mama, mama, en el fin del solar anda la ñigra.

Tan luego dio la noticia, el tableteo de un bramido tremendo invadió el silencio del ámbito hogareño de la Hernandada y en el eco lo repitió la pampura de la llanada del Limón.

La Luz, Mateo, Juan y hasta los Rocha que en ese momento llegaban se jesusieron y santiguaron y cantaron el Alabado como una esperanza en aquella hora irenebunda.

Luego anduvo el tiempo, se acomodaron todos uno encima del otro para dormirse después de que los gallos de las diez de la noche se desgañitaron y cosa en realidad para asombrarse amanecieron vivos y coliendo sin que nada les hubiera acontecido.

XVI

Los días han ido pasando, y sólo el Pájaro Brujo ha inquietado con sus cantos pichunos la quietud de las noches que le han hecho compañía en su peregrinación al desfile del tiempo dentro del marco nocturno.

Tal como la hoy intangible tigracaribe ña Santos Méndez le contó a la Luz, Cosme cuando partió de la cañada del Corozo iba sin rumbo fijo y la única meta que llevaba era arrimar a La Cruz de Río Grande dentro de diez días, de un mes, de un año, de un quinquenio o de una década; a él no le importaba el tiempo que podía gastar en el peregrinaje, la cuestión era llegar algún día, fuere en la época que fuere, pero llegar definitivamente al fin a la anhelada Cruz.

Una vez puesto en el puertecito fluvial, había pensado coger para los bananales en donde irabajaría hasta reventar para recoger dinero y enseguida con chancheros bastantes desandaría la trocha que lo separaba de su querencia y se iría a establecer después de recorrer a sus conocidos, en la comarca de San Buenaventura que siempre había sido muy de su agrado desde cuando muchacho.

Bien sabido es que en cualquier recodo del camino está la suerte cuando uno sale a rodar fortuna y Cosme sin estudiarlo y sin siquiera pensarlo fue a dar de sopetón con Tigüis y aunque no progresó monetariamente, sí, alcanzó en la casa del famoso hechicero una vida chanchona y desahogada que le permitió pasar una existencia alejada por entero de preocupaciones y trabajos.

Al intimar los dos hombres el amante de la Rodanta contó a su amigo lo que aquella lo había hecho sufrir y padecer, le narró toda su historia y cuando el otro quedó enterado de ella le dijo, zajuridamente prejuzgando:

—Compañeró, esas son pamplinas, lo

amolaron cuando usted era niño de pecho, hoy no hay en veinte leguas a la redonda quien lo pueda fregar; pero como uno debe desquitarse, al fin y al cabo, deje para cuando se vaya al Musún el rebruñir a la Luz, pues cuando seya tigrecaribe se la vendrá a buuriar y sin matarla de golpe viva se la empieza a tragar parte por parte y riéndose de ella que en ese momento le hará miles de suplicaderas.

—Pero Tigüicitó, eso está largo todavía y cuando pele el ajo ya ni siquiera me voy acordar de la bandida.

—Compañeritó, no creya ni imagine tal cosa; pues según lo tengo sabido le falta poco para estirar la pata, y cuando uno de nosotros muere se le alborotan las pasiones en el Cerro en lugar de sosegárseles y a poquitillo vuelve a la cañada donde vivió a dar cuenta de los léperos que lo guatucieron a uno.

—Será, compañeró? hasta qué me pican las manos no se si de contentera o de la esperanza de conocerle a la Luz su cara de amolada que jamás se la vide.

—Como que lo estuviera viendo, se la conocerá dentro de muy poco, mucho antes del otro año.

Los hombres suspendieron la gualiadera y a poco oyeron un retumbo que les llamó la atención y al irse a sus quehaceres dijo Tigüis cabizbajo:

—Ese retumbo es un saludo a la vieja ña Santos Méndez que va llegando al Cerro, dentro de tres días voy yo y enseguidita va a pepenar mis güellas su cuerpo jolotudo, compañeró.

A Cosme no le hizo gracia la cosa, pero esperó desesperado la llegada de la noche para ver en la hogalera que hacen antes de irse a tirar, estos brujos que viven de la cacería, a la vieja ña Santos danzando dentro del fuego, rara manera de avisar de Suquia la muerte de los hechiceros taragotudos a los zajurines vivos y preferidos.

Siempre que en el rancho de un hechicero de pelo en pecho va a salir uno de sus hijos o alguna otra persona de su confianza a cazar, espera pacientemente el tirador que principie a seisiar que es la hora en que todo zajurín comienza a enhebrar sus cábalas frente a una desmedida hogalera, la leña de la que la alimentan la recogen con anticipación durante el día los interesados en la cazadera.

Lobregueciendo le pegan fuego y a medida que las llamas van creciendo el maestro en el arte diabólico comienza a dar vueltas alrededor de la hornalla y en uno de tantos rodeos circunferenciales se aparta de la ruta y va a colocarse bajo la fronda de un árbol escogido adrede desde ab initio en el solar de la casa, se acuesta boca abajo, deja pasar unos minutos y sin alzar la cabeza precisa lentamente el lugar de la montaña en donde hay tantos venados, tantos sajinos, guatuzas, guardinajas etc.

Los interesados cogen los chopos y salen

a todo trote para el sitio señalado en donde encuentran la caza manifestada y según sea la necesidad que tengan en la vivienda de comida, así es el número de piezas que desollan.

Cuando están en tales actos es la hora propicia que ocupa Suquia para comunicarse con sus servidores y para ayudarles manda a los tigrecaribes a rodear las bestezuelas monteses para que con facilidad las cazen sus allegados, para que los zajorines estén claros de que los caribunos ya salieron a verificar el mando los hace pasar desfilando por las llamas de la hogalera y hasta que los ve partir del pleno fuego el hechicero deja de dar vueltas a la hoguera, una vez claro de su partida enrumba hacia el palo bajo el cual se acuesta y a poquito sus ojos captan a la distancia el sitio en que rodearon los animales.

Al desfilar los tigrecaribes enseñan al zajorín que da las vueltas y a sus acompañantes el magín humano que ocuparon en la vida terrena y éstos al verlos quedan claros de quienes son los que van a llevar en el campo la campaña a favor de los tiradores reuniéndoles los animales que van a despanzurrar.

Así, pues en tales desfiles es que hace pasar el Gigante a sus afiliados muertos y tal marcha es la que tiene pendiente a Cosme para convencerse de que la hechicera del Co-rozo es ya negra en los dominios de Suquia.

Tan luego comenzó a lobreguecer Cosme se fue al sitio de ritual para la hornalla, listo a convencerse por sus propios ojos del viaje de la Méndez que lo tenía acoquinado, Tigüis se colocó a distancia para observar la cara que pondría su compañero al ver pasar entre las flamas a su difunta amiga y a poquito el antiguo amante de la Luz una vez puesta la quemazón a todo ful se dedicó a girar rodeando la fogata y de repente sus ojos abstraídos se fijaron asombrados en el fuego en donde percibieron la jupa de ña Santos prendida definitivamente de un macábrico y espelucante cuerpo de felino.

Cosmético concluyó su cometido y después de haberlo desempeñado se fue derechamente a sentarse al lado de su maestro diabólico.

Pasaron la noche arreglando en comentarios la partida al Musún, hasta esa hora el antiguo cantor no se había vuelto a acordar de su patrono Santiago y cuando lo hizo era tan tarde para su espíritu de jincho que no se atrevió a pedirle al intercesor de Aquel que no escatima regar el mar de su misericordia sobre las maldades humanas para lavarlas, precisamente, por su vasta misericordia, y se quedó en el fondo de su arrepentimiento el deseo finito de pedirle a Santiago su intercesión que cuando él era bueno el Apóstol jamás se la negó.

XVII

Al tercer día del pronóstico del zajorín para su partida al suquiado, Tigüis tan luego

se levantó se fue a sabanear a Cosme a quien halló a la vera del Río Grande sentado sobre de una laja que el trajín de los humanos del rancho ha alisado y abrigado al través de los años.

Cosmético sosteniéndose la quijada con la zurda veía deslizar el agua sin pensar en absoluto en el indetenible viaje de la linfa y estaba tan ensimismado en su retraimiento interior que no sintió el arrimo de su maestro y Compañero, quien por saludo le dijo:

—Compañero, ya se olvidó que estoy de viaje?

—Qué lo va estar, Compañero, si lo veyo completamente bueno.

—Voy caminando poco a poco, ya lo va ver.

—Caminando?

—Y usted también ya lo va de camino.

—Yo?

—Sí, Compañero, usted, no se olvide de mis recomendaciones que de aquí a veinte días me dará razón de ellas en el cerro.

—Pero si yo no quiero ir a ninguna parte.

—Cosmitó, trato, es trato, y cuando lo hicimos naide lo dantió para hacerlo, agora ya estamos en las últimas y dentro de poquito caminaré a pleno trote.

Por allí iba la plática cuando sin saberse ni cómo un remolín feroz e inesperado hizo traquiar la vega, elevó pajonales, tucos de ramas, hojas, guijas, chicharras, chichimecos, machorras y por último desmarimbó una gamba del árbol bajo el cual platicaban los hombres que sin compasión al caer le hizo cuasplata la cabeza a Tigüis.

Cuando medio volvió la calma Cosme buscó al compañero y su asombro no tuvo límites al encontrarlo su mirada hecha plena tortilla bajo la rama desgarrada.

Todavía zurumbo el heredero en cencia del zajorín cayó a la cuenta y desde luego a la fatídica conclusión de que en los veinte días que le faltaban, término fatal que le precisó su amigote para estirar la pata tenía que enseñarle al hijo de Tigüis todos los bemoles de los cuales su maestro al enseñárselos lo había hecho copartícipe de ellos y pensando pausadamente se dijo:

—Agora sí, que creyo que Tigüis mas que Tigüis era el mero Malo hecho Tigüis, y para suerte me queda el consuelo que después de haber culpariado haré culpafiar a la Luz y de refilón si puedo al lenchano de Guzmán que me la quitó cuando yo estaba ciego por esa condenada mujer de mi compañero Mateyo, a quien si puedo le haré cualquier servicio en pago de mis bandidencias.

XVIII

Al octavo día del fallecimiento de Tigüis, Cosme que nunca había sido malo a pesar de sus vicisitudes y aprendizaje, trató de salvar su ánima de acuerdo con su fe de muchacho plantada rústicamente en su corazón por su progenitora y para ello invocó al Apóstol San-

tiago y clamó a Santa Rita, más para desgracia suya le había echado de tal manera cola de mico el Diablo, que después de rogar por una hora, el pobre rescoldo de fe que en él aún sobrevivía y que se había avivado por una ráfaga de temor que hizo brotar en su ego una mediana flama de arrepentimiento, la apagó de golpe una ventolera vasta de indiferencia que se arremolinó en su mente cuando el desdichado pensó que estando tan lejos el tata Cura Cerna para pedirle perdón, no había por lo mismo posibilidad de salvarse hallándose en semejante soledad custodiado salvajamente por los endriagos de Suquia a donde no habría padre que compareciese para ayudarlo aunque él quisiera.

Al enfriarse espiritualmente Calero ya no volvió a pensar en sus devotos y de manera impasible, con indiferencia de jincho enfermo, dejó correr los días y esperó tranquilamente que pasaran sus horas finales de vida según el vaticinio musuneño; se dedicó a cumplir las recomendaciones que le hiciera Tigüis antes de escaparse para el Musún y cuando el plazo llegó a su término disimuladamente, por franco, tabardillo, pasó el día en su rancho, escabuyendo el bulto, no salió ni al patio, las necesarias las hizo tras de un bajareque que servía en el palanque de cocina y por fin dándole un sueño pesado imposible de dominarlo después de obscurecer por completo se sornió tranquilamente, como si le hubieran metido un narcótico fulminante.

A poco de estar roncando el zajurín Cosme, se aventó de su tapesco yendo a dar a la vera de la yacija de la viuda de su amigazo, recién muerto; al ruidaje del aventón la viuda se despertó y le llamó a todo pulmón al hijo, a esa hora zajurín en ciernes, quien se lanzó al despertarse de su envarillado preguntando azorado:

—Qué lo pasa, mama, que está temblando.

—No es a yo, a quien lo pasa, sino al compañero Cosmito, que de un arrendón sembró en el piso el pellejo según creyo por lo oído.

Prendió el aludido un candil y al hacerse la luz vieron a Cosme con los ojos extraviados, llena la boca de un espumarajo espeso y vidriosa e indefinida la mirada luchando por desprenderse al parecer de una terciopelo que lo picaba y repicaba continuamente como una gallina pedaceando tortilla para engullirla.

La toboba desmedida que lo atacaba le metió el primer puyazo todavía sorniado, el alfilerazo doloroso y ardoroso lo volvió a sus sentidos despertándolo de sopapo y cuando quiso aventar lejos al ofidio cogiéndolo por la mitad el reptil le perforó cruelmente las manos imposibilitándolo para la acción.

Creyendo capear hizo un esfuerzo sobre humano y fue a dar a tierra de un riatazo; cuando aterrizó supuso que la víbora que lo atizaba era una enviada de Suquia para po-

nerle punto final a su resuello; pero hasta allí para él no era más que una suposición, más no era así la cosa.

Ya iba a coger un raja de canela que le quedó a mano y que la claridad del candilejo le señaló y la cual agarró sin meditar, para atorillarle la cabeza al ofidio cuando cayó en la cuenta de que siendo su día la sierpe venía a pedirle cuentas a nombre de Suquia y por tanto siendo él un zajurín no podía matar a un mensajero de tal laya, a menos que estuviera dispuesto a luchar con el Gigante, es decir con su jefe y señor y a recibir un castigo que no tendría fin en el otro barrio según creía el hechicero y lo sostienen los que son íntimos de Pisúica, por tal lógica paró eléctricamente la mano vengadora, se conformó cobardemente, dejó operar al reptil y resignado esperó paciente a que el fatal ofidio desempeñara el cometido que le habían encomendado, aunque involuntariamente lo había él apercollado del medio cuerpo y ante la realidad de los patatuces finales con todo y su resolución de dejarse picar lo apretaba más de lo que debía y lo garnachaba desesperadamente a pesar de sus temores.

A medida que la ponzoña iba recorriendo su cuerpo y sus efectos se desparramaban, los espasmos mortales viajaban en la vertebral del antiguo amante ya en esos momentos más allá de los linderos de una franca agonía, que lo iba acogotando sin misericordia, lo hacía culipatiar sin descanso y lo preparaba definitivamente para el salto final del tránsito comarcano al otro barrio, todo lo cual lo obligó a entornar los ojos hacia la lucecilla candiluna, por cuya claridad columbró al hijo de su difunto amigo y le dijo ya casi sin sentido real, como una despedida y quizás como un testamento definitivo:

—Estoy caminando, no te olvidés de mis recomendaciones y hasta otro día, que ya me está jalando tu papa de mis viejas patas que sin corcoviar me chinieron cuando en mis vaguencias anduve por todos lados.

Cosme culipatió un momento; echó una bocarada de sangre negra y dobló de un golpe la cabeza que descansó en plena tierra, horriblemente demudada.

Poco días tenía Cosme de muerto, cuando la tigracaribe de ña Santos encontró a la Luz en los montes de Santa Justina colindantes con los del Corozo; Tigüis le había dado la comisión para que le avisara a la hechicera de la Aduana del deceso del querido birlado, pues quería que la malandrina sufriera en vida por lo que su amigote Cosme padeció por ella cuando ambos se embarracaron.

La bola de la presencia intangible de ña Santos voló rápido por todas las cañadas y comarcas llenando de miedo a todos aquellos con quienes la difunía tuvo que ver en vida particularmente a los Paces que jamás se los tragó, cuando más tarde se averiguó que Cosme desandaba los pasos que lo llevaron al Musún naide sintió miedo por esto ni porque

volviera a tigrecaribiar, pues nunca había tenido enemigos ni lo habían odiado ni malquería a naide él; mas no así la Luz y Guzmán que temblaban de pavor ante la futura venganza del temible caribuno musuneño, víctima de ambos cuando el defunto peregrinó en la tierra en su vehículo mortal.

Cosme convertido en transmigrante llegó al Musún a cambiar de pellejo para coronar su carrera de hechicero, que no otra cosa significa volver en cuerpo de tigre a dañar a la vida, ventajas que solo los zajurines taragotudos logran alcanzar en el dominio del Gigante Suquia; o después de hecho su noviciado, comenzó a andariegar por todos los ámbitos de los gredales y abertales por donde anduvo troteando en vida; el malogrado ajustero que lo volvió ciego el amor de una maldosa a punto de brebajes y menjunjes, ocupa hoy, al fin y al cabo, el puesto de vengador con que le obsequió el Gigante como premio de haberse hecho devoto de su ciencia avernalicia cuando iba a rodar fortuna a los bananales de La Cruz.

XIX

Poco sabe la jinchería del tiempo que tarda en transmigrar el espíritu del zajurín cuando la muerte lo convierte en emigrado a la fuerza del mundo de los vivos tangibles y lo lleva a constituir un microcosmo intangible en el Encanto del Musún dentro de un vehículo de tigre.

Las noticias sobre la transición de tal especie de brujo son vagas e incoherentes, pero es indiscutible que no se verifica nunca antes de los tres meses del fallecimiento del representante del Gigante Suquia; aunque desde al siguiente día de muerto el hechicero el pavor inunde a toda la natuchada en la Comarca en que habitó el desaparecido y particularmente se llena de pánico el jincho que por uno u otro motivo tuvo diferencias personales con el diantre que fue llamado a sus dominios por el Gigante.

Se puede asegurar que si hay adelanto en la fecha de la nueva vida que llevará el malandrín sepultado, tal avance se debe a la imaginación y al acobardamiento del natucho que le teme, pero jamás a perentorioamiento ordenado por el poderoso Suquia.

La Luz no había vuelto a tener sosiego ni conocido la calma desde el día que ña Santos le reveló su identidad tigruna en la montaña de Santa Justina; a veces quería tomar el consejo de Juancito y en otras el de la Romana, el del primero era que debía de irse a Boaco y entrar al servicio del padre Cerna y el de la muchacha, que era el que le gustaba más, consistía en que se fuera lejos de Chayotepe a fincarse definitivamente en Granada como criada de adentro de su patrón don Mariano.

Los días iban pasando, mientras en su cabeza se sancochaba a su modo la resolución definitiva sin tomar ninguna por apego al

suelo donde había desfilado su juventud seduciente y como el tiempo no se detiene, en pensar y más pensar un resoldido, se volvió dos meses y jamás llegó a tomar un rumbo fijo para darle pauta al problema de su caso verdaderamente espinoso y de exigente determinación.

Por fin la obligó a decidirse definitivamente un hecho inesperado que le puso los pelos de punta y la llevó al convencimiento de que si se quedaba mas tiempo en La Aduana un día de tantos desaparecería de su casa en la boca del caribuno que la asediaba.

Sucedió que inesperadamente se presentó en su casa la madre de Daniel Guzmán con quien la Rodanta ya no tenía relaciones porque lo había cambiado con Demetrio Sándigo comarcano adinerado de la vecindad de Las Mesas.

La madre de Guzmán llegó a inquerir por su Daniel y le dijeron los Hernández que tenía muchos días de no llegar a verlos; viendo la antigua amante del lenchano la ansiedad de la pobre señora y juzgando que la suerte de Daniel se estaba jugando junta en ese momento con la suya, le dijo con voz apagada y afligida como para que sólo la viejecita la oyera:

—Y qué lo pasa a Danielito?

—Pues Lucitá, nada que yo sepa de cierto, pero es el caso que hace unos ocho días que pasan cosas muy extrañas en el rancho.

—Y cuales son esas cosas que pasan, dijo Mateyito.

—Pues han de saber que se ha venido oyendo llorar un tigre de diya y de noche en el ojo de agua de la posada y por mas que mi marido lo ha buscado con la chachagua cuape no lo ha podido ver, solo encontró ayer un guellerón de ñigre en el lodito del cantil que hace la chorriadera del agua que se saca, en el mero brocalito del ojo.

—Bueno, dijo la Luz, pero todo eso no aclara su aflicción por buscar a Daniel tan a medio diya y con tanta priesa.

—Es que todavía no he llegado al punto por donde tal vez debíya de haber comenzado el caso, que nos ha puesto con mucho cuidado.

—Cómo es eso, ña Isidrá; dijo Juancito llamando por su nombre a la visitante.

—Pues, pasó que seisiandito se oyó bramar al gato anoche, se fue Danielito a buscarlo con su chopo y a poquito regresó con una cara como la del tamaño de una nambira que se hubiera ido en vicio de crecimiento y temblando como envenenado y bailotiando como bailante almariado en plena fiesta del Apóstol Santiago.

Ña Isidra se paró para coger juelgo y como todos estaban pendientes de la pasadita, la Romana para que siguiera, pues juzgaba larga ya la corta suspensión de la narración, le dijo intrigada hasta donde ya no se puede más dar pruebas de interés por una historietita:

—Ajá, y qué más tienen tragado que le hayga sucedido en esa resbalada al ojo?

—Pues, cuando lo vimos tan cuajadiado le preguntamos que qué lo pasaba, y el pobre nos dijo:

—Pues que el tigre que llora por ay habla como la gente y me dijo que me cuidara, que hoy me tendríya que llevar al Cerro.

—Y vos que le dijiste

—Y qué le iba a decir al bruto si me ensucié en los calzones de sólo oírlo hablar y me las mandé a paniar, para acacito.

Cuando llegó allí en su cuento la ña Isidra la Luz sin pedir permiso salió para el solar a toda estampida víctima de una corró que te cotoneyo que efectivamente la cotonió, pues se ensució en el cumiche antes de ponerse en cuclas y exonerar libremente.

Cuando regresó la corredora siguió la narrante el relato suspendido y dijo así:

—Cuando lo vimos en ese estado creyimos que estaba con una terciana alta, lo acostamos, lo sobamos con aceite de almendras, lo cobijamos y después de nohadito le dimos una gengiblada con cususa; se durmió profundamente, lo velamos hasta que el Arado se puso y viéndolo que roncaba acompasado nos acostamos sin temor ninguno.

—Bueno, ña Isidrá, pero si está enfermo allí en su casa por qué lo anda sabaniando, dijo Mateyito.

—Es que no he concluido el caso; cuando cantó El Cresta de Piña me levanté al solar y ví que la tigra de Danielito estaba zumbada en el suelo y que el muchacho no estaba; me imaginé que andaba haciendo el oficio que iba hacer yo mesma, mas cuando volví no habíya levantado la cobija entré en desconfianza y levanté al papa y los hermanos; buscamos por todo el rancho, por el patio, en el ojo de agua, en el llano, en fin, por todos los lugares en que podíya andar y por ningún lado apareció; esperamos a que acabara de amanecer y cuando ya claronió completamente volvimos al oficio de güellerarlo y nada de rastros ni de Daniel; supusimos que se habíya descompuesto de la jupa por la terciana y que habíya cogido para donde alguna amistad que lo inquietara, pero nadita que apoye tal ideya, pues no solo no está en ninguna parte ni siquiera lo han visto al pobre.

—Y eso cuando fue, inquirió la Luz.

—Ayer, ayer y hasta gora ni juco se sabe dél.

—Y la tigra?

—Pues no se ha vuelfo oír bramar.

—Y no se han fijado si hay sangre por los contornos.

—Eso encontró el papa cerca del bajo de San Rafael en plena llaneríya, gotas por un lado, manchitas por el otro, majadas por aquí, arrastrones por allá y siguiendo para el lado del Sonsapote en pleno parazal del potrero del Rosario dio con una trillada espan-tosa en donde la sangre manchó todo el zacate y como quincecientas varas más arriba

del majadón halló batida la tierra como si la hubieran cobado para enterrar alguna cosa.

—Y no escurcaron el lugar.

—Nadita, pero el papa supuso anoche que el animal que lloraba debe de haber sido León, y como el león en tierra la caza cuando va a volver a comer, dispuso irse con una macana y una pala para escurcar el lugar que mirasolió removido por si allí estaba su pobre hijo; cuando ellos salieron yo me vine para acacito que era la única casa que faltaba sin ir a preguntar por el muchacho.

—Pues a Daniel se lo comió Cosme, dijo la Luz.

—Cosme? Cosme Calero? interrogó ña Isidra.

—El mesmo, me han dicho que ese es el figrecaribe que está saliendo por ay desde hace unos diyitas.

—Pues no hay que hacer, hijitá, en la panza del tal Cosme, estará con seguro mi Danielito, vos y él, le debíyan un gran freno y agora vino a que se lo pagaran; y se lo van a liquidar sin círculos madroños de ninguna clase, ay lo vas a ver.

—Pues, andalo de aquí, que en cuanto le pase el empanzamiento de la hartazón de mi muchacho, lo va con vos; que Nuéstramo te ayude y Santiago te defienda.

La Luz no chistó palabra ni agregó nada, pero tan luego la ña Isidra se despidió y cogió para su embijaguado a esperar el resultado de la revisión de la tierra alborotada como entierro de caza de león, llamó a Juancito y a la Romana y les dijo:

—Amonós, muchachós, maleteyen a priesa sus peleros que al perderse de vista la ña Isidra cogemos el camino, no me pregunten para donde frotiaremos pues no conviene que lo diga por el figrecaribe.

X X

Tal como lo había dicho a los Hernández la seña Isidra, su hombre y sus otros hijos habían cogido tempranamente a revisar el batido esparramado de lodo que en el encierro del Rosario encontró el papá de Guzmán en la búsqueda del día anterior.

Poco tuvieron que cavar los buscadores para dar con un hallazgo que fue prueba verídica de la burriada del muchacho por el caribuno tigre; después de unas pocas paletadas dieron con un poco de hojas de bijagua que envolvían los peleros que Daniel vestía la noche en que el caribe lo pepenó del rancho para llevárselo hasta el Musún; las carnes y los huesos no existían y no había para qué buscarlos, porque el padre supuso dado a los decires que corrian, que la fiera hambrienta de venganza había dado fin a los despojos para saciar su bulimia de vengador criado y adiestrado especialmente para semejante oficio.

El viejo la emprendió de regreso para su posada llevando bajo el brazo izquierdo el motete que contenía la cotona azul y el pan-

talón de macana de su desgraciado Daniel, en el patio de su casuca lo esperaba la Isidra con la noticia que, iban a confirmar los peleros, de que era un tigrecaribe el que había puesto punto final a la vida del lenchano engarañado desde que conoció a la Luz, por cuya causa había ido a parar al encanto infernal del Cerro padrote de los brujos del noreste del país.

La seña Isidra tan luego arrió el marido le contó la historia que en casa de Mateyo supo; a su vez su anciano mitad la puso al corriente de lo que había encontrado en la batición del poirero; y después de quitarse el sudor que le chorriaba de las puyas del áspero pelambre sobre la tersura de su frente morena y respetable, le dijo afligido, medroso y descoronado:

—Amonós, Isidrá, para San Lencho, en el pueblo, cuando podamos le vamos a rezar los ocho días al muchacho; aquí creyo yo que Cosme puede dar fin con nosotros, allá la cosa es diferente y pondremos entre el tigrecaribe y nuestros pellejos unas veinte leguas por lo menos; así es que hagamos las maletas que ya vamos puestos en viaje.

Hicieron en un santiámén los motetes de sus peleros y cuando los Guzmanes al anocheecer de ese día pavoroso llegaron a Boaco, supieron por Isabel Téllez, que venía de Abajo que la noticia tremenda andaba de boca en boca desde La Cuchilla hasta mas allá de Taguacosta.

Cuando dos días después la seña Isidra columbró desde el cantil mayor de La Cuchilla el pueblecito de San Lorenzo, a pesar de su dolor, respiró satisfecha porque juzgó que estaban ya seguros sus hijos, su viejo y ella con el montón de leguas de tierra que habían interpuesto entre el caribe y sus pellejos.

Los Guzmanes no eran íncolas montañeros mas bien eran campesinos enrazados, es decir, naturales que tenían un cincuenta por ciento de ladinos y el otro tanto de jinchos y buscaron las montañas de Boaco para hacerle frente a la subsistencia sin gran dificultad, ya que en las selvas boaqueñas las tierras son buenas y las lluvias derraman la bendición de sus aguas de manera cronométrica, lo que equivale a asegurar que las sequías son casi enteramente desconocidas.

El poco conocimiento que de La Montaña tenían los hacía ignorar de los peligros en que abunda la selva tanto en animales tangibles como en seres intangibles de los cuales ignoraban por entero su existencia hasta que los descubrieron con el desgraciado deceso de su hijo.

Los humanos que perecen en las bocas de los tigrecaribes no dejan rastro cuando son apercollados por los raros endriagos; las endiabladas fieras musuneñas gustan de arrastrar a sus víctimas y llevarlas enteras y sanas a las selvas del Encanto en donde con esmero las hacen arrimar vivas para gozarse des-

pués en la agonía que sufren al deglutir a las pobres.

Puede una persona capearse de maleficiosos y zajurines sin nexos mayores con el poderoso Gigante pero salvarse de la venganza de un tigrecaribe es algo que hasta la hora se ha catalogado como un verdadero imposible entre las natuchadas de todos los puntos cardinales de los bosques orientales que pegan con el Litoral Atlántico.

Este es el motivo por el cual los natuchos cuando muere un zajurín taragotudo se llenan de horror al saber que ha llegado al final de la vida, y en tanto no pasa la celebración de los ocho días de su muerte, que según ellos los inhibe de seguir dañiniando una vez que se los hacen, viven mientras tanto padeciendo temores y en esperas de un arrastrón que les corte el resuello que les mantiene la vida.

X X I

La Hernández y sus dos hijos en cuanto vieron que la ña Isidra desapareció de sus vistas absorbida por el enmarañamiento que trenzan los cuajichotales de la falda de La Aduana cogieron tabanco arriba, jalaron unos cuantos peleros, las chistosas indispensables para cobijarse, embalaron el pobre equipaje en una red en la cual atutean siempre cuando lo necesitan sus desgracias, se desguindaron sobre la escala rústica en busca del suelo y tan luego llegaron a éste le dieron por el solar sobre el senderito que pasa al lado de la hojachigüe patanga al pie de la cual llegaba Cosme Calero en época pretérita a derramar la murria que atragantaba su alma cuando La Rodanta lo dejó abandonado en un tristísimo día de San Juan Bautista.

Antes de atravesar la quebrada que baja del silencio la Luz medio se detuvo para darle un último vistazo cargado de amargura al rancho de su marido a quien había afligido siempre con sus ligerezas incontables; lanzó un suspiro corto, tiró una rápida mirasoliada a sus hijos y enseguidita estiró el pico para señalarles la cinta del sendero haciéndoles ver con tal gesto que siguieran avanzando, pues era urgente caminar sin detenerse.

Pasaron el Llano del Limón, cruzaron la sangradera que pone fin a la llanada por el flanco occidental, siguiendo entraron al callejón que lleva al camino real que conduce a Boaco, en el toponcito de tierra colorada que está a la par de la mitad del terreno de la finca que fue de Cosme la Rodanta sintió que le faltaba el juego viéndose obligada a sentarse en un camelloncito que han formado en el camino las corrientes invernales y el tránsito continuo de los caballeros que van y vienen de diferentes haciendas y lugares.

La Hernández principió a sudar copiosamente, la acudieron los hijos como pudieron, en una hoja de bijagua agüecada hasta formar recipiente, en seguida doblada y preparada diestramente para que conservara la for-

ma que le había dado, se fue Juan con ella al crique que corta en ese punto el callejón a recoger un poco de agua y se la llevó a la madre para que bebiéndola se ayudara en su angustiada situación; ésta apuró hasta concluir el líquido, al rato se sintió reconfortada y a medida que mejoraba empezó a funcionar en su mente el cinema del recuerdo movido por la sutil electricidad del panorama, pues para su desgracia el patatús le agarró frente a frente de la casa que fue de Calero y en la cual la Rodanta había hecho vida marital con él.

Haciendo un esfuerzo supremo con la intención de avanzar un poco más para dejar atrás la querencia que le dio techo y placer en el pasado se incorporó vacilante y agarrándose de los hijos y llevada por ellos logró coronar el topón formado de ocre y guijas rojas, anduvo lentamente los cincuenta o sesenta pasos que hay de tal lugar a la vera del riachuelo, difícilmente logró pasar el angosto cauce, una vez al otro lado le repitió el culipatéo y no hallando los muchachos un sitio en que sentarla para que descansara cómodamente, la suspendieron y en vilo la llevaron a sentar en una hermosa peña plana que está situada en la vera del amplio vado que ocupaba para proveerse de agua y bañarse el difunto querido y hoy temible férido caribe cuando aquel fue dueño del lugar que con sólo pasar a su flanco ha llenado de angustia y malestar el corazón de la sobreviviente amasia.

Mientras tanto el día declinaba a todo chipote, la tarde venía a todo escape anunciando la proximidad de la noche y la enferma no daba señales de mejora ninguna, la Romana y Juan no hallaban que hacer ni que resolver en el apuro y en tal angustia estaban cuando se les apareció la mujer de Goyo García quien es ahora el dueño del inmueble que perteneció al serenatero que desde el Otro Barrio ha regresado para malfregar a la anti-gua adorada.

La García después de que fue informada por los muchachos del mal que inesperadamente le había agarrado a la Luz; puso patas a todo ful para su casa a informar a su hombre de lo que les sucedía a los Hernández en el aguadero, éste tan luego supo el caso se compadeció del estado de la mujer de Mateo y sin titubear agarró para el vado y después de ojear y más ojear a la Rodanta le dijo a los hijos que la llevaran a su posada.

Entre los García y los mozalbetes condujeron a la juidora a la morada que ésta había habitado años atrás, la colocaron en un chinchorro de panchil y una vez depositada la carga comenzaron a gualiar contando los posantes sus desgracias y los dueños del albergue repreguntando e inquiriendo a la vez sobre la gravedad de la viajera.

De pronto la enferma recuperó violentamente y como si no hubiera tenido nada, se

paró fácilmente y semejando regresar de modo súbito de un sueño profundo, mosticó:

—Ydiay, qué ha pasado muchachós?

Tomando la palabra la Romana le contestó:

—Pues que usted se maluquió de verdá y no pudo seguir andando, y cuando más apurados estábamos ñor Goyo hizo que la metiéramos en su casa.

—¡Qué vaina más larga! y lo pior del caso es que ya está oscuriandito.

Viendo la preocupación que mostraba la que había sido hija de casa del difunto Diego Pérez quien desde hace varios años enrumbó para el Musún, García intervino en el diálogo diciendo pausadamente:

—Pero niñá, por qué te preocupás, aquí podés pasar la noche y a la albifa seguís el viaje que con tan mala cara has principiado, además si querés en un volido y cuatro socollones voy a decirlo a Mateyo lo que te ha pasado y el motivo por el cual no has seguido adelante.

—No, Goyó, no hay para que avisarlo porque eso sería afligir mas al pobre hombre, voy a dormir aquí porque ya es casi de noche y claroniandito voy a coger el camino.

—Eso es, claroniandito, agarrás para Abajo, que por lo que veyo hacia allí vas puesta en viaje.

—Tanto como eso no, pero francamente voy lejos de aquí y cerca de allá.

Dejaron de buchoniarse los parladores y despuesito la mujer de García ofreció un tibio a la afligida enferma y un plato de barro hondo hasta los taponos de caldo de frijoles a cada uno de los pizotes Hernández.

Después de la comindurria le dieron tienda suelta a las singüesos los posantes y los anfitriones y cuando el cantido de un alcaraván anunció las ocho de la noche cada quien se acomodó para dormir.

X X I I

La Luz logró roncar de un tirón hasta que la cacariadera de los gallos de las diez le puso en estampida el sueño del cual disfrutaba; se dio vuelta en el chinchorro en que dormía, cerró los ojos, los volvió abrir, se volteó al otro lado, se estiró, garraspeó, le dio salida a un cuezco estruendoso, tornó a pegar las charolas, las destapó al ratito, se sentó para invertir el cuerpo y recostar la cabeza en el otro brazo de la rústica hamaca, hizo todo lo que a su alcance estuvo para volver a dormirse y no logrando conseguir tal bendición se dedicó a rezar un Padre Nuestro el cual comenzó cien veces y jamás lo pudo terminar por más esfuerzos que su agitado espíritu puso en movimiento para lograr conseguirlo.

Empeñada estaba todavía la pecadora en un esforzamiento de a pipián para poder rezar la sublime oración que dejó Jesús a la humanidad para que cada uno de sus miembros pida al Cielo el pan cotidiano y la Divina Gracia para conseguir consuelo en las necesida-

des, cuando llegó a sus oídos una maullada tigruna que de sopetón la hizo zumbarse del chinchorro y remontar para el tapasco en que dormía la Romana.

La muchacha estaba despierta y por tal motivo cuando la madre aterrizó sobre de ella aunque no le hizo gracia la cosa no se asustó demasiado; la hija no había oído el bramido y debido a tal circunstancia no estaba llena de pánico y por eso con calma preguntó por debajera a la mama para no despertar a nadie:

—Qué lo pasa que hasta el quichipionar del corazón se lo estoy oyendo?

—Hijá. . . Romanitá. . . Allí anda Cosme.

—Lo vido o es que está soñando?

—Ninguna de las dos cosas, pero maulló el muy maldito en la quebrada.

—Recemos mama para que el diablo se vaya.

—Rezá vos, que yo del horror no puedo hacerlo.

El rezo llevó consuelo y serenidad a la fueranita y como transcurriera mucho tiempo sin ver ni oír nada anormal se durmió profundamente sin pensar más en el rondador musuneño; la Luz por más intentos que hizo no la pudo imitar y siguió en vela hasta que cantó el primer gallo.

No se había diluido por entero en el vacío la barcarola del gallináceo madrugador cuando en la vecina quebrada el caribuno temido hizo coro al eco de la cantiga del ave.

Luego maullando pausadamente y sin mayor estirando la alimaña temida avanzó resuelta paso a paso rumbo al corralillo de la casa que en su vida terrena plantó Calero con sacrificios sin nombre, se arrimó a la puerta, la destrancó y la dejó abierta, luego bordeando el alero se dirigió al arrancacalzón bajo cuya sombra parió los versos que hechos canciones al pie de la maltrecha hojachigüe le rempujó al oído de la mujer amada en su vida de cristiano; se echó y se enrolló tranquilamente dando la impresión de que dormía y como si no tuviera misión alguna que cumplir no volvió a menearse del lugar en que se colocó.

La Luz se dio cuenta de todos los movimientos de la bestia, por las brasas de sus ojos la siguió en la obscuridad, como el pavor la había entramojado no logró ni menearse y por consiguiente menos que pudiera despertar a sus muchachos para que la acompañaran en tan crítica circunstancia.

En el fondo de la tiniebla espesa endechó el pájaro brujo, luego una cocoroca pulsó aflictivamente su garganta agorera y monacorde, después el Compañero y la Barcina pusieron un tambo de aulladera espeluznante, la orquesta estridente y cacareadora del gallinal rompió los fuegos y para rematar la cosa en una cuilladera del infierno los cerdos de la humilde alquería abandonaron en estampida su echadero y en tropel despampanante y avasallador irrumpieron rompiendo la en-

cañembravada pared de la vivienda y en el mero centro de esta rodearon inquietos y medrosos.

Paso a pasito, sin hacer bulla, tras de ellos, como si se hubiera querido valer de la oportunidad del laberinto hecho por la chanchería el caribe abandonando el palo se adentró tras de los rastros de los suidos y se fue a parar a la vera de la Rodanta que muerta de tabardillo perdió la llave del chiquito y falseada la cerradura por el pánico se desgració sin darse cuenta en los peleros que la vestían.

El causante de la molotera ni tonto ni quedado no perdió tiempo y antes de que los habitantes de la finca volvieran en sí se echó a tuteo a la Luz y la fue a depositar sobre la fresca y desmedida peña que servía para desvestirse en la vega de la quebrada y sobre la cual en época pasada la Rodanta había rodado distintas veces sobre los brazos de Cosme hasta perder el sentido cuando la lujuria hecha fluido llegaba al paroxismo.

Pasaron unos cuantos minutos en los cuales viendo la Hernández a pesar de su atontamiento que el endriago no le hacía daño de ninguna clase, ante tal hecho, la cuitada empezó a recuperar y tal vez hasta esperanzarse de no ser deglutida por el musuneño hambriento de venganza y sintiéndose con fuerzas para hablarle le dijo así:

—Bueno, dalo viaje, que las cosas como éstas no hay para qué alargárlas.

—Un veinticinco de Julio trotiaste para despedirte de yo y después zafarme el mecate, ahora viendo que ibas de juda te puse el patatús que te entramojó frente a frente de mi antigua posada para que durmieras en ella por última vez, te despedieras de la vida y llamarte a cuentas mañana.

—Ajá, así es que agora

—No te voy a apretar el resuello, eso lo dejaré para mañana, está demás que sigás juyendo y aunque al amanecer vas a volver a coger el camino para Abajo, de nada te servirá, pues creyendo que vas para adelante cuando te des cuenta estarés en el rancho de Mateyito lista a recibir tu justo pago, agora volvete a dormir que hasta mañana cuando cante el primer gallo te llegaré a cobrar la deuda.

X X I I I

En cuanto el caribe hizo viaje la Luz se pellizcó para cerciorarse de que en verdad estaba viva, concluyendo se encontraba la operación de pellizcarse cuando unos cuantos bramidos llenaron el ámbito de música felina y acobardante y volviendo en sí al influjo de la atemorizante orquesta la encapillada salió a trote largo derecho a la posada en donde el cotarro humano alborotado con tizones, candiles y candelas de cera de jicote registraba todos los rincones apartados del corralillo de la vivienda tratando de encontrar a la infeliz.

García capitaneaba la tropa buscadora y

fue el primero en columbrarla cuando traspuso la tranquera del encierro, aún estaba larguito de ella cuando le gritó con franca contentera:

—Donde andabás, niñá? aquí nos hemos vuelto locos persiguiendo tus güellas y en ninguna parte pudimos dar con tus pisadas.

La Luz por toda contestación se echó a llorar, a llorar y mas llorar y cuando después de cierto tiempo el aguacero de la lloradera descampó logró contar entre torozón y torozón, entre gimoteo e hipeo la aventura tremenda que había corrido un poquito después de la vasta revolufa de los animales caseros.

Enseguida los buscadores le zamparon atropelladamente el cuento a la cuitada del desmedido paniquín que sufrieron cuando el cerdero invadió la posada y la aulladera de los perros denunció a pulmón pleno que el Diablo andaba en los alrededores del lugar.

Mitigado un poco el pánico con el apareamiento de la vaqueada y convencidos de que el caribe no regresaría en el resto de la madrugada por la pasada desembuchada por la Luz, el dueño de casa recorrió el cielo con la vista y fijándola en El Arado dijo plenamente convencido:

—Todavía no son las tres y podemos por lo mesmito sornarnos un poquito antes de que los gallos se alboroten con su cantadera de las cuatro.

Obedeciendo a la voz de Gregorio todos se metieron bajo techo y cada quien agarró para su echadero con la buena intención de popiar lo más que pudieran mientras El Nisfayolero claroniaba el cielo adelantándose unos cuantos minutos a la aurora.

La Rodanta preñada de un temor mediatito que por tal condición no llegaba al tabardillo puesto que había de por medio un compás de espera se sintió con ánimo suficiente para platicar con sus hijos y hacerles ciertas recomendaciones, por lo que vació así su pensamiento:

—Voy hacer lo posible por escapar, si no puedo escupirme el pecho no se olviden de hacerme la última noche en cuanto puedan.

—Con seguro mama se la haremos lo mas pronto que podamos, pero deje de pensar en esas cosas que todaviya el demonio ese no se la ha jaspado.

—Pero me jaspipará si Nuestramo no me ayuda a la hora del arrastrón.

Se habían desvelado mucho los muchachos para que el sueño no los copetiara, así es que en plena platicona clavaron pico y se sornaron sin quererlo dejando a la encapillada con las recomendaciones en la boca sin terminarlas y ésta al verlos dormidos se dio vuelta en el chinchorro a la vera del cual los pobres mozalbetes habían arrimado una banca de jobo guachapiada a filo de machete sobre la cual se troncharon, a poco también la perseguida siguió el camino de los pelones y

comenzó a roncar como si no estuviera en vísporas de piramuquiarse para el Musún.

XXIV

A las cinco se puso en pie la encapillada y sin vacilación se fue a los abejonales del solar para llevar a término necesidades fisiológicas que no podía postergar, cuando regresó Juan y la Romana estaban terminando de recoger las cobijas para meterlas en la red, una vez desocupados cambiaron impresiones con la madre y después de despedirse y rendir las gracias a los García, los viajeros se dirigieron al vado para coger el sendero que por enfermedad de la Rodanta habían abandonado la víspera contra de sus voluntades.

Puestos en el callejón caminaron sin hablar uno tras del otro sobre el trillo del camino que desemboca en la trocha real que conduce de Tierrazul a Boaco y viceversa, enrumbaron hacia El Paraíso pintoresca aldea que dista unas dos millas del empalme en donde acababan de desembocar y en un mutismo absoluto preñado de temores comenzaron a trotar a galope de perro puesto al chifle después de haber perdido al amo por haberse quedado en un recodo del sendero hartándose de inortorio que los chepes trataban de terminar cuando el pobre murriñoso dio con el hallazgo.

Después de una hora de trotaje los caminantes cruzaron una quebrada que los confundió completamente, pues para llegar al Paraíso no se pasa crique de ninguna clase, entonces se pararon para reconocer el lugar y con asombro comprobaron que estaban llegando a La Aduana, es decir, que en lugar de ir para adelante la habían emprendido para atrás.

Sin desanimarse, con ojos bien abiertos aunque entristecidos, se orientaron completamente y puestos en el Llano del Limón cogieron a pasar de nuevo por donde los García, atravesaron la quebradita en donde la Luz el día anterior sufriera el patatús famoso, sin detenerse arreciaron la andanza y tornaron otra vez a salir al camino real, siguieron roteando y cuando después de un tiempo prudencial de caminata se alegraron porque creían que al terminar la vuelta de un recodo que tenían de frente al final de dicha curva estarían en El Paraíso se encontraron, después que lo traseriaron, con que de nuevo se hallaban otra vez en la orilla del río del Silencio que pasa al pie del altiplanito de la Aduana.

—Mamá, dijo la Romana, rendida de andar y mal dormir, quizás por ir pensando en Cosme, sin darse cuenta, atontinada, ha cogido el camino de La Esperanza y por eso nos perdemos tan seguido, deje que yo coja la punta para ver si cambea la cosa.

—Pues, dalo viaje, aunque yo creyo que todo esto son mirúficas del tigrecaribe.

Se puso a la cabeza la natuchita fatigada y con la intención meritoria de salvar a su madre le volvió a dar a andar con decisión

a las patas colocándolas con ardor sobre el plomizo trillo tantas veces transitado.

Repitieron el pase por donde los García, a poquito se detuvieron y la Rodanta dijo:

—Fijalo bien, aquí va el camino de Las Mesas y nosotros, velo bien, seguimos sin perdernos el que da al Camino Rial.

Desembocaron por tercera vez en la antigua trocha que une Boaco con Muymuy, con Tierrazul, con la Montaña y con Olama y alegres por pisar tierra bien conocida, según sus pensamientos volvieron a darle que darle a los caites a todo meter y cuando supusieron que poco les faltaba para columbrar la casa de ñor Saturnino, la principal de la aldeíta anhelada, se encontraron de manos a boca con que de nuevo estaban llegando al crique que nace en la montaña oriental de la propiedad de los Incer.

—Romaná, dijo la Luz, tengo que darme por vencida; está demás luchar con ese diantre.

—Veya, mamá dijo Juan, voy a ponerme agora yo a la cabeza y si nos pasa lo mesmo, pues cojamos para la posada porque quiere decir que no hay remedio para su mal.

Y tal como lo dijo el heredero de Mateo lo hicieron, agarró la punta, el muchacho, pero en lugar de enderezar por el callejón se las llevó por Las Mesas, llegaron a la primera casa del pobladito, lo cruzaron, palparon que habían alcanzado la ronda del otro lado, por tal motivo se llenaron de contentera, luego siguieron avanzando, pero cuando columbraron un guayabalito que hacia el poniente se veía se imaginaron que al pasarlo desembocarían en el tantas veces deseado Paraíso, mas cuando lo dejaron atrás vieron claramente que era la punta final del guayabal del llano del Limón en cuyos costados corre canturreando el tantas veces citado riatillo del Silencio.

Ante los tan negativos resultados de todos los esfuerzos hechos por escapar de la tapa del caribe terrible la pobre Rodanta preñada de una aflicción galopante exclamó convencida de que no se escaparía de la tan temida y supuestamente imaginada dolorosa burriada:

—No tengo salvación, muchachós, cuatro veces la fuerciamos y cuatro veces nos hicieron cejar, ya el sol se dio la vuelta y en lugar de ir adelantando vamos sin pensarlo cotoñando el aquerencio.

—Ajá, mamá, agora si que veyo claro que lo que cuenta Timoteyón es cierto, dijo Juan

—Y qué cuenta Timoteyón, Juanchitó.

—Pues un diya le embocó a mi tata que cuando se fue de tuna a La Cruz, un su compañero se pelió con una zajurina y a poco de la peliada los overió a los dos ellos, cuando se vieron overos cogieron para Cuicuina juyendo de la hechicera, se creyeron seguros porque estaban a cuatro diyas de distancia del palenque de la bruja, de cierta manera así lo

era, sobre todo que a poquito de haber llegado a la tal Cuicuina supieron que habiáya muerto la maldosa mujer, pero cual no sería el susto de Timoteyón cuando después de unos seis meses de muertía la enemiga estando el pobre hombre dalo que dalo con un hacha a la cepa de un bruto mora para comerse un jicote, oyó que lo sitiaban, cuando volvió a ver se encontró que quien lo sitiaba era una penca tigre, al verla se cursió de paniquín, mientras él temblaba como nido de oropéndola colgado de un sapotemico, la tigre le embuchó:

—Decilo a tu compañero que se aliste que dentro de pocos diyas me lo llevo para el Cerro, Juan prosiguió así:

—Timoteyón de puadí como dice Demetrio Sándigo dejó el hacha, el calabazo y las cositas que andaba y poniéndose los talones en las nalgas panerió para la posada, el amigo lo estaba esperando, le contó la pasada y convinieron nochar para irse a unas minas que estaban a siete diyas de donde trabajaban, se escupieron el pecho tan luego lobregueció, le dieron a cafiar duro toda la noche, cansados de andar cuando salió el Lucero del Alba se echaron en un limpio para descansar, ya estaba alto el sol cuando pelaron los ojos, se sacudieron para seguir el camino y cuando terminaron comprobaron asustados que estaban a la orilla del ojo de agua de la casa en que trabajaban, tres veces repitieron el viaje y siempre con el mismo resultado y cuando se disponían a comenzar el cuarto, antes de salir, se fue al pegue de una ceiba llena de faldones Timoteyón a descuitarse, estando todaviya poniendo en cuclas volvió a oír el siteyo, zumbó el ojo por el lado por donde lo sitiaban y vio que era la tigre del cuento, ésta sin perder tiempo le dijo:

—En todas las picadas por donde se pueden escurrir me he miado para que no se vayan, así es que aunque quieran capiar el bulto confundirán siempre el camino, pues las orinadas tienen el don de volver lumbos a los malos como ustedes y a poquito cogen para atrás sin darse cuenta, el muchacho prosiguió:

—Después de este nuevo encuentro Timoteyón ya no tuvo valor de acompañar a su compañero y lo abandonó a su suerte, el tal hombre hizo otros tres esfuerzos para capiarse y una noche delante de Timoteyón vio éste que la tigre se arrimó a su tapesco, lo cogió del cogote y a trastrándolo sobre los breñales le dio montaña adentro no volviéndose a saber jamás del pobre trabajador.

La Luz oyó con toda atención y en una temblazón pareja la pasada que Timoteyón le contó a Mateyo y la cual Juancho se la acababa de embuchar, cuando éste terminó dijo la Rodanta:

—Pues, si así es la cosa no podré escurrir el bulto y según esa pasada el maldito Cosme se orinó en todos los caminos para que no le diera para ninguna parte.

—Entonces, mamá, qué hacemos? dijo la Romana.

—Volver a la posada y contarle a Mateyo todo, todito, toditito lo que me ha pasado; y sin perder más tiempo le dieron para el desahogado rancho del marido.

X X V

A las tres de la tarde desembocó en pleno limpio del patio de la casa de Mateo el terno de los Hernández que había cogido guindo abajo tan luego la Isidra Guzmán se perdió tras la espesura del cuajichotal que se extiende sobre el llano de clin de macho que cobija el norte de la falda de La Aduana; Mateyito cuando avistó a los viajeros se quedó sembrado y turulato al pie del palo del tabanco el cual iba a ocupar para subirse a buscar las posturas de las gallinas que por ausencia de sus hijos habían andado poniendo desde que se fueron de manera caprichosa en los rincones altos y bajos del espacioso cortijo.

Al pobre viejo le costó salir de su asombro, trabajó para lograrlo y en lo que tardó para alcanzar tal cosa la Romana pisó el cordón de madera de la vivienda y dijo al adentrarse:

—Buena tarde le de Dio, tatá.

—Buena tarde hijá, te la de a vos.

El viejo quedó esperando que Juancho y la Rodanta que venían traseriano entraron para indagar con los viajeros la causa que movió tan inesperado regreso.

Después de que los traseros penetraron y del saludo cajonero imprescindible, Mateyito soltó la singüeso así:

—Idíay, niñá, que te movió a voltiar la jupa para acá, sitio este tan cornizueludo para vos desde que anda por ay hecho tigrecaribe mi viejo compañero Cosme, aquí te hacíamos ya de sirvienta porroncita del Tata Cura de Buaco y por lo que veyo ni juco hubo de la tal ideya.

—Pues, Mateyitó, ni siquiera pasamos de donde Goyo, que los muchachos te cuenten todas las pasadas que nos pasaron desde que nos fuimos; mientras ellos te las embuchan voy a paneriar para el solar que ando que me reviento de las ganas de botar lo que no he japiado y las cuales he venido sosteniendo desde que dimos la primera vuelta en plena mañanita.

Juan tomó la palabra para historiar el viaje, de vez en cuando la Romana lo interrumpía para aclarar ciertas fallas que tenía la embuchadura del hermano y cuando éste terminó Mateo quedó completamente claro que de un momento a otro quedaría viudo si Dios y el Apóstol Santiago no disponían otra cosa.

Cuando la Luz volvió del solar sin perder tiempo mandó a llamar a los Rocha, cuando éstos se enteraron del resultado que tuvo la escapatoria y de todos los aditamentos con que fue adobado el malhadado peregrinaje dispusieron para no encontrarse solos por la

noche mandar a invitar a los García, a las familias Amador y a los sirvientes jinchos de Chayotepe; un chacalín de Rocha hizo el bocado de las invitaciones y cuando obscureció ya estaban en la casa dispuestos a dormir donde los Hernández unos seis natuchos amigos incondicionales de los dueños de la casa.

A medida que el tiempo corría invitantes e invitados se dieron a buchoniar de lo lindo para no dormirse y en la buchoniadera salió a colada el caso de Guzmán, el viaje que hicieron por poner tierra bastante entre el musoneño y ellos de manera inesperada los padres de Daniel, en lo que la Luz y Mateo se fueron hacia una esquina a conversar al parecer de cosillas íntimas los platicadores principiaron a citar a unos diez hombres más que con seguro estaban en peligro porque came-liaron a Cosme gozando de su barragana cuando él vivía con la Rodanta y por último despellejaron sin misericordia a la esposa de Mateyito haciéndola totalmente responsable de la terrible situación que afrontaba sobre todo que no existía arma conocida hasta la hora con que defenderse del tal demontre y además por agregado no había como despistar a un tigrecaribe cuando anda un diablo de tal laya tras la cancelación de las deudas que le deben

Faustino Amador se paró de pronto y dijo incontinenti derramando tabardillo al expresarse, indudablemente, por aquello de que quien las debe las teme:

—Mi tatabuelo Juan Amador me contó una vez que la dañiniadera de cualquier tigrecaribe se termina si celebra la familia del zajurín que peló el ajo los ocho díyas o última noche como las llaman algunos a los rezos que se les hacen a los muertos.

—Así es la verdá, confirmó Juan Linarte, mesero de Chayotepe, ña Santos Méndez dejó de dañiniar tan pronto se los hicieron.

La mujer de Rocha, hija de la Luz, agregó despuesito:

—Lo malo es que la familia de Cosme se acabó desde hace muchos años; y según he oyido decir que para que tenga resultado la cosa los familiares son los que deben hacerlos.

—Con tantiar nada se pierde, se los podemos hacer nosotros que fuimos amigos de Cosmito, agregó Goyo García.

—Hay que reunirnos mañana y manos a la obra como deciya el finado Cleto Rayo, mosticó Juan Rocha.

Por allí iba la plática cuando la quietud de la noche la cual iba a pasitrote llegando al filo de la madrugada la intranquilizó un bramido prolongado de tigre que se sintió vibrar en la proximidad de la vivienda.

Todo el cotarro se tiró a formar rodeo en el centro de la posada y pusieron en el medio a la Luz quien quedó protegida por los cuerpos de Mateo, de Juan Rocha, de Faustino Amador y de Goyo García, a continuación vibró aterrorizando otro tremendo bramido, después maulló la bestia en plena casa,

sopló una manga de huracán que arrancó de cuajo y zumbó al aire irremebunda y furiosa la mal vestida y patanga hojachigüe que tanta veces cobijó al finado la cual haciendo un estruendo horroroso cayó en el interior de la cocinita del rancho la cual quedó completamente destripada, en tal momento sin que nadie sintiera nada el temido tigre caribe se echó a tuto a la Rodanta, la sacó del grupo y partió con ella dándole a toda andadura sobre la cerrazón intrincada que cobija vistiéndola de verde y amarillo la falda de la trepada que va a morir suavemente en plena orilla del llano de La Aduana.

Cuando los rodeadores medio se repusieron se revisaron de la mollera a los pies, luego se requisaron a pesar de la espesura de la obscurana, la requisita dio por resultado que la Rodanta se la habían llevado a echar pulgas a otra parte, repitieron la operación y obtuvieron el mismo resultado, hicieron todavía un último recuento preñado de aflicción dándoles el mismo resultado y a pesar de que se convencieron de que en el tremolín la única víctima había sido ella, nadie, ni su marido ni sus hijos que eran lo más interesados y perdidosos, intentaron, pero ni por broma dedicarse a sabanearla en aquel momento bajo tan tremenda y espantosa oscuranidad, todos deudos y acompañantes, creyeron que la búsqueda resultaba demás, dado a todo lo sucedido anteriormente, y fatalmente se conformaron con pensar que la Luz a tal hora cabalgaba pupusiada sobre el lomo del bruto caribeño y que de un momento a otro sobre los tupidos clinales del encierro de San Rafael la zumbaría sobre el papasal del pasto para deglutirla a sus anchas en cancelación de la deuda que el juzgó débita caribe cuando lo obligó la condenada a salir de tuna, en busca del olvido, hacia los lejanos y entobobados bananales de La Cruz de Río Grande.

XXVI

Una hora después de la caza caribuna aún estaban parados y en rodeo los presenciadores del arrastrón demoníaco, de tal manera los persogó el pavor que no hallando el ánimo suficiente para separarse resolvieron sentarse en el mero suelo para estar siempre el uno junto al otro y en tal pegazón estuvieron hasta que se presentó la aurora y comenzaron los curros y los gallos a saludar las claros con cacareos y cuillidos.

Cuando amaneció por iniciativa de Faustino Amador se fueron en pandilla a contar lo sucedido a los vivientes de las cañadas vecinas con la intención de ponerse de acuerdo para celebrarle los ocho días a Cosme en la casa de Goyo García lo más pronto posible.

La noticia causó un efecto decisivo y de tal manera llenó de terror a los que habían gozado de contrabando del cuerpo de la Rodanta cuando ésta vivía con Calero que antes del medio día los gozadores habían alistado los cerdos y las reses necesarias para llevar

a término el rezo que una vez efectuado, impediría, según la creencia natucha, que volviera a dañinar el feroz y retemido endriago.

La inquietud de los familiares de la Luz y aún de los que no eran parientes de ella hizo que todos se olvidaran por entero de que el día escogido para hacer el rezo correspondía exactamente al de la celebración de San Juan Bautista, cuando cayeron a la cuenta resolvieron principiar los rosarios un poco después del baño imprescindible ordenado por la inveterada costumbre de chapucionarse en la madrugada de la famosa fiesta montañera.

A las seis de la tarde de la víspera del fiestón la casa de Goyo fue invadida por una numerosa indiada que de comarcas diferentes procedían a llenar el requisito necesario para evitar que continuaran funcionando los arrastrones humanos de la condición y calibre del que privó a la galanota Luz del resuello preciadísimo.

Demetrio y Pedro Sándigo que eran de los más comprometidos viajaron hasta La Puerta para acaparar la cususa que tuvieran las sacas de ñor Tomás García, las Pérez y las Alonso, lograron reunir quince pescuezonas con las cuales se aparecieron en la posada de García para tenerlas listas y principiar con ellas a la hora de salir para el vado a darse el chapuzón.

No pudiendo dormir el genterío y con el objeto de bloquear el corralillo de la casa para evitar una visita inesperada del musunehño, resolvieron rezar un rosario que sería un verdadero ipegüe del rezo que comenzarían tan luego amaneciera y un poquito después del regreso masivo de la samanguantiada de ritual.

Todo se fue desarrollando de acuerdo con lo dispuesto, con verdadero recogimiento rezaron los misterios del Rosario bloqueador, seguidamente los destazadores degollaron las reses, la dueña de casa comenzó a freír y asar la carne necesaria para la merienda, más adelantito, después de que cantaron los gallos de las dos, salieron a trotecito de murriña para la quebrada, en cuanto regresaron comenzaron a merendar, claroniandito se apareció ñor Saturnino Vivas quien era el encargado de enseñar los misterios de los Rosarios de los ocho días, a las siete se principió el primer tercio del rezo y prosiguió un compás de espera que fue roto por unos rugidos de tigre que procedían al parecer de la cima de La Aduana.

Por los maullidos que infestaron de tabardillo los espíritus de los rezadores procedieron a proseguir el rezo para detener al tigre caribe, cuando terminaron, dispusieron no queriendo ninguno salir para su casa por temor al férido ultratumbino, volver a repetir los Rosarios, los cuales acordaron principiar del medio día para abajo.

Nadie pensó por la calidad de la chichada en correr San Juan, es decir, en jalarle el pescuezo a un patuleco, a pesar de que Juan

Rocha yerno de la Rodanta, tenía un penco pato listo para entregarlo a los montados que llegaran para colgarlo en el patio de su casa el día de su santo, mas ni por imaginación se le ocurrió irlo a traer para feriarlo en la tarde.

De pronto se oyó otro maullido que reventó tras del monte que rodea la casa, Mateyito que sin saberlo él por tantas desazones se le había resquebrajado el corazón, pegó un grito, se puso pálido, le faltó el vuelgo, se tambaleó un instante y luego dio un tremendo costalazo, pues se le había fugado el alma unos cuantos segundos antes de acomodarse en el suelo.

A pesar del pánico, que causaron los bramidos, que según ñor Saturnino aclaró al poco rato eran la despedida y las gracias de Cosme a sus amigos, Juan Rocha que tenía veneración por su suegro se esforzó por acudirlo, su mujer se arrimó luegito, los otros hijos también, más cuando lo incorporó el yerno para recogerlo quedó claro éste que su padre político le había dado a todo ful sobre el camino del Musún.

Rocha volviéndose a su mujer, le dijo, atragantado:

—Tu mama...tuvo la culpa...de que se la feriera el tigre...eso es cuenta de ella...pero a lo que a yo me punza adentro...y me brinca en el güeco... es que Mateyo que no dañinó a naide...haya sido el pato de este diya de San Juan...y en una juanchadera que nada teniya

que ver con San Juan si no que con el tigre-caribe de Cosme.

Cuando recuperaron todos, entapescaron a Mateyito, dada las circunstancias resolvieron no hacerle vela y de allí no masito se lo llevaron al hoyo que abrieron en dos socollos en el panteoncito rural de Las Mesas, én donde después de colocarlo y cubrirlo de tierra le dieron pisón hasta decir quitá, por último en procesión fue la jinchería acompañante a dejar a los Hernández a su rancho y cuando quedaron íngrimos los deudos, dijo la Romana a Juan y a los Rocha:

—Agora a quemar sin volver a ver para atrás, con la leña de la hojachigüe, todos los güesos, polvos, cacastes de pocoyos y carambadas que mi mama tiene bajo de su tapesco.

—Dalo viaje cuanto antes, mosticaron los Rocha.

—Sacálos todititos, mientras yo alisto la leña, dijo Juan.

Hicieron la hogalera, echaron en ella los chunches que la Rodanta ocupaba para persogar a los amantes de su agrado y cuando todo quedó convertido en rescoldo, dijo la simpática Romana:

—Lo que es a yo no va a pasarle lo de mi mama, ella me perdone si mis palabras la ofenden, pues al hombre que me eche encima no voy a buscarle cambeo con jincho dia riata y media o por ladino jandudo.

FIN